Miguel Angel Echevarría Bacigalupe

Alberto Struzzi

Un precursor barroco
del capitalismo liberal

Avisos de Flandes

Dir. : E. Stols

Sección de Historia Moderna del Departamento de Historia
K.U. Leuven

La serie *Avisos de Flandes* pretende ofrecer documentos inéditos o poco conocidos y estudios monográficos que enfocan las relaciones de los Países Bajos meridionales y la actual Bélgica con el imperio de los Habsburgo – tanto el español como el austriaco – y con el mundo iberoamericano.

De reeks *Avisos de Flandes* brengt weinig bekende of onuitgegeven historische documenten en monografische studies over de relaties van de Zuidelijke Nederlanden en het huidige België met de overige gebieden van de Spaanse en Oostenrijkse Habsburgers en met de Ibero-Amerikaanse wereld.

La collection *Avisos de Flandes* présente des documents inédits ou peu connus ainsi que des monographies sur les relations des Pays Bas méridionaux et de la Belgique actuelle avec les empires des Habsbourg espagnols et autrichiens et avec le monde ibéro-américain.

The series *Avisos de Flandes* publishes unknown historical documents as well as studies about the links between the Southern Netherlands (contemporary Belgium), the other territories under Spanish and Austrian Habsburg rule and the Ibero-American world.

Die Reihe *Avisos de Flandes* wird weniger bekannte historische Quellen sowie neue wissenschaftliche Studien zur Geschichte der Südlichen Niederlanden (das heutige Belgien) in ihren Beziehungen mit dem habsburger Reich und der ibero-amerikanischen Welt veröffentlichen.

A série *Avisos de Flandes* publica documentos inéditos ou pouco conhecidos e monografias sobre as relações de Flandres (ou seja a atual Bélgica) com o Império Espanhol e o Mundo Ibero-Americano.

La serie *Avisos de Flandes* vuole presentare documenti storici poco noti o inediti e studi monografici relativi ai rapporti dei Paesi Bassi meridionali e del Belgio attuale con gli imperii asburgici e il mondo ibero-americano.

En preparación: Geertrui Galle, *Voyage de Jean-Baptiste Coget en France et en Espagne (1731-1732)*; Jan Possemiers, *Cartas del Ecuador del Padre Halfants (1872-1909)*; Jan Possemiers, *Emile Nyssens. Lotgevallen van een Antwerpse tabakshandelaar*; Eddy Stols, Eduardo Dargent-Chamot y Johan Verberckmoes, *Cartas flamencas de Indias (siglos XVI-XVII)*.

Alberto Struzzi

This One

6SPC-6BC-471H

Alberto Struzzi

Un precursor barroco del capitalismo liberal

Miguel Angel Echevarría Bacigalupe

Leuven University Press
1995

Portada :

En el templo de Juno, fuerzas contrapuestas empujan tanto a la paz, tanto a la guerra. Alberto Struzzi participó activamente en esa pugna. No es casual la adscripción de la infanta Isabel Clara Eugenia entre los que desean cerrar el paso al ciego Juno de la destrucción.

Detalle del grabado 'El templo de Juno' de Theodoor Van Thulden (1606–1669) según el esbozo de Pedro Pablo Rubens (21,7 x 24,4 cm), recogido en : Jan Gaspard Gevaerts, *Pompa introitus honori serenissimi principis Fernandi Austriaci Hispaniarum Infantis*, Amberes: Ioannes Meursius, 1641.

Biblioteca de la Facultad de Teología de la K.U. Leuven, signatura GBIB P Plano 19/GEVA.

© 1995 by Leuven University Press / Presses Universitaires de Louvain / Universitaire Pers Leuven.
Krakenstraat 3, B-3000 Leuven (Belgium).

No part of this book may be reproduced, in any form, by print, photoprint, microfilm or any other means without written permission from the publisher.

ISBN 90 6186 670 7

D/1995/1869/7

Prólogo

En los siglos XVI y XVII, los avisos de Flandes llevaban toda información indispensable sobre lo que sucedía en estas regiones septentrionales de Europa a la Península Ibérica y a Italia. Junto con la correspondencia mercantil o humanística y las cartas de carácter más bien familiar o amistoso, alimentaban una comunicación postal que posiblemente era la más atareada e intensiva de la época. No solamente informaban; asimismo influían en decisiones de gran importancia tomadas en la corte española. Por aquel entonces, Flandes – en el sentido más amplio del término, a saber la región que abarcaba las actuales Bélgica, Holanda y Luxemburgo y parte del norte de Francia – constituía un eslabón esencial del inmenso imperio que se extendía por los reinos españoles, por buena parte de Italia, temporalmente también por el Franco Condado y Portugal y aún por sus respectivas posesiones ultramarinas en Africa, América y Asia. Así, Flandes vivía, respiraba, se ubicaba y se desarrollaba dentro de un espacio político, económico y cultural de una diversidad casi universal que desde entonces no se ha producido más. Se acomodaba tan bien dentro de este mundo ibérico que después de terminar el dominio español en 1713, los Países Bajos meridionales y posteriormente Bélgica seguían manteniendo estrechas relaciones económicas y culturales con España, Portugal, Italia, América Latina y Filipinas.

Tal ámbito multicultural no deja de fascinar a los historiadores de hoy en día, que ya no soportan más las restricciones de la historiografía nacional. Prefigura los anhelos y miedos que en el presente han surgido con la vuelta de las entidades supranacionales.

Con estudios y ediciones de documentos desconocidos o simplemente olvidados, la colección *Avisos de Flandes* espera contribuir a

PRÓLOGO

abrir el horizonte de nuestras historiografías y a delimitar espacios más apropiados para el análisis y la comparación. El presente volumen, el cuarto ya, corresponde perfectamente a este cuadro geográfico. Se trata de un estudio sobre la figura y el pensamiento económico de Alberto Struzzi. Nacido en Parma, residió durante mucho tiempo en Bruselas para morir en Madrid. Además, su carrera diplomática dentro del triángulo geográfico italobelgaespañol le llevaba a reflexionar sobre la viabilidad económica de este Norte-Sur. Viene aún más a propósito el que su autor, don Miguel Angel Echevarría Baci-galupe, sea un distinguido historiador español que se ha especializado en el tema de las relaciones entre Flandes y España, al cual ha dedicado con gran éxito varios estudios que desde el momento de su publicación se han vuelto imprescindibles.

Eddy Stols

Introducción

Creo que iba siendo hora de prestar atención a un escritor económico más citado que leído, más criticado que estudiado. Alberto Struzzi, con alguna rarísima excepción, ha sido visto como un quintacolumnista del capitalismo extranjero en busca de oportunidades de medro a costa de las exangües fuerzas de España. Hablar de Struzzi, ha sido hablar del aventurero, del interesado, del oportunista. Muy diferente es la perspectiva que propongo. Distinta, y a la vez mucho más compleja: Struzzi visto como el patriota, el teórico, el adelantado a su era. Eso es lo que voy a resaltar, superando cualquier prejuicio. Hemos tenido encerrados en nuestros archivos los textos de un pensador de gran valía, relegado por sus contemporáneos porque no pudieron ni quisieron entenderle, y por la posteridad, que se ha fiado del juicio de los que trataron con él.

Pienso que la obra llega a tiempo. El auge de los estudios de historia del pensamiento económico es notorio desde hace unos años, tanto en España como en el extranjero. Pero este libro no se originó deliberadamente como el estudio de un escritor. Las páginas que lo constituyen iban a formar parte de un trabajo más amplio sobre el arbitristo y la política económica en el Flandes del XVII. Entre los pensadores, había que referirse necesariamente a Struzzi, que representa a Bruselas en la corte española. Lo que como mucho iba a ser un capítulo, ha devenido un volumen; la cantidad de información acumulada, corría el riesgo de convertir a aquel primer trabajo en dos casi diferentes, uno dentro del otro. Mientras se realizaba, y a modo de avance, publiqué un resumen, donde sin comprometer futuras aportaciones clave, daba una idea general sobre la originalidad y la fuerza teórica del escritor italiano¹. Ahora, por supuesto, no solo se

INTRODUCCIÓN

confirma todo lo que decía en el artículo, sino que se incrementa muy sustancialmente. Confío en que Struzzi alcance el rango de pensador eminente de la Europa del Seiscientos, al cual tiene todo el derecho por su propio merecimiento; mis humildes glosas solo pretenden resaltar una valía incontestable.

Escribo esta introducción en Bruselas, una ciudad de relieve político y diplomático desde siglos, tan familiar para mí, a la que tanto amó Struzzi y con la que se sintió muy vinculado desde que llegara a ella desde Parma, donde viera la luz, no obstante sus largos años de permanencia en España (exactamente, de 1614 a 1638). Habitó en lo que hoy se considera el corazón de la urbe. Cerca de la Bibliothèque Albert Premier tuvo una residencia, y la otra, en la rue Haute. Durante años transité, ocupado en otros temas, por esos dos lugares, no del todo propicios a evocaciones históricas: aunque la mole contemporánea de la biblioteca ha destruido los testimonios del pasado, la rue Haute, de lo más típico de Bruselas, conserva algunas casas de los siglos XVI y XVII que por fuerza conoció nuestro escritor. Termina en una plaza donde se ubica la severa construcción de Notre Dame de la Chapelle, que contiene el mausoleo del gran Breughel l'Ancien, refugiado en una de esas mansiones que comentamos, donde moriría en 1569; lugar tranquilo del castizo barrio de Les Marolles, en una ciudad que no ha perdido los nervios con su ascensión a capital de Europa. Los azares del destino quisieron que Struzzi tuviese que abandonar los conflictivos Países Bajos para establecerse en Madrid, donde fue enterrado; también el interés constructor ha sentenciado que sus restos desaparecieran con una antigua institución hospitalaria que albergaba a los italianos sin recursos o enfermos en la corte de los Austrias.

El estudio asiduo de su persona, su amplitud de ideas y la proximidad geográfica que involuntariamente nos ha unido, son elementos como para llevar a la simpatía por el personaje. La simpatía no es perjudicial; muy al contrario, facilita la tarea cognoscitiva, ayudando a la comprensión, y en absoluto implica una mayor subjetividad, pues nos abre la puerta a la *empatía*, condición indispensable para un trabajo de este tipo. Me asombra que un historiador se azore cuando se le objeta demostrar afecto por un tema o una persona con los que han convivido intelectualmente, muchas veces, durante años: prime-

1 Echevarría Bacigalupe, "Una original contribución al pensamiento anti-mercantilista", 897-928.

INTRODUCCIÓN

ro, porque tal sentimiento es considerado negativo y criticable, y luego, porque prisionero de los argumentos del crítico, nuestro estudio se lanza a una defensa de una pétrea imperturbabilidad que ni existe ni sería bueno que existiera.

Es, además, un libro que no quiere ser erudito, aunque precise de la erudición para su acabado. Busca efectividad, no está hecho para reforzar el conocimiento por el conocimiento. Los problemas de teoría y política económica que en él se ventilan eran comunes a las gentes de hace tres siglos, a nosotros, y posiblemente, a la sociedad del futuro. Son pues problemas vivos, no meros testimonios curiosos del pasado, solo que poseen, como era de esperar, dimensiones temporales y espaciales distintas.

A través de sus páginas, he querido reunir datos concernientes a la biografía de Alberto Struzzi, a su pensamiento político, y sobre todo, al económico. He abandonado un estudio profundo de la peripécia vital del parmesano; quizá se dé con el tiempo una ocasión propicia, pero por ahora, me centro en las ideas, mucho más importantes que los hechos, y sobre todo, que las anécdotas. En tanto que historiador, me veo en la agradable obligación de entremezclar el pensamiento con su entorno circundante, gracias a lo cual he podido comprenderlo toda con más profundidad. Reservo para otra parte integrar a Struzzi en la corriente vital del tratadismo económico belga; aquí solo he tomado los elementos absolutamente indispensables de aquélla. Aunque de formación italoflamenca, él vivía en Madrid cuando comenzó a escribir y presentar sus arbitrios al rey, por lo que la realidad castellana está omnipresente y motiva buena parte de sus escritos. Estaría pues fuera de lugar un desarrollo extenso y profundo de la coyuntura en los Países Bajos.

Una de las ideas clave que podrán advertirse, es la modernidad de su pensamiento, y la oportunidad perdida al no haberla sabido valorar a su debido tiempo. Struzzi ha hecho que la reflexión sobre el fenómeno económico dé un gran salto; por desgracia, fue un salto en el vacío, porque los escritos se agruparon en legajos, y allí han estado durmiendo varios siglos. Ciertamente que el *Diálogo sobre el Comercio* de 1624 ha gozado de alguna fama, pero solo es una parte, y no exclusivamente la de más relieve. Algo importante que han aprendido los científicos sobre la sociedad, es que el mercado funciona perfectamente, según el decir de Pedro Schwartz². Eso ya lo tenía perfecta-

2 Schwartz Girón, "Hacia una historia del pensamiento económico en España", 16.

INTRODUCCIÓN

mente claro Struzzi. Cuánto camino hubiésemos ahorrado todos de haberle estudiado antes.

Este escritor fue mejorando unas ideas pergeñadas desde al menos 1590, según propia confesión, lo que me reafirma en la idea de que la derrota de la Invencible ha tenido gran efecto en él (1588 es, más allá de toda duda, el punto de partida de un nuevo proceso en la historia del imperialismo español). Esos primitivos barruntos se irán perfeccionando espléndidamente a lo largo de los primeros decenios del siglo XVII, cuando Struzzi ha alcanzado una edad provecta. Es un anciano con ideas nuevas intentando convencer a unos jóvenes con ideas viejas: “Esta monarquía de Vuestra Majestad es poderosísima, a la cual no le hace falta *sino resolución y orden* para que todo el mundo la estimare [subrayado mío]”³. Valor para innovar y racionalidad para que la innovación sea fructífera; ésas son las enseñanzas de Alberto Struzzi. Lo que pasó fue que sus coetáneos entendieron que innovar era revolucionar, y que revolucionar era perder fundamentales intereses creados. Incluso Struzzi, todo un Galileo de la economía, se vio obligado alguna vez a retractarse de algunas de sus afirmaciones, pero a diferencia del genial físico, como estaba convencido de que lo que ha escrito funcionaba, “se movía”, volvió a las andadas. Y eso que hubo de sortear una condena a la hoguera para quienes como él defendían o practicaban la exportación de capitales. Su pertenencia al cuerpo diplomático y el favor de Bruselas le evitaron mayores disgustos. Struzzi no fue amigo de los validos, no podía serlo por convicción más que por cuestiones de amistad o enemistad política. Además, pertenece a la generación que nació y vivió bajo Felipe II y Alejandro Farnesio, poco inclinada a delegar el poder y acostumbrada a los fastos del imperio no obstante las dificultades inherentes a toda posición privilegiada en el concierto internacional. Ejemplar y llamativo es el distanciamiento respecto a Olivares, un renovador como él pero que pretende cambios menos sustanciales y de sentido muy distinto; pronto se vio que no estaban hechos para entenderse. Por dedicación a su cargo y por convicción propia, defendió a capa y espada los intereses de su amado Flandes y el deber de Castilla de perseverar en su defensa y mantenimiento⁴, pero no se le

3 BNM, ms. 10.441, f. 9v.

4 “El principal patrimonio de esta Corona son las diecisiete provincias de los Países Bajos, y como tal, a estos reinos de Castilla toca el defenderlas y sustentarlas”. *Ibidem*, f. 59r.

INTRODUCCIÓN

puede achacar egoísmo de miras, cosa que pocos pueden decir en cualquier tiempo. Struzzi, a diferencia del mercantilismo, en sí tremendamente nacionalista, es un hombre universal, no escribe en realidad para este o aquel lugar o caso concreto, sino que pretende elevar el tema que toca en cualquiera de sus memoriales, a normas básicas de funcionamiento y comportamiento. Quizá sea eso lo que más engrandezca su aportación.

Antes de entrar en ella, desearía reconocer una deuda de gratitud, inextinguible para mí, con diversas personas e instituciones que me ayudaron en esta ardua pero apasionante tarea. Muy en especial, a Lucienne Van Meerbeeck, quien me orientó en la búsqueda de los datos biográficos sobre Struzzi a través del complejo fondo de los Archives Générales du Royaume y de la Bibliothèque Royale bruseleses; sin su autorizada experiencia de archivera, mi labor habría quedado mucho más incompleta. Mi entrañable amigo Robert A. Stradling acompañó los pasos inexpertos de quien esto escribe por los archivos ingleses, evitándome mil y una pérdidas de tiempo, tan valioso cuando se estudia y trabaja en el extranjero. Además, la discusión con él de algunos puntos del pensamiento político struzziano, ha contribuido a aclarar y mejorar mis nociones al respecto. El profesor Marzio A. Romani, conocedor de la Parma de los Farnesio, tuvo la gentileza de ilustrarme sobre el contenido de los archivos locales italianos. Don Antonio Domínguez Ortiz hizo posibles las consultas en la Real Academia de la Historia, y me ha animado siempre a continuar en la tarea. Asimismo, Geoffrey Parker, de la Universidad de Yale, me facilitó algunos documentos sobre el autor de Parma; su figura de historiador perseverante y talentoso es todo un ejemplo para mí. Louis Baeck, de la Universidad de Lovaina, y Hans W. Blom, de la de Rotterdam, mostraron un alto interés por la figura de Struzzi, y me han instado a difundir este libro. Desde el punto de vista material, el despliegue en busca de legajos e impresos ha sido efectuado mediante la ayuda a la investigación que tuvo a bien otorgarme la Subdirección General de Promoción de la Investigación, del Ministerio de Educación y Ciencia. En el mismo sentido, quiero agradecer el generoso patrocinio de Eddy Stols para con este libro, que hizo posible su publicación, así como a la Publicatietecommissie de la Facultad de Letras y a la Commissie voor Publicaties de la Universidad de Lovaina. Termino ya haciendo constar la valiosa ayuda de Werner Thomas, quien se encargó con gran eficiencia de los aspectos materiales de la edición. Confío no haber defraudado

INTRODUCCIÓN

a ninguno de ellos, ni a quienes me leen. Pero por suerte, no soy yo el que ha de determinarlo.

Miguel Angel Echevarría Bacigalupe

1

Datos biográficos

La biografía de Alberto Struzzi se compone de tres momentos bien definidos: su origen y primeros años (todo ello en la ciudad de Parma), su traslado a los Países Bajos Meridionales, y finalmente, el viaje a España en 1614, donde permanecerá hasta su fallecimiento, en 1638. El primero de los momentos nos es en general desconocido; claro que interesa bastante menos, casi diríamos que a título de curiosidad, por haber solamente transcurrido en Italia su infancia y primera juventud. El Struzzi histórico empieza en Bruselas y Amberes, y termina en Madrid. A él vamos a dedicar las siguientes páginas.

Italia, su natura

Que fue de origen italiano, basta con atender a su apellido para constatarlo. Pero que sea napolitano, es algo que no sabemos cómo pudo haberlo inferido el señor Robert S. Smith, en su deficiente artículo sobre Struzzi y Dormer¹. Ciertamente es que en el memorial sobre el comercio ofrece detalles tan concretos sobre la ciudad y reino de Nápoles, que puede decirse que debió conocer aquella región; por otro lado, los Farnesio poseían allí algunos feudos. Con todo, además de las múltiples vinculaciones (familiares, económicas, políticas) que

1 Smith, "Spanish Antimerchantism in the Seventeenth Century", 402.

CAPÍTULO I

le unieron a Parma, consta que vino al mundo en la misma capital del ducado, hijo de Piero Antonio Struzzi². Aunque no se especifica la fecha de su natalicio, por los acontecimientos que le tocó vivir y los que protagonizó, deducimos que rondaría los años cincuenta o primeros sesenta del siglo XVI³. Otro error en que se ha caído consiste en identificarle con la extendida y poderosa familia Strozzi, de origen medieval y florentino, ramificada por toda Italia y aún Europa. Por lo pronto, él siempre utilizó la forma Struzzi, y no Strozzi; preciso es resaltar además que ninguno de los numerosos documentos consultados avala esa adscripción. Así, es lamentable el embrollo creado por algunos historiadores belgas, utilizando las dos variables ambigua e indistintamente⁴. Por desgracia, no hay testimonio alguno de tipo privado en los archivos parmenses sobre nuestro escritor ni su familia, cuyo apellido, dicho sea de paso, tiene sus raíces en el Lacio, y no en el ducado de los Farnesio.

Alberto Struzzi se mueve siempre en el ámbito cortesano; su vinculación con el mundo de los negocios es secundaria. Nunca faltaron hidalgos que utilizaban el comercio como medio de complementar sus rentas feudales, o burgueses que abandonaban parcial o totalmente sus actividades mercantiles para dedicarse a servir en la corte. Sea cual sea el origen socioeconómico de Struzzi, la diplomacia (pública o secreta) ocupó lo principal de sus quehaceres durante toda su vida.

Sin prueba documental alguna directa (pero sí indirecta, como veremos en el asunto de la dedicación del tratadista italiano a la inteligencia secreta), me atrevo a sugerir que Alberto Struzzi pudo haber acompañado al duque de Parma, Alejandro Farnesio, cuando Felipe II le destinó en 1577 a ocupar un puesto en la milicia de los Países Bajos. Salió Farnesio de sus dominios el 5 de diciembre de aquel año con algunas personas de confianza; por lo que sabemos, la deferencia que siempre sintió por Struzzi hace pensar que éste formaría parte de la comitiva. Si esto fue así, tras una breve estancia en Turín, cruza con su señor los Alpes y al cabo de algunas semanas, llega a Flandes. La situación allí no podía ser más crítica, con un ejército rebelde enseñoreado de la casi totalidad del territorio. Segundo de

2 AGRB, PLM, leg. 12, s.f.: “Alberto Struzzi, natural de la ciudad de Parma”.

3 Que sepamos, en los documentos consultados, nunca aludió a su edad concreta. En una carta de 1636 a su socio Charles Le Mesureur, habla de “mon âge, qui est grand” (*ibidem*). Por lo que luego diremos, debía rondar los ochenta años de edad.

4 Lonchay, Cuvelier y Lefèvre, *Correspondance de la Cour d'Espagne*, II, 158–159 y 188.

DATOS BIOGRÁFICOS

don Juan de Austria, gobernador y capitán general, el brillante Farnesio da muestras de una capacidad militar poco frecuente. En sus últimas horas, don Juan le propone como sucesor a Felipe II en el gobierno de los Países Bajos Españoles (o lo que quedaba de ellos), cosa que el soberano aprueba sin hesitación ninguna.

A partir de ahora, empezamos a poseer datos acerca de la estancia de Struzzi en los dominios septentrionales del rey católico.

Flandes, su ventura

La primera referencia que poseemos sobre nuestro biografiado data de 1586, año en el que se le cuenta entre los miembros de la casa ducal en calidad de *Gentilhomme de la Garderobe*, o guardarropa⁵, formando parte de esa brillante y numerosa corte que supo crearse Alejandro Farnesio a base primordialmente de italianos, pero donde también había españoles, flamencos, alemanes, franceses y católicos ingleses. En el 87, le hallamos encargado de procurarse doce banderas de tafetán para las compañías del regimiento valón⁶. Pero sus ocupaciones no son por lo general tan ‘inocentes’; Struzzi es uno de los miembros más destacados de la diplomacia secreta farnesiana, y su actuación en la caída de ciudades clave en poder del rey de España, o en la Jornada de la Invencible, fue básica. Estos años junto a su duque, resultaron decisivos para la formación política, diplomática y hasta económica de Struzzi. La admiración que sintió por Alejandro no tuvo límites, y uno se lo explica. Muchos fueron – salvo el grupo de envidiosos que toda gran persona se crea – los soldados, políticos y cortesanos que consideraron un gran honor haberle servido. El recuerdo emotivo de Farnesio impregna todas las páginas que nos dejara Struzzi, hasta los últimos días de su vida; sin duda algo más joven, nuestro hombre debió haber sufrido una marcada influencia suya, por vía de educación y de ejemplo.

Al cabo de una vida desigual en fortuna pero enormemente intensa, Alejandro Farnesio, calumniado por acusaciones absurdas, caído en desgracia tras el fracaso de la Invencible (sabemos que se le echó la culpa de aquel desastre) y minado por los múltiples combates,

5 AGRB, PEA, leg. 33/4, f. 88v. Documento del 24 de enero de 1586.

6 O'Donnell, *La fuerza de desembarco de la Gran Armada*, 161.

CAPÍTULO I

sucumbió ante las dificultades, falleciendo el 3 de diciembre de 1592⁷. Tras llorar la verdaderamente irreparable pérdida y el vacío dejado por el duque, a Struzzi se le plantea una disyuntiva crucial: ¿seguir en Flandes, o regresar a Parma? La unión afectiva que le ligaba a los Países Bajos era ya tan fuerte, que decidió quedarse allí. Son años un tanto oscuros los de finales del XVI en la vida del escritor. Sabemos que continúa en la corte de Bruselas, bajo Ernesto y los archiduques, y que se cartea con Ranuccio I tras el retorno de éste a Italia. Ranuccio fue hijo y sucesor de Alejandro Farnesio en el ducado de Parma⁸, y aspirante a gobernador general de Flandes. De hecho, entre 1603 y 1614, Struzzi será su representante oficioso ante Alberto e Isabel. Pero las amarras con su país natal han sido cortadas. Además del matrimonio con la descendiente de una importante familia germano-flamenca (los Haller), Struzzi entrega una procuración a diversos abogados para que vendan bienes suyos en Parma⁹, obteniendo poco después un acta de burguesía (*lettre de bourgeoisie*) que le acredita como ciudadano de Bruselas¹⁰. Por si fuera poco, es admitido entre los miembros de la corte; en las cuentas de 1613, figura como gentil-hombre de la casa de Alberto, con un tratamiento de 25.000 maravedís¹¹. Es todo un señor flamenco. Pero el destino iba a depararle un nuevo e inesperado destino: Madrid.

Quizás a instancia del sempiterno conspirador que fue Ranuccio I, pero mucho más probablemente por imperativo de los archiduques, Struzzi realiza en 1614 un viaje a la capital de la monarquía de Felipe III, que resultará en muchos sentidos ser definitivo. Lo más probable es que Alberto e Isabel quisieran tener más de cerca a un observador de confianza para sondear las intenciones del monarca español respecto a la sucesión en Flandes, y para defender los intereses belgas de todo tipo en la Península. Don Felipe, siempre deseoso de recobrar aquellos dominios y secretamente regocijado ante la ausencia de perspectivas de que su hermana y su primo tuvieran hijos, escribió a Spinola sobre el particular en 1614, exigiendo que los parlamentos de

7 No podemos, evidentemente, detenernos en la figura de Parma, tanto más cuanto que la biografía clásica de Van der Essen explicita multitud de detalles a lo largo de sus cinco volúmenes, publicados entre 1933 y 1937.

8 Farnesio tuvo tres hijos: Ranuccio, Margarita y Odoardo.

9 AGRB, PLM, leg. 8, s.f. Procuración de 29 de septiembre de 1603.

10 *Ibidem*, "Lettre de Bourgeoisie" para Alberto Struzzi. Bruselas, 21 de julio de 1604 (redactada en flamenco).

11 AGRB, CC, leg. 1837, f. 108v.

DATOS BIOGRÁFICOS

las diversas provincias le nombrasen sucesor; tras los correspondientes preparativos, la jura se efectuó en 1616 ante el mismo archiduque¹². Por otro lado, la permisividad respecto a los holandeses, exigía dotar de mayores ventajas a los súbditos obedientes; alguien con preparación y experiencia debería velar por ello. Y la cuestión italiana preocupaba seriamente en Bruselas. Estas razones nos explican el tránsito a la corte del rey católico, dando paso a la etapa más penosa en el orden personal, pero más fructífera en el intelectual, del tratadista parmesano.

España, su sepultura

El 12 de septiembre de 1614, Alberto Struzzi parte de Bruselas hacia Madrid. Llega a la capital española el 14 de noviembre¹³, acompañado de un grupo de caballeros y con, entre otros, dos regalos para la real familia que hoy consideraríamos insólitos: un ejército de juguete, y un enano.

Respecto al ejército, constituye la anécdota más conocida – muchas veces, la única – de la biografía struzziiana. No está claro quién era su destinatario; la mayoría de los historiadores dicen que el príncipe heredero don Felipe¹⁴, aunque según Lucienne Van Meerbeeck, gran conocedora de la cuestión por haberla estudiado de cerca, el regalo habría sido pensado en realidad para don Fernando, el futuro cardenal infante, adscrito por su padre a la carrera militar¹⁵. En todo caso, parece que fue Spinola quien ideó el regalo. Reproduce el ejército del archiduque Alberto en Flandes, y se componía de figuritas de madera esculpida, vestidos y armados, a pie y a caballo, jefes, oficiales y soldados, junto con material de artillería, fortificaciones, etc. Como puede pensarse, su fabricación llegó mucho tiempo a sastres, armeros y demás colaboradores; el conjunto fue transportado de Bruselas a Madrid sobre carretas arrastradas por caballos, y desde luego, no fue un asunto fácil. Struzzi dirigió el convoy acompañado por expertos militares. El mismo detalló las características de ese

12 Lefèvre, *Spinola et la Belgique*, 53-54.

13 BNM, ms. 10.441, f. 211.

14 Especialmente, Parker, *El Ejército de Flandes y el Camino Español*, 37.

15 Agradezco este dato a la Sra. Van Meerbeeck, quien a pesar de no haber publicado aún los detalles del curioso juguete, ha tenido la bondad de comunicármelo.

CAPÍTULO I

ejército de figuras en un opúsculo titulado *Imago militiae auspiciis Ambrosii Spinolae*; el ejemplar que posee la Bibliothèque Royale Albert Premier de Bruselas, añade la versión en español: *Imagen de la milicia y de un ejército firme con el favor del marqués Spinola, Maestre de Campo General de Su Magestad en los Estados de Flandes, y con la industria, estudio y cuidado de Alberto Struzzi, Gentilhombre de la Casa de Sus Altezas Serenísimas, y con ayuda de Juan Van der Elst, Gentilhombre de la Artillería, formada, ordenada y compuesta. En Bruselas, por Roger Velpio y Huberto Antonio, Impressores de Sus Altezas, cerca de Palacio, año de 1614*. El pequeño tratado consta de 12 folios¹⁶. En su portada, hay un frontispicio, realizado en oro, que representa a Belona entre Pompeyo y Julio César, sobre un fondo de batalla, todo ello obra de Stephanus Van Schoor. La licencia de impresión data del 10 de junio de ese año. Se diría por sus características que los dos textos, el español y el latino, estaban destinados a venderse conjuntamente.

No es inusual en el XVII el hacer estos regalos; Luis XIII y Luis XIV tuvieron igualmente sus ejércitos de juguete¹⁷, y a buen seguro, otros príncipes de la Europa de entonces. El conjunto, algo molesto por su volumen, fue colocado en una estancia del Alcázar Real¹⁸, tras haber mudado frecuentemente de lugar. Struzzi hubo de reparar algunas partes en 1619. Con todo lo grande que era, sobrevivió hasta la noche del 9 al 10 de julio de 1884, en que un violento incendio terminó con él y con otras joyas históricas que malamente se habían rescatado de los desmanes cometidos durante la Guerra de la Independencia¹⁹.

El enano, destinado al rey por encargo de la infanta doña Isabel Clara Eugenia, llevaba el nombre de Miguel Soplillo²⁰. Aparece en una célebre pintura de Rodrigo de Villandrando junto al príncipe Felipe, quien, ya entronizado, siguió mostrando gran preferencia por

16 Hay dos ejemplares idénticos en la British Library de Londres, y en la Biblioteca Nacional de Madrid. El opúsculo es citado por Peeters-Fontainas, *Bibliographie des impressions espagnoles*, 643.

17 D'Allemagne, *Histoire des jouets*.

18 Madrazo, "Alberto Struzzi y su ejército", 58.

19 Valencia de Don Juan, *Catálogo histórico-descriptivo*, VIII. El conde dirigió los trabajos de restauración de las piezas que sobrevivieron. El lamentable suceso tuvo amplia repercusión en la época. Para medirla, léase *La Ilustración española y americana*, XXVI y XXVII (1884).

20 "Con la dicha máquina, traje al enano Soplillo, que la señora Infanta envió a Su Majestad". BNM, ms. 10.441, f. 209.

DATOS BIOGRÁFICOS

él. Soplillo fue una de las raras personas que mereció la confianza real, hasta el punto de compartir secretos que su amo ni siquiera desvelaba a las personas de su entorno. Debió morir en la década de los cincuenta²¹.

El coste del viaje y del ejército de figuras se eleva a 32.057 florines de Flandes, de los que se le adelantan 18.307 por libranza de 6 de septiembre de 1614, quedándole a deber por consiguiente, 13.750²². Parece que no cobró el resto de su haber, ni los gastos extraordinarios, que corrieron por su cuenta y que detalla en una relación ulterior²³.

Llegado a la corte, poco indicaba que su residencia se fuera a prolongar. Y sin embargo, allí pasará los veinticuatro años que le restaban de vida, salvo hipotéticas ausencias que no hemos detectado y que si las hubo, debieron ser breves. Tras fallecer Alberto en 1621, queda como representante de Isabel Clara, entonces simple gobernadora de los Países Bajos en nombre de Felipe IV. Con su óbito, al acabar 1633, es Aytona quien toma las riendas del poder en espera de don Fernando, el hermano del rey, que llega en el año 34 en olor de triunfo. Struzzi, hasta que no se le revoque el mandato, sigue representando los intereses belgas; finalmente, en 1636 se vuelve a regularizar su situación: a pesar de residir en Madrid, es creado gentilhomme de la casa del cardenal infante²⁴, con unos emolumentos que se calculan en 25 escudos más gages en atención a su categoría, lo que no es excesivo precisamente²⁵.

Halla un Madrid en plena transformación. No tenemos constancia de que dejara memorias personales, pero dada su alta posición, de haberlo hecho, nos hubiera transmitido vivísimas impresiones sobre aquel Madrid capitalino y cambiante, de tan plural significado. Es la corte de los Austrias, con su complicado ceremonial²⁶, con su ambiente de mentideros y con ascensos por encima de los principios, como en todas las cortes que se precien²⁷. Es la capital de la buena y de la mala

21 Stradling, *Philip IV and the Government of Spain*, 324. Igualmente, la obra de Moreno Villa, *Locos, enanos, negros y niños palaciegos*.

22 BNM, ms. 10.441, f. 307.

23 *Ibidem*, f. 309-311. Más detalles de estas cuentas, en AGS, CMC/3, leg. 1824, f. 7. Agradezco a Geoffrey Parker la indicación de este dato.

24 AGRB, SEG, leg. 36, f. 139.

25 AGRB, PLM, leg. 12, s.f.

26 Alvar Ezquerro, "Aspectos de la vida diaria", 91-108.

27 "Allí no es conocido el valor, ni son admitidas las buenas costumbres, ni estimado el vivir bien". Suárez de Figueroa, *El pasajero*, II, 467.

CAPÍTULO 1

vida, según diestramente nos la ha descrito Deleito y Piñuela. Quedo advierte al que quiera escucharle sobre ciertas gentes poco recomendables que habitan la villa²⁸; Liñán y Verdugo publica en 1620 un libro para servir de guía a los inadvertidos forasteros, no sea que se encuentren en problemas²⁹. Es además el Madrid de las fuentes y del aire límpido, el de la Plaza Mayor, inaugurada el mismo año del libro de Liñán; el Madrid de las nuevas calles aparecidas sin orden ni concierto y el de la cerca de 1625, carente de intenciones militares pero no fiscales³⁰. El Madrid, luego, del Buen Retiro, que para placer del rey fue abierto en 1632, del que hoy poseemos noticias detalladas³¹. Y por si fuera poco, hay un Madrid intelectual, el de los artistas, escritores, poetas y autores de memoriales más o menos arbitreros. No obstante lo que precede, a los extranjeros se les antojaba demasiado elemental. “Un campamento para la corte”, lo calificaba lord Roos a comienzos de aquel siglo³². “El pueblo más grande de Europa”, llamó en 1693 William Bromley a la capital de los Austrias³³. Pero desde allí se gobierna medio mundo a través de instituciones que funcionan razonablemente bien, y en ella se sitúa el epicentro de suspensiones de pagos que conmueven a todo el orbe capitalista (o por mejor decir, del capital).

Ambientado en el mundillo cortesano y de la polémica intelectual, es poco probable que Struzzi tuviera tiempo de quedar ocioso. Desconocemos sus hábitos corrientes; como buen italiano, es de suponer que sería puntual en sus deberes, siguiendo la norma de su nación que consistía en levantarse muy de mañana y acostarse temprano, para atender con comodidad las obligaciones de todo legado diplomático³⁴. De relaciones, no podía andar mal. Comenzando por los monarcas, especialmente Felipe IV, que le consulta sobre temas económicos; siguiendo por sus ministros; continuando por embajadores, miembros de Consejos de la monarquía, secretarios, literatos y demás personalidades. Tampoco desdeña la amistad y la compañía de

28 Véanse *Capitulaciones matrimoniales y Lo más corriente en Madrid*.

29 Liñán y Verdugo, *Guía y avisos de forasteros que vienen a la Corte*.

30 Del Corral, *El Madrid de los Austrias*, 71.

31 Brown y Elliott, *Un palacio para el rey*.

32 Shaw Fairman, *España vista por los ingleses*, 86.

33 *Ibidem*, 90. Respecto al papel político y económico de Madrid, ver Ringrose, *Madrid y la economía española*.

34 Esta fama que tenían los nativos de Italia, se refleja en la obra de Suárez de Figueroa, *El pasajero*, II, 581.

DATOS BIOGRÁFICOS

mercaderes y hombres de negocios. Como persona de tronío, un lacayo – borgoñón – le trae y le lleva en coche por Madrid. Por supuesto, le sirven varios criados: Alejo Suárez y María Rodríguez, Jacinta Rodríguez, sobrina de la anterior, más un tal Juan José, que velan por su casa y su salud, atendiéndole solícitamente cuando, enfermo, ingresa en el Hospital de los Italianos. Tiene para su recta conciencia un confesor, el licenciado Chavarría, de la parroquia del Buen Suceso, a la que acuden los individuos de la real casa, y que como otras iglesias, se acompaña de un hospital, llamado de San Andrés, Real de la Corte, o del Buen Suceso; fundado por los Reyes Católicos, estaba ubicado en la Puerta del Sol³⁵.

Ese poco menos que cuarto de siglo pasado en Madrid no parece haber hecho mella en su ánimo. Ha adoptado a Flandes como segunda patria, si no primera, y la corte española se le hace un destierro más o menos bien pagado. Tan tarde como en 1636, en una de las misivas que remite a su amigo y socio Charles Le Mesureur, hace este comentario: reside en España no por gusto, sino por obligación, pues su más ardiente deseo es volver a los Países Bajos³⁶. Y ciertamente, allí había dejado parte primordial de sus bienes, en una casa de Bruselas decorada y amueblada que tuvo que vender, a regañadientes, poco antes de su fallecimiento.

La vida de Struzzi en Madrid es la que podía llevar un viudo del rango nobiliario. Porque nuestro hombre estuvo casado, y dos veces. La primera, con Luisa Haller de Hallerstein, perteneciente a una ilustre familia alemana de Amberes. Miembros destacados de ella fueron Wolff Haller zum Ziegelstein, consejero y chambelán de Carlos V, quien le tuvo siempre en gran estima, pues no en balde hizo financieramente posible, con otros asentistas, su elección³⁷. Su hijo, Wolff Haller von Hallerstein, era representante de los Fugger en Amberes, e igualmente prestó importantes servicios a la misma causa; llegó a consejero del César, y en 1526, a burgomaestre vitalicio en Nuremberg, ciudad de la que era originaria la familia. En 1529 casó con una de las hijas de Cornelius de Logenhagen, prohombre de

35 Los datos sobre sus amistades están en el testamento de 1637. AGRB, PLM, leg. 12, s.f. Tocante a la Parroquia y Hospital del Buen Suceso, ver Molina Campuzano, *Planos de Madrid*, 730.

36 AGRB, PLM, leg. 12, s.f. Carta de 25 de abril de 1636. Habla de “demeurer en Espagne non pour mon contentement particulier, car je ne désire chose tant comme retourner en Flandres”.

37 Ehrenberg, *Le siècle des Fugger*, 43.

CAPÍTULO I

Amberes. Tuvo el cargo de mayordomo mayor de la reina María de Hungría, regente de los Países Bajos, consiguiendo el grado de caballero, al tiempo que servía financieramente a la corte de Bruselas³⁸. De sus hijos, destacan otro Wolff Haller von Hallerstein, tesorero del emperador y comisario de guerra de Flandes bajo Felipe II, Karl Haller y Luisa Haller³⁹, casada como decíamos con Alberto Struzzi en fecha que no hemos podido precisar. Los Haller fueron abandonando sus actividades de banca y préstamos para entrar en la vida cortesana; posiblemente esa circunstancia llevó a nuestro italiano a emparentar con la familia.

Fallece Luisa en una fecha que ronda el cambio de siglo. Struzzi, solo y sin hijos, vislumbra la posibilidad de casarse otra vez. Entre las damas de honor de Isabel Clara Eugenia, se encuentra una tal Dorotea Romeu, a quien escoge por esposa. El matrimonio se celebra en Bruselas en junio de 1612, según nos consta por una felicitación enviada desde Parma⁴⁰. En junio del año siguiente le nace un hijo, apadrinado por Ranuccio I y bautizado mediante poderes por Giovanni Giacinto Ventivoglio. Su felicidad será solo a medias: probablemente a causa del parto, Dorotea Romeu expira días más tarde⁴¹. Desoyendo el consejo que le envía Ranuccio en el sentido de que le sería conveniente un nuevo casamiento, el legado de los archiduques no pasará más por la vicaría. Desconozco cuál fue el destino del joven retoño de Struzzi; aparece de manera tan fugaz en los papeles, que es imposible poder comentar algo a su respecto.

Encargado de los asuntos de Bruselas, siempre animoso para escribir memoriales sobre moneda, sobre industria o sobre comercio, y muy disminuidas sus relaciones con Parma, Alberto Struzzi, aquejado “de enfermedad corporal”⁴², se recluye en el Hospital de los Italianos, llamado también de San Pedro y San Pablo; el cual, fundado en 1598, tenía su fachada a la Carrera de San Jerónimo y a la entonces Calle del Sordo⁴³. Pudo haberse acogido al Hospital Real de San Andrés para los flamencos, fundado en 1606 y situado en la Calle del Soldado,

38 *Ibidem*, 119.

39 *Ibidem*.

40 AGRB, PLM, leg. 11, s.f. Su prima Cecilia Palmia le escribe para darle la enhorabuena: “Da una sua gratissima ho intesso la felice nova del matrimonio con una dama de la Serenissima Infanta quale ho sentito infinito contento”.

41 *Ibidem*, leg. 10, s.f. Carta del secretario Linati, 29 de julio de 1613.

42 *Ibidem*, leg. 12, s.f.

43 Molina Campuzano, *Planos de Madrid*, 733.

DATOS BIOGRÁFICOS

pero había una dificultad insuperable, la pobreza de la institución. Con apenas 244 escudos de renta anual en aquellos tiempos, y descontados los sueldos del administrador, capellán, sacristán y hospitalero, a muy duras penas atendía a unos cuantos enfermos, debiendo enviar al resto al Hospital General⁴⁴. Struzzi, por su patria de nacimiento, es enviado al de los Italianos. Envía por un notario y allí le dicta sus últimas voluntades el 29 de septiembre de 1637⁴⁵. Pide ser enterrado en la iglesia del mismo Hospital, y que se digan 200 misas por su alma inmediatamente tras su muerte; luego, una misa diaria perpetua por él, por sus padres y por Luisa Haller. Nada más al respecto. Quizá la convivencia con Dorotea Romeu fuera demasiado corta como para haberse acordado de ella; su hijo tampoco aparece a lo largo del testamento. Razones tendría Struzzi para silenciarlos, y desde luego, no tenía por qué legárnoslas documentalmente.

El 27 de abril de 1638, la muerte le tomó para sí⁴⁶, a una edad sin duda respetable (debía tener no menos de 80 años). Obedeciendo a su voluntad, se le enterró en la iglesia del Hospital. El cardenal infante y los Países Bajos Meridionales perdieron con ello un valedor de primer orden, y la historia de las ideas económicas, a un destacado representante.

Actividades profesionales

Exceptuando el puesto cortesano de guardarropa, de cuyo comentario nos abstenemos por no venir al caso, la presencia de Struzzi en Flandes (donde manifiesta sus primeras actividades conocidas) se caracteriza en sus primeros años por la adscripción al mundo del espionaje y la diplomacia secreta. Felipe II mantuvo en Flandes una red de inteligencia cuyos detalles nos son desconocidos por falta de estudios⁴⁷, y que lógicamente, se dedicaba a conocer los designios de

44 AGS, SP, leg. 2436, s.f. Los diputados del Hospital Real de San Andrés de los Flamencos al rey; Madrid, 29 de mayo de 1632. En documentos posteriores, hallamos quejas casi idénticas.

45 La copia, de 1640, en AGRB, PLM, leg. 12, s.f.

46 *Ibidem*.

47 O'Donnell, en *La fuerza de desembarco de la Gran Armada*, alude solamente a la existencia de la red de espionaje de Farnesio, pero no le dedica siquiera un epígrafe.

CAPÍTULO I

los enemigos, especialmente los holandeses, y a fines de los años 80, los ingleses. Paralelamente, Alejandro Farnesio mantuvo de su bolsillo un servicio de espías, que utilizó en alguna manera para la toma de decisiones militares y políticas. Ambas organizaciones, como de costumbre, estaban mantenidas a través del fondo de los gastos secretos, y el contraste de sus informaciones llegaba a Madrid. Los avisos que nos han legado, hablan de la información que transmitían⁴⁸; desconocemos en cambio quiénes podían dirigirlas. En el caso de la farnesiana, Struzzi fue un elemento principal por su cualidad de guardarropa, es decir, encargado de distribuir los aludidos gastos secretos.

En 1588, Alejandro Farnesio señala en un informe que su guardarropa ha venido efectuando grandes servicios en el ámbito de la diplomacia secreta desde diez años atrás, a la vez que indica que piensa utilizarle para la próxima Jornada de Inglaterra⁴⁹. Destacaremos la reunión que tuvo con el duque de Anjou en 1583, abortando una campaña de este príncipe contra los Países Bajos. Pero el éxito verdaderamente sonado de estos años, fue la rendición de la ciudad de Brujas en 1584. Estos y otros logros se mencionan de forma expresa en un informe posterior a 1614, titulado *Avertissement sur les provisions de l'argent pour l'armée et pour autres choses qui en dépendent*⁵⁰. Si en las conversaciones para rendir la ciudad de Gante, el capitán español Segura llevó la voz principal, a Alberto Struzzi le cupo el honor de haber dirigido la de Brujas. El señor de ésta, Charles de Croy (príncipe de Chimay, futuro duque de Aarschot), se hallaba en desavenencia con Guillermo de Orange y deseaba hacer de su ciudad una entidad política independiente. Su transigencia en materia de religión hizo que, apenas avisado de las conversaciones de Gante y de las condiciones favorables que el de Parma estaba concediendo a todas las villas que se iban rindiendo a su autoridad, deseara entablar diálogo con Farnesio. Struzzi fue enviado por su señor para iniciar los primeros contactos, que hizo con d'Ennetieres, secretario del príncipe de Chimay, aunque el documento que utilizamos no indica de quién fue verdaderamente la primera iniciativa de acercamiento, si del bando español o del de Brujas. Tras el éxito de las conversaciones, el señor de la ciudad envió a algunos emisarios a

48 Sobre el mundo de la información, Echevarría Bacigalupe, *La diplomacia secreta*.

49 AGRB, PLM, leg. 9, s.f. Informe de 1 de junio de 1588.

50 BRB, ms. 15.436-53.

DATOS BIOGRÁFICOS

Tournai, residencia del gobernador general de Flandes, donde coincidieron con los enviados ganteses. Tras los tiras y aflojas de rigor en toda conversación diplomática, Farnesio impuso a ambas ciudades los mismos puntos del Tratado de Arras, mostrando pues indudable moderación y deseos de poner fin a la guerra. Por fin, el 20 de mayo de 1584 firmaron solemnemente el acuerdo, y Brujas se reconcilió con el rey Felipe II. Tanto por la habilidad de Struzzi como por la tolerancia de Farnesio y por el deseo belga de terminar la contienda, la ciudad obtuvo unas condiciones mucho más ventajosas que las de Gante, que prefirió romper el diálogo y solo se rindió tras ulteriores acciones militares.

Otro éxito del generalísimo italiano fue la captación “por medios secretos y convenientes” del coronel Stanley, que entregó Deventer a los españoles el 28 de enero de 1587⁵¹. Posteriormente, Farnesio negocia por medio de sus agentes de inteligencia un posible arreglo con Isabel I de Inglaterra, para lo cual envía a algunos de ellos a las islas⁵². En abril de 1588 llegan emisarios ingleses a Flandes, reuniéndose en Ostende con la delegación española, dirigida por el secretario Garnier⁵³ y compuesta por hombres de confianza del duque de Parma. Durante la expedición frustrada a Inglaterra, Struzzi siguió jugando un papel señero, manteniéndose en contacto con Hugo Owen, católico inglés refugiado en los Países Bajos que poseía contactos secretos en su país natal⁵⁴. Sabemos la gran entrega de nuestro tratadista a esta misión, aunque desgraciadamente, como suele ser el caso, no poseamos detalles de sus actos, por elementales razones de seguridad. La amistad entre Owen y Struzzi continuó con el tiempo, y este último recomendó a su colega inglés ante Ranuccio I con motivo de su viaje a tierras parmesanas en 1610⁵⁵.

Struzzi mantuvo siempre muy buenas relaciones con Ranuccio I (1569-1622), cuarto duque de Parma. Destacó sobremanera en las guerras de Flandes al lado de Alejandro, su padre. Hombre intransigente, brutal cuando hizo falta, de marcada sensualidad, cautivado por la alquimia y todo lo oculto, se vio a sí mismo como un prisionero

51 O'Donnell, *La fuerza de desembarco de la Gran Armada*, 250.

52 AGS, Estado, leg. 592, f. 7 y 19.

53 *Ibidem*, f. 53v.; AGRB, MD, leg. 19, f. 76.

54 Para Owen y los súbditos católicos de Isabel I, ver Lechat, *Les réfugiés anglais dans les Pays-Bas espagnols*. También la aportación de Kamen y Pérez, *La imagen internacional de la España de Felipe II*.

55 AGRB, PLM, leg. 9, s.f.

CAPÍTULO I

dentro de un Estado demasiado pequeño para sus merecimientos. Además, la familia Farnesio arrastraba en Italia el sambenito de recién llegados, de ‘parvenus’ en el mundillo de la nobleza peninsular. Todo esto le impulsó a la pretensión de heredar el cargo de gobernador general, conspirando intensamente para lograrlo, pero como sabemos, sin éxito. Los agentes y ministros en la corte de Madrid y Bruselas (entre ellos, Struzzi, evidentemente) le informaban de las oportunidades de hacerse con el poder en los Países Bajos. Desgraciadamente, el rey de España no consideraba su persona con buenos ojos; ya en vida de Alejandro, se creyó en la corte española que Ranuccio iba a contraer matrimonio con Arabella Stuart, heredera del trono inglés⁵⁶, provocando el disgusto del Prudente. Los rumores del traslado de Alberto desde Flandes a Portugal, suscitan nuevas intrigas de Ranuccio, que moviliza a los peones necesarios en 1600 para favorecer su candidatura⁵⁷. A partir de 1604, vuelven los rumores sobre su nombramiento para el gobierno de los Países Bajos Españoles⁵⁸; en 1614, una indisposición del archiduque reaviva sus nunca apagados deseos, viéndose ya en Bruselas como delegado de Felipe III⁵⁹. Tampoco miró con malos ojos un puesto en Portugal; ni siquiera echó en saco roto entronizarse monarca de Albania cuando alguien se lo propuso.

Struzzi fue, como dijimos más arriba, representante oficioso de Ranuccio I ante los archiduques de 1603 a 1614, tarea que heredó de Cosimo Masi, antiguo secretario de Alejandro Farnesio. La correspondencia entre ambos, de la que han quedado cartas entre 1606 y 1614⁶⁰, nos ilustra claramente sobre las ambiciones políticas del duque; las paso por alto, al ser ésta una biografía de carácter general y sin ambiciones de profundizar en la historia política. No poseemos desgraciadamente las de Struzzi, solo las de Ranuccio y las de su secretario Linati. Como era de esperar, tienen relación con los afanes de aquél respecto a Flandes. Destacaremos de ellas el deseo de reivindicar la memoria de Alejandro Farnesio, que impele a su hijo a mandar escribir una relación exculpatoria de las múltiples acusacio-

56 Fernández Segado, “Alejandro Farnesio ante los planes de la Empresa de Inglaterra”, 161.

57 Fondos de los Archivos Farnesianos de Nápoles, glosados por Pérez Bustamante, *La correspondencia diplomática*, 27.

58 *Ibidem*, 30.

59 *Ibidem*, 38.

60 AGRB, PLM, leg. 10, s.f.

DATOS BIOGRÁFICOS

nes que se hicieron al gran general. Escribe a Struzzi en este sentido, y éste se dirige a uno de los más nombrados humanistas que señoreaban la vida intelectual belga de comienzos del XVII, Erycius Puteanus. Posiblemente se encuentre aquí el origen de la sólida amistad que hubo entre el profesor de Lovaina y el representante del duque de Parma. Aquel panegírico de Alejandro Farnesio no llegó a realizarse; a pesar de prometer ayuda documental y financiera, Ranuccio incumplió ambos compromisos, por lo que la empresa hubo de ser abandonada.

El resto de cartas se refiere a la defensa de los intereses parmesanos en Bélgica, tanto los diplomáticos como los relativos a las tropas del ducado que servían en los tercios. Struzzi fue el defensor de soldados y oficiales compatriotas suyos, ejerciendo de intermediario entre ellos y las autoridades del país, repatriando a los licenciados y sirviendo a veces de ejecutor testamentario. Gracias a él, un protegido de Ranuccio llamado Alessandro Ceteroli, logró entrar en el Consejo de Guerra flamenco, sin duda para favorecer las pretensiones de su señor⁶¹; nuestro biografiado se encargó de que encontrara buena acogida en Bruselas, preparando todo lo relativo a su estancia y desenvolvimiento de sus nuevas obligaciones (habitación, servidores, introducción de Ceteroli en la corte de los archiduques, dádivas a belgas y españoles de peso en el mundillo político para que le favorecieran, etc.) Los gastos ocasionados, que Struzzi pagó de sus haberes, le fueron reembolsados en las ferias de Piacenza.

También se encargó de exportar productos de Flandes a Parma y a la inversa, pero por motivaciones políticas, diplomáticas y militares, que no comerciales: tejidos, salazones, queso parmesano, libros, cuadros, etc. Es preciso resaltar el interés que puso, por orden del duque, en atraer hacia Parma a ingenieros y artilleros (Ranuccio I fomentó las construcciones tanto públicas como militares, y creó en 1615 un cuerpo de artillería); además, Struzzi favoreció las exportaciones desde los Países Bajos de grandes cantidades de plomo para la fabricación de cañones en Parma. En otro orden, sirvió de intermediario entre Ranuccio y el duque de Arenberg para el intercambio recíproco de animales, plantas y objetos de arte. De todas las actividades reseñadas, obtuvo unas cantidades por comisión que no fueron nada desdeñables.

61 *Ibidem*.

CAPÍTULO 1

Por desgracia, el ‘peso político’ de Parma era muy pequeño a los ojos de Madrid. Ciertamente es que desde tiempos de Alejandro se hizo buen cliente de los Países Bajos, especialmente en lo que se refiere al trigo⁶²; no menos verdad es que la reacción absolutista de Ranuccio llevó al cadalso en 1612 a los miembros de familias nobles opositoras, terminando así un largo proceso hacia el absolutismo⁶³ y ganándose las simpatías españolas – Struzzi tuvo mucho que ver en todo esto –, pero el pequeño estado que era, en poco quitó el sueño del Rey Católico. Como dijera Anthony Sherley, solo podía servir de ornato; aliarse a él, a Mantua, Urbino, Lucca o Mirandula, era más cuestión “de cortesía y de ostentación que efectivo”⁶⁴. Por ello, España se limitó a vigilar las andanzas del duque, evitando que pasara a aliarse con otros estados enemigos o dudosos, como Venecia y Saboya, y que sus ambiciones en Italia y Alemania quedaran frustradas⁶⁵. Como no podía hacer otra cosa, y como nunca renunció a sus designios políticos, Ranuccio prefirió mantener la amistad de Felipe III. Tras su muerte y el acceso de Odoardo, la política del ducado fluctuó. Cuando Richelieu ayuda en 1625 a Venecia y a Saboya, Madrid todavía puede contar con el apoyo de Parma, Toscana, Módena, Génova y Lucca. Pero en los años treinta, el ducado figura entre las potencias sospechosas (por no decir hostiles) a Felipe IV; de hecho, con la declaración francesa de guerra a España en 1635, Parma se pondrá del lado de Luis XIII⁶⁶, cambiando otra vez de bando al año siguiente por la habilidad del marqués de Leganés, esto también hay que decirlo. Mas en esas horas, tiempo ha que Struzzi se mantiene alejado de la política de su patria, en una corte madrileña para la que Flandes constituye su primera preocupación.

El autor italiano mantuvo relaciones con otros personajes de la época. Destaquemos sus contactos con Guillén de San Clemente, embajador de España ante el Imperio desde 1581 hasta su fallecimiento en Viena el 3 de septiembre de 1608. Cuando viajó a Alemania en 1601 y 1602 para arreglar la cuestión de las deudas de su esposa Luisa Haller, Struzzi coincidió con San Clemente, y parece que la amistad fue duradera; al menos, lo deducimos de los envíos que el

62 Romani, “Finanza pubblica e finanze del principe”, 188.

63 *Ibidem*, 191.

64 Sherley, *Peso político de todo el mundo*, 16.

65 Pérez Bustamante, *La correspondencia diplomática*, 42.

66 Fernández Álvarez, “La misión de Fulvio Testi”, 94–95.

DATOS BIOGRÁFICOS

italiano efectúa a Praga : candelabros, tapicerías, cuadros de alto valor para la galería privada del embajador, y otros objetos suntuarios⁶⁷.

Se correspondía por carta con el cardenal Farnesio, hermano de Ranuccio I; hemos conservado las misivas de los años 1608 y 1609⁶⁸. Tienen relación con datos de orden privado, fuera de nuestro propósito.

Con su llegada a España en calidad de representante de los archiduques, las puertas de la corte se abren para él, no solo por su dignidad oficial, sino por su inteligencia y aptitudes. Ya no es el portavoz de un minúsculo estado italiano, sino el delegado de unos príncipes de la real casa, señores de unos dominios que el rey de España ambiciona para si y sobre los que no pierde la vista. Felipe III pero sobre todo Felipe IV y sus respectivos ministros, parecen escuchar a este diplomático experimentado, mano derecha de Alejandro Farnesio, gran conocedor de los problemas del norte de Europa y de los entresijos de la práctica – no ciencia todavía – económica. Sus memoriales corren por la corte de mano en mano; su diálogo sobre el comercio goza de la misma suerte, y las mismas Cortes castellanas encargan a Luis Sánchez de su impresión y reimpresión. Cuando la crisis de finales de los veinte toque fondo, el soberano mandará que un miembro de palacio visite la casa de Struzzi, para pedirle consejo acerca de cómo salir del monumental atolladero en que se encuentra la monarquía. No se puede decir, por lo tanto, que nuestro hombre llevara una vida oscura en Madrid.

Un aspecto hasta el presente desconocido en el tratadista, es el mercantil e industrial. De ello, poseemos un curioso testimonio en el año 1613. El 7 de diciembre se escritura en Bruselas ante Hubert Melijn, notario de los archiduques, y con los testigos correspondientes, la constitución de una compañía formada por tres personas: Alessandro Bonaventura, Bernardo Coromeo y Alberto Struzzi⁶⁹. Bonaventura, natural de Roma, residía en Amberes; en cuanto a Coromeo, era auditor del ejército. El promotor de la asociación fue Bonaventura, quien ya había entregado un arbitrio (*sic* en el documento) al rey de Francia para obtener dinero aprovechando vigas, ladrillos y otros cualesquier materiales de construcción de edificios abandonados (casas, castillos, etc.), negocio que pretende establecer

67 AGRB, PLM, leg. 9, s.f.

68 *Ibidem*, leg. 10, s.f.

69 *Ibidem*, leg. 12, s.f.

CAPÍTULO I

en Flandes. Asimismo, piensa ampliarlo con la distribución de sal italiana refinada (asunto que trató ya en las Provincias Unidas), el azúcar americano que se introduciría en Italia, y el vino alemán. Según consta en el documento, Struzzi y Coromeo le han dado asistencia y dinero, por lo cual, el reparto de las futuras utilidades o pérdidas habrá de hacerse de la siguiente manera: el 50% para Bonaventura, y la otra mitad, a dividirse entre los otros dos socios, y por el tiempo que durare la asociación – en principio, indefinida –. El otorgante de la escritura se obliga y responde ilimitadamente con su persona y bienes raíces habidos y por haber. Interesante fórmula asociativa, típica de un momento en el que la *commenda* medieval está siendo sustituida por nuevas formas, como ésta.

Pasemos a la descripción de lo que se confiaba fuese un espléndido negocio. Respecto a los materiales de derribo, nada más se especifica. En cuanto a la sal, confía Bonaventura en una memoria⁷⁰, que el gran consumo efectuado en las provincias católicas, especialmente en Amberes (250.000 sacos anuales) y a través de ella, en las restantes ciudades de importancia, como Gante – con 180.000 sacos al año de consumo –, Bruselas, Diest, Lier, etc. En cuanto a la fuente productora, se ha pensado en los Estados Pontificios (Bonaventura es romano), que obtienen una sal de gran calidad. El promotor se compromete a instalar los elementos de refino y a llevar operarios especializados. Ofrece a la Cámara Pontificia 20.000 escudos anuales más de los que ofrecen los otros licitadores de las salinas; a cambio, pide un monopolio de 25 años para sí y sus herederos⁷¹.

Acompaña el todo una consideración sobre los efectos benéficos de la sal en el cuerpo humano y la utilidad industrial del producto, además de los ingresos a obtener por su transporte y venta. Es evidente que el romano y sus socios piensan en la posible sustitución del monopolio holandés de la sal en Flandes; como es sabido, desde fines del XVI, los marinos y comerciantes de las Provincias Unidas se han adentrado en el Mediterráneo y han ido al otro lado del Atlántico, compitiendo seriamente con España, sus aliados y sus posesiones de la monarquía⁷².

70 *Ibidem*.

71 “Maestri ed operarii periti”. En la memoria titulada *Capitoli che si propongono per concludere e stabile il nuovo negotio del sale nello Stato di S^a Chiesa*. *Ibidem*.

72 Mauro, *Le Portugal et l'Atlantique*, 273–274.

DATOS BIOGRÁFICOS

Las buenas intenciones del trío se ven frenadas por la Cámara. Allí contaba Struzzi con un aliado, el cardenal Lancellatti, quien transmite al comisario pontificio unas muestras de sal, junto a la memoria aludida. La respuesta del organismo, por vía igualmente de Lancellatti, es desalentadora⁷³. De las 530 libras por cada rubbio romano de sal (= 294 litros), solo se obtienen 430 libras; la pérdida en el proceso de refinado es pues considerable incluso en el mejor de los casos. Además, se encarecerá mucho con su transformación, porque la sal de los Estados de la Iglesia es muy impura al contener gran cantidad de fango, y es probable que por consiguiente ni siquiera se obtengan las 430 libras aludidas. La sal de España es de mucha mejor calidad que la romana, y la competencia sería muy dura de soportar. Finalmente, la amenaza de corsarios y piratas exige que los talleres de refinado se instalen en el interior, de modo que a los costes normales habría que añadir uno suplementario, el del transporte hasta el mar.

Añade Bonaventura un arbitrio para la salida del vino fuera de Alemania⁷⁴, sin hallar respuesta. Inasequible al desaliento, presentará días después el proyecto del azúcar americano, a refinar igualmente en los Estados de la Iglesia⁷⁵, de modo que pueda competir sin dificultades con el de Venecia tanto en calidad como en precio. Nada de esto fue aceptado por los escépticos delegados del Papa. El fracaso y la salida de uno de los socios para Madrid dan fe del término de la compañía.

Citamos, por último y en otro orden de cosas, la asociación que ligaba a Alberto Struzzi con Charles Le Mesureur, procurador en Flandes de varias familias, además de representante jurídico, amigo y con el tiempo acreedor del italiano, según veremos ulteriormente⁷⁶.

Riqueza y pobreza

Por falta de libros de contabilidad, pública o privada, carecemos de los datos suficientes como para establecer una marcha general de la

73 *Avvertimenti per il negotio del sale*. AGBR, PLM, leg. 12, s.f.

74 *Ibidem*.

75 *Ibidem*.

76 *Ibidem*, leg. 11, s.f. Años 1608 a 1646.

CAPÍTULO 1

hacienda de Alberto Struzzi, salvo al final de su vida. Por ello, elaboraremos este apartado a base de los datos que el tiempo nos ha legado.

Aparece claramente una conclusión: hasta 1614, nuestro hombre vive en la abundancia, pero desde su llegada a España, gastos no reembolsados y pagos impuntuales o sin realizar darán al traste con la situación financiera del representante de los archiduques. Recuerda mucho a casos similares de diplomáticos de Felipe III y Felipe IV⁷⁷, lo que refuerza nuestra convicción sobre las dificultades e inconvenientes de ser embajador de un príncipe absoluto.

Uno de los hechos más llamativos es la insistencia con que reclama una deuda del estado respecto a Wolff Haller, padre de su primera esposa. El asunto se arrastra desde mediados del XVI. Wolff (Lope, en los documentos españoles) Haller von Hallerstein, caballero que sirvió a Carlos V y que fue mayordomo mayor de la reina María de Hungría, gobernadora de los Países Bajos, prestó bajo palabra en 1556 al rey Felipe de España la suma de 35.969 florines de a 20 placas⁷⁸, destinados a la guerra contra Francia. A cambio, el Consejo de Finanzas le extiende cartas patentes y una libranza por el valor de la referida suma, que habrían de pagar los recibidores de Lille y Amberes, con los intereses correspondientes. Como los recibidores no pudieron satisfacer ni el principal ni los réditos, prometió el rey pagar en un momento más oportuno, conservando la deuda el carácter de flotante; las guerras continuas han impedido su cobro. Karl Haller, cuñado de Struzzi y heredero del adeudo, presentó en 1590 un memorial solicitando el reembolso, pero no fue atendido. Tras su muerte, su hermana Luisa pasó a titular, y por lo mismo, lo hizo Struzzi “con el poder que tiene de gobernar sus bienes”⁷⁹. Ni en Lille, ni en Amberes, ni en Bruselas, ni en Madrid: cobrar los 35.969 florines constituirá una tarea imposible. En el momento de su óbito, aún se le quedan debiendo. Y no es por falta de interés; los fondos documentales consultados están repletos de solicitudes que van de comienzos de siglo hasta 1637. Tampoco sirven las recomendaciones de gentes de peso. En 1614, el archiduque Alberto quiebra una lanza a favor de su protegido y escribe para que se abone la deuda de Luisa Haller⁸⁰;

77 Echevarría Bacigalupe, *La diplomacia secreta*, capítulos IV a VII.

78 En otros documentos aparece la misma cantidad, pero en placas de 40 gruesos. BNM, ms. 10.441, f. 8 y ss.

79 AGBR, PLM, leg. 11, s.f.

80 AGBR, SEG, leg. 182, f. 108.

DATOS BIOGRÁFICOS

lo mismo hace respecto a Felipe III en carta de 3 de noviembre de 1618⁸¹, en vista del nulo eco que obtuvo cuatro años antes su diligencia, y aprovechando quizá el Medio General que siguió a la suspensión del año 17. Una copia de la misma carta va a parar a manos del duque del Infantado, del conde de Salazar y del duque de Lerma; es de imaginar que este último estaría para pocas recomendaciones, porque bastante tenía con salvarse a sí mismo.

La escasa consideración de la corona española para con sus antiguos asentistas alemanes queda al descubierto una vez más. Ni siquiera los fieles compañeros de las primeras horas de la lucha por el dominio de Europa quedan al margen, aun ocupando cargos palatinos, como los Haller. Desde la elección imperial hasta el constante aprieto de Carlos V ya entronizado, halla solución en momentos difíciles gracias al aporte de los Haller, tanto por sí mismos como por su calidad de intermediarios de los Fugger en Amberes. Empréstitos de 124.000 y 150.000 ducados entregados al César eran corrientes entre los documentos contables de los banqueros de Nuremberg⁸². Numerosos ejemplos atestiguan la gratitud imperial hacia el leal Haller; Felipe II menudeará testimonios similares. Cargos y prebendas tratan de compensar el incumplimiento de algunas deudas⁸³. Tras la conversión de los asentistas en cortesanos, y a raíz de la quiebra de 1557, se atenúan hasta desaparecer las intervenciones de la familia en la hacienda del rey católico, si no es para reclamar lo que se les debita.

Lejos de nuestra intención sugerir que es un caso aparte. Para darnos una idea de que esto no fue así, todavía en 1663 aparece un escrito de los Fugger pidiendo se les devuelvan los bienes en España, a la vez que se recuerdan en él los servicios prestados desde tiempos de Carlos V⁸⁴.

Tocante a la fortuna personal de Alberto Struzzi, los préstamos que efectuó a diversas figuras del mundo político y diplomático de entonces, ya han sido reseñados. Añadir a ellos las gruesas cantidades que Ottavio Myrto Frangipani quedó debiéndole del tiempo de su nunciatura en Bruselas, y que a su muerte en 1612 no habían sido

81 *Ibidem*.

82 Shick, *Jacobo Fúcar*, 267. También Carande, *Carlos V y sus banqueros*, III, 246.

83 Ehrenberg, *Le siècle des Fugger*, 118–119.

84 Voltes Bou, “Aportación a la historia de las operaciones de los Fugger en España”, 38.

CAPÍTULO I

satisfechas⁸⁵. No es menos cierto que su intermediación entre Ranucio y la corte le Bruselas le valió ganancias importantes.

Los problemas, como decíamos, llegan con el traslado a España. No obstante haber dejado la gestión de sus intereses en manos amigas, los gastos superan a unos ingresos que tardan en hacerse efectivos. De septiembre de 1614, en que partió para Madrid, hasta septiembre de 1618, llevó gastados 34.597 florines (suma considerable), de los que solo se le han abonado 8.600, por lo que el estado aún le es deudor de 25.997 florines⁸⁶, si bien Felipe III ha pagado durante dos años los gastos de comida y alquiler de la casa donde residen él y su séquito, y que ascienden a cerca de 6.000 ducados (de 18 a 20.000 florines) que el oficial no carga en la cuenta de Struzzi⁸⁷, pero que amortiguan el débito.

Para 1616, y según da fe un documento adjunto en italiano, la herencia recibida por Luisa Haller de sus bienes en Nuremberg y Bruselas, y poseída conjuntamente con su marido, asciende a 66.078 florines⁸⁸; como fortuna es media, tirando a mediocre. Pero suficiente, unido a sus haberes propios, como para sobrevivir con holgura e incluso concertar un asiento en 1621 con la corona, quien, siempre lenta en cumplir sus compromisos, le entrega en 1634 por ese concepto 2.942 ducados. En la misma ocasión, percibe los atrasos de su entretenimiento en Flandes desde 1621 a 1634, que ascienden a 3.749 ducados⁸⁹, todo ello pagado con el producto de las rentas obtenidas en las fincas reales, las hierbas de las Ordenes Militares, las deudas extraordinarias y el producto de los millones. Apoyó constantemente a Juan Curcio en sus años de establecimiento de los altos hornos en Santander, pagando todas sus deudas e incluso sacándole de la cárcel en una ocasión, sin que sus desvelos financieros fueran recompensados; esto causó el que se entrampara con el asentista real García de Yllán⁹⁰. Todo lo cual nos está confirmando la impresión de que Struz-

85 AGRB, PEA, leg. 247, f. 173, 231 y 240v.

86 AGRB, PLM, leg. 12, s.f.

87 *Ibidem*.

88 *Ibidem*. Documento de septiembre de 1618.

89 AGRB, SEG, leg. 36, f. 139.

90 AGRB, PLM, leg. 12, s.f. En cuanto al dinero del licenciado García de Yllán, todavía no se lo había devuelto en 1636 por carecer de haberes y serle imposible compensar apelando a Segerio Van Dort, deudor suyo, que se niega una y otra vez a devolverlo el préstamo.

DATOS BIOGRÁFICOS

zi, más que carecer, es impuntualmente abonado, y eso le induce forzosamente a empeñarse sobre futuros y propiedades.

Dentro del estado financiero de su vida en la corte, y como nuevo y definitivo testimonio de lo que acabamos de decir, hemos reconstruido la contabilidad que nos deja en el testamento de 1637. Sumariamente, y evaluando en florines, nos hallamos con esta situación⁹¹:

DEBE

Honorarios Charles Le Measureur . . .	6.600
Conseil des Finances de Bruselas . . .	15.354
Monte de piedad de Bruselas	1.412
Deudos a diversos, en Madrid	300
Total Debe	23.666

HABER

Marquesa de Malaspina	4.500
Principal de un préstamo	192.500
Principal de Luisa Haller	100.474
Letra de cambio	35.969
Total Haber	333.443
SALDO ACREEDOR	309.777

Quiero recordar que los haberes de Struzzi aquí asentados están por cobrar. Además, no aparecen partidas que deberían estar acreditadas (como el sueldo en calidad de mandatario del cardenal infante), mientras que otras deudas no se especifican; finalmente, ciertos débitos y mandas se confunden al no desglosarse a veces con precisión. Pero con todo, este tipo de conceptos no sobrepasan los 2.300 florines, que en nada desequilibran las cuentas, como podrá comprobarse. El superávit de Struzzi es obviamente abrumador.

Por desgracia, eso no implica dinero contante y sonante. Ni como acreedor ni como deudor percibe suma tangible alguna. Vive del aire (que diría Cellorigo), como lo hicieron muchos, solo que éstos a la inversa: plagados de facturas sin pagar y sin recursos. Pero en definitiva, parecer y no ser, o no tener, vienen a igualarse.

Desmenuzando algunas partidas para darnos una idea más detallada de su hacienda, a Carlos Le Measureur le debía el salario desde

91 *Ibidem.*

CAPÍTULO I

el día en que marchó de Bruselas, a razón de 300 florines anuales; para compensar, Struzzi traspasa en el testamento la deuda de la marquesa de Malaspina a su procurador y socio. Entre el Debe, se encuentra el dueño de la casa en que vive, alguno de sus criados, cierto número de mercaderes, miembros de Consejos de la monarquía, etc. “Je n’ai pas de lit pour dormir qui soit mien ni une chaise, seulement le tout emprunté”, confiesa a Le Mesureur⁹². Paradójica situación la del representante de Flandes. Necesitado de juntar dinero líquido y harto de subterfugios, decide en 1636 la venta de objetos acumulados en su hogar de Bruselas, dando las órdenes al respecto⁹³.

Una última cuestión, al socaire de lo que decimos: ¿qué bienes de fortuna poseía nuestro diplomático entre muebles e inmuebles? Podemos contestar a esto. Luisa Haller había heredado de sus padres dos casas en Bruselas. Una estaba ubicada en la rue Haute (la calle existe aún con el mismo nombre); la otra, más importante, en el barrio de La Cour, rue du Musée, y que había pertenecido a Wolff Haller desde 1533. Fue demolida en 1875 para construir una biblioteca que más tarde devendría la Bibliothèque Royale Albert Premier. Desmarez nos da una descripción del lugar en su libro sobre la Bruselas antigua⁹⁴. En 1622, una de las casas se pone en venta; desgraciadamente, no sabemos cuál, pero todo indica que debió ser la que hemos aludido en primer lugar. Nos consta el nombre del comprador, un tal capitán Suero, o Zuero, y parece por testimonio del mismo Struzzi, que no la apreciaba demasiado⁹⁵. Muy diferente será su actitud ante la cesión de la segunda, en 1637. La hizo tasar en 1618 por 24.000 florines, y venía percibiendo por su alquiler 2.000 florines. Sin embargo, el que la mansión fuera vendida por menos de la mitad de su valor, arranca protestas de Struzzi ante el socio de Bruselas⁹⁶.

Los objetos que las decoraban fueron por lo general de calidad. Para dar una idea genérica, y apoyándonos en un inventario y en la lista confeccionada por los peritadores oficiales de Bruselas⁹⁷, mencionaremos en primer lugar los numerosos objetos de oro y plata que

92 *Ibidem*. Struzzi a Le Mesureur, 25 de abril de 1636.

93 *Ibidem*.

94 Desmarez, *Le vieux Bruxelles*, ver Láminas.

95 “No pretendo ni por el pensamiento la dicha casa, porque no la tengo menester, y cuando lo tuviese, tampoco no haría diligencia para ella”. AGRB, PLM, leg. 12, s.f. Struzzi a Le Mesureur, 15 de julio de 1622.

96 *Ibidem*.

97 *Ibidem*.

DATOS BIOGRÁFICOS

posee – como es sabido, solían utilizarse a modo de reserva de valor, y como índice de categoría social –: saleros, una taza, una porcelana dorada, libros guarnecidos, pendientes, custodias, sortijas y anillos, pasamanos, un cáliz, un relicario, etc. Junto a los metales preciosos, las piedras: diamantes, turquesas, rubíes y esmeraldas, algunas de ellas engastadas en joyas. Se suman los vestidos que poseyeron sus dos esposas, de notable valor como correspondía a damas de alcurnia, en donde destacan materiales como el terciopelo y el armiño.

Su gusto por la pintura se refleja en una abundante colección de cuadros de todos géneros y estilos. Paralelamente, los muebles y algunos objetos de decoración no podían faltar; con todo lo demás, fueron subastados en el año 36. Imaginamos que en algo ayudó el dinero obtenido de esta venta para calmar un tanto los apremios pecuniarios de Struzzi en sus últimos meses de vida.

Aspectos intelectuales

Un hombre estudioso y sensible se retrata indeleblemente a través de sus amigos, sus lecturas y su gusto por las artes. Bruselas nos ha deparado la posibilidad de conocer al Struzzi intelectual; aprovechemos la ocasión de ampliar nuestro saber acerca de su persona.

En cuanto a amigos, el hombre de mundo que fue, tropezó con todo tipo de caracteres y talentos. La variada actividad intelectual del Flandes que le tocó vivir se refleja, entre otras, en la actividad filosófica y humanística, bien resumida por Henri Pirenne⁹⁸. De entre los pensadores y eruditos de primera línea, forzoso resulta aludir a Justo Lipsio. No podemos aportar pruebas de que Struzzi le conociese, pero no sería nada extraño, tanto por coincidencia generacional y territorial, por haber sido amigo de Puteanus, discípulo de Lipsio, y por citarle con asiduidad en sus memoriales. Neoestoico y editor de Tácito, su *De constantia* (1584) le grangeó un círculo de amigos y admiradores flamencos y españoles. Entre ellos, además de Quevedo, es de citar don Baltasar de Zúñiga, embajador en Bruselas y tío del conde-duque de Olivares, que conoció a Lipsio personalmente⁹⁹ y seguramente

98 Pirenne, *Histoire de Belgique*, IV, capítulo IV.

99 Elliott, *The Count-Duke of Olivares*, 22.

CAPÍTULO 1

influyó en el gusto de su sobrino. Las obras del filósofo belga estaban bien representadas en todas las bibliotecas dignas de tal nombre, y su nombre menudea entre las citas de los más afamados autores europeos.

Struzzi conoció a Erycius Puteanus en circunstancias particulares ya comentadas. Queda dicho que era discípulo aventajado de Lipsio, y como él, fecundo autor de cartas. Profesor de Lovaina, fue igualmente historiador de la corte de los archiduques. Nacido en 1574 (unos quince o veinte años más joven que el italiano), fallece en 1646, rodeado de fama y seguidores. El rey Felipe IV sintió un gran aprecio por este humanista, y lo recomienda a la benevolencia de Isabel Clara Eugenia¹⁰⁰. La biografía de Simar¹⁰¹ no le salva del descrédito ante los ojos de un buen conocedor del tema como fue Pirenne, para quien la superficialidad, la frivolidad y los lugares comunes serían las notas más características de la producción de Puteanus¹⁰². Juicios que nos parecen un tanto severos, pero sobre los que no tenemos autoridad para rebatir. La amistad con Struzzi, iniciada por el encargo de Ranuccio I de que ya tenemos constancia, es rememorada por Simar en su libro. No conoce, sin embargo, cinco cartas escritas a Struzzi en latín e italiano (cuatro de 1612 y una de 1614), que ayudan a perfilar datos sobre la actividad literaria del humanista belga y de sus relaciones con el de Parma¹⁰³. Todas tienen carácter privado, con un evidente tono familiar. Por ellas nos enteramos de que fue en la casa Haller de Bruselas donde Puteanus escribió el panfleto contra Casaubon *Stricturae ad Casaubonem*¹⁰⁴, impreso en 1612 – Lipsio, Casaubon y Escalígero formaban el triunvirato literario flamenco de entonces –.

Cuando marcha a su misión diplomática, llevando el ejército de juguete y a Soplillo, se ve forzado a dejar en Bruselas su biblioteca, salvo algunos libros indispensables que todo aficionado a la lectura llevaría en cualquier desplazamiento a cualquier lugar. Las estanterías de la casa de su primera mujer guardan un buen número de

100 AGS, SP, libro 1445, f. 59.

101 Simar, *Etude sur Erycius Puteanus*.

102 Pirenne, *Histoire de Belgique*, IV, 452. Solo la Biblioteca Nacional de Madrid posee 74 ejemplares de las obras de Puteanus, mostrando la gran difusión de este literato.

103 AGRB, PLM, leg. 11, s.f.

104 “Il mio libro contra Casaubono, il quale scribeva in casa di V.S., si stampa adesso”. *Ibidem*, carta de 7 de julio de 1612.

DATOS BIOGRÁFICOS

volúmenes, tasados para su venta en 1640 por orden de Charles Le Mesureur en ejecución del testamento de Struzzi, que lega sus libros al socio para que pueda cobrarse parte de la deuda¹⁰⁵. Como indica el tasador Jaspas de Wolff, “la plus part des livres sont vieux et peu de valeur”¹⁰⁶. Echemos un vistazo a la librería, como le llaman entonces. Ronda los cien títulos (es imposible precisar su número, pues el escaso valor de algunos ni siquiera les hace merecedores de catálogo), entre los que faltan los llevados a España.

Lo primero que llama la atención es la diversidad de temas, aunque no se trata de nada excepcional en los siglos XVI y XVII, cuando los estudiosos se afanan en reunir todo tipo de conocimientos, estén bajo forma impresa o manuscrita¹⁰⁷. Por orden de importancia temática, la clasificación que hemos podido establecer es la siguiente:

Religión y ética	28
Literatura	13
Historia y crónicas	10
No clasificados. Folletos	10
Música	8
Antigüedad. Clásicos	8
Gramáticas. Glosarios. Ortografía. Estilo . . .	5
Astronomía. Alquimia. Magia	5
Temas militares	4
Filosofía	2
Numismática	1
Catálogos	1
Total	96

Hay un grupo de obras sin especificar, tanto en su número como en su temática; la razón es siempre la misma: su baja estima monetaria.

La cultura de su propietario se refleja en la diversidad lingüística de los tomos, establecida como sigue:

105 AGRB, PLM, leg. 12, s.f.

106 *Ibidem*.

107 Bouza Alvarez, “Coleccionistas y lectores”, 242.

CAPÍTULO I

Latín	32
Francés	19
Español	14
Italiano	13
Alemán	5
Flamenco	1
Hebreo	1

Aunque el total de la suma nos daría 85, no se aclara en todas las ocasiones la lengua en la que el libro ha sido impreso. Además, es posible que al marchar a España, llevase Struzzi consigo más obras en castellano que en francés o alemán, por ejemplo. Para terminar esta cuestión, no todas las obras fueron adquiridas necesariamente por nuestro autor; además los regalos, la herencia de los Haller o la ejecución de testamentos, pudieron poner en sus manos un cierto número.

Por tamaño, puesto que Wolff el tasador se toma la molestia de clasificarlos, hemos establecido el siguiente reparto:

In folio	13
In 4°	26
In 8°	37
Libros pequeños (<i>sic</i>)	20
Total	96

Como en los restantes casos, queda un grupo de volúmenes sin definir en ningún aspecto.

Por autores, destacaremos los de mayor interés en la historia intelectual de la Europa de siempre y en especial de la de comienzos del XVII. Entre los clásicos, Flavio Josefo, Columela, Publio Ovidio Nason, Aulo Gelio, Cicerón y Catón. Entre los españoles, fray Ambrosio Montesino, Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, Mateo Alemán, Raimundo Lulio y fray Antonio de Guevara. De italianos, posee a Pomponio Torelli, Ludovico Ariosto, Gioacchino Sannazaro y Torcuato Tasso. Resaltemos en el grupo de los flamencos a Erycius Puteanus, a N. van Elst y, si cabe situarle como escritor, al príncipe de Orange, responsable de la *Apologie ou défense du très illustre prince Guillaume (...) contre le ban et édit publié par le roi d'Espagne* (Amberes-Leyden: C. Silvius, 1581). El resto son autores de talla bastante menos que secundaria, útiles para el erudito pero no para el historiador.

DATOS BIOGRÁFICOS

Termino con un comentario breve acerca de los autores y las obras más sustanciosos. Los dos volúmenes de la *Philosophia rationali, naturali, morali* son muy reveladores de actitudes que luego abordaremos. Por supuesto, Erycius Puteanus no podía faltar, así como ejemplares impresos sobre las figuras del ejército de juguete. El padre Jerónimo Gracián, implacable seudoinquisidor del Flandes católico y a quien por fuerza conoció Struzzi, figura con su *Lámpada encendida*, que salió de la imprenta en 1609 y en Bruselas¹⁰⁸. Sorprende que poseyera la *Apologie* de Orange; el que no la transportase a Madrid es natural, pero lo que me intriga es el significado de la obra en la biblioteca struzziana, y el grado de difusión que pudo tener el libro en las colecciones privadas de los habitantes de los Países Bajos Españoles. Por compensar, incluye el *Index librorum prohibitorum*. Para sus cartas en castellano, poseía un *Estilo de escribir cartas misivas*, de Juan Peliger, y una gramática en la misma lengua, que en España le iban a servir de poco, evidentemente. El libro sobre elegancia en el escribir le ayudaría para sus avisos y memoriales. El Guzmán de Alfarache es por supuesto reseñable; figura solamente la segunda parte, por cierto publicada en Lisboa en 1604 (mientras que la primera lo fue en Madrid, y en 1599). Se echa de menos *El Quijote*, cuya primera parte fue publicada en Bruselas el año 1607; posiblemente la llevó consigo a Madrid. No menos llamativa es su afición por las ‘ciencias ocultas’, común a tanta gente, docta o ignorante, que las tenía por auténticas y operativas. Ranuccio vivió entre adivinos y nigromantes, de modo que es natural que Struzzi compartiera la afición – si así podemos llamarla – de su señor, o cuanto menos, tratara de estar a bien con él entendiendo de esas cosas. Por añadidura, sería improcedente considerar anticientífico lo que solo es precientífico; quiero decir con esto que las fronteras entre la alquimia y la química por un lado, y la astrología y la astronomía por otro, eran muy confusas para aquellos hombres. ¿Y qué significa, magos aparte, la existencia de un trabajo sobre las Comunidades castellanas entre los títulos censados? ¿Curiosidad, simpatía o repulsa?

Mi deseo es que este breve examen de la biblioteca struzziana sirva para perfilar al escritor y para complementar recientes investigaciones sobre los hábitos de lectura de los europeos durante el Renaci-

108 Otger Steggink, “Estudio preliminar”, en: Gracián de la Madre de Dios, *Diez lamentaciones*, 93.

CAPÍTULO 1

miento y el Barroco. Creo, para terminar, que el eclecticismo es la nota dominante, afín al ansia de saber de todo humanista.

La colección de joyas y pinturas que Struzzi poseía en la casa Haller nos dan una última clave de su carácter, la estética. Tocante a las joyas, quedaron aludidas en lo relativo a la riqueza del tratadista italiano. Los cuadros que hemos localizado pertenecen otra vez a una catalogación incompleta (quizá se trate solo de una copia no terminada por su autor) que tuvo lugar el 4 de septiembre de 1614 en la capital de los Países Bajos Españoles, de una serie de cuadros que se encontraban junto con los demás bienes muebles de la casa de Struzzi¹⁰⁹. Salvo en el caso de una pintura de Antonio Moro, carecemos de indicación de artistas, por lo que es imposible juzgar sobre la calidad de las obras, si bien, de haber sido de grandes maestros, hubieran figurado mejor catalogadas. Por temas, encontramos el siguiente reparto:

Retratos	13
Temas religiosos	6
Temas paganos	2
Paisajes, marinas	2
Total	23

Al rubricar “figuras de otros personajes”, el clasificador nos deja ayunos de noticias que nos serían preciosas; además, el haber quedado incompleta la relación, impide conocer detalles quizá claves. Sea lo que fuere, entre los retratos identificados, citaremos uno del emperador Maximiliano, tres del duque Alejandro Farnesio – ídolo del escritor –, más los de Sus Altezas los archiduques, de la infanta Isabel Clara Eugenia, del mismo Struzzi, de su hijo, de Luisa Haller, de Wolff Haller, y un último de la mujer de éste. Como queda dicho, el número de retratos es superior al reseñado en la lista. Los cuadros de tema religioso, carecen en apariencia de notas especiales: una muerte de Abel a manos de Caín, dos pinturas de la Magdalena, otra de la Sagrada Cena, y un cuadro de Nuestra Señora, Jesús y San José. Una pintura de Diana y otra de Marte y Venus completan el tema mitológico; para terminar, un paisaje y una tormenta en el mar cierran lo más memorable de la colección.

109 AGRB, PLM, leg. 12, s.f.

DATOS BIOGRÁFICOS

Gusto por la pintura, interés por coleccionar: estas notas creo que deben destacarse. Ninguna particularidad al respecto. Es noble, italiano, vecino de los Países Bajos y adinerado, características todas que podríamos decir forzaban a Struzzi a mostrar aficiones artísticas.

Parma, sin ser Florencia o Venecia, también mostró su apego por las bellas artes. Durante el XVI, además de los nativos, residieron en o visitaron el ducado pintores, escultores y arquitectos. Son de destacar los Carracci, que trabajaron para los Farnesio, Correggio, que hizo los frescos de la catedral, y el Parmigianino; sería por otro lado imperdonable el olvido de la figura de Vignola, autor de varias edificaciones. En el XVII, Ranuccio I, admirador de la belleza y deseoso de resaltar su magnificencia, mandó construir un teatro en madera y estuco al arquitecto Giovan Battista Aleotti (conocido por Argenta). El Teatro Farnese, que hoy existe a pesar de haber sufrido un severo bombardeo en 1944, ocupa el segundo piso del Palazzo della Pilotta, en la capital. Los trabajos comenzaron a fines de 1617 y terminaron en el otoño de 1618, inaugurándose poco después¹¹⁰. Al menos en Italia, es una obra absolutamente única. En otro orden de cosas, la correspondencia del duque y de Struzzi toca cuestiones relacionadas con los preparativos de conversión de Parma en un pináculo de las artes y de las letras. Por desgracia para los intereses del pequeño estado, los sucesores de Ranuccio no estuvieron ni mucho menos a su altura, dicho sea en todos los sentidos.

Struzzi en su tiempo

Se hace difícil clasificar a Alberto Struzzi si nos atenemos a las categorías sociales estereotipadas que poseemos de la sociedad del Antiguo Régimen. No se sabe qué es más, si cortesano y diplomático, o mercader y asentista. En realidad, todo a la vez. Mucho más que hombres como Rubens, mezcla actividades socialmente diversas, en principio antagónicas para su tiempo. Y sin embargo, no parece que exista contradicción alguna. La nobleza italiana – un mucho adventicia, bien es cierto – nunca desdeñó el mundo de los negocios; por el contrario, acomodó su status perfectamente, porque en realidad, muchas veces procedía de aquél.

110 Sobre el Teatro Farnesio, ver Gandolfi, *Il Teatro Farnese di Parma*.

CAPÍTULO 1

Creo, con todo, que su ambiente favorito es el cortesano, que toda vida la supeditó a la diplomacia, y que por ella transitó de un lugar a otro, y nunca por intereses materiales. Su matrimonio con Luisa Haller y luego con Dorotea Romeu, ambas de la corte bruselense, indican una estrecha relación con la nobleza intermedia, en la cual se movía el caballero Struzzi como un estrato social que le es propio. Que tal actitud se debiera al declive de la actividad económica, o a la preferencia por el mundo nobiliario, es algo que aquí entra en las intenciones personales más que en las condiciones objetivas; a decir verdad, tampoco es asunto de relevancia.

Sí lo es, por contra, el momento histórico en que transcurrió su existencia, nada menos que la segunda mitad del XVI y el primer tercio del XVII: del reinado de Felipe II al de Felipe IV, o lo que es decir, de la potencia suma al comienzo del declive dentro de la monarquía hispánica, todo vivido y sentido en primera línea. Insisto en que sus memorias habrían sido de un valor testimonial incalculable. Ante su falta, nos centraremos en los memoriales, aportación lúcida como pocas para la historia del siglo XVII español y europeo.

Los datos de esta biografía han sido escogidos con una finalidad: ilustrar más profundamente el pensamiento económico de Struzzi cuando llega la hora del análisis. Así, el conocimiento por el conocimiento ha quedado voluntariamente relegado ante las necesidades interpretativas.

Hora es ya que comencemos con ellas.

2

Los escritos de Alberto Struzzi

Struzzi no es un autor prolífico, de grandes textos, si consideramos que todos sus escritos son memoriales o folletos, y nunca compuso un libro propiamente dicho, pero no por eso pertenece al grupo de los inactivos; además, las materias que toca son heterogéneas, intentando abarcar los problemas económicos que más interesaban a los contemporáneos. Sus aportaciones al proyectismo comienzan en los años noventa del siglo XVI, y terminan en 1637, probablemente a causa del estado de salud, ya precario; ello habla muy mucho en favor de la laboriosidad del escritor. Pero también es cierto que desde 1631, las aportaciones disminuyen de forma sensible. La edad y los achaques sobre todo, pero quizá también el desinterés que percibe, invitan al diplomático italiano a espaciar sus advertencias.

El objeto de este capítulo es ordenar por temas los escritos que entregó a representantes del poder político, y resaltar las características externas más sobresalientes de todos ellos; luego, a lo largo de cada uno de los siguientes capítulos, tiempo habrá de detenernos en el análisis particular.

Características de los memoriales

Su dispersión geográfica no puede ser mayor: unos se encuentran en España, concretamente en el Archivo de Simancas y la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid; otros, en Bélgica,

CAPÍTULO 2

tanto en los Archives Générales du Royaume como en la Bibliothèque Royale Albert Premier; finalmente, un tercer grupo lo hemos localizado en la British Library. Se trata de impresos, manuscritos y borradores de unos y otros; hay pues materia para catalogar.

Descartamos absolutamente la correspondencia mantenida con familiares, amigos y personajes diversos de la época, recogida en los archivos bruselenses e italianos. A pesar del claro interés que representa, su índole peculiar solo nos permite utilizarla para complementar los datos biográficos y algunos detalles de carácter doctrinal.

Por temas – el orden cronológico será tenido en consideración cuando llegue la hora de estudiar el fondo –, los memoriales (o arbitrios, como son denominados) se clasifican en tres grandes grupos: políticos, demográficos y económicos. Excluiremos pues a los que no entren en ninguno de los citados bloques; como, para comenzar, el impreso dedicado al ejército de figuras que llevara a España en 1614, porque toca puntos ajenos a la teoría y a los diversos programas de reforma¹.

Digna de reseña es la constante solicitud de Struzzi por inventariar sus memoriales, por cuanto que unos opúsculos como éstos que tocan materias tan diversas no pueden presentarse al lector sin orden ni concierto; igualmente, algunas veces le es preciso presentar, según requerimiento de la corte, la lista de sus producciones más granadas. Como conforme pasa el tiempo esos índices se van engrosando, nos atendremos con preferencia al último de ellos, redactado en 1637². Todos menos uno³ permanecerán manuscritos.

Pasamos sin más dilaciones a los tres grupos de que hemos venido hablando.

a) Memoriales políticos: En primer lugar, existe uno escrito en 1624 y destinado a proveer de dinero y hombres al ejército de Flandes para una guerra ofensiva, sobre las aportaciones de todos los reinos y dominios europeos, salvo los de Aragón y de Navarra. La fuerza estaría compuesta por 36.000 infantes y 4.000 caballos. Más allá de las consideraciones económicas, el fondo de este arbitrio es esencialmen-

1 El impreso se encuentra en la Bibliothèque Royale Albert Premier, en la Biblioteca Nacional de Madrid y en la British Library, pero no en las respectivas secciones de Manuscritos, sino en las Bibliotecas propiamente dichas.

2 BNM, ms. 10.441, f. 29–32v y 76–79v.

3 *Ibidem*, f. 219–221.

te político; se trata de lograr la unidad y la equidad entre los diferentes miembros de la monarquía, aunque las importantes exclusiones que hace, dan al traste con la intención unitarista. Pasó a una junta compuesta por seis miembros (dos del Consejo de Estado, uno del de Guerra, uno del Consejo Real, uno más del de Portugal, y el comisario general de la orden de San Francisco), que lo estuvieron discutiendo sin resolverse por su dificultad de ejecución. De ahí pasó al Consejo de Estado, que, tras dilatar el pronunciamiento, acaba cediéndolo a la infanta Isabel Clara, quien a su vez crea una junta especial con algunos consejeros. En 1636 presenta un nuevo escrito sobre el mismo asunto, y espera respuesta⁴, que me temo no llegó nunca.

El segundo memorial se refiere a una consulta regia efectuada por medio de un servidor acerca de qué sería preferible, si la guerra o la paz, con múltiples variables en ambos casos que serán examinadas en su momento. El tercero versa sobre el gobierno de Nuremberg, por si se pudieran sacar ejemplos provechosos; lo sacó de la experiencia recogida durante los cinco años que pasara en aquella población alemana⁵, aunque reconoce que por su especificidad, el ejemplo es poco aprovechable para los reinos de España⁶. No lo comentaremos dado su carácter marginal.

En los importantes memoriales sobre el comercio de 1624 y 1629 se añaden algunas consideraciones de orden político. Por último, hay un memorial de 1631 destinado a uno de los componentes de la real casa que iba a ser nombrado gobernador general en Flandes; tras una primera intención en favor de don Carlos (fallecido en 1632), hubo que optar por don Fernando, el cardenal infante. De todos los políticos, es el arbitrio struzziano más reseñable.

b) Memoriales demográficos: Lograr un incremento en el número de habitantes, que preocupa al parmesano como a tantos otros en Castilla, se liga preferentemente al desarrollo de las actividades industriales, de modo que todos los papeles sobre el sector secundario tienen un marcado sesgo poblacionista. No obstante, conservamos unas *Advertencias de Alberto Struzzi sobre la población destos reinos de Castilla*⁷, manuscrita y sin fechar.

4 *Ibidem*, f. 41v: "Todo consiste en tomar resolución y escuchar al mismo Struzzi".

5 *Ibidem*, f. 79.

6 *Ibidem*, f. 221v.

7 *Ibidem*, f. 107-113v.

CAPÍTULO 2

c) Memoriales económicos; Son con diferencia los más numerosos, pero sobre todo, los más profundos. Subdividiremos la temática en: moneda, banca y finanzas, hacienda, industria y comercio.

– Moneda:

Su reforma constituye una de las ocupaciones más tempranas de Struzzi, acorde con la caótica situación que vivían las monedas divisionarias a comienzos del XVII. Este tipo de memoriales se hallan en Madrid. Destacaremos el que versa sobre ajustar las piezas de oro y plata que se gastan en los Estados de Flandes para que la real hacienda salga beneficiada en los cambios⁸, extendiendo la medida a los otros territorios de Su Majestad⁹. Otra proposición intenta convencer al gobierno de que emita numerario con liga a imitación de Flandes, Italia, y Alemania, para su uso comercial dentro y fuera del reino de Castilla. Un tercer trabajo, vinculado con el precedente, trata de retirar parte de la masa del vellón circulante (entre seis y siete millones), inyectando moneda ligada con plata en el mercado sin daño alguno para los particulares ni para el estado. Se evitará de este modo la devaluación, el que entre numerario falsificado, y poner a punto arbitrios tan peregrinos como la moneda de hierro, disparate que se le ocurrió a Olivares comenzado su mandato y que cayó por su mismo peso.

Estas memorias obtuvieron la atención de varios órganos polisindiales, comenzando por el Consejo de Estado, junto con los procuradores en las Cortes y el padre confesor del monarca. En la cuestión del oro y la plata, se decide no admitir nuevos valores para ambos¹⁰. Tocante al numerario de cobre, pasó un arbitrio al cardenal don Gabriel Trejo, que fuera presidente del Consejo de Castilla entre 1627 y 1629; después de leerlo, escucha personalmente a Struzzi durante cuatro horas¹¹. Aunque Trejo encontró viable la sugerencia, los acontecimientos demoraron su ejecución; de hecho, a fines de los años veinte ya se había efectuado una baja en la masa monetaria circulante. Después, las necesidades hacendísticas obligaron al rey a posponer la medida, y Struzzi añadió al memorial otras razones para apoyar su argumentación. Este nuevo papel llegó a manos de diversos ministros, que lo guardaron sin más.

8 AGS, Estado, leg. 2038, f. 17.

9 BNM, ms. 10.441, f. 219-232.

10 *Ibidem*, f. 77.

11 *Ibidem*, f. 78v.

– *Banca y finanzas:*

Ya en Flandes sugirió al archiduque Alberto la formación de una compañía ‘nacional’ de los Países Bajos para sostener los gastos de guerra, sobre la base de la aportación de las ciudades y mediante la explotación de recursos industriales y expediciones comerciales¹².

Pero su mayor anhelo en este campo, fue que se implantaran montes de piedad a imitación de los de Flandes. Con estos organismos, la banca ‘lombarda’ o privada, cuyos tipos de interés sobre prendas eran del 33% anual – *sic* – ¹³, fue sustituida por una entidad pública cuyos porcentajes exigidos en concepto de préstamo eran inicialmente del 15%, y del 12% en los tiempos en que Struzzi redacta el memorial. Admitía una clientela socialmente variada, entre la que no son excluidos los sectores modestos. Por otro lado, el capital destinado a empréstitos es mayor que el disponible por los banqueros privados, y la remuneración del ahorro a la clientela, superior. Visto el éxito de la fundación, se crearon otras sucursales por todo Flandes¹⁴. De esta forma, el italiano recoge parcialmente la proposición que hiciera Luis Valle de la Cerda sobre una idea de Peter van Oudegherste, acabando el XVI, a una Castilla que por mohatras paga bastantes más réditos que los belgas entregaban a los impopulares ‘lombardos’.

Felipe IV mandó remitir el memorial a la Junta de Población, presidida por el conde-duque de Olivares, la cual nombra unos comisarios para estudiar el asunto. Aprobado el proyecto, en 1625 se ordena por real provisión el establecimiento de un monte de piedad en Madrid. Al mismo tiempo, Struzzi considera si pueden fundarse en Castilla los erarios públicos, y en caso positivo, si conviene o no el hacerlo¹⁵. Es obvia la finalidad hacendística de todos estos informes (racionalizar e incrementar los haberes fiscales de la corona), pero no lo es menos su mira social, porque las gentes hallan un dinero mucho mas barato que el ofrecido por los ‘cambios’, y se animan de esta manera las actividades inversoras y productivas.

12 BRB, ms. 15.436–53, f. 315–324.

13 BNM, ms. 10.441, f. 77. Los lombardos o cahorsinos practicaban el préstamo sobre prendas y alhajas, exigiendo tasas de interés bastante altas que justificaban por sus grandes gastos. Operaban merced a licencias otorgadas por las autoridades de Flandes. Eran imprescindibles, aunque como en otras partes, la Iglesia los condenase por practicar la usura y la sociedad los apartara de su seno.

14 *Ibidem*, f. 320.

15 *Ibidem*.

CAPÍTULO 2

– Hacienda:

Es el plato fuerte de los remedios propuestos, en correspondencia con la angustia del fisco castellano en los siglos XVI y XVII. Sabido es además que la mayoría de los demás arbitrios se reducen parcial o totalmente a la obtención de dinero para las arcas reales, con lo que en diversa medida pueden asimilarse a la cuestión hacendística.

Las propuestas conciernen, en primer lugar, a cómo hacer llegar dinero en condiciones al ejército de los Países Bajos. Además del memorial sobre el ejército de 36.000 hombres de a pie y 4.000 caballos, que hemos contemplado más arriba, ofrece otras soluciones; por ejemplo, la puntual entrega de las pagas correspondientes a los tercios¹⁶, o liquidarles las sumas adeudadas con la máxima comodidad para la hacienda y para los súbditos¹⁷. Secretarios y ministros del rey consultaron los memoriales y los debatieron con Struzzi, pero daban largas al asunto cada vez que se les pedía su parecer último.

En otra ocasión, a poco de ocupar el conde-duque la privanza, patrocinó un sistema para hallar subsidios sobre los vasallos, aboliendo los impopulares millones y sisas, y gravando más a los que más tienen, pero por medios suaves¹⁸. El válido se lo pasó al rey, y éste al marqués de los Trujillos; fueron y no hubo nada, que diría Cervantes. Este remedio pretendidamente eficaz consistía en imponer el centésimo dinero sobre los bienes raíces, acciones y haciendas, a imitación de Flandes y algunos estados alemanes. Struzzi lo juzgó viable de ejecutar en Castilla, pensando que lo que era útil en otras partes, podía también serlo aquí¹⁹, de forma que se lo presentó a los ministros castellanos. Por apremios fiscales, las Cortes aceptaron discutirlo, juzgando bueno el invento pero dificultosa su ejecución. Con los años se hizo un simulacro de centésimo que no llegó lejos. Propuso luego imponer un real sobre el trigo, y medio real sobre la cebada y el centeno, encabezando el Reino esta alcabala y supliéndola por otras cargas²⁰ mediante un reparto riguroso y en función de la riqueza de cada cual. La asamblea lo rechazó, por supuesto. En este mismo sentido, tuvo la idea de cómo dar satisfacción a los acreedores de la

16 BRB, ms. 15.436–53, f. 267.

17 BNM, ms. 10.441, f. 76v.

18 *Ibidem*, f. 78v.

19 *Ibidem*, f. 79.

20 *Ibidem*.

real hacienda, que reclaman en 1637 más de dos millones de ducados, dejando otros dos para más tarde por no haber con qué cobrarse²¹.

Una de las propuestas más curiosas estribaba en aplicar a Castilla la capitación que los Estados de Brabante (Bruselas, Amberes y Lovaina) efectuaron en su territorio jurisdiccional el año 1631; afectaba a todo el mundo sin excusa, desde los más poderosos a los más pobres, incluidos mujeres, ancianos y hasta niños, cada cual según sus posibilidades²². Tanto igualitarismo era impensable en estos pagos. Pero contrariamente a la propaganda en favor que hizo Struzzi, loan-do la equidad y la rapidez de su derrama y percepción (apenas cuatro días), hubo protestas en el mismo Flandes que llegaron a oídos de la infanta y de la corte madrileña, no sobre la naturaleza misma del impuesto, pero sí sobre la injusticia en su distribución real por la abundancia que hubo de exentos²³. No me consta que se volviera a hablar del asunto.

– *Industria:*

Nuestro proyectista tiene cierta experiencia en este sector (recorde-mos del capítulo 1 su asociación con Bonaventura y Coromeo). Ha-biendo vivido en los Países Bajos del Sur, zona de economía manufac-turera, es lógico que el tema le fuera familiar. Memorias importantes en este campo, son la relativa al comercio libre y a la industria pañera belga²⁴ por un lado, y a la fábrica de lanas en Castilla por el otro²⁵. No era fácil compaginar intereses a menudo opuestos. Struzzi opta por un aumento en el número de las manufacturas pañeras castella-nas, que viven una coyuntura crítica, con vistas al aprovisionamiento de las fuerzas armadas; se trata de “uno de los mayores adbitrios [*sic*] de cuantos han sido propuestos a Su Majestad”²⁶. Los papeles del italiano pasan a la Junta de Población, donde fueron examinados con minuciosidad a lo largo de 1625. Felipe IV, por real cédula, mandó se ejecutasen las medidas tendentes a ‘naturalizar’ el textil (lo que en términos modernos significa crear una política de sustitución de im-portaciones). El corregidor de Segovia se puso en contacto con los industriales de la ciudad para tratar del asunto. Estos enviaron a

21 *Ibidem*.

22 *Ibidem*.

23 BL, Add, f. 54. Memorial para el rey, año 1633.

24 BNM, ms. 10.441, f. 3–10.

25 *Ibidem*, f. 17–18.

26 *Ibidem*, f. 78.

CAPÍTULO 2

Madrid a una persona delegada que pactara con la corte. El negocio no pasó adelante porque los segovianos pretendían aplicar estas ventajas exclusivamente para sí, mientras que las medidas de Struzzi y las intenciones del monarca estaban destinadas a vigorizar a todos los centros textiles, que enviarían su producción a Flandes, excusando entre otras cosas las remesas de plata y los asientos para comprar trajes y otras prendas de vestir a países vecinos (principalmente, Inglaterra). Desgraciadamente, las conversaciones se interrumpieron sin lograrse nada práctico. En todo caso, y aunque parezca lo contrario, vemos aquí una notable concreción del principio de ventajas comparadas que Struzzi pretende aplicar a las diversas partes de la monarquía hispana y a las relaciones de ésta con países terceros.

Después del textil, la siderometalurgia. También Flandes llevaba gran ventaja en esto sobre Castilla, mucha mayor aún que en el sector lanero. A instancias del representante parmesano, visita España Juan de Humar, vecino de Lieja, quien examina con Diego Marcos Lucas, arquitecto del rey en Portugal, la posibilidad de crear fundiciones en Dornes, población ribereña del Zézere y próxima a Lisboa²⁷. Para asegurar su éxito, el mismo Struzzi se compromete a llevar allí mano de obra y herramientas, introduciendo a la vez nuevas técnicas siderúrgicas²⁸. Esto incluye el proyecto de numerario de hierro a base de montar cecas en Vizcaya, lo cual no pudo salir adelante. En todo caso, se corresponde con los afanes olivaristas de modernizar la estructura productiva española. Es muy de alabar esta iniciativa por afectar a un campo desatendido hasta entonces, si exceptuamos la experiencia de Liérganes, aún en unos inicios plenos de dificultades, y con la misma finalidad que antes incrementar las posibilidades de competencia en Castilla, por ver si es capaz de sustituir a sus proveedores tradicionales, e incluso exportar producción.

– Comercio:

Sobre la más original de las aportaciones de Struzzi, hay testimonios poco variados pero muy dispersos, lo que indica la difusión de los papeles.

En primer lugar, cómo no, el *Diálogo sobre el comercio destos reinos de Castilla*, trabajo que por orden de Felipe IV se presentó al confesor real; las Cortes de Castilla lo hacen suyo y financian la

27 *Ibidem*, f. 181–182.

28 *Ibidem*, f. 187–194.

impresión. Compuesto por 32 páginas, aparece en 1624 y se reimprime en 1625, siempre en el taller madrileño de Luis Sánchez. Lo encontramos en la Bibliothèque Royale de Bruselas²⁹, en la Biblioteca Nacional de Madrid³⁰ y con cierta profusión en la British Library³¹, pero sin duda será fácilmente detectable en otros fondos. Struzzi consideró a la materia del comercio como “el alma de la república”³². De todos, es sin duda el trabajo más comentado en la corte española y en la bruselense. Hasta tal punto, que el año 1629 Felipe IV vuelve a consultarle a través de “cierto miembro de Vuestra Majestad”, como escribe el italiano, para remediar el incremento de la potencialidad económica holandesa y las vejaciones que el monarca recibía por ello. Fruto de lo cual, superados varios tanteos, añadiduras y supresiones, como vemos por el manuscrito de Madrid³³, es el texto definitivo, pero no impreso (porque iba a las reales manos de forma confidencial), que se encuentra en Bruselas³⁴. Se trata de un memorial de siete folios a doble cara, fechado en Madrid el 20 de junio de 1629. Aparentemente carece de título, si exceptuamos una breve nota en la cabecera izquierda del primer folio, en donde está escrito *Sobre el comercio*. Las propuestas quedan divididas en 17 apartados. Inspirado primitivamente en el *Diálogo* del año 24, amplía ciertas afirmaciones y reforma ciertos pareceres emitidos un lustro atrás.

Además de esto, tiene un escrito sobre la posible formación de una compañía hispano-luso-polaca, y una relación de las mercancías que van de Portugal al Báltico, por si fuera viable una relación mercantil más estrecha entre ambas partes³⁵. Todo lo cual se inscribe en la ofensiva española dirigida a la captación de aliados en el área nórdica durante los años veinte.

29 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 74-89. Todos los memoriales de Struzzi relativos a Flandes se hallan en este fondo.

30 BNM, ms. 10.441, f. 321 y ss.

31 BL, ms. 1322, f. 60 y ss.; Eg 620, f. 223 y ss.; Add 6902, f. 236 y ss.

32 BNM, ms. 10.441, f. 76v.

33 *Ibidem*, f. 242-247v.

34 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 67-73v.

35 BNM, ms. 10.441, f. 170-174.

Impresos y manuscritos

Tuvo poca suerte Alberto Struzzi al intentar plasmar sus manuscritos en letra impresa. Aparentemente, la edición de un memorial es de las más económicas. Habría podido costeársela él mismo, a pedirlo a un personaje poderoso de tantos que conocía en Madrid. Más de una vez ocurrió que el mismo librero hubo de sufragar los gastos de la edición³⁶. Pero no parece ser el caso. Precisamente un defecto de los tratantes españoles en libros de los siglos XVI y XVII fue el escaso apego a las aventuras económicas en su actividad, causada indudablemente por la lentitud con que se reembolsaban los gastos y la parsimonia en cobrarse los beneficios. Por consiguiente, no llegó a existir el editor como tal. Y eso que hasta 1636, la venta de libros gozaba de inmunidad en materia impositiva³⁷, e incluso la alcabala impuesta ese año hubo de suprimirse ante las airadas protestas de los afectados. Problemas de censura, tampoco creo que las tuviera, por más que cada obra, desde aquéllas que solo ocupaban cuatro páginas, hubiera de ser leída y aprobada por alrededor de una docena de personas, bajo control del Consejo de Castilla³⁸. A mi entender, tenemos que desechar la censura política que hubiera podido imponer el conde-duque de Olivares, ya que la voluntad regia, favorable al de Parma en toda ocasión, la habría anulado. Otra posibilidad era sacar los trabajos a la luz en los Países Bajos, cuya suprema autoridad era representada por él, y en donde se poseía una excelente industria editorial que no pocos hispanos usaron para difundir sus ideas³⁹. Nunca me he encontrado con peticiones hechas a los archiduques o a los gobernadores generales en este sentido. De modo que hemos de concluir que no queriendo o no pudiendo encomendarse con la solidez que hubiera deseado a la benevolencia de alguna institución, un particular poderoso o un librero-editor, Struzzi solo ve en letras de molde un contado número de sus trabajos. Como queda dicho, se reducen a la obra que trata del ejército de figuras (cuyas características editoriales conocemos), al opúsculo sobre el comercio y a un índice de memoriales, que ni siquiera fue el definitivo. Claro está que solo una parte podía divulgarse, pues algunos responden a consultas

36 Bouza Alvarez, "Coleccionistas y lectores", 239.

37 Peligry, "Les difficultés de l'édition castillane au XVIIe siècle", 257.

38 *Ibidem*, 260.

39 La obra de Peeters-Fontainas es un claro exponente de este aserto.

hechas por el rey en privado; pero, en conjunto, trabajos de tan cuidada elaboración merecían sobradamente publicidad, cosa que por supuesto, él siempre anheló. En 1624, solicita de las Cortes apoyo financiero para estampar el tratado sobre el comercio, el arbitrio sobre las provisiones regulares para el sustento del ejército, el sistema de reducir la moneda de vellón, el memorial sobre el ajuste oro-plata, la fundación de los montes de piedad a semejanza de los flamencos más el asunto de los erarios públicos, la apología de la paz y de la guerra ofensiva como el menor de los males, y finalmente, el método de sanear la real hacienda⁴⁰, “quitando y añadiendo lo que fuere servido” a todos ellos, según el acuerdo de gentes más versadas⁴¹. Censura impregnada de autocensura que nos explicará en su momento algunas de las características y contradicciones en el sistema del italiano.

De todo lo sugerido a los procuradores castellanos, y sin óbice de su actitud crítica respecto al régimen olivarista (que compartían con Struzzi), únicamente podrá ser leído por los afectos al tratadismo el discurso acerca del comercio de Castilla. En la sesión del 24 de septiembre de 1624, se logra un consenso por el que se mandará imprimir ese mismo año; reeditado en 1625, ambos trabajos costaron a la asamblea 15.166 maravedís, o sea, poco más de cuarenta ducados⁴². Probablemente, no pudieron hacer más por el delegado de la infanta; ya tenían bastante con sus propios problemas económicos. La edición corrió a cargo de Luis Sánchez, impresor real según él mismo explicita con orgullo. Sánchez era con mucho el mejor en su ramo; inteligente y culto, dirigió su negocio hasta 1627 (en que fallece) con total profesionalidad y apoyado por los mejores operarios del momento⁴³. En cuanto al índice, se trata de dos páginas sin aclaración de editor ni lugar; suponemos que sería fruto por segunda vez del mismo taller. Precisamente por lo poco y lo mal que fueron divulgados los memoriales de Struzzi, deseamos rescatarlos y ponderarlos aquí.

40 *Actas de las Cortes de Castilla*, XLI, 464.

41 *Ibidem*, 465.

42 Desglosados así en maravedís:

Memorial	2.176
199 copias	3.980
Cosido y cortado	1.700
Reimpresión	7.310
Total	15.166

Fuente: *Actas de las Cortes de Castilla*, XLIII, 40-41.

43 Peligry, “Les difficultés de l’édition castillane au XVIIe siècle”, 280.

Rasgos generales de la producción struzziana

Para cada caso particular, señalaremos los caracteres intrínsecos en el capítulo respectivo (población, industria, etc.); aquí nos limitamos a mostrar las cualidades externas más relevantes del conjunto.

Como todo lo que escribe son arbitrios, Struzzi es un arbitrista en el sentido más literal de la palabra. Paso por alto, no sin recomendar la lectura del conocido libro de Jean Vilar, el concepto que los contemporáneos tenían del arbitrista; me parece que, en líneas generales, difícilmente constituía un título de recomendación en el Madrid del Seiscientos. Quizá por no dar pábulo a la irrupción en masa ante la asamblea de nuevos trazadores de propuestas, las Cortes de Castilla limitan la difusión vía imprenta de los memoriales struzzianos (sin que la consideración económica del coste de la impresión fuese de desdeñar). Según entiendo, nuestro hombre debería clasificarse dentro de una categoría a medio camino entre un Sancho de Moncada o un Pedro Fernández Navarrete, y un autor de 'tubos' que luego vendía a un real por las esquinas de la villa y corte⁴⁴. Quizá su aspiración a publicar varias memorias de un golpe, pueda considerarse como intención de crear una especie de miscelánea; el caso es que no parece decidirse por qué aparezcan unidos bajo un mismo título. La monarquía sufre problemas políticos y económicos graves, y él intenta solucionarlos de la mejor manera posible, eso es todo. Ello en modo alguno obsta a que el conjunto de los arbitrios refleje un denominador común ideológico, permitiendo asomar a la vez diversos principios esenciales de algo que podríamos denominar 'doctrina', aunque sin las pretensiones del término actual; sería exigir de Struzzi algo que ni él ni nadie por aquel entonces podría darnos.

En primer término, van destinados al poder monárquico o asambleario. Sabemos ya cuán asiduamente se atienden sus proposiciones, al menos fiándonos de las juntas que se generaron para su estudio, y de las explicaciones de todo género que tuvo que dar ante comisionados al efecto. La inteligencia de sus propuestas y el tratarse de un personaje con relevancia política especial, porque Flandes estaba en el punto de mira de las ocupaciones de Madrid, hace que cada vez que sugiere algo, trasciende a la corte. Decir, sin embargo, que se ponen en marcha sus planes, sería contrariar la verdad; salvo alguno

44 Vilar, "El tiempo del Quijote", 337.

que otro (muy puntuales), los consejos que prodiga con generosidad no exenta del lógico y comprensible afán de preservar y aumentar los intereses de sus representados, se pierden en un mar de discusiones entre los miembros de las juntas. Aquel dicho napoleónico de que lo mejor para estancar un problema es entregarlo a comisiones, halla el más espléndido de los respaldos prácticos en el caso de Struzzi. O bien se le responde con el silencio político-administrativo por no convenir a los intereses del poder, de la clase dominante y de las circunstancias, o bien se dilatan sus propuestas para tiempos mejores. En esto, no tiene mejor suerte que, por ejemplo, con el asunto de la deuda Haller. Lo asombroso es el ánimo que muestra hasta muy avanzada edad y con múltiples achaques; un hombre tan a prueba de desengaños no se encuentra fácilmente.

“Escribir sin comprobar, antes es propio de fábula que de historia”, comenta Cristóbal Suárez de Figueroa por aquellos años⁴⁵. Lema que Alberto Struzzi habría hecho suyo de conocer la obra de ese autor – y nada lo impide, viviendo en la corte –, aplicándolo a su propia producción intelectual. Su prurito empirista es del todo llamativo. Prácticamente, solo cita a algunos de sus contemporáneos; muy rara vez muestra aficiones eruditas, e incluso las desprecia olímpicamente: para hablar del comercio de Castilla, pongamos por caso, no cree que sea necesario “traer autoridades de santos ni autores graves”⁴⁶, y lo mismo mantiene en los demás escritos. Cuando presenta el conjunto de memoriales ante las Cortes castellanas, incluye una carta-prólogo al conjunto en la que afirma que él no ha descubierto los medios, sino que los ha tomado de ejemplos prácticos⁴⁷. Su empirismo es activo, consciente, y nada encubridor de ignorancia, de acuerdo con la corriente científicista de entonces. Struzzi siente franca animadversión por lo tradicional, aunque precisa manifestar de vez en cuando que sus arbitrios no son novedades, por la nefasta impresión que causaría en las esferas a quienes aquéllos van dirigidos, confundiéndole con un charlatán amigo de embarcar a la monarquía en aventuras tan costosas como inciertas. Y junto al empirismo, la modestia, porque de esos casos prácticos sacará unas conclusiones de algún modo revolucionarias para su tiempo, configurando un cuerpo de doctrina propio. Pero tiene razón, la vida y casos de su tiempo le han enseñado

45 Suárez de Figueroa, *El pasajero*, II, 181.

46 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 88.

47 *Actas de las Cortes de Castilla*, XLI, 467.

CAPÍTULO 2

mucho; de algo le sirvió haber vivido cerca del poder lo esencial de sus días. Es un hombre de cultura, y la demuestran los restos de su biblioteca de Bruselas: imposible argumentar que no cita porque ignora a los autores, aunque podamos encontrar vacíos de lectura en sus memoriales. Su conocimiento de idiomas está a la altura de sus miras diplomáticas. A su italiano materno, suma el latín, lengua básica para cualquiera que se precie de leído, el francés (quizá también el flamenco) por su estancia en los Países Bajos, y el español por su andadura madrileña; su matrimonio con Luisa Haller y las veces que estuvo en tierras del Imperio, debieron añadir al conjunto ciertos conocimientos de alemán. Cuando escribe, dado el sector social que toma entre sus manos los arbitrios, utiliza la lengua oficial que corresponde. Pero de hecho, salvo dos (uno en latín y otro en francés), sus papeles están escritos en lengua española, por haberse gestado casi todos en Madrid. Se me hace raro que no tenga secretario para pasarlos a limpio; probablemente cumplió ese papel alguno de los criados que cita en el testamento de 1637.

En resumen, es un hombre culto, pero no puede ser incluido en el grupo de los intelectuales ‘de profesión’. Ha vivido la juventud en su nativa Italia, en Flandes, ha visitado repetidas veces Alemania, donde tiene intereses y familia; luego, ha pasado a la corte de España. A lo largo de todos estos países, tendrá ocasión de conocer a personas de saber, talento y valor singulares. La experiencia recogida es, por todo ello, sencillamente formidable. Como escribe a una edad avanzada (desde principios del XVII), plasma en sus escritos un dilatado saber de años y años. Un hombre de tal manera discreto y plático, con razón se atreve a denominarse arbitrista en un tiempo en que se les expulsa de todos lados, y más que de ninguno, de las Cortes. Por su adscripción a la élite del poder en asuntos de reformismo económico, puede ser adscrito al grupo que Elliott denomina ‘partido reformista cortesano’⁴⁸, si bien es más el monarca que su ministro quien toma a carga su protección.

Las influencias intelectuales son múltiples: desde los autores clásicos hasta los escolásticos y los humanistas de los Países Bajos, pasando por la tradición jurídica e histórica de Flandes y España. Pero el gran caudal es su propia vida: notabilísima fue la impronta de Alejandro Farnesio y la política económica de los Países Bajos, incluidos los rebeldes holandeses (comercio libre, montes de piedad, fisca-

48 Elliott, “El programa de Olivares”, 369.

lidad indistinta, ortodoxia monetaria, etc.) junto con lo aprendido durante sus incursiones por los entresijos del mando en la corte de Felipe III y Felipe IV (solo a un buen conocedor de la alta política se le pueden consultar graves negocios de estado), y para acabar, la crisis de una Castilla en la que se había domiciliado.

Como no es un escritor literario, inútil es hacer digresiones sobre la calidad de su estilo. De todas formas, éste mal podía ser algo fuera de serie porque no se propone describir argumentos, sino crudas realidades y soluciones acertadas. Además, poco se puede exigir a quien no es hispanoparlante. Loable por sí mismo fue el detalle de poseer en la biblioteca un libro para escribir correctamente en nuestra lengua. Repasando sus textos se percibe favorablemente la distancia respecto a la multitud de extranjeros que mandaban sus memoriales en un castellano macarrónico, que a veces solo ellos comprendían.

En estos dos primeros capítulos, hemos considerado las circunstancias externas a nuestro autor; es hora de tratar lo puramente ideológico. Y en primer lugar, el pensamiento político, complemento de las medidas sobre economía.

3

Pensamiento político

Dentro de cualquier programa económico, como el representado por Struzzi en el conjunto de sus escritos – la teoría juega un papel secundario durante el período precientífico del análisis económico –, los aspectos concernientes al gobierno de la monarquía gozan de indudable atención, si bien a la fuerza, nunca podían ser preferentes. Dada su vinculación al mundo diplomático, hubiera sido extraordinario que los hubiera pasado por alto. Pero creo útil recordar que como analista, el de Parma no es un escritor político, sino alguien que añade cuestiones políticas a sus obras sobre comercio, finanzas o industria. De ahí la práctica ausencia de memoriales de ese tipo, y su estrecha vinculación con temas de economía. Las fuentes de donde hemos extraído sus consideraciones sobre el poder y la mejor aplicación de éste, son cuatro, que citamos por orden cronológico:

- *Diálogo sobre el comercio destes reinos de Castilla*, impreso en 1624¹;
- *Respuesta a la consulta de un ministro de Su Majestad sobre la paz o la guerra*. Manuscrito. Sin fecha, pero de 1626-27²;
- *Segundo memorial sobre el comercio*. Manuscrito de 1629³;

1 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 74–89. Es el escrito más difundido, como queda dicho.

2 BNM, ms. 10.441, f. 196–201.

3 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 67–73v. Borradores de este mismo memorial se hallan en la BNM, ms. 10.441, paginación diversa (véase al respecto el capítulo 2).

CAPÍTULO 3

- *Memorial sobre asuntos de gobierno*, destinado a un infante de la casa real española. Manuscrito del año 1631⁴.

Aunque como decimos, los considerandos exclusivamente políticos forman minoría en el conjunto de la producción struzziana, se complementan a las mil maravillas con el resto; y para demostrar que esto es así, hemos escrito el presente capítulo. Mirados bajo una perspectiva temporal, los memoriales se centran (exceptuado el primero) en unos años tremendamente difíciles para la monarquía. Aunque se muestran en relación directa con los problemas del momento (como por otro lado era de esperar), registramos unos puntos doctrinales de sumo interés que no es posible pasar por alto.

Si hasta 1626 la fortuna sonríe a las armas y al programa españoles, de 1627 a 1633, las cosas solo van de mal en peor. Tras 1625 (toma de Breda) las ofensivas terrestres se han estabilizado, y nada moverá dicha tendencia durante varios años⁵, en los cuales el caos y las derrotas se suceden al parecer inexorablemente. Este ciclo, que José Alcalá Zamora califica certeramente de ‘marasmo interdecenal’, y que estudia en sus caracteres generales⁶, es vital para la hegemonía española. Frente a la estabilidad en tierra, la movilidad en el mar. Una guerra económica de amplitud toma el relevo a los tercios: corte de relaciones comerciales (con diversas potencias continentales, y especialmente con Francia en 1626), represión del contrabando holandés, preparación de magnos proyectos por los cuales se ahogaría de una vez para siempre el auge de las Provincias Unidas. De todos ellos, sin duda resalta el que llevaron a cabo el barón de Auchy, Gabriel de Roy y el marqués de Aytona, siguiendo órdenes de Olivares, y que buscaba hostigar el tráfico enemigo en el Báltico y un mayor protagonismo para la decaída Liga Hanseática; una flota corsaria financiada por España sería la protagonista de todo este montaje⁷. La empresa se viene abajo en 1628, fruto de las alianzas y variaciones de la estrategia en un tiempo muy cambiante. Holanda seguirá contando así con un importante centro proveedor de alimentos y materias primas, a la vez que un mercado para sus productos.

4 BNM, ms. 10.441, f.258–273.

5 Alcalá Zamora, *España, Flandes y el Mar del Norte*, 210.

6 *Ibidem*, 243–311.

7 Rodenas Villar, “Un gran proyecto anti-holandés en tiempo de Felipe IV”, 545.

En el interior, la suspensión de pagos de 1627 y las numerosas acuñaciones de vellón, siguiendo una política monetaria caótica que termina solo momentáneamente con la devaluación de 1628, anuncian un período de serias dificultades económicas. El año 28 es también el de la captura de la flota de la plata en Matanzas por parte de marinos holandeses. Las esperanzas que muchos pusieran en la capacidad de reforma del gobierno, se vinieron abajo⁸. Cuando Felipe IV enferme en 1627, el odio a sus ministros se evidencia alarmantemente. El crecimiento de la carga fiscal y la crisis económica generalizada, causaron profundo malestar. La increíble torpeza del rey y de su valido internándose en la guerra de Mantua, con total desaprobación del generalísimo Spinola y de los de Flandes hacia todo el programa político de Madrid – al pensar que la atención se trasladaba del escenario principal de la guerra a uno totalmente secundario⁹ –, acabó de complicar las cosas. España tuvo entonces que plantearse el dilema entre los Países Bajos e Italia, que resolvió a favor del segundo de los términos, lo que no hizo sino detraer recursos del Norte en unos momentos críticos¹⁰. La marcha de Spinola al escenario italiano privó al ejército y a la política de Flandes de un líder y de unas directrices a seguir. Wesel y Bois-le-Duc, posiciones clave para la guerra económica y militar, se pierden una tras otra en 1629. La opinión pública belga acusa directamente a los españoles del desastre, y se pide la dimisión de ministros impopulares como el cardenal de La Cueva; Aytona, que le sustituye, pide al rey que tenga a bien dotar de mayores cuotas de poder a gentes del país, en detrimento de la camarilla española que lo dirigía todo¹¹. La Unión de Armas, votada en Flandes en diciembre de 1627, se derrumba frente al impulso de las acuciantes necesidades militares y financieras¹². Ese mismo año, la infanta Isabel Clara Eugenia tuvo que enviar al conde de Solre a Madrid para transmitir las quejas de los súbditos belgas¹³. Y en la Península, los

8 Domínguez Ortiz, *Política y Hacienda de Felipe IV*, 36–37; Ruiz Martín, “La banca en España hasta 1782”, 115–121; Garzón Pareja, *Historia de la Hacienda en España*, II, 552–566.

9 Echevarría Bacigalupe, “Estado moderno e integración político-económica”, 382.

10 Elliott, “Foreign Crisis and Domestic Crisis”, 127–128.

11 Echevarría Bacigalupe, “Estado moderno e integración político-económica”, 390.

12 *Ibidem*, 388–390.

13 Van der Essen, *Le Cardinal-Infant et la politique européenne de l’Espagne*, 23.

CAPÍTULO 3

catalanes muestran reluctancia en aprobar los proyectos olivaristas. El plan unitario va de mal en peor, envenenando las relaciones entre el poder central y las posesiones no castellanas.

También en 1629, Felipe IV entrega plenos poderes a la infanta para que negocie con los holandeses una tregua. Las conversaciones se rompen en 1630, pues las Provincias Unidas llevan las de ganar y no quieren hacer ninguna concesión¹⁴. Afortunadamente, se dan noticias algo más optimistas: en 1630, Carlos I de Inglaterra firma la paz con España, lo que abre nuevas perspectivas a la presencia hispana en el norte de Europa¹⁵. A pesar de que el monarca concede la celebración de los Estados Generales en Bruselas el año 1632, y de que éstos envían delegados a La Haya, la paz no tiene ninguna perspectiva de llegar, y lo que es más, una rebelión nobiliaria estalla, poniendo en peligro la presencia española en los Países Bajos Católicos. Su desbaratamiento y el castigo de los culpables¹⁶, junto con el fin de la crisis económica y la llegada de abundantes remesas dinerarias, ponen el inicio de la nueva recuperación que preside los años treinta. A la vez, se piensa en el relevo de Isabel Clara por el cardenal infante, otro príncipe de sangre real, como se reclamaba en Flandes; el fallecimiento de la tía del rey simplifica las cosas para los designios políticos de la corona. El conflicto con Francia, larvado pero evidente desde la crisis de Mantua, se está preparando concienzudamente, para que la victoria, cuando llegue la guerra abierta, sea total y definitiva.

¿Cómo no escribir sobre temas políticos en una época tan repleta de acontecimientos? Los problemas del tiempo llevan a nuestro italiano a teorizar sobre cuestiones que redondeen, por decirlo así, su pensamiento económico. La temática queda englobada en cuatro grandes categorías:

- Determinar si es necesario proseguir la contienda, o si sería mejor firmar la paz (o una tregua) con los enemigos de la corona. Caso de continuar la guerra, ¿habría de ser ésta preferentemente militar, o económica? Si militar, ¿debería darse primacía a la defensiva por mar, o a la ofensiva por tierra?, y si económica, ¿en qué condiciones?

14 Douchamps-Lefèvre, “Les Etats Généraux de 1632”, 182–183.

15 Turner, “La segunda embajada de don Carlos Coloma a Inglaterra”, 133–154.

16 Echevarría Bacigalupe, *La diplomacia secreta*, 223–226.

Por último, si fuera mejor la paz o la tregua, ¿bajo qué presupuestos, y con qué finalidad?

- Consejos para un gobernador general en Flandes. Modelo a seguir, y principios político–económicos en los que basar la gobernación.
- El papel del estado en la economía.
- La unidad de la monarquía. ¿Es viable la Unión de Armas propugnada por Olivares?

La respuesta a tales preguntas va a constituir el entramado de este capítulo.

¿Guerra o paz?

Struzzi siempre ha sido pacifista. Lo era, en primer lugar, porque así lo exigían los intereses que representaba desde 1614, pues en los Países Bajos, la paz era condición *sine qua non* para la supervivencia nacional, ahogados como se encuentran entre poderosos enemigos de los cuales es imposible zafarse *manu militari*, o darles la espalda económicamente hablando. Necesitan demasiado de los vecinos para hacerlo. La gama en el ámbito de la oferta tradicional – textil y sector metalúrgico – se va estrechando progresivamente. La salida al mar les está, si no vedada, al menos fuertemente restringida. El encarecimiento que todo esto supone para los bienes exportables e importados, hace crecientemente competitiva la producción extranjera. Por eso, el concurso de Holanda y Francia es poco menos que esencial. Cerrarles esta vía, lo que se hizo, fue obligarles a seguir la del contrabando, que utilizaron con profusión, especialmente en la primera mitad de siglo¹⁷. Los años precedentes a la ruptura de la tregua, conocieron gran intensidad diplomática, y no solo en Madrid. La corte de Bruselas, haciéndose eco del sentir de importantes sectores – las excepciones no son en absoluto significativas –, presiona ante el rey católico para que la suspensión de armas con las Provincias Unidas se prolongue tanto como sea posible, incluso ampliando sus condiciones¹⁸. Pero la decisión está tomada desde por lo menos 1618; y la falta de descendencia de los archiduques ligaba indisolublemente

17 Echevarría Bacigalupe, “Contrabando y depresión económica”.

18 Echevarría Bacigalupe, *La diplomacia secreta*, 108–109.

CAPÍTULO 3

los destinos de los Países Bajos a los de España. La muerte de Alberto en 1621 y la llegada al trono de Felipe IV, cierran el proceso intervencionista¹⁹. Luchar contra esta decisión, frenar cuanto antes la locura belicista y consolidar el bienestar de la población, fue un anhelo ferviente de Isabel Clara Eugenia, de su gobierno y de sus representantes.

Struzzi era pacifista por una segunda razón, la coherencia con su programa económico. Si, como veremos, el comercio ha de ser libre, sin cortapisas, la paz es un requisito indispensable. Lo mismo podríamos decir en cuanto se abordan los demás sectores: monetario, financiero, industrial, etc. En este sentido, la doctrina de este autor recoge una tradición plurisecular de los Países Bajos que ya solo los holandeses están en medida de proseguir.

Pero este pacifismo se matiza y amplía con los años; Struzzi no piensa exactamente lo mismo en 1624 que en 1631, por ejemplo. Para entender su mentalidad antibelicista, hemos de distinguir tres etapas: la primera comenzaría con la entrada de España en la Guerra de los Treinta Años; la segunda, hacia 1627, y la tercera podemos datarla en 1629–31. Veámoslas con cierto detenimiento.

El conde-duque de Olivares pensó desde un primer instante en proseguir la guerra contra las Provincias Unidas, visto el fracaso de la tregua entre 1609 y 1621, en que (directa o indirectamente) los holandeses se habían adueñado del tráfico con la península y aún con las colonias. Y no era el primer ministro del rey el único que lo pensaba así; un amplio sector de opinión respaldaba su postura. Sin embargo, el gobierno de Olivares estuvo basado desde el primer instante, en la guerra y en la ‘reformación’, o sea, en la voluntad de cambiar actitudes, y en ocasiones, estructuras. ¿Eran posibles a la vez la guerra y la reforma? El válido así lo creyó siempre²⁰. Solo que la táctica militar se iría desviando desde el ámbito terrestre hacia el económico y marítimo. Apoyado en tecnócratas del anterior gran privado (es decir, Lerma), como lo fueron los del grupo de Flandes – con Ortuño de Urizar a la cabeza²¹ –, y en fieles ministros tales como Gabriel de Roy²², va a lanzarse con decisión a competir contra los holandeses en el mar, en especial cuando la captura de Breda en 1625

19 Echevarría Bacigalupe, “¿Autarquía o dependencia?”.

20 Elliott, “El programa de Olivares”, 340–341.

21 Echevarría Bacigalupe, “¿Autarquía o dependencia?”.

22 Israel, “The Politics of International Trade Rivalry”, 517–549.

impulse a Olivares a mantener al ejército en posición defensiva, atacando al enemigo solo con la marina²³ y por medios económicos.

La óptica que tiene Struzzi de las cosas es solo parcialmente similar a la olivariana. Ciertamente es que propugna por estos años la guerra económica, pero excluye totalmente la militar, y la dirige contra uno solo de los enemigos del rey, las Provincias Unidas. Tocante a los otros países, defiende la paz y el libre comercio. E incluso respecto a los holandeses, ha de buscarse lo antes posible un acomodo que termine con el conflicto de la manera más honrosa, pero sin caer en una exigencia reputacionista²⁴. Los objetivos prioritarios son pues Inglaterra, Dinamarca y la Hansa, seguidos por una alianza con los príncipes del septentrión (Polonia, Moscovia, Suecia, etc.), de los que tanto depende España en aprovisionamientos clave²⁵. Aislado a los rebeldes, la paz llegará antes. Guerra y reorganización son imposibles al mismo tiempo; o lo uno, o lo otro. Si se quiere lo segundo, como lo quiere Struzzi, hay que poner término a las hostilidades. No hay otro camino.

Alrededor de 1627, varía un tanto de posición. Tras el feliz año 25, las cosas se complican para la monarquía. Como la lucha por mar no da los resultados apetecidos, y como el proyecto unionista se estanca sin aparente solución – añadamos a todo ello las dificultades internas de Castilla, especialmente las monetarias y hacendísticas –, Felipe IV se decide a enviar un criado a casa de Struzzi para, una vez más, consultarle sobre la actitud a tomar. Las preguntas del emisario y las respuestas que da el italiano se contienen en el memorial que glosábamos en el capítulo anterior²⁶. Aunque se somete a la autoridad de Bruselas, el delegado de Isabel Clara Eugenia accede a la real demanda y contesta de una manera no se puede más clara: ante todo, hay que firmar la paz o una tregua larga. Se llevan gastados 240 millones de ducados por parte de España y otros tantos que han puesto las provincias obedientes²⁷ – clara exageración – sin resultados tangibles; con la reputación máxima que se pudiere, hay que poner fin a esta política sin sentido. Solo si el enemigo se resistiera a las condiciones españolas, habría que continuar la guerra, pero nunca la defensiva

23 Israel, *The Dutch Republic and the Hispanic World*, 115.

24 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 76.

25 *Ibidem*, f. 87v.

26 BNM, ms. 10.441, f. 196–201.

27 *Ibidem*, f. 196v.

CAPÍTULO 3

por tierra. Lo que se ha venido haciendo hasta ahora, por indicación de ministros y tratadistas, es “hacer el juego al enemigo”²⁸; el cambio de táctica solo aprovecharía a los holandeses para poner nuevas y más fuertes contribuciones a los campesinos de las tierras fronterizas. La guerra económica, especialmente basada en racionar la sal al enemigo, es ineficaz²⁹, pues su pericia comercial les asegura clientela, y por eso, las relaciones de esa potencia con el exterior, no cesarán. Apretarles económicamente solo aumentará su celo religioso y patriótico, y no se les doblegará. Respecto a hacerles la guerra o la competencia por mar, es poco menos que absurdo, pues el mar es muy ancho y su dominio allí es casi total. Hay que presentarles cara en tierra, estableciendo un ejército en Frisia, otro en Flandes y otro en Brabante, completando el cerco con la flota. Siempre y cuando se aseguren los medios para que estos ejércitos cobren sus pagas y no les falte material para el combate y el asedio, la vía terrestre es la más indicada para mantener a raya al enemigo. Esta última idea es la clave de su pensamiento: Struzzi no habla de victoria en el memorial, solo de atajarles el camino temporalmente. La guerra militar ofensiva por tierra es el menor de los males, pero nada más. Lo esencial, lo viable, lo realista, es firmar la paz con los Estados Generales; fuera de esto, solo se puede ir subsistiendo³⁰, pues no pasaremos de conquistar alguna de las muchas plazas enemigas que hay, o defender las propias. En este sentido, y si el rey no se decide a cambiar de táctica, que por lo menos refuerce la plaza de Bois-le-Duc, punto estratégico de todo el sistema español en Brabante y por extensión, en todo el norte de los Países Bajos Católicos³¹. ¡Qué poco se le escuchó, y cuánto hubo que pagarse por ello!

En 1628, vuelve a la carga: si no se quiere firmar la paz, a lo menos es preciso intentar la guerra ofensiva, formando dos grandes ejércitos, uno por Flandes y otro por Frisia; la armada cerrará la salida por mar. Pero lo básico consiste en el esfuerzo por negociar el fin de las hostilidades, único camino viable³².

¿Hasta qué punto esta opinión puede atribuirse exclusivamente a Struzzi? Es casi seguro que conocía el tratado de Giovanni Botero,

28 *Ibidem*.

29 *Ibidem*, f. 197v.

30 *Ibidem*, f. 200.

31 *Ibidem*, f. 201.

32 BRB, ms. 15.436-53, f. 267v.

La razón de Estado. En ella, el autor dedica varias páginas a mostrar que los contingentes terrestres son más importantes que los marítimos: “las fuerzas terrestres no necesitan de las marítimas, pero las marítimas sí tienen necesidad de las terrestres”³³. Todos los tratadistas y políticos de la época, españoles y flamencos, han leído estas y otras consideraciones; Struzzi no puede ser la excepción a una regla tan extendida, aunque solo comparta este parecer como diplomático. Por otra parte, el generalísimo Ambrosio Spinola, llegado a Madrid en marzo de 1628 (permanecerá hasta julio de 1629, en que parte para Italia), propuso a Olivares dos medios para salir de la desesperada situación militar en que se encontraba España, o mejor, la monarquía: una era negociar una larga tregua, y otra, allegar recursos poderosos para emprender una guerra ofensiva por tierra con decisión y energía³⁴. De ambas, lo mejor sería la paz, que favorecerá la recuperación humana y económica de los dominios del rey; la guerra solo servirá para mantener la reputación, no para conseguir la victoria. Sabemos que la infanta Isabel Clara estaba de acuerdo al cien por cien con Spinola³⁵.

Parece claro que Struzzi concuerda con Botero; ahora bien, ¿influyó decisivamente con sus memoriales en los gobiernos de Bruselas y Madrid, o solo fue utilizado como correo de transmisión para vincular a aquella corte con la madrileña? Yo me inclino por una doble salida: en lo relativo a la postura pacifista, aun cuando no sea original, sí es un sentimiento muy arraigado en el italiano; y puede afirmarse sin temor a dudas que la voluntad negociadora manifestada por Felipe IV desde 1627, es obra del memorial que entregara en las reales manos el servidor de palacio que visitó la mansión de Struzzi. Respecto a la guerra ofensiva por tierra, al repugnar a su natural irenismo y al papel protagonista que según su parecer había de jugar la marina (y que se refleja en el *Diálogo* de 1624 y en el segundo papel sobre el comercio), emana indudablemente de las órdenes enviadas por Bruselas, esto es, por el ‘partido’ de la infanta y de Spinola, limitándose a presentar al rey católico las directrices de la superioridad.

Para 1629, la crisis toca fondo, y en todos los sentidos. Hasta el 32, se atraviesa un angustioso túnel en donde no aparecen perspectivas

33 Botero, *La razón de Estado*, 181.

34 Rodríguez Villa, *Ambrosio Spinola*, 480.

35 *Ibidem*, 452.

CAPÍTULO 3

de solución. Aquí el pacifismo de Struzzi logra su punto más nítido, más radical. Mientras Bruselas se mantiene contra viento y marea en favor de la intervención del ejército de tierra en una estrategia ofensiva, y más que nunca tras la pérdida de Bois-le-Duc³⁶, el representante de la infanta vira en redondo. Dejando anteriores opiniones en favor de una totalmente personal, condena todo tipo de hostilidades. Clama en primer lugar contra el fracaso de la ofensiva en el Báltico, que hizo perder a España unos valiosos aliados, lanzando indirectamente sobre Olivares la culpa del mal resultado de las conversaciones (pero la verdad es que las circunstancias no soplaron en favor de la diplomacia hispana). Lo que sin duda molestaba a Struzzi es que la guerra económica, estrategia favorita del conde-duque y suya propia en un tiempo al haber recomendado en 1623 la conexión con el Báltico, se viniera abajo estrepitosamente. Y le indigna que tampoco se hubiera avanzado nada en la pugna estrictamente militar, dejando de lado la presión holandesa sobre Flandes en aras de la estúpida guerra de Mantua. Solo queda la negociación, incluso si es algo tarde para recomponer las cosas.

En el memorial de 1629 sobre el comercio se decanta en favor de un desarme total y absoluto. Es una lamentable pérdida de dinero y de tiempo el continuar las hostilidades, tanto por mar o por vía fluvial (bloqueo, corso, flota de guerra) como por el uso de los tercios. Ni se derrota a las Provincias Unidas, ni hay flota capaz de impedir que éstas dejen de comerciar con la península, con la Europa nórdica y con las dos Indias. La relación de fuerzas es aplastantemente favorable para los rebeldes, muy en especial en el mar³⁷. Desde 1627, ya se quejaba Ortuño de Urizar, entonces proveedor de la Armada de Flandes, de la endebles de la flota y de su incapacidad para combatir a los holandeses. Advertía igualmente de lo imperioso de reconstruir un grupo de barcos que operen desde los puertos de los Países Bajos Españoles, y de animar a los habitantes de las ciudades marítimas a que abracen la profesión de marinero, tan degradada socialmente³⁸. Al año siguiente reitera sus lamentos, demandando una subvención al rey para formar una auténtica flota en estado de combate³⁹. El tan alabado corso no merece mejor opinión de Struzzi, que lo encuentra

36 Janssens, "L'échec des tentatives de soulèvement aux Pays-Bas", 112.

37 Israel, *The Dutch Republic and the Hispanic World*, 109.

38 AGS, Estado, leg. 2321, s.f. Relación de julio de 1627.

39 *Ibidem*, leg. 2322. Dunkerque, 7 de noviembre de 1628.

insuficiente para equilibrar la situación⁴⁰. En conjunto y según él, la estrategia de los ministros de Felipe III y de Felipe IV se ha mostrado errónea, de modo que hay que cambiar. Así de sencillo.

El memorial que comentamos, es un nuevo encargo del soberano por medio de un ministro, que se desplaza hasta la residencia de Struzzi en la corte. A diferencia de otros, no se estructura a base de preguntas y respuestas, sino de consejos a seguir. Respecto a la paz, a tal punto ha llegado el desengaño de poder vencer a los enemigos⁴¹, y tan contraproducente es continuar por la misma senda – por cuanto que la actitud de dureza solo engendra reacciones más y más fuertes de aquéllos⁴² –, que se precisa recomenzarlo todo. El mismo Felipe II escribía al duque de Parma en 1579: “Es menester mudar camino, si no es queriendo perder lo demás”⁴³, permitiendo que Parma negociase con los rebeldes y les dejase comerciar con los dominios reales. Algo así hay que hacer ahora, pero en mayores dimensiones, porque ya no se trata de unos ‘pordioseros’. Paz y libertad de relaciones económicas entre las dos potencias; no vale entenderse solo con las neutrales. ¡ Su Majestad debe cambiar, y lo antes posible !

Los acontecimientos posteriores muestran que esta proposición fue desechada. Olivares, que no se retractó ni de su lucha por mar, ni de su Unión de Armas, ni de intentar obligar a los rebeldes a la firma de una paz con reputación (o sea, como conviniese a España), esperó a que las cosas cambiaran de color, y en los años treinta, más prepotente que nunca, lanzó un nuevo ataque contra los enemigos de España, en esta ocasión el último, si lo consideramos globalmente. Hasta entonces, pudo haberse ganado la guerra; desde entonces, solo se ganarán batallas. Si se hubieran seguido los pasos de Struzzi, con independencia de que fueran políticamente viables o no, ese enorme esfuerzo por volcar la balanza en favor no hubiera sucedido, pero la recuperación de la monarquía habría sido posible. Claro es que torcer una estrategia tan fuertemente enraizada en los gobernantes, es un asunto muy arduo que no está al alcance de una sola persona, ni siquiera de un grupo. A Struzzi se le agradeció el consejo, pero quedó archivado para una mejor ocasión. Se le volverá a consultar en 1631, aunque no sobre lo precedente, sino acerca de qué puede hacer un

40 Para la realidad del corso, ver Stradling, “The Spanish Dunkirkers”, 541–558.

41 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 68v.

42 *Ibidem*, f. 73.

43 *Ibidem*, f. 72v.

CAPÍTULO 3

gobernador general que pretenda dirigir con acierto los dominios encomendados. Ya lo veremos más adelante.

La polémica sobre la paz o la guerra se extendió por Flandes como reguero de pólvora entre todas las clases y estamentos; es natural, porque les iba el futuro en ello. De las discusiones, numerosas, sobresale la que enfrentó a Erycius Puteanus, quien se pronunció a favor de la concordia (al igual que su amigo Struzzi), y Gaspar Barlaeus, defensor de la doctrina oficial⁴⁴. Ambos fueron secundados en una u otra postura por sus respectivas legiones de discípulos y seguidores. La febril actividad que acomete a toda la monarquía desde 1633, termina momentáneamente con el debate.

Decíamos que nuestro autor se manifiesta crítico de cara a la normativa que el gobierno español sigue en materia política, sobre todo respecto al dilema olivarista de reforma o guerra. En Madrid (exceptuado Felipe IV) y entre el partido español de Bruselas, que se fortaleció al pasar los Países Bajos de nuevo a la soberanía española, Struzzi no era muy popular que digamos, aunque se le respetaba por sus largos servicios y su inteligencia. Pero no está solo en su lucha. Sabido es que el pacifismo era un anhelo general entre los belgas del que participaron los archiduques y prosiguió la infanta una vez relegada al cargo de gobernadora general. Pero en la misma Castilla, las Cortes se muestran de un talante francamente hostil respecto a los designios de Olivares, quien acalla como puede las voces de la asamblea⁴⁵, que tiene tras de sí una añeja tradición en contra de las guerras exteriores.

Tampoco es el único defensor del irenismo. Contemporáneos a sus escritos fueron los de Antonio López de Vega, curioso personaje violentamente antimilitarista, y por eso mismo, contrario a las directrices del poder⁴⁶. Fuera de la monarquía, Jean Bodin exaltó en el XVI las virtudes de la paz y la cooperación internacional en materia económica (*Réponse à M. de Malestroict*); en tiempos de Struzzi, Emeric Crucé escribe *Le nouveau Cynée*, y fue Sully quien probablemente redactó *Le grand dessein* que habría de seguir Enrique IV, obras de gran difusión, aunque lógicamente, cosecharon escasos resultados prácticos. Con mayor o menor influencia, todos ellos anteceden, por su similitud de ideas, a autores como M. de Belesbat, el

44 De Lettenhove, *La Flandre pendant les trois derniers siècles*, 239.

45 Elliott, "La decadencia de Castilla".

46 Echevarría Bacigalupe, "L'antimercantilisme en Europe".

abad de Saint–Pierre, Nicholas Barbon o sir Dudley North. Lejos pues de constituirse en un escritor robinsoniano, el de Parma se inserta en una corriente poderosa de contestación al régimen imperante, aun cuando, por descontado, sus pretensiones no sean en absoluto ‘revolucionarias’, sino meramente reformistas, como las de todos los que comparten ese parecer⁴⁷.

El gobierno de Flandes

Durante el mandato de los archiduques, aunque recibieron consejos políticos de Felipe II, la tarea de gobernar les incumbía personal y exclusivamente (por lo menos, en los asuntos interiores). Bajo el período que llamamos usualmente régimen español, el gobernador general, mero representante de Madrid, se debía ajustar a directrices emanadas de la cancillería real. Si en España las virtudes del príncipe o del valido son establecidas cuidadosamente por los tratadistas, asimismo, todo gobernador de dominios extrapeninsulares debe someterse a normas de conducta emanadas de la doctrina política vigente. Aunque el absolutismo real en Flandes estaba atemperado por una gran permisividad en temas locales⁴⁸, satisfaciendo el ansia belga de gobernarse en sus asuntos cotidianos, cierto es que las obligaciones del poder supremo en los Países Bajos que representa al soberano, son muchas y muy importantes. Para llevarlas a cabo con efectividad ayudándose de funcionarios españoles a través de juntas, controlando la provisión de obispados, manteniendo buenas relaciones con la nobleza, dirigiendo la política exterior, la económica y las operaciones militares con presteza y competencia, era preciso ayudarse de un vademécum. Poseemos en este sentido varios ejemplos de relieve, como las *Instrucciones* de 1559, de 1580, de 1595 y las de 1632, cuyo destinatario era el cardenal infante, sucesor de la infanta Isabel Clara vista la necesidad de proveer el cargo mediante persona de sangre real para calmar la inquietud del pueblo. Tras su brillante victoria en Nördlingen, don Fernando hará su entrada en Bruselas el 17 de abril de 1635 con gran pompa (el Museo del Hermitage conserva un boceto de arco triunfal que Rubens diseñó expresamente para conmemorar

47 *Ibidem*.

48 Van der Essen, *Le Cardinal–Infant et la politique européenne de l’Espagne*, 20.

CAPÍTULO 3

la llegada del nuevo gobernador). Aunque la instrucción del año 32 se apoya en las tres precedentes, halla complemento en la memoria que Alberto Struzzi redacta para don Carlos o don Fernando cuando el rey, por consejo de Olivares, decide que los dominios septentrionales serán mejor dirigidos por uno de sus hermanos al frente, a la vez que se libera de la más que posible camarilla nobiliaria alrededor de ellos; por las mismas razones de contentar a los súbditos y de alejar al otro hermano, don Carlos será destinado a Portugal, destino político que truncó la muerte⁴⁹. Ahora no se trata de que opine sobre si sería mejor entenderse con los holandeses o seguir luchando contra ellos; Struzzi solo pretende ayudar con su experiencia política, pues la decisión de marchar por la senda de la guerra nunca se ha abandonado en la corte del rey católico. Nos encontramos pues con un escritor realista que olvida sus convicciones personales para guiar del mejor modo posible al joven futuro gobernante de Flandes. Los 33 folios de que consta el borrador que nos ha llegado se extienden sobre múltiples consideraciones que vamos a reagrupar temáticamente, para mayor claridad.

Deber de todo escritor político es referirse a la razón de estado, asunto que consume buena parte del papel y de la tinta de los aficionados a dar consejos al monarca. Entendida según Maquiavelo, la razón de estado suscita repulsa en Struzzi. Una de sus derivaciones, “*Ius est in armis*”, se condena sin paliativos cuando va desprovista de matices⁵⁰. Aunque asoma la oreja del Struzzi pacifista, inmediatamente después juzga conforme a derecho la guerra de Flandes al no basarse en ambición ni avaricia. Pero para conseguir la victoria, ha de desecharse la guerra defensiva, conforme advirtiera en los años veinte, más a instancias de Bruselas que por convicción personal. Todo el escrito, de nuevo, refleja la actuación del duque de Parma, pero esta vez de forma más acusada. El modelo políticomilitar en que habrá de inspirarse el infante de España no es otro que Alejandro Farnesio.

Para hacer la guerra, es preciso cuidar lo que hoy llamaríamos el aparato logístico, fuente de numerosos problemas, uno de los más grandes, el descontento traducido en motines, que asolaban con harta

49 El memorial de Struzzi, en BNM, ms. 10.441, f. 258-273. Para el recelo que suscitaba la presencia en la corte de los dos infantes, ver Elliott, *The Count-Duke of Olivares*, 185-186.

50 *Ibidem*, f. 258.

frecuencia las filas de los tercios. Amberes ha de jugar un papel central en la asignación de los recursos que llegan de la península y de las sumas que se obtienen de los prestamistas de la corona⁵¹. Entre los recursos que han de llegar de España, no hay que conformarse con la plata; hay que incentivar la producción 'nacional' enviando paños con que vestir a los soldados, aunque sea por la vía de los puertos ingleses. Entra así en una de las aplicaciones de la unión económica que propugna frente a la dispersión de mercados propia del conglomerado hispánico. Dada la enorme importancia de la guerra de sitios, hay que fomentar la llamada a ingenieros militares expertos en el tema, y fabricar máquinas aptas para expugnar fortificaciones. Ha de evitarse cualquier tentación de que los militares se conviertan en cortesanos y abandonen sus deberes, pero al mismo tiempo, Struzzi exige autonomía de movimientos en las decisiones de los gobernadores y de sus generales. Se adoctrina sin duda por el ejemplo de Farnesio, atado de pies y manos por la camarilla española y la corte de El Escorial, y por el caso de Spinola, fiscalizado en todos sus movimientos. Los civiles no tienen por qué inmiscuirse en cuestiones estratégicas; que cada cual permanezca en su esfera cumpliendo con su deber⁵², y todo marchará como un mecanismo bien engrasado. La alianza con Lieja es absolutamente necesaria si se quiere descargar al País Bajo obediente del peso de los alojamientos, siempre gravosos y molestos. Termina sus consideraciones sobre la guerra describiendo las compañías de flamencos que luchan contra el enemigo holandés⁵³, recomendando su protección y ayuda, así como a los italianos, que deben ponerse en el mismo pie que los españoles⁵⁴, por cuanto que también ellos son súbditos reales.

No se puede hacer bien la guerra sin conocer las fuerzas del enemigo, y no se pueden conocer estas fuerzas si no se tiene un buen servicio de espionaje. Además de que muchas plazas se han ganado por medios secretos y no por las armas. Como antiguo informador secreto, es lógico que Struzzi dedique al tema varios apartados de su memorial. Destacaré de entre ellos la defensa que hace, sin nombrarle, de Manuel Sueiro⁵⁵. Este, natural de Amberes e hijo de Diego

51 *Ibidem*, f. 259.

52 *Ibidem*, f. 265.

53 *Ibidem*, f. 266.

54 *Ibidem*, f. 267.

55 *Ibidem*, f. 268v-269.

CAPÍTULO 3

López Sueiro, comerciante y espía en tiempos de Felipe III, se encargaba de la información confidencial proveniente de las Provincias Unidas, que regularmente transmitía al cardenal de la Cueva, marqués de Bedmar. Pero por una serie de desavenencias entre ambos, Bedmar no envió a Madrid los avisos con las informaciones de Holanda, con la evidente finalidad de desacreditar a Sueiro, por lo que el gobierno central ignoró una serie de posibilidades que se ofrecían de infringir una seria derrota a los rebeldes y evitar al mismo tiempo serios contratiempos, uno de los cuales, y no el menor, fue el establecimiento neerlandés en el Brasil. Por otro lado, la carrera de Sueiro se resintió fuertemente, al ser acusado de incompetencia en la corte española y en la de Bruselas, muriendo a fines de 1629 sin algo tan precioso para un hombre de su tiempo como la reputación⁵⁶. Hay que evitar que se repita este incidente, procurándose “buenas correspondencias y amigos y espías, acariciarlos y regalarlos”⁵⁷. Forzoso es decir que, indirectamente, Struzzi se quiere sumar a la campaña en pro de que Bedmar abandone Flandes cuanto antes. Muchos eran los que lo deseaban, incluida la infanta Isabel, porque el incómodo ministro se ganó la enemistad de los nativos casi recién llegado a Bruselas. Resultado de las fuertes presiones que llovieron sobre Felipe IV y sobre Olivares, Bedmar salió para Roma en septiembre de 1632⁵⁸. En esa medida estuvo uno de los factores de la pacificación del País Bajo español tras la rebelión de los nobles.

Otro tema es el de las virtudes y características que deben adornar al gobernador general. Por lo pronto, Struzzi desaconseja que el rey nombre un embajador o delegado español en Bruselas, por la competencia de funciones que creará inmediatamente con el gobernador⁵⁹. Nueva alusión especial al papel de Bédmar en la capital flamenca, interrumpiendo con su presencia la buena marcha de los asuntos de gobierno y guerra; pero no menores fueron los contratiempos de Alberto e Isabel con Felipe III por la misma causa, al sentirse desplazados e incapaces de ejercer el poder absoluto sobre sus estados⁶⁰. Así pues, un príncipe de sangre debe bastar y sobrar (en este caso, el cardenal infante).

56 Sobre Sueiro y el cardenal de la Cueva, ver Echevarría Bacigalupe, *La diplomacia secreta*, capítulo V.

57 BNM, ms. 10.441, f. 269.

58 Echevarría Bacigalupe, *La diplomacia secreta*, 180.

59 BNM, ms. 10.441, f. 269.

60 Echevarría Bacigalupe, *La diplomacia secreta*, 163.

El espejo en que debe mirarse el futuro gobernador ha de ser Alejandro Farnesio, como referíamos más arriba. El de Parma tuvo siempre gran autoridad, y ello no le impidió servirse de consejeros, a los que consultaba en toda circunstancia pero reservándose la última decisión, que no siempre transmitía a España para agilizar la marcha de los asuntos⁶¹ y que a veces era contraria al parecer de sus consultores, como en la toma de Amberes. Al mismo tiempo, los consejos locales gozaron de la preferencia del duque, cumpliendo un papel de asesoramiento sobre cuestiones que únicamente un belga podía conocer. El Consejo de Estado ha de tener, según el italiano, mayor rango que los demás, debiendo ser presidido en toda ocasión por el gobernador general.

Consejos y consejeros fieles, pero no validos, o privados. “Gloriam meam nemini dabo”, es la consigna de Struzzi a este respecto⁶². Y como Parma prescindió de ellos, el infante obrará igual de sabiamente apartándolos de su presencia.

Cuestión vital donde las haya en el XVII, ésta de gobernar por un valido o por consejos. El gran papel que jugaran el secretario y el consejo en las decisiones soberanas de Carlos V y Felipe II, se reduce drásticamente al llegar al trono el hijo de este último. Los *Discursos* en defensa del modo tradicional de llevar los asuntos de estado, apenas hacen mella; la batalla que entabló Francisco Bermúdez de Pedraza estaba perdida de antemano⁶³. Tampoco desmoraliza al privado del rey la crítica social. Si el pueblo admitió de buena gana la llegada de Lerma o de Olivares, creyendo mejoraría su situación⁶⁴, con el paso de los años, el desencanto ante la falta de iniciativas gubernamentales en su favor, trocó la esperanza en odio, y no solo a la persona del valido, sino incluso al mismo cargo⁶⁵. Las facciones nobiliarias apartadas del ejercicio directo del poder, miraron con recelo a los privados, aunque solamente como personas, respetando el valimiento en sí⁶⁶. Entre la intelectualidad, pocos autores critican esa figura y piden la vuelta al sistema polisinodial puro, o cuanto menos intentan encajar al privado en moldes convenientes para la

61 BNM, ms. 10.441, f. 260.

62 *Ibidem*, f. 264.

63 Bermúdez de Pedraza, *El secretario del rey*, especialmente discursos I y II.

64 Damonte, *Felipe IV el Grande*, 98: “Sin duda alguna, la elevación de los dos privados fue bien recibida y aplaudida en España”.

65 Tomás y Valiente, *Los validos en la monarquía española*, 120.

66 *Ibidem*, 117.

CAPÍTULO 3

monarquía; destaquemos el caso de Saavedra, Portocarrero, Santamaría y en parte, Quevedo⁶⁷. De todos ellos, destacaremos sin discusión a fray Juan de Santamaría, que publica en 1615 un tratado profundamente hostil al cargo, y que pudo influir en Struzzi de algún modo. Lorenzo Ramírez de Prado considera igualmente necesario el consejo, porque “varios pareceres convidan a que el príncipe elija y no se necesita a seguir uno solo”⁶⁸. Pero en su conjunto, la mayoría de los autores juzgó necesaria o tolerable la presencia de un primer ministro⁶⁹. En todo este proceso, como vemos, se produjo un agrio conflicto entre dos formas de gobierno; una, que trataba de reducir el papel de los consejos a meros peleles de la voluntad del valido, y otra, que los potenciaba. La rehabilitación del sistema conciliar solo llega en 1643, año en que cae el conde-duque de Olivares⁷⁰.

Sabemos pues cuál es el bando en que se coloca Struzzi. Pero no nos confundamos: la crítica que dirige al valido se justifica plenamente si sopesamos la importancia de la configuración política en los Países Bajos, y su lejanía respecto al centro de decisiones. Estructurar un gobierno a base de una cabeza responsable apoyada por un grupo de asesores nacidos en el país, especialmente para el Consejo de Estado, era absolutamente imperioso. El gobernador general, aislado de Madrid, no podía consultar perennemente sus decisiones ni basarlas en la sola óptica española, so pena de que el enemigo le tomase la iniciativa en espera de las órdenes de una corte lejana e ignorante de los problemas y necesidades locales; la experiencia del siglo XVI abonaba este parecer. Por eso, la polémica en los Países Bajos se estructura no ya solo alrededor del dilema valido-consejo, sino entre poder centralizado, o con autonomía. Así nos explicamos ciertos escritos de fines del Quinientos que defienden la constitución de gobiernos en Flandes que gocen de plena descentralización; en consonancia con esta corriente, visible también en sectores de la corte madrileña, un aviso remitido a Felipe II desde Bruselas, le aconseja que no gobierne a todas las naciones de una misma forma, delegando tareas en los naturales de cada lugar a través de sus instituciones, especialmente los consejos⁷¹. Con los archiduques, dado su peculiar

67 *Ibidem*, 127.

68 Ramírez de Prado, *Consejo y Consejero de Príncipes*, 26.

69 *Ibidem*, 147.

70 Feros, “Lerma y Olivares”.

71 AGRB, PEA, leg. 1415/5, s.f. Sobre los Consejos de Flandes, ver Parker, “Los procesos de toma de decisión”, 224-244.

status político, la polémica desaparece, retomándose desde 1621. Comparativamente a la etapa anterior y a la que sigue, fueron los suyos momentos de independencia. Cuando queda sola Isabel Clara Eugenia al frente de los destinos de los Países Bajos, el rey merma las atribuciones de la infanta, que conserva sin embargo algo de su antiguo poder de decisión, considerada la inexperiencia del monarca y de su valido, sobre todo en las cosas de Flandes. Ahora bien, la crisis de 1627-32 y la ofensiva que se prepara en los años treinta, implicarán la desaparición de toda iniciativa por parte de Bruselas. Nos explicamos por eso que en las *Instrucciones* de 1632, Felipe IV dejara muy claro que el poder legislativo le pertenece en exclusiva, y solo lo delegará en ciertas ocasiones o a ciertos organismos, como el Consejo Privado, que deberá componerse de gentes absolutamente dóciles⁷². El Consejo de Estado habrá de centralizar el poder judicial. Y don Felipe instiga a su hermano para que reduzca todo lo posible la multitud de prerrogativas y normas existentes en Flandes, como estorbos a una dirección más efectiva de la guerra. Los consejos de Struzzi se relegan otra vez; Olivares triunfa sobre sus contradictores imponiendo obediencia. Y sin embargo, los años mostrarán que, a su modo, el italiano tenía razón. Cuando las cosas se compliquen desde 1635, el mismo rey sugiere a su hermano que podrían constituirse en Bruselas tres consejos, uno militar, otro económico y otro político, para que le ayuden en el gobierno⁷³. Como esto implicaría novedad y suspicacias entre los organismos belgas ante una posible lucha de competencias, se desestima la idea, en sí misma poco descentralizadora, pero que abona la tesis struzziana de la necesidad de asesoramiento. Don Fernando cargará con la entera responsabilidad política frente a su hermano y al valido de éste. La soledad en que se le va a colocar, le saldrá cara a España. El peso del gobierno y del conflicto con Francia y las Provincias Unidas, son responsabilidades que terminaron por aplastar al gobernador general; sus relaciones con Madrid fueron empeorando día a día, sobre todo tras el fracaso de Corbie, la toma holandesa de Breda y ciertas iniciativas políticas mal comprendidas y valoradas en España.

Como en el tema de la paz, se hacen oídos sordos al representante de la infanta. La crítica del valido y su actitud beligerante, junto a la

72 Instrucción para el cardenal infante, 10 de octubre de 1632. En Lonchay, Cuvelier y Lefèvre, *Correspondance de la Cour d'Espagne*, III, 635.

73 AGRB, SEG, leg. 215, f. 39.

CAPÍTULO 3

defensa de los consejos, no eran las mejores cartas credenciales ante el conde-duque, como no lo serán sus proposiciones en materia económica. Por eso, considero fuera de duda que quien consulta a Struzzi enviándole un criado de palacio es únicamente el rey, sin la intermediación o la aquiescencia de Olivares. Desde la aparición del libro de Robert A. Stradling, sabido es que Felipe IV no se sometió con absoluta docilidad a los mandados de su ministro, y que más de una vez hubo serias diferencias entre ambos⁷⁴. Esta fue una de ellas; el monarca aprovecha la presencia de Spinola en la corte para utilizarle a modo de muralla que contuviera la agobiante presión olivarista⁷⁵.

Una de las últimas ideas que destacamos en el memorial de Struzzi es su petición de que a los súbditos flamencos se les trate con suavidad, no agobiándolos con cargas o peticiones, y sobre todo, no cortando sus privilegios: “por vía de amor, los generales han alcanzado todos los subsidios que se les han pedido”⁷⁶. Necesitado del concurso belga y poco deseoso de que los Países Bajos Católicos se constituyan en un nuevo foco de rebeliones (con la de 1632 ya bastó), Felipe IV mantendrá para los asuntos internos de esos dominios un tacto sumo⁷⁷, concorde con la petición del representante en Madrid, pero no cederá – no podía ceder, considerando el tiempo histórico y las circunstancias – en los asuntos propios del estado.

Termino este apartado con una referencia casi obligada. A la vista de las ideas políticas de Struzzi, uno se pregunta si participaba de la corriente tacitista entonces en boga por Europa y especialmente en España. Pregunta harto dificultosa de contestar. Ante todo, porque no se ha hecho un estudio a fondo sobre el tacitismo, y hoy por hoy desconocemos la significación exacta de esta doctrina. Indudablemente, Tácito fue muy popular entre nosotros, pues sus ideas valían para camuflar diestramente la doctrina maquiavélica, tan útil en la gestión de los negocios políticos. Con la edición crítica de la obra del autor latino por Justo Lipsio (aparecida en 1607), desde los Países Bajos Católicos se fue extendiendo su lectura⁷⁸, aunque hoy sabemos que Maquiavelo estuvo muy presente en las bibliotecas españolas de los siglos XVI y XVII, bien en el original italiano, o en traducción

74 Stradling, *Philip IV and the Government of Spain*, 37.

75 Stradling, “Mantua Preserv’d”, 93.

76 BNM, ms. 10.441, f. 271.

77 Janssens, “L’échec des tentatives de soulèvements aux Pays-Bas”; Echevarría Bacigalupe, *La diplomacia secreta*, 122.

78 Maravall, “La corriente doctrinal del tacitismo en España”, 83.

española⁷⁹. Queda dicho que Struzzi menta con alguna frecuencia a Lipsio, y que fue amigo de Puteanus. Conoció de alguna manera (personalmente o en su trayectoria profesional) a Diego López Sueiro y a Manuel Sueiro; este último fue un importante traductor de Tácito⁸⁰, de quien sin duda valoró la exaltación del secreto, pues no en balde era espía regio. Por otro lado, su misión diplomática le puso en contacto con la citada corriente doctrinal, muy en boga por los ambientes madrileños. De este modo, la pregunta que nos hacíamos es del todo pertinente: ¿fue Alberto Struzzi un escritor tacitista? Tratemos de responder a esta cuestión. Es partidario del absolutismo y por ello de una política autoritaria, además de que apoya el uso continuo del secreto para el recto gobierno, pero estos rasgos no son exclusivos de la citada doctrina. También defiende el naturalismo político, al igual que Tácito (extendiéndolo por su cuenta al orden económico); y sin embargo, seguimos sin ver un rasgo decidido de tacitismo en ello, sino que más bien asoma la influencia de la tradición políticoeconómica de Italia, de los Países Bajos, e incluso de los doctores escolásticos del XVI, que indudablemente ejercieron mayor poder en un Struzzi ya muy maduro a comienzos del Seiscientos como para dejarse influenciar con tanta facilidad. Por otro lado, es un crítico firme de la razón de estado, exige la paz más allá de cualquier interés político, y sobre todo, desecha toda fórmula ucrónica o utópica de gobierno, reclamando un trato especial y diferenciado para Flandes. Por todo lo cual, soy del parecer que Struzzi no ha de ser englobado en el grupo de los tacitistas.

Papel del estado en el orden económico

El absolutismo de Struzzi solamente toca el orden político, no el económico. Es éste un rasgo muy original en su doctrina y le confiere un aire de modernidad, frente a la concepción totalitaria que hemos venido contemplando. Su ideal es conjugar dos ideas para nosotros contrapuestas: el autoritarismo y a la vez, el respeto a la iniciativa privada en la esfera de los negocios. Struzzi solo pide una cosa al

79 Puigdomenech, *Maquiavelo en España*.

80 La traducción que hizo Sueiro de Tácito apareció en Amberes el año 1613, y su difusión fue rápida. Echevarría Bacigalupe, *La diplomacia secreta*, 158.

CAPÍTULO 3

estado, que cuide con mimo que los particulares no sean molestados en sus actividades mercantiles, industriales o financieras. Por eso incluye en los dos memoriales sobre el comercio la ley de Alfonso X por la que se protege a todos los mercaderes que acudan a su reino, sin entrometerse para nada en sus transacciones, pero sí ofreciendo el ambiente legislativo e institucional favorable al desarrollo de los negocios⁸¹. La normativa del Rey Sabio es una agarradera que Struzzi utiliza con frecuencia para sustentar sus argumentos, sabedor como era de la vigencia de que las Partidas disfrutaban en la España del Siglo de Oro y del ambiente de permisividad que reinó en el siglo XIII para las cuestiones económicas. Es un nuevo corolario de la estructura liberista cuya implantación busca en todo el imperio español. Ello redundaría en beneficio del monarca, especialmente en concepto de tasas fiscales indirectas (alcabalas y derechos de aduana sobre todo), sin que los particulares se vieran molestados lo más mínimo. Libertad de trato y contrato es su bandera, porque “todo el mundo ha de buscar la vida y cómo sustentarse”⁸²; así, que cada cual se defienda como mejor lo juzgue. Toda la obra económica struzziana va en esta dirección.

El unitarismo

No hablamos de la unidad de mercado, que quedará para otro capítulo. Nos referimos a la política unitarista en el sentido militar y político.

Desde finales del XVI, para racionalizar la lucha contra el holandés, se hizo urgente conseguir la cooperación entre las diversas y distantes partes de la monarquía. Esa cooperación debería ser lo más completo posible; para realizarla, se sugieren y ponen en funcionamiento diversos planes, que obtuvieron diverso éxito⁸³, sea por su escasa viabilidad, o por la renuencia de algunos componentes a integrarse, temiendo una pérdida de autonomía. Un grupo de esos planes tendía a organizar fuerzas militares conjuntas sobre la base de cuotas de hombres y de recursos a repartir entre los diferentes reinos y

81 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 67.

82 *Ibidem*, f. 73v.

83 Sobre el unitarismo, ver todos mis trabajos citados en este capítulo.

PENSAMIENTO POLÍTICO

señoríos. Por su interés, destaca en primer lugar el arbitrio que aparece en el libro *Politico-Christianus*, del jesuita Carolus Scribani, impreso en Amberes el año 1624. Allí, el autor se refiere al plan propuesto en 1615 por un ‘gran hombre’ experto en asuntos españoles pero al parecer de origen no hispánico – para John H. Elliott, se trataría de Spinola⁸⁴ –. Según el proyecto, las cargas de la guerra de Flandes deberían ser llevadas por los componentes de la Península Ibérica; en total, 221.000 infantes y 89.000 jinetes, un cuarto de los cuales podrían ser utilizados en cualquier momento. El reparto se haría de la siguiente manera:

REINOS	INFANTERIA	CABALLERIA
Castilla y Navarra . . .	149.000	57.000
Aragón y Cataluña . .	36.000	14.000
Portugal	20.000	10.000
Valencia y Murcia . . .	16.000	8.000
Total	221.000	89.000

Sea quien sea el autor – ¿por qué no el mismo Struzzi? –, tropieza con un obstáculo importante, y es la ausencia de los dominios europeos en el esfuerzo de colaboración, suponiendo además que en el concepto “Castilla-Navarra” el autor haya incluido al Nuevo Mundo. Y la desproporción entre el aporte castellano y el de los demás reinos es un tanto marcada.

En 1624 otra vez – el mismo año también de la famosa *Instrucción* que Olivares presentara al monarca en Navidad –, Struzzi propone al Consejo de Estado madrileño un plan de Unión de Armas basado esta vez en la cooperación de los dominios peninsulares, italianos y flamencos, *pero exceptuando al reino de Aragón y al de Navarra*. Entre todos ellos, habrían de mantener una fuerza de 36.000 hombres y 4.000 caballos. Evaluado en escudos (que nosotros hemos convertido en florines), el representante de Isabel Clara Eugenia propone cuotas en esta cantidad y proporción⁸⁵:

84 Elliott, *The Count-Duke of Olivares*, 246–247.

85 BNM, ms. 10.441, f. 146. Desarrollaré la propuesta por extenso en un trabajo que lleva por título *Análisis económico y decadencia en los Países Bajos Españoles, siglo XVII*.

CAPÍTULO 3

COMPONENTES DE LA MONARQUÍA	FLORINES	%
Castilla	589.998 . . .	56,1
Flandes	300.000 . . .	28,5
Nápoles	75.600 . . .	7,2
Sicilia	43.200 . . .	4,1
Milán	43.200 . . .	4,1
Total	1.051.998 . . .	100,0

Esos dineros habrían de traducirse en la paga de infantes, jinetes y artilleros, con todo el material correspondiente. De nuevo se resalta la desproporción entre Castilla y los demás. La finalidad sería llevar a cabo la guerra ofensiva por tierra (cercando a los holandeses por Frisia, Flandes y Brabante) que propuso Struzzi como mal menor puesto que no se le aceptaba su iniciativa pacifista; junto a esta fuerza, los navíos de la flota de los Países Bajos se encargarían de terminar el bloqueo. El Consejo de Estado no desecha la propuesta, pero dilata la contestación⁸⁶, sin duda porque apartar a los reinos orientales del plan unitario tendría graves implicaciones políticas, y dejaría sin solucionar el problema principal: hacer que todos cooperen en una defensa que a todos compete. Pero la proposición del italiano no carece de cierta lógica: Navarra poco puede dar, y la corona catalanoaragonesa más bien obstaculizaría la propuesta de ayuda que se le hiciera desde Madrid. Prevé, una vez más, lo que va a pasar; la historia dice que arrancar el dinero a los aragoneses y a los valencianos costó un triunfo, y que los catalanes se mantuvieron firmes en su negativa, generando un problema que solo se resolvería por las armas.

Cuando se ponga en marcha la Unión de Armas según el esquema olivarista y después que Aragón, Valencia y Flandes la hubieran aprobado, Alberto Struzzi se mostrará escéptico, más que nada porque, para que se contribuyera sin recelos, las ayudas deberían hacerse a la vez, es decir, cuando se hubiera conseguido que todos los componentes de la monarquía aprobaran el proyecto. Pedir apartaciones a unas partes mientras otras no lo han concedido ni discutido, es un agravio comparativo que no se iba a tolerar; por esa, ve con pesimismo el futuro del plan⁸⁷. De nuevo, hemos de saludar su clarividencia.

86 AGS, Estado, leg. 2038, f.15. Año 1624.

87 *Ibidem*, f. 249. Aviso de Alberto Struzzi, año 1628.

Conclusiones

Para entender el pensamiento de Alberto Struzzi, antes que nada hay que considerar su posición de delegado. Como representante de Bruselas, sus escritos obedecen, en mayor o menor medida, a dictados de la superioridad. Por eso, hemos de distinguir cuidadosamente los memoriales o fragmentos en donde sincera su parecer, y aquellos en los que habla el diplomático.

Es evidente su profundo pacifismo. Al comienzo aún da crédito a la cruzada económica que Olivares levanta contra los holandeses, pero luego desiste de recomendar cualquier tipo de polémica como manera de resolver las diferencias entre naciones. Incluso, lo hemos visto, no duda en enfrentarse con los planes de Madrid, como ocurre en 1629. Y ello es harto significativo considerando que los años finales de la segunda década del XVII suponen el momento más crítico por el que pasa la monarquía por lo menos desde los años noventa, tras la muerte de Farnesio. Pero en tanto que diplomático y hombre realista, pergeña planes de conquista y acoso, aunque sea como mal menor, y resalta el papel del espionaje, que tan buenos resultados le diera a él y a su señor el duque de Parma.

Es absolutista de corazón, pero lo atempera recomendando el sistema polisinodial y la descentralización política, una preocupación común a los componentes no castellanos de la monarquía, como se vio en el caso de los reinos orientales y como va a ocurrir en Portugal, que solicita a Felipe III y luego a Felipe IV una mayor capacidad de autogestión⁸⁸. Estas ideas de Struzzi coinciden con su exigencia de separar las actividades políticas de la práctica económica. Por otra parte, condena la razón de estado en cualquier forma y no se agrupa entre los escritores tacitistas. De modo que consideramos justo calificarle de absolutista moderado, esto es, para quien absolutismo no es autocracia. Y lo que es más, el conjunto de su visión política refleja nitidamente un carácter antimercantilista, que confirmarán sus escritos económicos.

Pero, ¿acaso es posible ser absolutista, moderado o no, y defender al mismo tiempo el *laissez faire* económico sin caer en una contradicción insoluble? Para nosotros, está claro que se trata de jugar con conceptos antitéticos; sin embargo, algunos hombres del Antiguo

88 Luxán Meléndez, *La revolución de 1640 en Portugal*, 321.

CAPÍTULO 3

Régimen lo creyeron realizable y compatible. Los mismos fisiócratas son una prueba palpable de lo que decimos, y fueron mucho más liberales que Struzzi. Lo que ocurre, es que este compromiso entre tendencias contrapuestas no se puede poner en práctica porque el poder político (Felipe IV o Luis XV, da igual) no transige en ser absolutista por un lado y condenar el mercantilismo por el otro; de ahí que a Struzzi no se le haga caso, ni en esto ni en lo demás. Como agravante, y a diferencia de Quesnay, escribió en un tiempo en que sus ideas parecían estafalarias por lo adelantadas; nadie estaba preparado en la inmovilista España del XVII para recibirlas. Con lo que se suma a la multitud de escritores económicos y políticos relegados en los arcanos del olvido oficial. Claro que no escucharle tuvo su precio; algún que otro disgusto se hubieran ahorrado los ministros reales de prestar atención a sus palabras.

Creo que tras haber considerado la dimensión política de los memoriales de Struzzi, estamos preparados para entender en mayor profundidad su pensamiento económico, que, no lo olvidemos, sigue siendo el motivo de este libro. Pongámonos a la labor.

Comercio exterior y balanza de pagos

Comercio exterior

Un afamado escritor mercantil

Sabemos a estas alturas que la persistencia en la memoria histórica de Alberto Struzzi se debe a su escrito sobre el comercio. Ciertamente, el regalo del ejército de juguete le permite aparecer en la historiografía británica, española y belga (Stradling, Parker, Madrazo, Van Meerbeeck); pero magra aportación sería ésta por sí misma, si no viniera añadida de otras. Su postura sobre la moneda y la balanza de pagos, también le hace ser recordado por autores como Carrera Pujal, que alaba la doctrina al respecto¹, y por Jean Vilar, quien engloba a Struzzi entre los adversarios de la proposición de Tomás de Cardona, calificando al pamesano, sin una especial simpatía, de “prolijo arbitrista y feroz antiproteccionista”, mero portaestandarte de un grupo de presión interesado². Volvamos sin embargo al principio; el representante de Bruselas ha pasado a la posteridad por su impreso de 1624, reimpresso en el año 25; lo mejor y lo peor que se ha dicho de él, procede de esta publicación en la que combate las nociones económicas consideradas más evidentes. Manuel Colmeiro ya captó en

1 Carrera Pujal, *Historia de la economía española*, I, 456–457.

2 Vilar, “Una pauta del pensamiento monetarista castellano”, 452.

CAPÍTULO 4

el siglo XIX el carácter novedoso de las ideas struzzianas, declarándolas una “admirable doctrina”³, es decir, una serie de postulados que coinciden con los presupuestos liberales de este historiador de la economía. José Larraz, quien le ha dedicado interesantes páginas, considera a Struzzi un teórico que presentó en grado sumo la oposición más completa al sentido del ordenamiento jurídico de la economía castellana⁴, reconociendo en él “agudeza, experiencia y buen juicio”⁵, pero juzgando inviables sus propuestas. René Quérrillacq le define como un “mercantilista internacionalista” – esto es, partidario del libre intercambio de mercancías⁶ –, lo cual implica una evidente contradicción de términos que por lo mismo no puede sostenerse. También a Marjorie Grice-Hutchinson le sorprende ese espíritu innovador, considerando que se da en una fecha tan temprana, siendo así que tal idea solo empieza a pergeñarse de manera coherente desde fines del XVII⁷. La *Enciclopedia Italiana*, que recoge entre sus páginas una breve alusión a Struzzi, le considera junto a Diego José Dormer “i soli economisti spagnoli contrari alla corrente dominante”⁸. Alcalá Zamora no es benévolo en su juicio – y en parte, le sobra razón –: los papeles de Struzzi son semiutópicos y ultrainflacionistas⁹. En cualquier caso, todos le tienen por un miembro de la ‘escuela’ mercantilista. Ya hemos probado en un trabajo anterior la existencia de un sentimiento antimercantilista por toda Europa, en el que Struzzi queda perfectamente inscrito¹⁰. Nuestro autor es una persona convencida hasta los tuétanos de lo justo y racional de su postura, y por eso llega a militar en contra del sistema de dirección y protección imperante por aquel entonces. Aun admitiendo las inevitables secuelas que deja en él la época que le tocó vivir, podemos afirmar (y lo demostraremos en este capítulo) que no es ni un mercantilista ‘internacionalista’, ni ninguna especie de mercantilista: pura y simplemente, se siente desvinculado respecto a esa corriente desde el punto de

3 Colmeiro, *Biblioteca de los economistas españoles*, 145; Idem, *Historia de la economía política española*, I, 239.

4 Larraz, *La época del mercantilismo en Castilla*, 143.

5 *Ibidem*, 148.

6 Querillacq, “Un economista ‘moderno’”, 275.

7 Grice-Hutchinson, *El pensamiento económico en España*, 199.

8 *Enciclopedia Italiana*, XXXII, voz Struzzi.

9 Alcalá Zamora, *España, Flandes y el Mar del Norte*, 191.

10 Echevarría Bacigalupe, “L’antimercantilisme en Europe”.

vista doctrinal, aunque sí, parcialmente, desde el táctico, y por imperativos ajenos a su voluntad.

Orígenes del reformismo de Struzzi. Las Cortes de Castilla

El *Diálogo* de 1624, e indirectamente su prolongación del 29, tienen un origen especificado a la perfección por nuestro escritor: el reformismo olivarista, y su medida insignia, la formación del Almirantazgo de los Países Septentrionales, muestra principal de la política de intervención que el conde-duque quiere dar a la economía castellana y de la monarquía hispánica, contra la que batalla en nombre de los intereses generales y de los específicos de Flandes¹¹.

Autoritario por instinto y mercantilista por convicción¹², el camino para efectuar las reformas lo encomienda don Gaspar a una serie de organismos deliberantes. En 1622, aparece la Junta Grande de Reformación, formada por encumbrados personajes del momento, quienes han de rendir opinión y cuentas al rey. Las reflexiones de esta Junta, presentadas en forma de misiva por Felipe IV a fines de año¹³, reflejan tanto las recetas de los escritores económicos como las discusiones en las Cortes y en el ámbito palaciego. En febrero de 1623, el monarca manda publicar los Capítulos de Reformación, amplio muestrario de la voluntad de cambio que se está operando en las más altas instancias. Además de aludir a los montes de piedad y a los erarios, se propone crear una serie de escuadras y afianzar el grueso de la infantería; para intentar que se contenten las ciudades manufactureras, prohíbe la importación de productos acabados de miembros no pertenecientes a la monarquía¹⁴. Las nuevas Cortes de ese año, que durarán hasta 1629, discuten en sesiones interminables lo propuesto por don Felipe y por el conde-duque, sin llegar a consentir en las demandas de aquéllos, a pesar de que el mismo Olivares figura

11 El de Parma habla con escepticismo del Almirantazgo en el diálogo del año 1624 (AGRB, CPE, leg. 1591, f. 87), y pone como causa del escrito de 1629 el fracaso de la institución: "Este papel hizo el dicho Alberto Struzzi cuando Vuestra Majestad mandó se formase en la ciudad de Sevilla un Almirantazgo, proposición de unos mercaderes flamencos [...] dentro de poco tiempo se reconoció el daño que resultó, en lugar de provecho" (BNM, ms. 10.441, f. 246).

12 Elliott, *The Count-Duke of Olivares*, 146.

13 Elliott, "El programa de Olivares", 350.

14 *Ibidem*, 354.

CAPÍTULO 4

en las sesiones como procurador por Madrid¹⁵. Varias ciudades, temiéndolo los apremios a que iban a verse sometidas, retiran el voto decisivo a sus representantes.

Si a capitales como Segovia o Toledo, el dictamen proteccionista les beneficiaba en apariencia, Sevilla y otros puertos quedaban gravemente perjudicados. En la urbe hispalense y luego en Cádiz, toda traba se refleja con dramatismo en la evolución de sus intercambios respecto a países enemigos o dudosos, clientela usual. Ya se opusieron con firmeza en 1603 al Decreto Gauna, poniendo toda clase de cortapisas a su aplicación, aunándose instintivamente con Bilbao y San Sebastián¹⁶. Ahora es Tomás de Cardona (que aunque rivaliza con Struzzi en asuntos monetarios, coincide con él en la defensa del librecambio, como representante de los intereses aperturistas sevillanos) quien coge la antorcha de la oposición¹⁷. Para tratar de calmar la inquietud causada, evitando nuevas oposiciones como las que se hicieron en tiempos de su padre, Felipe IV concede la implantación, por sugerencia de algunos comerciantes belgas estrechamente vinculados a la demanda hispana y ministros españoles en Flandes, del Almirantazgo de los Países Septentrionales. Pero esta medida no fue vista con agrado por el conjunto del gremio. De hecho, la oposición de Struzzi al sistema ya desde su comienzo¹⁸, demuestra lo poco que simpatizaban los flamencos con el proyecto. La verdad es que suponía la desaparición del muy libre comercio entre los Países Bajos Meridionales y las Provincias Unidas, cortando el aprovisionamiento para el bando católico de una serie compleja de bienes y servicios absolutamente necesarios, hasta vitales; por otro lado, contrariamente a otras opiniones¹⁹, implicaba la práctica desaparición de su papel de intermediarios con el mercado peninsular²⁰. Struzzi y sus defendidos simpatizan – mal menor – con el sistema en uso, nominalmente prohibicionista y limitado a los rebeldes holandeses, pero temen la guerra

15 *Ibidem*.

16 Echevarría Bacigalupe, “Un notable episodio en la guerra económica hispano-holandesa”, 81. Sobre el mundo de los comerciantes sevillanos de entonces, ver Moret, “Aspects de la société marchande de Séville”, 170–219 y 546–590. Asimismo, es de cita obligada el artículo de Domínguez Ortiz, “Los extranjeros en la vida española”, 291–426.

17 Elliott, *The Count-Duke of Olivares*, 154.

18 Como queda ilustrada en la nota 10.

19 Stols, “La colonia flamenca de Sevilla”, 370.

20 Echevarría Bacigalupe, “Contrabando y depresión económica”.

económica generalizada y el 'intrusismo' gubernamental en los asuntos mercantiles.

No obstante las declaraciones del residente de Isabel Clara Eugenia, el Almirantazgo fue una realidad. Pretendiendo una similitud con las compañías holandesas que nunca tuvo, inicia su andadura en 1624 buscando cortar el poder holandés, en consonancia con la política de guerra económica preconizada desde el poder. En junio de 1625 se instalará en Dunkerque un Almirantazgo gemelo del sevillano²¹; desde entonces, la ciudad del Betis conservará el aparato administrativo, y la flamenca, la escuadra. Rematando la operación, ese mismo año se instala en Madrid un Consejo, Junta y Tribunal Superior del Almirantazgo, que suplanta al de Sevilla²². Las quejas ante la actuación coercitiva de esta institución comienzan a apilarse sobre la mesa del valido, y la gravedad de las acusaciones va en aumento con los años.

Decíamos que las Cortes castellanas convocadas en 1623 serán todo menos dóciles. En España – como ocurre en países de cultura similar, tales que Francia –, existe un fuerte escepticismo a la hora de participar en compañías comerciales dirigidas por el estado; además, la actitud tradicional primaba la carrera de funcionario sobre la de comerciante²³, y unos momentos tan azarosos como aquéllos promovieron la cautela en los negocios. Dado que acogían a ciudades de fundado trato y contrato, y por eso muy poco inclinadas al control, el recelo del organismo era grande. La respuesta de bastantes procuradores ante las propuestas innovadoras del rey, fue distante y fría, aunque cortés. Y en el caso de Granada, contaba la asamblea con un luchador de brega, el famoso Mateo Lisón y Biedma, quien desde la anterior convocatoria (1622) clama contra las apetencias del tandem Felipe IV–Olivares en un tono audaz y a su modo revolucionario, preconizando un diálogo – ¡otro más, aunque no sobre el papel! – entre el rey y el reino a través de las mismas Cortes²⁴; aun cuando más modernamente, se haya intentado quitar hierro modernizador a la propuesta²⁵.

21 Domínguez Ortiz, "Guerra económica y comercio extranjero", 79.

22 *Ibidem*.

23 Elliott, *Richelieu y Olivares*, 111.

24 Vilar, "Formes et tendances de l'opposition sous Olivares", 275.

25 "La contraposición esbozada por Jean Vilar entre el 'dictador' Olivares y el 'republicano' Lisón, aunque didáctica, no resulta quizás del todo apropiada". Fernández Albaladejo, "La resistencia de las Cortes".

CAPÍTULO 4

Iluminado por estas explicaciones, el apoyo a la publicación del *Diálogo* por parte del organismo castellano adquiere toda su nitidez. Ante la política olivarista de embargos, controles y prohibiciones a diestro y siniestro²⁶, las ciudades mercantiles de las Cortes lideradas por Sevilla y Cádiz, ambas con una densa colonia flamenca y de otros países más o menos amigos, votan y consienten en financiar la edición del trabajo de Struzzi, un proyecto librecambista con restricciones pero que mantiene el *status quo* anterior a la Tregua de los Doce Años. Se diría que se ha buscado una especie de transacción: los fieles vasallos de Su Majestad renuncian a las libertades adquiridas entre 1609 y 1621, a cambio de que se vuelva a la política de prohibiciones restringidas. Y por otro lado, se nos aparece una oposición entre los consejeros mercantilistas de Olivares en o llegados a Madrid – como Shirley, Retama, Ceballos, Urizar, Alamos de Barrientos, Wouwer, De Roy y el poderoso núcleo de hombres de negocios portugueses con Mota, Gómez Solís y López Pereira a la cabeza, introducidos desde comienzos de los años veinte como sustitutos de los genoveses²⁷ – y los enemigos de estos designios e intereses, que todo es lo mismo, residentes en la corte, en el reino de Castilla y también en Flandes. Viendo la negativa de Olivares al cambio, y constatando con pesar los innúmeros problemas que conlleva el Almirantazgo para los negocios con el norte de Europa, vuelven a consentir otra impresión del *Diálogo*, con el evidente fin de concienciar a los órganos de poder. Las ciudades del interior aflojan la bolsa a cambio de la inclusión en el programa de una baja de los derechos a pagar por exportaciones y la promesa de colocar sus paños en los Países Bajos Meridionales – o sea, también poder reexportarlos de allí al norte de Europa, como predica el de Parma²⁸ –. Aunque no se relacione con los propósitos de las Cortes, todo esto concuerda con el programa de expansión por el Báltico que está diseñando Struzzi en colaboración con don Antonio Pereira, del Consejo de Portugal.

Para el manuscrito de 1629, muy otras son las circunstancias. Después de 1626, el curso de la guerra empeora, y se complica con intervenciones extemporáneas, como lo ocurrido en Mantua. Flandes,

26 Respecto a la política económica de estos años, nos remitimos a lo expuesto en el capítulo 3.

27 Israel, "The Politics of International Trade Rivalry", 521–527; Elliott, "El programa de Olivares", 368.

28 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 77.

abandonada por el general Spínola, entra en una situación caótica que aprovechan los holandeses. Los impuestos en Castilla suben día tras día, a la par de los precios. Desde el año 27 arrecia la batalla en favor de los erarios públicos y el acuciante problema del vellón; en las Cortes (convocadas en 1623, no lo olvidemos) sigue destacando para su mal el procurador Lisón y Viedma, quien se busca la enemiga de los poderosos. En una carta de junio de 1627, escribe a Granada que el rey le ha desterrado a sus posesiones de Algarinejo²⁹. Reclamar un mayor poder para las Cortes y criticar la política económica y aún la misma figura de Olivares, es un precio muy alto que hay que pagar con fuertes penas.

En el interior de Castilla, la forma despótica de su gobierno y su fracaso en el proceso de la Unión de Armas, le están grangeando al conde-duque una creciente impopularidad; quien pocos años antes fuera proclamado salvador de la patria, es universalmente detestado ahora³⁰. El ramo del comercio exterior empeora a ojos vista. Tras la pérdida de la flota de Indias – “caso lastimoso”, comenta Struzzi³¹ –, restricciones en los intercambios. Las quejas contra la actuación coercitiva, asfixiante, del Almirantazgo y las pérdidas que ello causa, se sintetizan en una carta del Consulado sevillano de 1627, bastante ácida³². El valido de Felipe IV no se inmuta; la política económica seguirá idéntica a sí misma, porque si todos reclaman, todos se equivocan. El mismo 1627 contempla, según Jonathan Israel, la formación en Bruselas de un *Conseil de Commerce*, encargado de erradicar por enésima vez el tráfico con los rebeldes³³; su inspirador (y guía de la fuerte represión que seguirá en materia de intercambios) no es otro que el vizcaino Ortuño de Urizar, incansable mercantilista, proveedor de la Armada de Flandes en sustitución de Antonio de Jáuregui (que, como él, pertenecía al equipo funcional de Gauna) y alter ego de Olivares en materia económica, que verá recompensado su desvelo con el nombramiento de veedor general de comercio en los Países Bajos Españoles, sembrando más si cabe el descontento entre los belgas³⁴, quienes venían soportando desde 1622 una escalada en las restricciones a sus intercambios nada en consonancia con la tradicio-

29 Vilar, “Formes et tendances de l’opposition sous Olivares”, 283.

30 Elliott, “El programa de Olivares”, 407.

31 BNM, ms. 10.441, f. 246v.

32 Domínguez Ortiz, “Guerra económica y comercio extranjero”, 85.

33 Israel, “Spain and the Spanish Netherlands”.

34 Echevarría Bacigalupe, “La aportación vasca a la teoría mercantilista”, 199.

CAPÍTULO 4

nal política de *laissez faire* que desde siglos practicaban. Pero contrariamente a las apariencias, todavía en 1629, el *Conseil* todavía no estaba formado³⁵. Y a todo esto, la ofensiva del Báltico se ha esfumado para siempre.

1629 y 1630 son los peores años de la crisis, tanto a nivel internacional como castellano. En el ámbito de la producción del más capital reino de la monarquía, pésimas cosechas y alzas máximas de precios se acompañan fatalmente. En el 29 se produce el derrumbamiento de la artesanía, un proceso que se prolongará hasta los años cuarenta³⁶. La economía castellana se desploma sin remisión y sin que se acierten los medios de tratamiento eficaz... compatibles con los intereses de la minoría poderosa.

No es como para echar las campanas al vuelo, ni extrañarnos de que Struzzi predique – como hará – un amor universal a los enemigos y un comercio todo lo libre que se pueda para salvar todo lo que pueda ser salvado. El mercantilismo ha fracasado: cambiemos de óptica. En realidad, el memorial de 1629 que dirige al soberano lo tenía ideado desde cinco años antes. Ello significa que el comercio universal sin trabas fue una idea presente en el de Parma desde el comienzo; sin embargo, por esa especie de transacción que comentábamos más arriba entre gobernantes y gobernados, no lo incluye en el *Diálogo* ni en otros memoriales. Espera la ocasión propicia para hacerlo, y ésta llega cuando el rey le pide en privado su opinión sincera, muy posiblemente sin la sabiduría inicial del conde-duque. Como tantos otros, Struzzi, que apoyó las primeras medidas de Olivares aunque solo fuera como medio provisional, transitorio, para llegar a una extensión de las relaciones de producción y distribución dentro y fuera de los reinos, se echa atrás desconsolado y toma con valentía su primera actitud liberista. Gesto inútil: don Gaspar sigue manteniendo su designio planificador, y a Urizar, gran rival de Struzzi, no le echa de Flandes más que la muerte – en 1631³⁷ –; la nueva década, superado el bache interdecenal, se calca sobre la plantilla de las recomendaciones del veedor vascongado (prácticamente inconvertibles desde el Decreto Gauna), las cuales desplazan rotundamen-

35 AGRB, CPE, leg. 1508, f. 9. Felipe IV a Isabel Clara Eugenia, 11 de agosto de 1629.

36 García Sanz, “Coyuntura económica y proyectos de reforma”.

37 Echevarría Bacigalupe, “La aportación vasca a la teoría mercantilista”, 197. La influencia de Urizar sobre Olivares es perceptible, por ejemplo, en su memorial de 1628. BNM, ms. 2360, f. 69–71.

te a los proyectos del tratadista parmesano, tanto mas cuanto desaparecieron las resistencias mínimas que venía ofreciendo un sector de la nobleza, el único grupo con poder de maniobra suficiente para dificultar la viabilidad de la presencia española en los Países Bajos³⁸.

Presupuestos ideológicos en el tema del comercio

Mas allá de la mera coyuntura, de las conveniencias personales o colectivas, las ideas de Struzzi revelan claridad, coherencia, decisión, y notable dosis de perseverancia. Nadie sin esas cualidades hubiera instado tan a menudo en que se pusieran en práctica. Imagino que el lector habrá deducido hace tiempo que no se trata de meras reacciones coyunturales a problemas del momento, sino de una concepción muy nítida de naturaleza de las relaciones en el ámbito económico y social. A través de los escritos sobre comercio de 1624 y 1629, me propongo puntualizar ese conjunto de opiniones, valorando su originalidad y conexión con el pensamiento ambiente.

– Especialización y ventajas comparativas: El comercio es hijo de la concentración del esfuerzo humano en aquellas tareas que más beneficio material aportan a la comunidad por su mayor cantidad y costo más competitivo. Ello permitirá intercambiar bienes y servicios propios con los de otros países que a su vez se han centrado en lo que mejor saben y pueden producir. Esta es en resumen la concepción de Struzzi, que desarrollará en varios puntos a lo largo del *Diálogo* de 1624. Francamente, pocos autores hasta él concretaron con tanta rotundidad los beneficios que depara la especialización vía ventajas comparadas. Es imposible la autarquía: ningún estado dispone de todo lo que ha menester para vivir con desahogo material³⁹, porque las riquezas están muy repartidas, y por consiguiente, cada país necesita de sus vecinos y de sus colonias, si las tuviere. Así, hay que fomentar aquellas actividades que redunden en bienes a precios más bajos, o sea, más asequibles de ser exportados a cambio de lo que no se puede o no conviene producir por ser antieconómico en función de su escasa competitividad. Si autosatisfacer las necesidades es cosa imposible, la libertad de intercambios se impone, y antecedentemente, la libertad de producción, porque el hombre tiene libre albedrío

38 Echevarría Bacigalupe, “Estado moderno e integración político-económica”.

39 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 79v–80.

CAPÍTULO 4

y debe usar de él⁴⁰. Pero cuidado: no se trata de fabricarlo todo y exportar únicamente lo superfluo; de opinar eso, Struzzi permanecería dentro de la opinión escolástica y mercantilista. En realidad, lo exportable, lo intercambiable, ataje a cualquier bien y servicio en disposición de competir, independientemente de si hacen falta o no en el interior de cada país⁴¹; eso ya lo decidirán la oferta y la demanda. Por consiguiente, la armonía económica es un presupuesto fundamental en él, lo mismo que el equilibrio de las balanzas respectivas; esto es, para nuestro autor, el concierto económico internacional se concibe como un juego de suma uno, y no de suma cero, idea corriente en aquel contexto. ¿Prohibir el libre comercio? Una pérdida de tiempo, nada más utópico ni irracional, porque las interdicciones emanan ya directamente de unos productos imposibles de colocar en un mercado bien abastecido y a precios más convenientes⁴². La ineficiencia se convierte pues en la mejor barrera aduanera. Estéril afán para España el pretender emular las obras que dominan por su habilidad y mejores costos Milán, Nápoles, Inglaterra, Alemania o Flandes⁴³.

Con todo, el precio no es únicamente motor de los intercambios; en realidad, es inducido tanto por la abundancia de materias primas, como por la calidad de los hombres. Los españoles no son buenos artesanos, porque su condición es colérica en vez de flemática⁴⁴; su inclinación y misión en la vida es, por consiguiente, la guerra.

Para los hombres de los siglos XVI y XVII, existía una evidente interacción entre el medio ambiente y los seres vivos. Esta doctrina fue muy bien expuesta por Luis Vives, que la popularizó por todo el continente⁴⁵. De este modo, las gentes que viven en regiones frías son más esforzadas y animosas, aunque carecen del ingenio y la habilidad de los que habitan en zonas calientes⁴⁶. Giovanni Botero, Huarte de San Juan, o los historiadores españoles de las gestas americanas, nos demuestran el arraigo de esta creencia. Incluso el color y los rasgos fisionómicos eran índice de caracteres morales y psicológicos, por lo

40 *Ibidem*, f. 77v.

41 *Ibidem*.

42 “De esta manera habrá comercio, y de sí mismo quedarán prohibidas las extranjeras”. *Ibidem*, f. 79v.

43 *Ibidem*, f. 77.

44 *Ibidem*.

45 Garrote Pérez, *Naturaleza y pensamiento en España*, 152.

46 *Ibidem*, 153.

que la contextura física de los flamencos les hacía aparecer en España como fríos y flemáticos⁴⁷, con todo lo que esto conlleva respecto a las aptitudes económicas. En aquellas fechas, Carlos García escribió que los españoles no solían ejercer oficios mecánicos por ser de entendimiento más bien especulativo⁴⁸, es decir, y en sentido contrario, por ocuparse de todo aquello no juzgado práctico (industria, comercio, etc.). Varios arbitristas y autores de tratados se ocuparon de la escasa afición española al trabajo asiduo, sus causas y sus posibles remedios, dibujando un cuadro muy realista del tejido industrial existente y de las posibilidades de incrementarle. Nadie resulta tan estrafalario en sus opiniones sobre las aptitudes nativas como Tomás Campanella, que en su bilioso libro *Las monarquías de las naciones*, propone que Luis XIII tome España, la despueble enviando a sus habitantes al centro de Francia, y coloque en su lugar colonias galas; “entonces habrá un cómodo principio de navegación por todo”⁴⁹, en vista de la reconocida impericia hispana para las actividades económicas.

Y no creamos que esto se detiene con la crisis del XVII; es una idea a prueba de coyunturas. Federico el Grande, en su *Antimaquiavelo*, tiene por sentado que la diversidad de climas, de alimentos y de educación causan las diversas actitudes humanas, y por eso, “el temperamento de un inglés sesudo pero misántropo dista mucho del de un español orgulloso y valiente”⁵⁰. Suficientes ejemplos, pues, para encuadrar a Struzzi en esa corriente de pensamiento ‘naturalista’, pero a la que añade el importante peso de otros factores productivos y un modo de entender las consecuencias de su interacción extremadamente nuevo.

La verdad es que en la historia del pensamiento preclásico, han sido contadísimas las veces que se ha expuesto tan clara y completamente la necesidad de aplicar la teoría de las ventajas comparadas a la producción e intercambio de bienes y servicios, implicando, por consiguiente, una nítida comprensión de la división internacional del trabajo. Antes que Struzzi se ha hablado de libertad de comercio muchas veces: desde la Edad Media, pasando por autores como Bodin y miembros de la segunda escolástica hispana, por el padre

47 Herrero García, *Ideas de los españoles del siglo XVII*, 421.

48 Carrera Pujal, *Historia de la economía española*, I, 422.

49 Campanella, *Las monarquías de las naciones*, 182.

50 Federico II de Prusia, *El Antimaquiavelo*, capítulo IV.

CAPÍTULO 4

Juan de Mariana, por Hugo Grocio o por Mateo Welser⁵¹, pero formular tan contundentemente que esa libertad se basa en los costes y en función del libre juego de la oferta y la demanda, eso solo lo han hecho autores de la segunda mitad del XVII y los del XVIII⁵². En esta etapa precientífica del análisis económico, y teniendo especialmente en cuenta que se ha escrito en 1624, lo que Struzzi ha expuesto en su *Diálogo*, adquiere un grado de refinamiento sin duda elevado, acercándose mucho a North, a Petty o al mismo Adam Smith.

Claro que esperar más profundidad analítica, sería demasiada influencia. Hemos hablado de las ventajas comparativas y no de los costos comparados, teoría plenamente ricardiana. Porque en efecto, podemos hacer a Struzzi el mismo reparo que se le hizo a Smith: ¿qué pasaría si un país determinado fuese incapaz de competir al carecer de ventajas relativas? Objeción que a los del XVII no se les ocurrió interponer, ya que probablemente imaginaron que todos, especialmente las potencias coloniales (en quienes están pensando), tenían algo que ofrecer en intercambio. Será Ricardo el que diga que incluso teniendo ventajas evidentes en ciertas producciones, merece la pena especializarse, y querrá demostrarlo matemáticamente. Pero esto es otra historia muy alejada de la nuestra.

Mucho más cercana está por contra la teoría de Herman Van der Wee sobre el particular. Según el prestigioso historiador belga⁵³, explicar las relaciones comerciales entre los siglos XVI y XVIII por la teoría de costos comparados es un método erróneo, ya que supondría implícitamente la existencia de una economía monetaria que en muchos lugares no se daba. Por ello, se pronuncia en favor de la que él llama teoría de la 'derrama de excedentes' (expresión que traduzco con mayor o menor tino), conforme a la cual, el comercio exterior es un factor dinámico no por existir ventajas respecto a competidores, sino porque posibilita la ampliación de las perspectivas de la división del trabajo con la apertura de nuevos mercados, el perfeccionamiento de la cualificación profesional y la mejora tecnológica, factores que beneficiarían tanto a los países exportadores como a los importadores.

51 Echevarría Bacigalupe, "Examen de una polémica sobre los intercambios exteriores", 133.

52 Echevarría Bacigalupe, "L'antimercantilisme en Europe".

53 Van der Wee y Peeters, "Un modèle dynamique de croissance interséculaire", 124 y ss.

Pero la existencia o no de economías monetizadas nunca fue un obstáculo a la expansión del capitalismo comercial ni a la existencia de ventajas relativas; unos países seguirán exportando a otros porque sus productos son comparativamente mejores en algún sentido. Además, y para no alargarnos inútilmente en una cuestión a nuestro juicio superada por su carácter tautológico, la misma doctrina Struzzi y la de otros autores que hemos citado, desmienten la suposición de van der Wee: los hombres de los siglos XVI a XVIII son conscientes de que pueden exportar determinados bienes, y de que son incompetentes para otros. El deseo mercantilista de autarquía es eso, un anhelo, una aspiración: nada más.

– Libertad y leyes naturales: Es corolario forzoso de lo que precede, porque si el mundo se compone de mercados interdependientes, solo podrán sustentarse y evitar la declinación usando de la libertad (no existe en Struzzi la idea de progreso, imposible de concebir entonces, pero sí la de expansión). Este es el tema dorsal de sus escritos sobre el comercio y secundariamente, sobre otros sectores, por lo que le dedica mucho espacio, (como podrá comprobarse). El libre comercio se justifica por dos causas principales: la ley natural y el interés del estado.

“Por ley natural de gentes, el comercio debe ser libre por todo el mundo”⁵⁴, proclama en 1624. Esa ley natural se basa en que los países se necesitan, y en que el mundo es común a todos⁵⁵. Por consiguiente, prohibir con pragmáticas y decretos el comercio universal es quebrar el derecho natural, lo que significa “intentar un medio repugnante”⁵⁶. Las Provincias Unidas muestran los beneficios de ese tráfico abierto, con su prosperidad⁵⁷. El rey de España debería imitarlas, mandando suspender la política que está llevando a cabo. Incluso si por razones políticas no se puede consentir el comercio con los holandeses, la libertad ha de extenderse a los otros países, que no tienen por qué sufrir restricciones. Pero llegado 1629, culminando su liberismo, pide Struzzi “comercio libre con todos, aunque fueren enemigos”⁵⁸, en nombre siempre de la ley natural, junto con la suspensión de las pragmáticas que sobre comercio y precios se han venido publicando

54 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 75v.

55 *Ibidem*, f. 76.

56 *Ibidem*, f. 84v.

57 *Ibidem*, f. 86v.

58 *Ibidem*, f. 67.

CAPÍTULO 4

desde casi el comienzo del reinado de Felipe IV, visto que quebrar las leyes de la Naturaleza (que son de origen divino) ha resultado forzosamente un fracaso⁵⁹.

Ese intento de luchar contra corriente es al mismo tiempo antipolítico; solo ha perjudicado a España y a sus dependencias. Por encima de las simpatías y antipatías de los príncipes, recuerda Struzzi en 1624, se encuentra el bien común; no es justo sacrificar el último a las primeras⁶⁰ – y aquí se perciben claramente los ecos de las Cortes castellanas, que a fin de cuentas financian el escrito. España necesita urgentemente de productos extranjeros, sea porque carece de ellos, sea porque su costo de elaboración es prohibitivo. Por traer un caso de muestra, hace falta madera, jarcias, cobre, plomo, etc., para la industria, y solo los holandeses pueden proveer a la Península de todo ello. Siguiendo la vía de la protección, un navío de 600 a 700 toneladas fabricado en Vizcaya por una suma que oscila entre 10 y 11.000 ducados, se vende en Cádiz por 23–24.000 ducados⁶¹; pues bien, si los holandeses, o cuanto menos países no manifiestamente hostiles, nos remitieran los elementos que necesitamos, el costo se vería notablemente reducido. Por si fuese poco, las flotas a Indias adelgazan en contenido, ya que todo el mundo sabe que la mayor parte de las mercancías son extranjeras con españoles como emisores titulares, de modo que la contrapartida en oro y plata disminuye, y el contrabando aumentará proporcionalmente, ya que “la mar no tiene murallas”⁶², dejando la real hacienda de percibir jugosas sumas en concepto de alcabalas y demás derechos fiscales⁶³, lo que incluso permitiría disminuir las tasas. Se provocará al mismo tiempo la quiebra de los pagos de los juros situados en almojarifazgos y puertos secos, con el perjuicio de la nube de acreedores que ya por entonces se alimentaban del crédito público. En otro lugar, apunta que un nuevo beneficio del libre comercio se derivaría de atraer a la Península el comercio holandés, haciéndoles olvidar América⁶⁴. Y en cuanto a Flandes, solicita se siga permitiendo el régimen de libertad que se disfrutaba hasta entonces, y que permitía vivir, ya que no prosperar, a los fieles vasallos del sur, especialmente a las provincias fronterizas con los

59 *Ibidem*, f. 71.

60 *Ibidem*, f. 79v.

61 *Ibidem*, f. 87v.

62 *Ibidem*, f. 84.

63 *Ibidem*, f. 76.

64 BNM, ms.10.441, f. 246v.

rebeldes, que están saliendo muy perjudicadas; aprovecha la ocasión para clamar en favor de las dominios italianos de Su Majestad, asimismo bastante maltratados por la medida⁶⁵.

En 1629, aprovechando como sabemos la presencia de Spinola (que refuerza la presión del 'partido flamenco' en Madrid) vuelve a la carga con más energía. Políticamente, está más que demostrado que no se pueden poner puertas al campo soñando con impedir a los holandeses su expansión comercial, sobre todo a costa de la corona, de forma que sería acertado "empezar a dar señas de amor a sus enemigos", porque con el amor muchas veces se consiguen más beneficios que con la hostilidad⁶⁶: el comercio libre universal es la única salida que le queda a la monarquía. Trae de nuevo ejemplos de la cooperación entre estados y potencias no ya extrañas, sino manifiestamente hostiles entre sí: el rey Alfonso X practicó la tolerancia comercial en sus dominios (este argumento es interesado a más no poder, considerando las limitaciones mercantiles de la época y la prohibición de exportar divisas característica de la Castilla medieval); Alejandro Farnesio permitió el tráfico de mercancías con los rebeldes, y más tarde, siguieron las licencias y pasaportes para comerciar, otorgados por los archiduques; los pueblos asiáticos mantienen contactos entre sí aún en tiempo de guerra; los venecianos trafican con el turco sin cortapisas, etc., etc. La noción del libre comercio es para Struzzi muy antigua, tan antigua como el mundo, ya que es natural, y nadie tiene el derecho de condenarla. La intransigencia española está generando cuantiosos perjuicios a todos, comenzando por la misma corona castellana, siguiendo por los demás reinos, principados y señoríos, y acabando por las naciones vecinas. Otras ventajas de la libertad de comercio serían importantes ahorros en el mantenimiento del ejércitos y armadas, y el fin de los oprobiosos asientos⁶⁷. Lo mejor de todo, que el comercio libre acabaría progresivamente con el conflicto, sustituyendo la destrucción bélica por la construcción basada en satisfacer los intereses legítimos de los diversos pueblos ahora en conflicto; y aún en el peor de los casos, el librecambio permitiría generar recursos para el mantenimiento de las actividades militares, tanto por mar como por tierra⁶⁸.

65 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 77v.

66 *Ibidem*, f. 73.

67 *Ibidem*, f. 71.

68 *Ibidem*, f. 72.

CAPÍTULO 4

Es, pues, natural que España varíe su comportamiento. Pero, ¿qué se entendía como ‘natural’ por aquel entonces?, no vaya a ser que interpretemos a Struzzi de forma contraria o divergente. En la época, el pensamiento flamenco e italiano conciben a la Naturaleza como una máquina perfecta, un mecanismo que se mueve por leyes propias que rigen el movimiento de las piezas⁶⁹. En España se tiene una visión trascendente de esta cuestión, es decir, aún medieval. No puede caber duda de que para el autor de Parma, la economía se mueve por leyes que pertenecen a un orden natural autónomo. El paso que está dando Struzzi con esta idea es de una importancia decisiva; sin duda, de haber fructificado en algún otro escritor o discípulo, hubiésemos considerado a ambos textos un jalón fundamental en la historia del pensamiento económico. Pero venir a parar a España, un país férreamente mercantilista – política e intencionalmente, al menos –, no era lo que podríamos llamar una garantía de éxito para ningún paladín del antisistema.

Clamar contra las leyes prohibicionistas en nombre de unos dominios periféricos, era forzoso dadas las diferentes características estructurales entre por ejemplo Flandes y Castilla. Porque Felipe IV y su ministro Olivares no habían sido remisos en cercenar cualquier contacto con el enemigo y sus aliados. Desde las consultas de fines de los años diez, y siguiendo por las recomendaciones que se le hacen al poder a partir de 1621, está claro que si hay que hacer algo, no será precisamente demostrar amor por los enemigos. De entre las respuestas que generó la real consulta al Consejo de Castilla evacuada en junio de 1618 – los escritos de Damián de Olivares, Fernández Navarrete, Sancho de Moncada y Struzzi –, solo en la última se pide concordia y tolerancia económica. Prohibiciones, limitaciones, embargos, cortes fluviales, controles estrictos: con esas palabras se puede resumir la política económica de aquella década. Lo que significa que los castellanos y sus apoyaturas exteriores (que las tuvieron, como nos consta por alusiones precedentes) dominan la situación, a expensas de las provincias marítimas peninsulares, y de los territorios europeos. Y es que la coyuntura no parecía aconsejar otra actitud a aquellos aprendices de economista.

Los años 1619–1623 no han sido fáciles, y se resuelven en una crisis punto de partida de una fase de larga contracción en el comercio

69 Garrote Pérez, *Naturaleza y pensamiento en España*, 38.

americano⁷⁰. De 1615 a 1715, la tendencia marca una continua pérdida en el volumen del comercio americano, más acusada en los primeros decenios⁷¹. La orientación a la baja de las exportaciones laneras – renglón primordial en el capítulo de salidas castellanas – a lo largo de este período es un hecho de primer orden. El primer movimiento de caída transcurrirá de 1610 a 1640, con una fuerte depresión entre 1621 y 1626, en que las exportaciones se contrajeron sensiblemente; la segunda recaída, más grave, abarca del año 40 al 80, aproximadamente⁷². La crisis acaba de empezar, pero sus desastrosos efectos son fulminantes. Los flamencos salen dañados por las prohibiciones de comerciar con los holandeses que emite Felipe IV. Struzzi presiona para que se derribe un muro antieconómico y antinatural, sin éxito desde luego. Curiosamente, los vasallos obedientes interesados en el tráfico americano, pretenden monopolizar éste, pero a la vez surtirse a partir de Amsterdam; pretensión que coincide con la de los pequeños y medianos comerciantes, que tienen en Holanda un mercado sensacional. Madrid considera, por lo tanto, que no se puede jugar con dos barajas, y que es preciso mantener un mínimo de coherencia, que habrá de pasar por el sometimiento a los intereses de la corte⁷³. Por descontado que lo que vale para los flamencos, vale para sevillanos, gaditanos, bilbaínos, lisboetas, o napolitanos.

Struzzi no podía encontrar mucha comprensión entre las élites madrileñas ni en el entorno castellano. Por lo pronto, y excepto posicionamientos de un determinado número de teólogos salmantinos en favor del *mare liberum* durante el XVI (Vitoria, Suárez, Vázquez de Menchaca y la Escuela de Derecho Internacional), la escolástica es contraria a la expansión y libertad de los intercambios, a la fijación automática de los precios y al préstamo a interés⁷⁴. Lo que es más, fuera de haber admitido la doctrina de los salmantinos, el XVII refuerza la teoría mercantilista del dominio de mares y océanos, destacando en este sentido Pedro Calixto Ramírez y Juan de Solór-

70 Chaunu, *Séville et l'Atlantique*, VIII, 1537.

71 Antonio García-Baquero González, *Andalucía y la Carrera de Indias (1492–1824)*, Sevilla: Ediciones Andaluzas Unidas, 1986, 90.

72 Bilbao, “Exportación y comercialización de lanas”, 227–228 y 236.

73 Echevarría Bacigalupe, “Armada Invencible”, 42–43.

74 Sierra Bravo, *El pensamiento social y económico de la escolástica*, I, 157. Asimismo, ver la introducción de Francisco Gómez Camacho al libro de Molina, *La teoría del justo precio*, 35–39.

CAPÍTULO 4

zano; hasta se llega a imputar el origen del *mare liberum* a los holandeses⁷⁵.

Entre los laicos, las cosas no van mejor. Decirlo es poco menos que ocioso, pero el pensamiento económico en vigencia era aplastantemente proteccionista. Merece la pena abonar esto con varios ejemplos. Para Anthony Sherley, la monarquía posee recursos más que suficientes para conservarse y aumentarse “sin tener necesidad de cosa adquirida”⁷⁶. Damián de Olivares juzga que comerciar con extranjeros “es arbitrio del mismo demonio” para destruir el reino de Castilla⁷⁷, y la causa de todos los males, el permiso de importar mercancías foráneas⁷⁸, porque ya no quedan mercaderes nativos en Castilla. El conde de Gondomar, hondo conocedor del poderío marítimo inglés, resalta el interés que tendría España en aliarse con aquella corona y en aumentar la política naval, porque quien es señor del mar, lo es de la tierra⁷⁹, según la doctrina entonces común (si bien no única). Además, habría que suprimir las barreras interiores en los reinos peninsulares, prolongar la tregua con los holandeses, y formar dos compañías de comercio que unieran España a Flandes para perjudicar a los rebeldes holandeses⁸⁰. Mateo López Bravo consiente en aumentar el comercio, pero evitando al mismo tiempo el trato con el enemigo salvo productos de extrema necesidad y solo en los puertos⁸¹; como todos los escolásticos, se manifiesta contrario a cualquier monopolio, palabra que muchas veces, como en este caso, equivale a mera asociación de comerciantes⁸²; de este modo, so capa de combatir formaciones mono y oligopolíticas para evitar la formación de precios artificiales, los doctores combaten en realidad a la propia expansión del capitalismo mercantil. Lope de Deza considera nefasta la costumbre de negociar, que los castellanos han aprendido de los extranjeros; para él, lo único saludable se concentra en las labores agrícolas, y por supuesto, es autárquico, considerando que solo debe intercambiarse lo superfluo y necesario⁸³. En supuesta oposición consigo mismo,

75 Echevarría Bacigalupe, “L’antimercantilisme en Europe”.

76 Sherley, *Peso político de todo el mundo*, 4.

77 Colmeiro, *Historia de la economía política española*, II, 237.

78 Carrera Pujal, *Historia de la economía española*, I, 419.

79 *Ibidem*, 441–442.

80 *Ibidem*, 443.

81 López Bravo, *Del rey y la razón de gobernar*, 255.

82 *Ibidem*, 180–181 y 256.

83 Carrera Pujal, *Historia de la economía española*, I, 447 y 453.

admite que si un país está falto de mantenimientos, ha de importarlos libremente⁸⁴. Pero las circunstancias del reino han de ser absolutamente precarias para llegar a esa medida; por otro lado, ese párrafo es una mera isla dentro del mar de prohibiciones y restricciones que constituye su obra. ¿Qué no diríamos referente a Sancho de Moncada y de la escuela de Toledo? Jean Vilar se ha encargado de interpretar a este escritor con gran agudeza (virtud que tanto alabaron los del XVII) y a él me remito para detalles. Comerciar con extranjeros: he ahí el daño radical; su remedio solo puede estar en la prohibición absoluta y en la potenciación de la marina mercante. Nadie como él ha sabido llegar tan lejos en estos aspectos dentro del reino castellano⁸⁵, basando sus conclusiones en datos estadísticos, algo muy de alabar para los tiempos que corrían. Se debe formar un mercado entre España y sus Indias, en el cual podrán incluirse a los dominios italianos; omite, sin embargo, la cita de Flandes, temiendo la superioridad industrial de aquellas tierras⁸⁶. Jean Vilar atribuye este silencio más bien a la fuerza del partido flamenco en la corte; sea, pero sin exagerar esa cuasi onnipresencia que se les atribuye, y sin relegar la considerable presión ejercida por las periferias⁸⁷. Tras Moncada, Pellicer de Tovar, muy inspirado en el anterior y que lamenta que los ganaderos españoles, sin preocupación ninguna por la religión y los intereses del reino y mirando solo a intereses materiales, se dediquen a vender a Holanda y a Francia sus producciones⁸⁸. Esto nos recuerda a un Moncada que presenta su obra al rey para que supiera lo que estaba pasando en Castilla, porque los de la corte solo iban a sus negocios particulares, deformando la realidad si así les convenía⁸⁹. Jerónimo de Ceballos propuso en 1623 que se prohibiese la extracción de materiales y la entrada de manufacturas extranjeras⁹⁰, remachando la actitud de sus coetáneos. Al igual que los precedentes, Hurtado de Alcocer es otro proteccionista extremo. Termino con el ejemplo de Saavedra Fajardo: el ilustre diplomático dedica la nonagésimotercera de sus *Empresas Políticas* a demostrar que son peligrosas las confe-

84 *Ibidem*, 456.

85 Moncada, *Restauración política de España*, 44.

86 *Ibidem*, 59-60.

87 El autor francés reconoce que Moncada echa en parte la culpa de la crisis a la complicidad de la España periférica con los extranjeros. *Ibidem*, 61.

88 Maravall, *La oposición política bajo los Austrias*, 201.

89 Carrera Pujal, *Historia de la economía española*, 459.

90 *Ibidem*, 515.

CAPÍTULO 4

deraciones con herejes⁹¹, reproduciendo un estado de opinión muy extendido en el reino y contradiciendo así cualquier veleidad ‘aper-turista’ a lo Struzzi.

El reino de Aragón conoce unas polémicas semejantes, pero con fuertes peculiaridades. Por aquellos años veinte, la Diputación a Cortes y el Consejo de Aragón se mostraban partidarios del libre comercio, mientras que los pueblos, gremios, particulares y tratadistas dedicados de una u otra forma a la industria, reclamaban protección; la oposición popular no impidió el libre tránsito de bienes, en especial los productos textiles, pero siempre circularon dentro de los dominios hispanoparlantes del rey⁹². Hasta tal punto se insistió en el carácter protector como norma para la industria aragonesa, que la misma exageración provocó el que apareciese a fines de siglo una corriente antimercantilista encabezada por Dormer⁹³, poco estudiada y que merece una amplia monografía. Parecidos considerandos se aprecian en Valencia; el arbitrista Jerónimo Ibáñez de Salt promueve en su obra la comunicación libre entre los reinos de la península, aunque comparte la opinión prohibicionista para la seda y la lana, con el fin de favorecer a los gremios⁹⁴.

Sí, Alberto Struzzi no podía encontrar comprensión en su entorno. Y que conste que solo he hablado de teóricos del sistema; la multitud de funcionarios y ministros que ejecutaron lo mejor que supieron o pudieron el programa de aislamiento ya ha merecido nuestra atención, y lo seguirá haciendo, porque su papel no se agota en el comercio. Pero el italiano tampoco está solo; forma parte de una quinta columna tan incruenta como tenaz que en España y Flandes batalla por una mayor elasticidad del sistema. Teniendo presente que flexibilizar no es derribar o destruir, por más que los adversarios de este ‘partido’ y un amplio sector de la historiografía de nuestro siglo insista en lo contrario en medio de grandes susceptibilidades.

Un librecambista que no escribiera en contra del sistema aduanero, no pasaría de ser alguien que recomienda la supresión de obstáculos políticos y militares al comercio. Robert Sidney Smith considera que esto fue así, que Struzzi no habló para nada en favor de que los

91 Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, Empresa 93: “Que son peligrosas las confederaciones con herejes”.

92 Gil Pujol, *De las alteraciones a la estabilidad*.

93 Naharro, “Un anónimo del siglo XVII”, 32; Echevarría Bacigalupe, “L’anti-mercantilisme en Europe”.

94 Asensio Salvado, “El arbitrista Jerónimo Ibáñez de Salt”, 245–246.

aranceles hubieran de desaparecer o reducirse en gran medida, y que por eso, no tiene nada de liberal⁹⁵. Una lectura más detenida de los memoriales nos da nuevas perspectivas sobre la cuestión. Por lo pronto, reclamar comercio libre y altos derechos aduaneros, es algo malamente compatible. En otro orden de cosas, los derechos arancelarios castellanos puramente considerados no eran nada altos, muy al contrario, por lo que ni Struzzi ni ningún otro autor de tratados se preocupan de rebajarlos. Para los mercantilistas, son demasiado reducidos, y hay que elevarlos amén de prohibir algunos (Gauna, Urizar, Moncada, etc.) Según nuestro autor, para conseguir el objetivo sacrosanto del libre comercio y de un desarme arancelario total entre los pueblos que inaugure un nuevo orden económico internacional, la tarea más inmediata es que nosotros mismos comencemos a derogar alcabalas y millones o recortarlos lo máximo posible, por ser ellos los verdaderos causantes del encarecimiento de los precios en el interior y de la ausencia de exportaciones⁹⁶ – como es sabido, el derecho de alcabala se abonaba también en las principales aduanas –. En nombre del librecambio arancelario se opone asimismo a cualquier tentativa de incrementar los cánones, como el famoso recargo del treinta por ciento *ad valorem*, medida a la que consagra demolidoras críticas⁹⁷. Todo lo que se ha practicado hasta ahora solo ha restado competitividad a los productos españoles, haciendo por lo mismo ineficaces las medidas protectoras, y retrasando la franca comunicación entre los mercados europeos y mundiales. Otro efecto indeseable de la política en vigor consiste en que cuanto más se coarta el tráfico, más disminuye éste y más se contrabandea, con lo que más aumentan los derechos exigidos por el estado, lo que solo induce a incrementar el fraude, cosa que alza de nuevo las imposiciones, etc. Tal círculo solo podía romperse, como mínimo, utilizando la vía de las franquicias y los bajos porcentajes a la entrada y salida de mercaderías. Su oposición genérica a cualquier tipo de guerra económica, le induce asimismo a combatir toda veleidad proteccionista: a menos barreras, más comercio.

En todo caso, la historia de las ideas y los hechos económicos nos demuestra que el liberalismo no consiste en suprimir barreras con el

95 Smith, "Spanish Antimerchantism in the Seventeenth Century", 406.

96 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 86, y BNM, ms. 10.441, f. 8v.

97 Echevarría Bacigalupe, "Un notable episodio en la guerra económica hispano-holandesa".

CAPÍTULO 4

exterior (cosa que dejaría sin importantes recursos al estado; ni los del XVII ni los del XIX fueron tan ingenuos para defender tal medida), sino el que las mantiene moderadas y sobre todo, el que suprime los obstáculos políticos, administrativos o militares que frenan el libre comercio y la circulación de capitales, activando simultáneamente una serie de transformaciones en la estructura económica propia. Más que trascendente, el sistema liberal es inmanente, o lo ha sido hasta mediados de esta centuria⁹⁸. Y recuerdo a todos los que piensan como el señor R.S. Smith, que la escuela inglesa, comenzando por David Hume y Adam Smith y siguiendo por sus discípulos y sucesores, no fue partidaria de suprimir ni de rebajar aranceles. Estupendo detalle: a modo de culminación de su carrera, el genial economista de Kirkcaldy fue nombrado en 1778 ¡Comisario de Aduanas de Escocia! Pero todo esto ni mucho más ha sido obstáculo para considerar a la escuela británica como liberal.

En nombre de la autonomía y del individualismo que aquella implica, rechaza cualquier institución de carácter monopolístico, en especial las compañías comerciales teledirigidas por el estado. Lo veremos un poco más adelante.

– Paz y desarme: Zanjado todo lo anterior, entramos en una nueva derivación orgánica del pensamiento struzziano. De la necesidad mutua ha pasado a la libertad, y de ésta, emana lógicamente la paz. Porque la guerra lo quiebra todo, y en primer lugar, el movimiento sin trabas de las economías nacionales o imperiales.

Utilizando el esquema del capítulo 1 pero adaptándolo al tema concreto del comercio, su defensa del irenismo evoluciona en dos etapas: hasta el año 1627, y de ahí a 1629, con las posiciones tomadas en el memorial que redacta ese mismo año.

En el *Diálogo* de 1624, defiende la guerra económica emprendida por Olivares, pero la limita a las Provincias Unidas; el comercio con las demás potencias ha de ser espontáneo. Ninguna confederación importa tanto como la que debe hacerse con Dinamarca, pues controlar el Sund mediante una alianza con los daneses, significa tener las llaves del Báltico y provocar la ruina de los indómitos holandeses⁹⁹.

98 Sobre todo esto, me extendiendo en el trabajo sobre el antimercantilismo, tantas veces citado.

99 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 69.

Se nos plantea un nuevo problema de adjudicación de ideas e iniciativas: la influencia struzziana en los planes de Olivares. En los albores de su reinado, el valido de Felipe IV redactó con la firma del conde de Miranda el llamado *Peso del mundo*, una especie de programa de gobierno¹⁰⁰ en el que piensa poner en acción el dominio de los mares, el mercado monetario, las bases de producción y las posesiones de la monarquía hispánica para bloquear comercialmente a Inglaterra y a Holanda, nacionalizando la producción al poseer abundantes materias primas, y pudiendo así competir con ambas potencias en los mercados exteriores, porque los ingleses no son nada sin sus corsarios y piratas, y los rebeldes no pueden pasarse sin las materias primas españolas. Las dos piezas maestras de este programa han de ser Flandes y Dinamarca, las cuales, unidas con España, formarán un poderoso eje que terminará con los enemigos y rivales.

La iniciativa de contactar con Dinamarca pudo haber partido de Struzzi (es imposible asegurarlo), pero los términos en que habría de hacerse difieren totalmente de los planes del italiano. En realidad, el valido quiere uniformar las diferentes posesiones de la corona (vieja aspiración castellana), pero esto perjudica al grupo de ciudades y regiones que ya sabemos; precisamente, sus quejas van a ir dirigidas todos estos años contra este tipo de planes. Por lo tanto, hemos de descartar cualquier influencia en profundidad del representante de Bruselas.

Sí promueve el proyecto del Báltico, o por lo menos uno de ellos, que detallaremos en el apartado de las compañías de comercio. De todas formas, no es idea nueva; por lo menos se remonta a un siglo atrás¹⁰¹, aunque verdaderamente, solo van a contar las negociaciones emprendidas desde los primeros tiempos del reinado de Felipe IV. Tras los contactos establecidos con Cristián IV de Dinamarca y con su primo Federico, heredero de Noruega y duque de Holstein, saldados con pleno éxito diplomático (pero no económico, porque faltaron expectativas de beneficio a los comerciantes), le tocará el turno a la Dieta de Varsovia. Encontramos aquí de nuevo la impronta de Struzzi; aun cuando el proyecto de alianza datase del XVI, la animación

100 Viñas Mey, *Los Países Bajos en la política y en la economía mundiales*, 33.

101 Alcalá Zamora, *España, Flandes y el Mar del Norte*, 231. Son de cita obligada dos trabajos de Ruiz Martín, "La etapa marítima de las guerras de religión", 181-214; el otro, "El pan de los Países Bálticos", 549-579.

CAPÍTULO 4

que se intenta contagiar al gobierno, parte de nuestro italiano pero a la vez del portugués Antonio de Pereira. Si bien acabamos en lo mismo: una cosa es defender el libre comercio propiciando ventajas entre los componentes de la monarquía, países amigos y potencias neutrales para una legítima defensa de los intereses económicos propios, incluso en guerra económica contra un enemigo concreto (posibilidad que admite el de Parma solo sea para transigir con la élite recién llegada al poder), y otra muy diferente encerrarse en un sistema preferencial en donde un grupo impone sus restricciones al resto; conforme Olivares y sus acólitos vayan descubriendo sus verdaderas miras ultraproteccionistas, Struzzi se irá apartando de este plan, denunciándolo por impracticable.

En nombre de la paz, renuncia a cualquier tipo de represalias que no vayan contra los holandeses, atacando en 1624 el Decreto de 1603 y que muchos se empeñan en reinstaurar (como Ortuño de Urizar, el segundo de Gauna), lo que supondría el citado recargo del 30% *ad valorem* a todas las mercancías no procedentes de los dominios del rey católico. La experiencia muestra según Struzzi que los holandeses, expulsados del comercio peninsular, desviaron su atención a las Indias Orientales, de donde sacaron mayores beneficios que los obtenidos con España, además de que ésta suscitó contra sí la enemiga de todas las naciones europeas, y más que ninguna, de la vecina Francia. Pese a la acritud de Struzzi, Juan de Gauna se constituye en el primero que admitió y trató de racionalizar la vía para una libertad comercial con todos, inclusive los enemigos holandeses; sin embargo, creó para todas las naciones no pertenecientes al conglomerado hispánico unas dificultades tan amplias a la hora de negociar con aquél, que el citado 'librecambismo' se convirtió en una actitud disuasora como hasta entonces no se había conocido en la política comercial y más especialmente arancelaria de España. El Decreto Gauna es por lo tanto la bandera que empuja Struzzi para mostrar qué cosa es el falso librecambio, inclinación que ve reproducirse desde 1617 cuando pensaba que la penosa experiencia de 1603–1607 lo había relegado al trastero de la Historia para siempre.

Desde el año 27, decimos que Struzzi se aparta progresivamente de sus componendas de tipo diplomático, en consonancia con la gravedad de una coyuntura que no admite retoques. Renuncia a la guerra económica, y en especial la marítima. La victoria es imposible; solo se puede obligar a los holandeses a hacer la paz. Para 1629, ha completado esta opinión: "el verdadero remedio sería componer paz o treguas con Holanda e Inglaterra [...] tratando de ajustar el comer-

cio”¹⁰², siguiendo con el restablecimiento de las alianzas en el Báltico (Dinamarca, Polonia, ciudades hanseáticas, etc.), dramáticamente rotas poco tiempo atrás. Desde luego, los enemigos no van a ablandarse. Hasta un progubernamental como Mario Damonte reconoce la dificultad de vencer esta obstinación “en los ánimos septentrionales”¹⁰³. Sustentar armadas en el norte y seguir utilizando a los navíos de Dunkerque para inquietar las pesquerías holandesas solo implica poner un pequeño parche para una gran herida, y lastima gravemente los movimientos comerciales de los flamencos, arruinando de paso a España por la especial vinculación entre ambas partes¹⁰⁴. Igual de infructuoso es el bloqueo y el corte de ríos que se vienen ejecutando años ha. Libre comercio universal y paz, son los objetivos a conseguir, despojándose de terquedades extemporáneas.

Decir que la opinión de Struzzi sobre la guerra económica es interesada, constituye la misma evidencia, pero no es eso lo que importa ahora; objetivamente, para los intereses de Flandes era algo fatal. No se trata de que el bloqueo, el embargo y las restricciones fuesen efectivos (según dice Israel) o no lo fuesen (en opinión de Alcalá Zamora), el *quid* del asunto es que fueron *políticamente inoportunos*, y eso trasciende sobre otras consideraciones. Struzzi nos lo hace ver con claridad en su texto, a condición de que sepamos leerlo con paciencia y sin anteojos distorsionantes. El mismo parecer muestra respecto al corso; no obstante haber quedado clara la efectividad de este medio (Stradling), se muestra entonces y siempre como insuficiente. En otro orden de cosas, hemos de preguntarnos sobre la influencia de estas ideas, considerando que le fueron pedidas. Felipe IV acepta la sugerencia pacifista de Struzzi de 1627. Justamente a partir de entonces se comienza a pensar en la posibilidad de llegar a un cierto acuerdo con los rebeldes; en 1628, el rey ordena a Isabel Clara Eugenia que trate con el enemigo la suspensión o tregua que fuese más razonable, embarcada como se encontraba España en la guerra de Mantua. Pero Amsterdam ya no está interesada más que en sacar partido de la debilidad de su adversario, y da largas al asunto¹⁰⁵, mientras toma puestos claves que van aislando a los Países Católicos e instalando en América nuevos enclaves desde donde co-

102 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 69.

103 Damonte, *Felipe IV el Grande*, 165.

104 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 68v.

105 Alcalá Zamora, *España, Flandes y el Mar del Norte*, 307.

CAPÍTULO 4

merciar y hacer la guerra a la monarquía. En 1629, que conoció, tal y como certeramente afirma Alcalá Zamora, una de las campañas más deplorables de la historia militar española en Flandes¹⁰⁶, se muestra que aún no era tarde para rehacer los equívocos. Prueba del efecto que surtieron los consejos de Struzzi (y de la urgencia de la situación, también hay que decirlo), es la prisa que se dan el monarca y Olivares en firmar una paz con uno de los antagonistas principales, Inglaterra; la paz de 1630 es un logro en buena medida de la capacidad diplomática de Struzzi. Claro que las cosas habían llegado demasiado lejos como para retroceder, y el primer ministro hace tiempo que está decidido: las cosas se resolverán por la guerra militar y/o económica, o no se resolverán de ninguna forma.

Un nuevo punto que resuelve Struzzi: si se logra la paz o la tregua, ¿qué papel han de jugar el ejército y la armada? Para el italiano, la suspensión temporal o perpetua de hostilidades no puede implicar el desarme total, solamente la disminución de efectivos, y consiguientemente, de gastos, en beneficio del endeudamiento público. Por lo pronto, Su Majestad excusará de sustentar armadas, a excepción de los galeones de la Carrera de Indias y la flota que defienda la costa de los piratas y corsarios, mal endémico. ¡Es la vieja, secular petición de las Cortes de Castilla, patrocinadoras del *Diálogo*, y como Struzzi, poco simpatizantes de Olivares! En uno de los párrafos que suprimió del *Discurso* de 1629, especifica que el ejército no deberá ser licenciado en la medida en que su presencia es necesaria para imponer respeto a las otras naciones y para acudir a la defensa de puntos concretos, como la expulsión de los enclaves de la Compañía Holandesa de Indias Occidentales en el Brasil¹⁰⁷. Funciones, por lo tanto, meramente defensivas.

Otra vez, pues, es en los escritos de finales de los veinte donde encontramos la más nítida expresión del pensamiento struzziano, y a la vez una coherencia doctrinal que nunca le abandonó, pero tuvo que maquillar algunas partes en pro de su oficio.

– La armonía natural: ¿Cree Alberto Struzzi en la existencia de una armonización natural del comercio? No hay – no lo he encontrado – texto que lo confirme de forma expresa, pero es necesariamente inferible de su concepción sobre el equilibrio general (que aborda en

106 *Ibidem*, 286.

107 BNM, ms. 10.441, f. 246.

sus consideraciones sobre la industria), y lo encontramos asimismo a lo largo de la doctrina considerada en su conjunto. Volviendo al comercio, la complementariedad de los mercados, significa que el italiano concibe el mundo como una máquina compuesta por piezas interajustadas que se engranan sin tropiezos en virtud de leyes naturales (paz, libertad, amor universal a amigos y enemigos). La guerra – o sea, el desorden y el odio – viene a romper ese funcionamiento, por lo que está de más, y en consecuencia, tiene que ser eliminada. Esa conciliación de los fenómenos económicos entre sí y con los demás se pone de manifiesto por doquier: en el valor intrínseco y extrínseco de la moneda, como en el librecambio, como en el ajuste de las producciones, de los consumos y de las balanzas. Por desgracia, no dio un paso más allá en este sentido; de lo contrario, habría podido llegar, por ejemplo, a la doctrina del ajuste automático del comercio internacional que tan claramente describieron los pensadores británicos. Si hubiese desmenuzado intelectualmente todos los fenómenos que describe o presupone, podría conferírsele sin vacilar el título de economista. Pero se quedó donde se quedaban todos en aquel tiempo: a las puertas del análisis, en una concepción eurítmica, ‘musical’, de las relaciones económicas¹⁰⁸. Y es que, como siempre hemos dicho, Struzzi no es liberal, sino antimercantilista, se le mire desde la perspectiva política, sociológica o más concretamente, desde el prisma económico.

El mercado

Dejando ya las disquisiciones ideológicas, entramos desde ahora en asuntos concretos. En primer lugar, el problema del mercado. “Lo principal consiste en la navegación”¹⁰⁹: no podía decir Struzzi otra cosa, teniendo en cuenta que el comercio marítimo – es decir, el exterior – constituía la principal fuente de acumulación de beneficios para un país, o por lo menos, para sus clases emprendedoras. El mercado, cuya conquista se constituye para él en finalidad de la vida económica, se encuentra siempre fuera de las fronteras, y no por capricho, sino por necesidad. (Aunque Gondomar predique novedo-

108 Porque recuerda aquella frase de Platón “La música es la esencia del orden, y eleva a todas las almas hacia lo bueno, lo justo y lo bello”. Dictado que suscribiría Struzzi sin reservas.

109 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 87.

CAPÍTULO 4

samente una apertura hacia el interior, sabía bien que los principales beneficios se encontraban allende los pasos fronterizos, entre los grupos de alto poder adquisitivo, dada la más que desigual repartición de la renta nacional en cada país.) El mercado interno es estrecho por imperativos geográficos, pero sobre todo por limitaciones en la capacidad de los compradores. De constreñir los intercambios a Madrid o incluso a España, el comercio se está viniendo abajo sin remedio; ejemplo, Toledo, incapaz de remontar vuelo con su política exclusivista¹¹⁰ – los destinatarios de esta pulla son obviamente Moncada, Ceballos y el resto de pensadores toledanos –, y el gobierno con unos derechos aduaneros y especialmente unas alcabalas prohibitivas que se niega a derribar. Vista con la lente económica, la máxima de que quien posea el mar poseerá la tierra, era compartida por Struzzi. No quedaba otro remedio.

¿Pero pasaremos por alto el mercado ‘imperial’? En absoluto; lo malo es que en él, tampoco se pone el sol. Quiero decir que es enormemente vario en muchos sentidos (cultura y costumbres, sistemas monetarios, estructuras comerciales o industriales, etc.), geográficamente disperso, y por todo ello, muy difícil de controlar. Además, de haber sido autosuficiente, aún sería recomendable su protección. En especial durante los años terminales de la década de los veinte, el tratadista de Parma se torna más escéptico que nunca. La Unión de Armas no puede constituir un factor aglutinante, como había previsto Struzzi años atrás; está siendo un fracaso estrepitoso por todas partes, y cada día que pasa provoca nuevas e inquietantes reacciones en su contra. Las Indias Orientales son irrecuperables para los ibéricos, o por mejor decir, para Portugal, a causa de la masiva presencia de los rebeldes holandeses en aquellas aguas¹¹¹; no sé si este desastre lo achaca directamente a los errores en la concepción y en la ejecución del Decreto Gauna, pero el contexto del documento parece indicarlo así. Sea lo que fuere, solo cabe que el comercio en esa zona del mundo sea zona libre para todos (reanudando una ya antigua petición de los belgas a Felipe III de poder comerciar con Asia directamente, obtenida de su sucesor algo tarde ya, mediado el año 1640). En cuanto a las Indias Occidentales, fundamentalmente españolas, tampoco pueden escaparse por la fuerza de la presencia extranjera, así que lo más práctico será atraerse al enemigo utilizando el libre comercio con la

110 *Ibidem*, f. 77.

111 *Ibidem*, f. 68.

Península, para que pierda interés por los largos viajes al continente americano, deje de atacar a las naos hispánicas, evitándose para siempre el penoso episodio de Matanzas, y capte el azúcar, la sal y demás especias y materias primas en Sevilla o Cádiz, con el sustancial abaratamiento de costes que esto implica¹¹². Proposición que hubo de ser desechada por el monarca, y que tampoco habría de gustar a los holandeses, que sabían bien de las debilidades del coloso hispánico, y las estaban aprovechando a fondo. ¿Por qué renunciar a esas alturas a una expansión mundial del comercio batavo – y paralelamente, de su estructura financiera – cuando puede lograrse sin mayores inconvenientes de parte enemiga? Conclusión: por un lado y por el otro, prestar ‘oídos de mercader’ a la proposición de Struzzi, era casi obligado.

Lo que voy a decir puede parecer chocante, pero nuestro escritor no es un hombre especialmente preocupado por el dominio imperial; no podemos colocarle entre los más acérrimos defensores del colonialismo en el sentido corriente de la palabra. Acepta por supuesto la existencia del imperio y los beneficios que reporta su posesión (particularmente los dominios americanos, fuente de las provisiones de metales preciosos), pero su concepción le lleva a crear emporios, no imperios, valga el juego de palabras. El mejor control es el proporcionado por la pujanza comercial, y ésta se consigue compitiendo en el ámbito natural de la economía española: Europa. En la medida en que reclama la presencia activa y una voz igualitaria para los territorios europeos de la monarquía, Struzzi no es partidario de aplicarles el régimen del exclusivo, como pretenden algunos en la corte (algo por otro lado prácticamente imposible).

Las asociaciones mercantiles

Olivares atizó desde los comienzos de su mandato la creación de compañías de comercio lo más parecidas a las holandesas. La verdad es que los españoles ya venían espiando en Flandes el nacimiento y evolución de estas sociedades en las Provincias Unidas desde comienzos de siglo; 1607 marca el inicio de tal preocupación por informarse, que no hace sino aumentar con los años¹¹³. A pesar de ello, entre la recolección de noticias y la imitación de fórmulas, hubo de transcurrir

112 *Ibidem*, f. 69.

113 Echevarría Bacigalupe, “Economía e información”, 37.

CAPÍTULO 4

un tiempo. La ruptura de hostilidades en 1621 marca el inicio del control y promoción de las actividades de intercambio por parte de las autoridades españolas.

Así es como aparece la Junta de Comercio, cuyas raíces se deben al patrocinio del conde-duque. Tendrá por cometido dirigir la guerra económica contra los holandeses. Actuó desde 1622, estableciendo veedores en todos los puertos¹¹⁴. Para 1625, la institución se da por extinguida vista su inoperancia¹¹⁵; la viene a sustituir el Almirantazgo de los Países Septentrionales, de vida más larga pero no menos irregular, y una nueva Junta, la de Población, encargada de desarrollar los erarios y montes de piedad, de potenciar la industria, de mejorar el comercio y de hacer viable la navegación fluvial¹¹⁶.

Desde estas instituciones y desde iniciativas particulares, que nunca faltaron, aparecen varios proyectos de asociaciones de comercio, tanto a partir de Madrid, donde la cada vez más numerosa presencia portuguesa hace todo lo posible para que se conviertan en realidad¹¹⁷, como desde Bruselas, donde existe un claro interés entre los que trafican con la Península y entre los funcionarios-arbitristas por unir a los ibéricos con el Mar del Norte. Los resultados más visibles, aparte el citado Almirantazgo, son la Compañía de la India portuguesa y el Consulado de Comercio de Madrid, de 1628 y 1632 respectivamente¹¹⁸.

Que el liberal Struzzi ve con malos ojos esta proliferación de entidades, queda fuera de duda, pero en absoluto lo hace por su estructura asociativa, sino por quedar sometidas al estado. Puede decirse, sin embargo, que las apoyó en sus comienzos, al menos hasta 1624; a partir de entonces, sus apreciaciones serán más y más críticas y negativas al respecto. Las vicisitudes del proyecto de compañía portuguesa con Polonia tienen que ver algo en ello.

En los primeros tiempos es un pacifista convencido, pero no es menos partidario de la guerra económica contra los rebeldes, y acepta

114 Molas Ribalta, *Juntas, Compañías y Consulados de Comercio*, 198.

115 *Ibidem*, 199.

116 *Ibidem*, 201.

117 *Ibidem*, 202-203; Dennis-Hussey, *The Caracas Company*, 8-14.

118 Echevarría Bacigalupe, *La diplomacia secreta*, 261-263, y "Armada Invencible", 42-43. No sé si habrá relación directa entre un fenómeno y otro, pero Struzzi escribe a comienzos de los treinta sobre la necesidad de crear dos consulados en Madrid, uno para el comercio de la lana, y otro para la seda (BNM, ms. 10.441, f. 275v); poco después, en 1632, se fundó el consulado madrileño.

el plan de una asociación mercantil que limite o a ser posible destruya su poder. Tras la declaración de guerra dando por finalizada la Tregua de los Doce Años (22 de abril de 1621), también a los portugueses les interesa aprovechar la posición española en Flandes para aplastar a sus más mortales enemigos, las Provincias Unidas, que les han venido hostigando desde comienzos de siglo. Por eso hallan valedor privilegiado en un conde-duque ansioso de fomentar el comercio y reforzar el eje Península-Países Bajos Meridionales. Nos explicamos entonces la proposición que don Antonio Pereira hace a Struzzi en 1623 en el sentido de crear una compañía de comercio luso-polaco-hanseática, con Flandes como intermediario, que el optimista representante de Isabel Clara Eugenia hace llegar ese mismo año a Bruselas¹¹⁹. En la Junta que se reunía periódicamente en casa del confesor real fray Antonio de Sotomayor (toda una hechura de Olivares), y de la que formaban parte el marqués de Aytona, don Diego de Ibarra (Consejo de Estado), Juan de Pedrosa (Consejo de Guerra) y don Antonio Pereira (Consejo de Portugal), con el poeta sevillano Francisco de Calatayud como secretario¹²⁰, se venían discutiendo intensamente por aquellas fechas los remedios a la decadencia. Entre otros pretendientes, Struzzi entregó a ese organismo sus memoriales, que por el momento se hallaban estancados. Esta circunstancia fue la ocasión de que don Antonio de Pereira contactase con él a fin de proponerle el susodicho plan, que el italiano acoge entusiásticamente y discuten ambos en varios encuentros¹²¹. Pereira era miembro del Consejo de Portugal desde 1598; continuará en él hasta 1628, en que es sustituido a causa de la reforma del Consejo, perdiendo definitivamente su dignidad en 1631¹²². Pertenece a los portugueses reformistas, pero no podemos incluirle en el grupo de Mendo da Mota, figura clave en la política de Olivares¹²³, porque mantuvo fuertes diferencias con él, llegado incluso a las manos (*sic*)¹²⁴. En conjunto, la proposición

119 BNM, ms. 10.441, f. 170-172.

120 Ese mismo año 1623 conoce la entrada en la corte, por iniciativa de Olivares, de un selecto número de andaluces, entre los que destaca Diego de Silva Velázquez.

121 BNM, ms. 10.441, f. 170.

122 Luxán Meléndez, *La revolución de 1640 en Portugal*, 329, 581 y 583.

123 Mendo da Mota parece haber sido el cerebro de la política mercantilista del conde-duque. Molas Ribalta, "Instituciones y comercio", 92-93. Las cosas son en realidad mucho más complejas, porque las influencias fueron en extremo variadas.

124 Luxán Meléndez, *La revolución de 1640 en Portugal*, 329. Sobre Mota, ver también 310 y ss.

CAPÍTULO 4

de Pereira busca el intercambio vía Flandes con el Báltico, especialmente con Polonia. En Lisboa residirá una persona con título de factor general del rey polaco, y otra en Danzig con el mismo cargo, pero actuando en nombre de Felipe IV. Ambos se encargarán en las respectivas ciudades de estudiar los precios de las mercancías con las personas que entren en la o las asociaciones mercantiles a formar, para que llegando a la ciudad del Tajo desde Danzig, solo haga falta descargar la mercancía polaca y cargar la portuguesa, equilibrando las cuentas y liquidando los alcances bien al contado, bien por vía de feria. En tan largo recorrido, podría ampliarse la contratación a los territorios del duque Federico de Holstein – que de hecho ha dado conformidad a toda relación mercantil con la monarquía hispánica –, y a los del duque Julio Federico, arzobispo de Bremen y tío del anterior, no menos aficionado al rey católico. La defensa de las flotas que han de ir y venir entre Lisboa y Danzig – porque los holandeses han de impedir por lógica esta navegación – quedará a cargo de una armada de Felipe IV y otra del rey de Polonia. Contactar con el rey de Dinamarca para asegurarse el paso del Sund, será la última de las tareas diplomáticas a efectuar.

Consultado que fue el embajador de Polonia, dio su total aprobación, enviando los papeles a su corte; don Gaspar no solo no se opuso en absoluto a estos intentos, sino que lo comunica al soberano, quien concede su real permiso. Llegado un emisario de Polonia, conferencia con Pereira y Struzzi sobre el plan; solo hay que esperar al beneplácito de la Dieta de Polonia para que sea efectivo. Las ventajas que reportará esta confederación, son evidentes: además de incrementar la presencia hispana en el relevante mercado báltico, echará de allí a los holandeses, arruinándoles y haciendo más fácil y corta la victoria española por vía económica.

Flandes jugaría un papel esencial como punto de intermediación; atento a lo que se trama en la corte madrileña, Manuel Sueiro, espía y medio consejero real, aprovecha su cargo de representante de la colonia portuguesa en Amberes – lo que implica prácticamente hablar en nombre de los lusitanos establecidos en todos los Países Bajos Católicos – con vistas a coordinar dicha ofensiva báltica, pero sin éxito¹²⁵. Los años incrementan la ansiedad portuguesa: en 1624 se pierde Bahía; en el 26, Ormuz; luego le tocará el turno a Pernambuco, etc. Con todo esto y con los fracasos diplomático-militares en el norte

125 Echevarría Bacigalupe, *La diplomacia secreta*, 174.

de Europa, llegará el descontento, pensándose que Madrid desampara a su socio peninsular.

Hemos identificado pues el origen de la política báltica del ministro español con las pretensiones portuguesas. Pero además, acabamos de ver que el plan que comenta en su libro Ródenas Vilar dándole fecha de 1624, se ha gestado antes. Ya en 1618, Jorge de Hennin propuso crear dos grandes compañías, una para América y otra para el Báltico; después, en 1622, se sugería al conde-duque estrechar lazos con daneses, polacos y otros posibles aliados de aquel área¹²⁶. No pudiendo ejecutarse el proyecto Struzzi-Pereira, se somete a la atención de Madrid un segundo plan, obra del marqués de Aytona, pronto sustituido por el del conde de Solre, al que seguirá en 1627 otra proposición conducente a crear una armada de 24 a 30 unidades, alquiladas a la Hansa¹²⁷. En todas estas gestiones, brillan junto a Solre dos diplomáticos flamencos ya familiares para nosotros, el barón de Auchy y Gabriel de Roy¹²⁸, pero el talento hispano se muestra impotente para conjurar la liquidación de todos los planes, con gran disgusto de Struzzi, quien se considera un poco padrino de los contactos con el septentrión. Pero no es – como argumenta el italiano en algunos memoriales – la intransigencia mercantilista española quien debe juzgarse como única culpable del descalabro; desde tiempos de Felipe II, los mercaderes de Danzig se venían mostrando más y más reticentes a la hora de traficar con la Península Ibérica, sea por la insoponible actitud de los funcionarios de aduanas, por las confiscaciones, por el corsarismo, o finalmente, por la distinta valoración de la sal (barata) en el puerto polaco, y del trigo (caro) en España y Portugal, que hace poco atractivo el intercambio para ambos. A ello se suman las dificultades en el transporte de metales preciosos y el cambio desfavorable del ducado en la villa dánzica¹²⁹. Por eso, era mejor esperar allí mismo la llegada de los holandeses, a quienes se vendían los productos del país a cambio de importaciones de Europa Occidental. Las motivaciones económicas sobrepasan a los incentivos

126 La propuesta de Jorge de Hennin se detalla en Rodríguez Campomanes, *Reflexiones sobre el comercio español a Indias*, capítulo VII. Para los otros proyectos, ver Rodenas Vilar, *La política europea de España*, 74, y Alcalá Zamora, *España, Flandes y el Mar del Norte*, 98.

127 *Ibidem*, 83–88.

128 *Ibidem*, 89. Más concretamente para el papel de Roy, ver Israel, *The politics of International Trade Rivalry*, 528–536.

129 Bogucka, “Le commerce de Gdansk avec la Péninsule ibérique”, 304–305.

CAPÍTULO 4

políticos una vez más. Con ello no queremos despreciar el papel que jugaron los agentes holandeses, que intrigan hábilmente en la Dieta de Polonia y aprovechan el disgusto de los mercaderes de Danzig, explotando igualmente la predisposición favorable hacia ellos y la causa protestante en general del rey Gustavo Adolfo de Suecia¹³⁰.

El menosprecio de Struzzi ante cualquier tipo de asociación se acentúa. Para 1625 ya se muestra en desacuerdo con la existencia y más aún con la proliferación de las juntas olivaristas¹³¹, en particular la Junta Grande. Reacción comprensible, porque venían haciendo muy poco caso a sus memoriales al chocar con las ideas económicas del valido real. Pero, independientemente de esta circunstancia, ¿acaso no afirmaba en sus papeles sobre política que el príncipe (o por mejor decir, el gobernador general de Flandes) había de asesorarse por medio de consejos? En efecto, eso pensaba, pero nunca para promocionar los planes mercantilistas en boga, hechos para encoresar las iniciativas comerciales, industriales o financieras.

La crítica al Almirantazgo de los Países Septentrionales que hace Struzzi, similar a la de algunos contemporáneos – que sería inoportuno repetir aquí¹³² – nos ofrece en contrapartida su noción de lo que debe ser una compañía de comercio¹³³. Es lógico que no aluda al asunto en el *Diálogo* de 1624, teniendo en cuenta que espera una mayor ductilidad gubernamental; como a la altura de 1629 está más que comprobada la intención de Olivares y en vista de la crisis generalizada, nuestro autor clama por un cambio radical. El tipo de compañía que propugna se deberá extender por todos los reinos y señoríos peninsulares, con un área de actuación preferente, que concreta en el Mar del Norte y el Báltico, sus viejas querencias. Sin llegar al detalle, las condiciones que pone para que pueda funcionar, son dos: una, que administre pronta y segura justicia entre los mercaderes; la

130 Alcalá Zamora, *España, Flandes y el Mar del Norte*, 241.

131 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 83v.

132 No estará de más traer a colación, si bien en forma de nota, otras críticas que recibió el Almirantazgo. Isabel Clara Eugenia comunica a Felipe IV en mayo de 1627 que el organismo es muy impopular en Flandes, donde ni los Estados ni los particulares quieren participar en él (AGRB, SEG, leg. 196, f. 396). Domínguez Ortiz cita las quejas en ese mismo 1627 contra la institución (ver nota 32) y el profundo malestar en especial de Sevilla ante las medidas restrictivas (“El almirantazgo”, 281). Sin embargo, es en 1645 cuando a mi juicio recibe desde Flandes la argumentación en contra más sarcástica y demoledora (BL, Add, 14005, f. 26 y ss.).

133 Que domina frecuentemente “Compañía de Almirantazgo”, sin que por supuesto tenga que ver gran cosa con el de los Países Bajos Septentrionales.

otra, que no se le impongan cortapisas a las relaciones mercantiles que efectúe, sean del género que sean¹³⁴. Es lo que en términos decimonónicos llamaríamos una 'institución gendarme', no para indicar o mediatizar, sino para vigilar, dirimir pleitos y velar por los intereses de sus asociados. Que el rey y su favorito iban a desatender la nueva propuesta, cae por su peso: esta concepción aleja a Struzzi en demasía de la línea oficialista.

Balanza de pagos y control de cambios

Terminado lo que se me ocurre acerca del comercio en los escritos de Struzzi, nos ceñiremos en este segundo gran apartado del capítulo a un tema bastante amplio, a saber, lo relativo a la balanza de pagos, que para no complicar inútilmente las cosas, reparto entre balanza por cuenta corriente (dividida a su vez en balanza de comercio y balanza de servicios) y balanza de operaciones de capital (o de partidas en cuenta de capital), que recoge la entrada de divisas con la obligación de un pago posterior en dirección contraria a la original, lo cual hace pues que unos países se conviertan en deudores o acreedores de otros. Claro que éstas son nociones corrientes hoy en día, pero no necesariamente entonces. ¿Tenía Struzzi una noción clara de la división que hemos resumido anteriormente? Esa es la pregunta clave que trataremos de responder en las siguientes páginas (con la salvedad de que la moneda será tratada en otro capítulo).

En el *Diálogo* de 1624, defiende algo verdaderamente revolucionario por aquellos días: la libre exportación de numerario para compensar la balanza deficitaria, por la sencilla razón de que España, siendo incapaz de procurarse por sí misma parte importante de sus necesidades en bienes y servicios, precisa del concurso exterior; por eso misma, era perfectamente natural y obligado que el oro y la plata saliesen del mercado hispano en concepto de liquidación de importaciones. Además, sin la contrapartida de las remesas a Indias que hacen los extranjeros vía Sevilla y que se traduce por la arribada de ingentes cantidades de metal precioso a este puerto, las disponibilidades de la corona en dinero líquido serían muy modestas, y las

134 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 70 y 73v.

CAPÍTULO 4

deudas que se contraen sobre las remesas, también por fuerza ¹³⁵. En el capítulo de las partidas de invisibles por causa de comercio, asientos y demás operaciones de feria, la propia abundancia de moneda en España, al hacer que valga menos, le pone en desventaja respecto a otras naciones: es el tan aludido problema de largueza y estrechez, que preocupaba sobremanera a unos contemporáneos impotentes para invertir la situación¹³⁶. Por todo esto, pretender acotar la salida de oro y plata del reino de Castilla o aún menos de los dominios de los Habsburgo hispanos, era una quimera, algo así como “poner puertas al campo” (expresión que utiliza en su escrito), y la consecuencia inmediata sería enemistarse con todo el mundo¹³⁷, impidiendo el normal y vital aprovisionamiento de los consumidores. En sustancia, como se aprecia, la prohibición no logrará nunca impedir la marcha de las tesoros porque a toda transacción le debe corresponder un intercambio en metálico, de modo que hay que ser realista y dejar hacer a los particulares que ajusten libremente sus tratos y contratos. Reconoceremos que ello es perfectamente lógico en el sistema de Struzzi: desde el momento en que un país consiente comerciar con el exterior, la traída y el envío de capitales también deben existir¹³⁸, y sin barrera ninguna. Tanto más si, como predica el italiano, ese comercio ha de ser libre.

Un tanto inesperadamente, el memorial del año 29 rechaza la primera opinión y se posiciona dentro del mercantilismo más ortodoxo. Ha de abolirse la costumbre de extraer la plata resultado de las transacciones comerciales, impidiendo la sangría monetaria que debilitaba a la monarquía y castigando a los contraventores¹³⁹. Los poseedores de metal precioso deberán consumirlo en el interior del reino adquiriendo los bienes que allí se producen. Se permitirá que la suma sea remitida mediante letras de cambio, pues el montante queda en Castilla, por cuanto que la letra deberá hacerse pagadera en el extranjero.

No es que la proposición struzziana sea por necesidad antitética con el resto del sistema, pero nos resulta incomprensible como acti-

135 *Ibidem*, f. 76.

136 Ruiz Martín aborda magistralmente la cuestión en publicaciones como *Lettres marchandes échangées entre Florence et Medina del Campo* y “La banca en España hasta 1782”.

137 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 76.

138 *Ibidem*, f. 82.

139 *Ibidem*, f. 70.

tud, pues si algo sobresale en su doctrina precedente y posterior a este escrito, es la libertad. ¿Qué es lo que hace escribir así al italiano? Podríamos arguir de momento un serio deterioro de la balanza de pagos. Pero más sencillamente, fue la diplomacia y el puesto en la corte: o sea, las conveniencias. El disimulo, doctrina clave para aquellos hombres, les obligaba a acomodar siquiera temporalmente sus afirmaciones. El momento es dramáticamente proteccionista: asumiendo de nuevo modos y maneras que se remontan a la Edad Media, una real cédula emitida en 1628 apuntaló la política de cierre en banda a las mercancías extranjeras¹⁴⁰ que amenazan con acaparar el mercado castellano; además, el rey también prometió ante las Cortes, a cambio de un donativo de doce millones de ducados, el severo castigo de los exportadores de oro y plata¹⁴¹. Desde 1627, la jurisdicción de los procesos por contrabando de moneda de cobre había quedado transferida a los tribunales de la Inquisición; en septiembre del 28, el monarca decidió que todo contraventor sería quemado en la hoguera, sus bienes confiscados y sus hijos inhabilitados para ciertos cargos y beneficios¹⁴², al mismo tiempo que se ponía una gran, y como casi siempre, infructuosa operación de saneamiento de la moneda fraccionaria¹⁴³. Si su cargo diplomático ni la protección de Spinola podían bastar a nuestro autor de caer en las garras inquisitoriales. Soportar un juicio vejatorio y una más que segura condena a muerte por una cuestión así, era un precio demasiado caro. Si aún fuese por artículos de fe, podría haber hecho una bonita figura de mártir ante la posteridad, pero como de lo que aquí se trata es de salvar la piel y el cargo, vale más seguir la corriente por el momento y reproducir aquellas nociones que circulaban sobre materia económica, como el que las letras de cambio son el mejor modo de paga sin que salga numerario. La cosa llegó tanto a prodigarse, según parece, que saca de sus casillas a Jerónimo de Uztáriz, quien a comienzos del XVIII juzga despreciable tal creencia, porque “es preciso que los correspondientes que lo ejecutan se reintegren por último”¹⁴⁴. Era mejor para Struzzi no re-

140 Domínguez Ortiz, “Guerra económica y comercio extranjero”, 90.

141 Hamilton, “El mercantilismo español antes de 1700”, 190.

142 Hamilton, *El tesoro americano y la revolución de los precios*, 95.

143 *Ibidem*, 95–98.

144 El párrafo, digno de ser reproducido, es como sigue: “Parece despreciable la creencia en que se hallan algunos, de que por medio de letras de cambio se excusa la extracción de dinero [...] pero es preciso que los correspondientes que lo ejecutan se reintegren por último, ya sea en mercaderías o en dinero físico; y como los géneros y

CAPÍTULO 4

chistar en este tema concreto; la marea xenófoba se encuentra en su apogeo y sería locura irritarles más de lo que están. Guillén Barbón y Castañeda, manifiesto enemigo de Struzzi, se revuelve contra el que “Pierres, Jacques, Dionisios y Guillelmos” se lleven la sustancia metálica de España; según él, es notoriamente más perjudicial la salida del oro y la plata que una previsible baja en las rentas reales causada por el cese del negocio con extranjeros¹⁴⁵. Perfectamente sabemos ya que los demás pensaban y sentían al unísono con Barbón.

A pesar de esta variación táctica, vuelve a las andadas muy poco después; para 1630 reintegra su doctrina tradicional, a saber, que la única moneda que no debe salir es la resultante del contrabando, y no deben suspenderse las licencias de saca por operaciones financieras ni las partidas resultantes de una balanza deficitaria. De este modo, solo han de reprimirse casos como el de la llegada de vellones falsificados desde Holanda. En conjunto, pues, la doctrina de Struzzi es perfectamente liberista. A partir de ella, hemos de hacernos algunas reflexiones pertinentes. Primero, que sin llegar ni con mucho a la sofisticación actual, percibe a grandes y esenciales rasgos la diferencia entre balanza de cuenta corriente y balanza de operaciones de capital, pero a diferencia de los mercantilistas, el sentido de ambas no ha de ser unidireccional (nuestro país exporta siempre bienes y recibe a cambio dinero), sino multidireccional (todas las naciones se exportan capitales, bienes y servicios en función de sus necesidades, porque así lo exige la división internacional del trabajo). Conclusión, el superávit o déficit de la balanza comercial no tiene por qué medir necesariamente los beneficios o perjuicios de una nación, ni es la única fuente de ganancia o pérdida. Se puede tener déficit de visibles y superávit en las operaciones de capital. Como Struzzi propugna que los países han de especializarse en determinadas producciones o prestaciones, no le repugna que España posea balanza comercial desfavorable. Precisamente es lo que ocurre en el XIX en Inglaterra: contra lo que pudiera suponerse en apariencia, los británicos mantuvieron casi constantemente una balanza de bienes desfavorable, que equilibraban con un saldo por servicios y capitales excedentario. Por contra,

frutos que salen de España no alcanzan a la permuta con el comercio que hace con los demás países extranjeros, es consecuente que [...] se supla de un reino a otro en dinero efectivo, lo que en general no alcanza ni puede satisfacerse con mercaderías, cuyo argumento es tan natural y claro, que sería ociosa cualquiera mayor explicación”. Uztáriz, *Teórica y práctica de comercio y marina*, 8.

145 Ebersole, *Dos documentos de 1627*, 45.

los países coloniales y del resto de lo que modernamente se viene llamando Tercer Mundo, mantuvieron un superávit en sus relaciones comerciales, que se esfumaba al incorporar a la contabilidad las transferencias al exterior en concepto de servicios y préstamos. Su balanza de comercio era positiva, ¡pero ficticia! Claro que en el siglo pasado se tenía conciencia de este problema, mientras que en el XVII la mayoría estaba encandilada con el canto de sirena del exceso de ventas a los demás países. Saludemos pues como avanzada la concepción struzziana. Quizá se le ocurrió que pudiera haber un equilibrio automático, natural, entre las balanzas de pagos, pero no lo definió explícitamente, por lo que de ninguna manera podemos atribuirle nada al respecto. Muy lejos de nuestra intención está inferir más allá de lo que nos permiten los mismos textos; que se sepa, son Isaac Gervaise y sobre todo David Hume quienes tratan con claridad el problema. Pero no puedo pasar por alto un axioma: nuestro autor cree firmemente en la armonía económica, y por consiguiente, en la armonía de las balanzas internacionales, lo haya o no desarrollado teóricamente en sus tratados.

Dos contemporáneos de nuestro autor, Thomas Mun y Antonio Serra, trataron con originalidad del equilibrio de balanzas; veamos en qué medida se acercan a aquél. Mun defiende en su clásico *England's treasure by forraign trade* (solo publicado en 1664, por lo que Struzzi no pudo conocerlo) la licitud de exportar numerario para invertir (ojo, invertir) en mercancías, lo que redundará en nuevos y jugosos beneficios por reexportación. Esto, que se saluda como una muestra de liberismo, no lo habrían condenado ni aún los teóricos españoles, quienes de verdad criticaban la salida de numerario sin contrapartida positiva ninguna; pero como los pagos al extranjero eran obligados porque se compraba más de lo que se vendía, pretendieron cortarla ingenuamente mediante represión aduanera. Struzzi no opina lo de Mun; dice exactamente que *en cualquier caso* debe darse libertad de exportar e importar capitales, porque cree en los ajustes económicos naturales entre la oferta y la demanda de dinero, bienes y servicios. Por todo esto, Mun nunca ha dejado de ser mercantilista, mientras que Struzzi nunca lo ha sido.

El napolitano Antonio Serra es aún más original. Publica en 1613 el *Breve trattato delle cause che possono far abbondare li regni d'oro e argento*, texto de sabor moderno para sus días. Defiende la tesis implícita de que si el proceso económico funciona bien, la balanza comercial saneará por sí misma sin necesidad de intervenciones, de modo que un país próspero puede tener toda la cantidad de oro y

CAPÍTULO 4

plata que necesite¹⁴⁶. Visto así, parece un antecesor directo de Struzzi, quien pudo estudiar el tratado. Si lo leemos detenidamente, percibimos similitudes entre ambos pero conclusiones divergentes. Serra dice que la escasez de dinero es causa directa de los artículos demandados por un país al extranjero, y no el tipo más o menos elevado de cambio. Nadie exporta divisas sin ningún propósito, continúa el napolitano. Lo mejor será sacar efectivo al exterior para pagar importaciones que posteriormente serán reexportadas, dejando así una utilidad e incrementando el acervo de metales preciosos: “Si el dinero es exportado con algún objeto [...] debe forzosamente regresar con una ganancia al reino donde se envió”¹⁴⁷. De este modo, y rebajando el optimismo del análisis de Schumpeter, la verdad es que no se diferencia tanto del británico Mun. Porque nadie parece haber reparado en que escribió el librito pensando en aquellos países que, careciendo de minas de metales preciosos (así se expresa en el título completo de la obra), han de hacerse a toda costa con ellos. Eso mismo le impidió precisamente llegar al posicionamiento del representante en Madrid, lo que no significa que desconociese la aportación de su ‘compatriota’ y súbdito del rey de España. Struzzi, sin que le neguemos originalidad, solo tiende a legalizar prácticas más o menos seguidas por el sector privado, tanto en España como sobre todo en sus queridos Países Bajos, tan necesitados de relacionarse con economías más desarrolladas y complementarias, como la holandesa. Representa pues al antimercantilismo ‘popular’, dotándolo de un importante contenido teórico.

Derivados de estos considerandos, terminamos el capítulo con dos puntos de relieve: las influencias ideológicas que ha sufrido nuestro autor y el interés material que se esconde en sus arbitrios.

Influencias e intereses

Las influencias son a la fuerza de dos tipos: prácticas y teóricas. Los acontecimientos político-económicos del momento intervienen decisivamente, como no podía por ser menos. Luego, la actitud de las

146 El resumen de la doctrina de Antonio Serra, en Schumpeter, *Historia del análisis económico*, 406–407.

147 El texto de Serra, en Silva Herzog, *Tres siglos de pensamiento económico*, 89 y ss. Esta cita es de la página 91.

ciudades mercantiles en las Cortes, aunados a los intereses y tradiciones de Flandes, que representa y salvaguarda lo más dignamente que puede, junto con el ejemplo holandés, estrella o faro (según se mire) que guía a muchos contemporáneos. La polémica en las Cortes y la sociedad de Aragón, no debió serle indiferente.

En lo intelectual, tanto o más que de influencias (cosa muy difícil de probar, como bien hemos constatado a estas alturas), cabría hablar de concordancias. De una u otra forma, puede ligarse a autores como Botero, popular entre los conocedores de temas económicos de finales del XVI y comienzos del XVII, como Bodin – más bien el Bodin de la *Réponse à M. de Malestroict*, que el de *La République*¹⁴⁸ –, o como los escolásticos hispanos en la cuestión del *mare liberum*, porque se ha visto que Struzzi disiente o supera a los doctores en varios puntos de importancia, y porque su óptica es esencialmente secular, desprendida de todo pensamiento ético-religioso. Antoine de Montchrétien coincide con el de Parma en resaltar la división internacional del trabajo y en el interés personal como motor del mundo económico, pero por lo demás, no existen concomitancias sensibles. El padre Juan de Mariana muy poco influyó, siendo como era un autor maldito por sus opiniones politicoeconómicas que atestiguan una firme actitud antiabsolutista y antimercantilista en Castilla, si bien fue rehabilitado como historiador. Juan de Gauna predicó en 1603 la idea de abrir el mercado peninsular y el de los dominios europeos a cualquier nación, pero exigiendo un fuerte canon de entrada a las mercancías foráneas. Con esto, podemos hacernos idea de la hostilidad de Struzzi; no obstante, el guipuzcoano marcó decisivamente a nuestro autor (como a la élite política de entonces), y lo marcó tanto positivamente al ser la primera vez que el enemigo obtiene autorización para negociar sin trabas con la monarquía, como negativamente, porque el altísimo tipo arancelario generará un efecto muy distinto al esperado. Por lo demás, los mercantilistas admiten exclusiva o preferentemente el intercambio de mercancías por mercancías, según la normativa heredada del medievo; Struzzi insiste con frecuencia en que el comercio ha de hacerse por medio del dinero, combatiendo la inveterada doctrina castellana y de conformidad otra vez con su particular ideal.

148 Una a mi entender correcta explicación del pensamiento económico bodiano, la he expuesto en “L’antimercantilisme en Europe”.

CAPÍTULO 4

Nos referíamos, finalizando la segunda parte de este capítulo, a Antonio Serra. Nuestro arbitrista se relacionaba con Italia frecuentemente, y conoce bien, porque lo cita a menudo, el reino de Nápoles; por lo tanto, el pequeño tratado de Serra hubo de pasar a sus manos en un momento u otro. Defensor de la causa periférica y con una tradición intelectual muy parecida, el napolitano tenía que convertirse en un punto de referencia obligado.

He dejado para el final la cita de un autor de prestigio europeo: Hugo Grocio. Este se inspira sobre todo en dos fuentes, los iusnaturalistas españoles del XVI, y “los derechos patrios y antiguas costumbres de los belgas”¹⁴⁹. Su obra se considera universalmente como de tránsito entre el derecho natural según lo entienden los escolásticos, y el posterior racionalista. División internacional del trabajo, carácter natural de la legislación mercantil, comercio sin estorbos, mar libre, derecho franco de emigración a los extranjeros o importancia relativa de la masa monetaria, son puntos claves en su pensamiento económico que se relacionan con las concepciones struzzianas. De modo que hemos de preguntarnos qué ideas pudo traspasar al representante de Isabel Clara Eugenia vía estancia en y correspondencia con Flandes.

Veamos. *De Iure Praedae Commentarius* se escribió entre 1604 y 1605, pero Grocio no creyó oportuno darla a la luz. Apareció por casualidad en el registro de una biblioteca en 1864. Por consiguiente, hemos de descartar influencia alguna. El *Mare Liberum* salió en La Haya el año 1609 en función de los intereses de las Provincias Unidas en sus negociaciones con España. Struzzi se encontraba aún en Bruselas. Aunque en la primera edición no aparece Grocio como el autor, sí lo hace en la segunda, de 1618. El *Mare Liberum* inició la llamada ‘gran batalla libresca’ del XVII en torno a la libertad o el dominio marítimo, en la que participaron muchos autores europeos. Creo que esta obra sí pudo influir en Struzzi, al menos en parte de su doctrina. *De Iure Belli Ac Pacis* se hizo pública en 1625, un tanto tardíamente para influenciar al italiano, pero pudo tenerla presente a finales de la década. Lo que pasa es que, por un lado, Struzzi se basa también en la tradición belga, que conoce en profundidad, y llega mucho más allá que Grocio en las ideas aperturistas bajo todos los ángulos que se miren – el holandés tiene una concepción de la libertad más bien tradicional, por cuanto que puede ser objeto de contrato o de pres-

149 Grocio, *De la libertad de los mares*, 58.

cripción -. No obstante, el iusnaturalismo grociano no es una influencia desdeñable; en España se conocía al autor y se hicieron repetidos intentos para ganarle a la propia causa¹⁵⁰, evitando así un divulgador molesto de una teoría profundamente antiespañola (por cuanto contraviene los intereses de la clase política y un sector influyente de la sociedad). Si Hugo Grocio trata de defender a sus compatriotas, Struzzi es abanderado de los belgas; pero al mismo tiempo lo es de los miembros de la monarquía hispánica y aún de todo el género humano, puesto que más allá de casos concretos, pretendió una doctrina de carácter iusnatural, o sea, ecuménico.

Escritores holandeses como Graswinckel (1600-1668), defensor del libre comercio del trigo, o Pieter de la Court (1618-1685), contrario al corporativismo, no pudieron influir en él por causa del mero distanciamiento cronológico.

¿Qué busca Struzzi con sus escritos? A primera vista, defender intereses concretos. Todo el mundo coincide en que tras sus amables y bucólicas palabras de paz, concordia y libertad se esconden las miras egoístas del núcleo industrial belga, que ansía entrar a saco en el indefenso mercado hispano e iberoamericano. Autores como Larraz¹⁵¹, como Jean Vilar, para quien Struzzi carece de fundamento doctrinal o profético alguno, limitado como estaba a los bajos intereses materiales¹⁵², o como en la misma Bélgica Louis Baeck¹⁵³, abonan dicha impresión. Pero en primer lugar, Struzzi no mira solo a Castilla o a América, meta de unos pocos mercaderes con posibles, sino al entorno económico de los Países Bajos Meridionales, separados de España por un mar de agua pero también de problemas, intereses y tradiciones distintos. El porvenir de lo que quedaba de industria o de comercio flamencos había de pasar por la ductilidad en las relaciones con sus vecinos, no por el encadenamiento forzoso a un centro político progresivamente incapaz de defenderse de las acometidas de emporios mucho más dinámicos. El pequeño y mediano mercader, mayoritarios en virtud de la coyuntura, se encontraban más a gusto en su corto radio de acción comercial que en los grandes viajes

150 Echevarría Bacigalupe, *La diplomacia secreta*, 254-255.

151 Larraz, *La época del mercantilismo en Castilla*, 143.

152 Introducción de Jean Vilar a la obra de Moncada, *Restauración política de España*, 43.

153 "De Castiliaanse auteurs waren niet blind voor het feit dat achter het vrijhandelsideaal van Struzzi de belangen schuil gingen van de Vlaamse industrie". Baeck, *Het economisch denken in het Spanje van de 16e en 17e eeuw*, 30.

CAPÍTULO 4

oceánicos; ganan en competitividad con sus bajos costos de mano y obra y de transporte lo que pierden en mercados lejanos que solo puede abastecer convenientemente el hermano holandés. Dejémonos de echar siempre en cara a Struzzi una supuesta malevolencia anti-castellana: lo justo es que defienda en Madrid a los belgas, porque ésa es su misión. Repetir machaconamente que sueña con una clientela hispánica de baja densidad rentística y con unos compradores americanos distantes, es caer en una burda simplicidad. Si no son desdeñables las ventajas que ofrece el mercado imperial, había otras más a mano, más factibles, que sería un suicidio económico relegar. En eso y en el complemento de la especialización como garante de prosperidad es en lo que piensa Struzzi. Los extranjeros nos son necesarios, eso es algo inevitable, pero nosotros podemos venderles productos que ellos no poseen en nuestras condiciones, de modo que el ajuste internacional de las necesidades va a ir poniendo automáticamente en juego las ventajas comparadas de la monarquía en una ganancia mutua sin centros ni periferias. Tal es el meollo del pensamiento struzziano, como ha podido comprobarse en el presente capítulo hasta la saciedad.

Lo grande en este caso es que supo elevar a leyes generales lo que solo eran normas emanadas de prácticas cotidianas. Contra el común sentir, argumentar que unos intereses cualesquiera, máxime si son sórdidos, impiden la elaboración de una doctrina, constituye una falsedad. Aunque podamos estar de acuerdo con el pesimista Francesco Guicciardini en que es mayor el número de hombres malvados que el de buenos “sobre todo allí donde están en juego intereses económicos o políticos”¹⁵⁴, quiero traer a colación una frase de Schumpeter con la que me siento plenamente identificado¹⁵⁵: “Los motivos del analista son irrelevantes para la cuestión de si sus datos y sus argumentos son o no verdaderos y valiosos, y [...] la presencia de un ‘motivo interesado’, por eficaz que su revelación pueda ser [...] no invalida el razonamiento que procede de él”.

La calidad de una doctrina será mejor o peor con independencia de su trasfondo intencional. Además, disentir no es albergar siempre ambiciones deshonestas e inconfesables. En la tarea del análisis no hemos de caer en la ingenuidad, pero tampoco en la malicia. Otra cosa sería ver si las ideas de Struzzi podían y debían ser aplicadas en

154 Guicciardini, *De la vida política y civil*.

155 Schumpeter, *Historia del análisis económico*, 195.

función de su idoneidad conceptual y de la coyuntura en aquellos años. Soy enemigo de citas extensas, coma bien podrá comprobarse, pero no me resisto a terminar este asunto con otro parecer, el del conspicuo fisiócrata Dupont de Nemours¹⁵⁶: “Constituye un lamentable hábito en el que con excesiva frecuencia incurrimos en el ardor del combate el de presumir que quienes opinan de forma contraria a la nuestra se hallan motivados por alguna dolosa intención. Es preciso ser tolerantes en materia de intenciones”.

Como son las ideas las que benefician o perjudican a la larga, y no los intereses concretos, para bien o para mal, el legado de Struzzi se perdió en la marea de escritores del XVII que no fueron atendidos ni seguidos por el entorno. Sin duda esto ocurrió porque su ideología solo era comprensible en un ambiente de competitividad, de dinamismo capitalista, en la que cada cual ha de buscarse la vida (como él escribe), pero siguiendo pautas naturales, no forzadas desde arriba. Larraz simpatizaba con la doctrina de Struzzi, pero la juzgaba poco viable, al ser un canto de desesperanza para los castellanos¹⁵⁷. Pero es que Larraz, hombre típico de la España de los años cuarenta, identifica librecombismo con indefensión. Cree que el de Parma consiente en que Castilla quede inerte; no ha entendido que el aperturismo es todo lo contrario a quedarse cruzado de brazos esperando que los extranjeros nos invadan con sus productos, sino antes bien, procurar mediante la laboriosidad, la creatividad y la inteligencia, sobreponerse a los rivales en un ámbito competitivo teóricamente perfecto. Librecombismo, en Struzzi como en los economistas del XIX y XX, no es inacción, al revés. Si Larraz hubiera vivido en la España de hoy, que trata de acercarse a los países avanzados del Mercado Común, lo hubiera entendido perfectamente. ¿Que esto es injusto en el fondo? ¿Que es una colección de utopías? ¿Que beneficia a los fuertes y aniquila a los peor dotados de la fortuna o la naturaleza? Eso habría que discutirlo en otra parte. Una cosa es segura: Struzzi no lo creyó así; de otra forma, jamás hubiera osado sugerir la autoinmolación a una de las clases políticas y naciones más rabiosamente proteccionistas de Europa.

Nuestro memorialista, vocero de la oposición periférica y pieza capital del partido flamenco en Madrid (ése de quien tanto se habla pero que espera un estudio en profundidad), no podía estar solo

156 Reproducido por Argemi, *Las raíces de la ciencia económica*, 15.

157 Larraz, *La época del mercantilismo en Castilla*, 148.

CAPÍTULO 4

tampoco en las esferas de poder. Los ministros castellanos y Olivares le miran mal, pero no el rey y parte significativa del Parlamento, que obtiene para él la publicación de su *Diálogo*, mientras que denegó pocos años antes la impresión de su tratado a Sancho de Moncada. No creo que Felipe IV fuese antimercantilista o antiolivarista, ni mucho menos, pero trató de contrastar pareceres y de contrapesar una influencia política del conde-duque a veces demasiado asfixiante, a la vez que deseaba dar contento al partido belga madrileño. Sin olvidar que llegado 1627, las necesidades de paz se hacen más y más acuciantes. El monarca trata pues de azuzar a varios tratadistas opuestos entre sí para que compitan y den lo mejor de sí mismos. Al mismo tiempo, se les permite presentar sus peticiones y propuestas a juntas y consejos. Si Olivares se siente repelido por la doctrina de Struzzi, pesa el que sea delegado de una zona extremadamente sensible para los intereses españoles. Y a fin de cuentas, como se dice en un memorial dirigido a don Baltasar de Zúñiga en 1621, habiendo sido ascendido a poderoso ministro de Su Majestad, “es peligroso desengañar a los que traen pretensiones mal fundadas”¹⁵⁸, porque son fuente de enemistades profundas y a veces perniciosas. En todo este peculiar ‘Episodio de las Cien Flores’ hubo necesariamente vencedores y vencidos en el terreno pragmático, pero ganó lo intelectual, para honra de todos ellos y satisfacción de la posteridad.

Lástima, y termino ya, que nuestro autor no se hubiera inclinado con más afición a lo estadístico. Que recomiende al gobierno que se apoye en datos para la política comercial¹⁵⁹, o el diseño de una política fiscal moderna, no le llevan a usar de números en sus exposiciones con la frecuencia y rigor que convendría al caso. Convengo en que como ciencia, acababa de dar sus primeros pasos, y que hay que esperar a fines del XVII para que los ingleses la impulsen decisivamente. Pero su contemporáneo Moncada utiliza las cifras con brillantez y profusión, y los italianos muestran desde el XVI progresivos deseos de atender a lo numérico y de contrastar opiniones con ayuda de la aritmética. Por ejemplo, Andrea Navagero, embajador veneciano en Madrid, interesado en precios y rentas de Toledo, o Lucio Marineo Sículo, o el mismo Gerolamo Ghilini (1589–1669), que utiliza concretamente la palabra ‘estadística’, que se irá popularizando du-

158 RAH, ms. 9/1835, f. 138.

159 BNM, ms. 10.441, f. 8.

COMERCIO EXTERIOR

rante el Seiscientos¹⁶⁰. Lo peor no es que Struzzi emplee poco las cifras, sino que a menudo las tergiversa para llevar agua a su molino. Pero la estadística, como comprobamos hoy con dolida resignación, sigue vinculada en múltiples circunstancias a fines poco ortodoxos.

160 Barbieri, "Statistica e 'scienza economica'", 450 y 455.

Industria, población y agricultura

Industria

Struzzi ha sido capaz de mantener una impresionante afinidad entre lo que predica en sus escritos y la plasmación concreta en recetas de política económica. Era más bien de temer que no lo hubiera hecho así; la historia de las ideas y de los hechos económicos abunda en tantos casos de incoherencia y contradicción entre lo predicado y lo actuado, que ya ni se tienen en cuenta. Celosos defensores sobre el papel de la libertad y la igualdad universales, toman buen cuidado en restringirlas o delimitarlas cuando no conviene a su grupo, clase o nación. Por contra, el italiano tiene las cosas muy claras, porque aplica la doctrina del comercio al pie de la letra. En efecto, y por eso mismo, el tema de la industria no sería comprensible sin haber explicado su postura en el ámbito de los intercambios exteriores, a la vez que prolonga aquélla. Struzzi es coherente, hasta demasiado coherente para el gusto de la corte, cuyo ministro principal, más que empeñado en poner el hombro en reducir a los españoles a mercaderes, está empeñado en ponerles el dogal, quejándose luego de que son malos comerciantes porque no obedecen a sus consignas.

Las mejores páginas sobre la industria las encontramos en el *Diálogo* de 1624 y en varios manuscritos presentados como siempre a las juntas olivaristas acerca de la industria pañera castellana y la siderurgia peninsular por los años 1622-1625. Sobre todo ello hemos elaborado este capítulo. Después de esas fechas, en especial llegado 1627,

CAPÍTULO 5

conforme las manufacturas castellanas van desapareciendo arrastradas por la crisis, Struzzi se muestra escéptico y desengañado; deja de promover remedios y elabora lo que hoy llamamos un simple programa de mínimos. Pero el furor reformista se esfumó, al igual que en tantos otros escritores; como ha escrito Elliott, los planes de reformatión de los arbitristas se cambiarán por otros estrictamente fiscales¹. En su momento, dio una extraordinaria importancia a la reforma del sector de transformación, porque no cabe duda de que su plan era revolucionario, pero nunca creyó que tuviese primacía sobre las transacciones comerciales. El orden de preferencia general que concibe es éste: comercio-industria-agricultura (en el epílogo trazamos un esquema explicativo de la relación intersectorial y de factores en Struzzi). Giovanni Botero se le adelanta en esta apreciación, afirmando rotundamente que la industria es la solución más interesante para engrandecer y repoblar un lugar dado², pero en contraste con nuestro arbitrista, siempre y cuando se prohíba la salida de 'materia bruta' fuera del estado³. Antonio Serra es de un parecer análogo: prefiere la industria a las labores del sector primario, pues las manufacturas son más solicitadas, y por ella, la expectativa de beneficio es mayor; además, el producto agrícola es difícil de conservar, al contrario de las manufacturas, que se exportan mejor sin considerar las caducidades⁴. Varios mercantilistas castellanos también se inclinaron por la promoción de telares y ferrerías. De una u otra forma, estos argumentos pesan en el ánimo de Struzzi a la hora de elaborar sus tesis. Que todo lo subordine al comercio, es consecuencia de las condiciones de coyuntura y estructura vigentes en la época más que de cualquier influencia mercantilista, tan remota por lo general en este pensador, como estamos viendo.

El programa reformista

Contemplábamos en el capítulo antecedente la división internacional de las funciones como pilar de la concepción struzziana de los intercambios exteriores. Lo mismo puede decirse para la industria. Cada

1 Elliott, "El programa de Olivares", 413.

2 Botero, *La razón de estado*, 164.

3 *Ibidem*, 166.

4 Estas opiniones, en el texto de Serra reproducido por Silva Herzog, *Tres siglos de pensamiento económico*, 90.

nación es apta para determinadas producciones, e inhábil para otras; hay que saber cuáles son las buenas y practicarlas, desechando las malas en función de la teoría de las ventajas comparadas. Ni los ingleses podrán hacer paños de tipo segoviano, ni Segovia imitar las telas de Inglaterra⁵. Castilla puede competir en la lana, pero ha de desechar sectores como por ejemplo el lino. Si bien encuentra ciertas aptitudes para la seda y el hierro, las experiencias negativas hacen que abandone la recomendación de perseverar en ambos, por lo menos para el sector exportador: ni la tierra ni los hombres son adecuados, y hay muchos que los producen bastante más baratos, abundantes y de calidad⁶. Nacionalizar la industria castellana, convertir al reino en una entidad autosuficiente (o incluso a todo el imperio), sería por un lado dar alas al nacionalismo castellano en perjuicio de los otros componentes en un momento de prosecución de la unidad, y por otro, arruinaría las posibilidades industriales del conjunto, haciendo de él una potencia pseudoautárquica. Desecha pues los planes aislacionistas del conde-duque y los del *brain trust* que le aconseja. Para Anthony Sherley, los reinos poseen todos los materiales precisos “sin tener necesidad de cosa adquirida”⁷; a condición de superar debilidades como la falta de atención a las tareas industriales y la abundancia de vagos y pedigüños improductivos, España y sus posesiones volverán a ser la gran potencia económica de antaño⁸. Por supuesto, para Sancho de Moncada solo hay un único daño, las manufacturas extranjeras, y un único remedio, el prohibirlas⁹. El padre Mariana, tan liberal en sus ideas, propone con todo imponer “grandísimos tributos” a los artículos extranjeros¹⁰. El tono es parecido en los demás. Si decíamos que tocante al comercio no podía el italiano hallar comprensión alguna en el medio que le rodea, tampoco podían ir mejor las cosas en el transformado de materias primas. Pero nuestro autor no se amilana: es lúcidamente consciente de la rectitud intelectual de sus ideas.

Podría argumentarse que la división internacional del trabajo es un postulado que aceptan los mercantilistas sin salirse de la ortodoxia. Moncada integra en su ‘sistema’ a Italia y las Indias. En Francia,

5 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 77.

6 *Ibidem*, f. 81.

7 Sherley, *Peso político de todo el mundo*, 4.

8 *Ibidem*.

9 Moncada, *Restauración política de España*, 10-11.

10 Mariana, *Juan de Mariana*, 135.

CAPÍTULO 5

Antoine Montchrétien proclama en el *Tratado de economía política* la necesidad de dividir las tareas, imitando a flamencos y alemanes¹¹. Aunque a mi entender Montchrétien habla de separar en fases el proceso de transformación y no el tipo de bien a obtener, es aceptable la suposición de que este autor y los de su escuela no pensaron necesariamente en economías nacionales cerradas, pero sí las concibieron predominantes sobre dominios y colonias, y vencedoras en un juego de suma cero.

Struzzi deduce unas consecuencias totalmente distintas. Defensor del equilibrio económico (lo que en el tema del comercio denominábamos armonía) frente al *bellum omnium contra omnes* contemporáneo sobre la base de la necesidad universal mutua, solo la libertad asegura el bienestar de las naciones. “Que cada uno tenga su libertad de trabajar, comprar y vender lo que le diere gusto”¹²: ésa es su divisa, y por cierto que la iba a aplicar a toda su concepción. Ello redundará en especialización competitiva, producción abundante, precios más asequibles y satisfacción de necesidades antes imposibles o muy difícilmente alcanzables: puede atenderse de esta manera el egoísmo de cada persona y cada comunidad, pero no un egoísmo insolidario como el mercantilista, sino ordenado, racional, civilizado. Esa ‘mano invisible’ que debe funcionar se ve truncada por la guerra militar y económica, de modo que la paz es inexcusable.

Si necesitamos de los demás y los demás nos necesitan en cuanto a intercambiar productos acabados, lo mismo puede ocurrir para cualquier tipo de bienes. Con libertad, paz y colaboración entre los pueblos, nada hay que se oponga a las inversiones de capital sin discriminación alguna; pongamos por caso para montar industrias en el exterior, o para financiar sectores en marcha, como hacen los genoveses en Milán¹³, cumpliendo con la máxima de la posibilidad de exportación de oro y plata para cualquier fin, que puede abarcar desde los ya señalados hasta adquirir mercancías, invertir en deuda de otros estados, o saldar balanzas deficitarias. El dinero no tiene por qué circular perennemente en el mismo país, máxime dada la interrelación de las economías y la situación de equilibrio que las caracteriza (aunque tantos gobiernos se hayan impuesto la tarea de romperlo por

11 El texto de Montchrétien puede consultarse en Silva Herzog, *Tres siglos de pensamiento económico*, 74.

12 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 78.

13 *Ibidem*, f. 83.

cualquier medio en una ciega aspiración a la preponderancia nacionalista). Otra de sus sorprendentes propuestas que a buen seguro volvería a causar escándalo.

Impensable contender en paz y libertad sin preparar a los agentes económicos internos, porque los preceptos naturales han sido relegados y hay que restablecerlos en todo su esplendor. Cada uno de los estados tiene una misión ineludible para consigo mismo, la de allanar el camino a la armonía general. Castilla, en concreto, ha de deshacerse de varios lastres que retrasan su competitividad. Primeramente, la total preponderancia de los gremios con sus restricciones asfixiantes. Parece increíble que un reino como el castellano, que en la Edad Media y al contrario de otras naciones europeas, afirmó rotundamente la libertad de trabajo e industria, haya caído en los tiempos modernos en la mayor de las jerarquías laborales y de forma inevitable, en la más estéril de las rutinas. Struzzi quiere ser el ‘despertador’ (palabra usual en un siglo XVII aparentemente dormido por la inacción) de esa potencialidad castellana. A falta de otros factores sobre los que operar, habrá que competir reduciendo el precio de la mano de obra (maquinaria apenas hay), y en el único transporte viable pero de costos relativamente flexibles vía tecnológica, el marítimo. De ahí su insistencia en la construcción naval, y especialmente en la adopción de una política de abaratamiento del componente trabajo: campesinos, mendigos, vagabundos, extranjeros, mujeres y niños acogidos todos en el sistema doméstico y de asilos, donde los comerciantes lleven pues el papel protagonista por disponer de los medios de captar materias primas y de comercialización de las manufacturas; para Struzzi, son los únicos que pueden sacar de su postración a la industria.

El privilegio es un arma poderosa que debe usar el político prudente. Pero ayudar a los de casa no es impedir la entrada de mercancías y personas ajenas: “El verdadero prohibir de las mercancías consiste en que el príncipe ampare y favorezca a las artes”¹⁴, dejando a la vez total desenvolvimiento a los forasteros, porque como tantas veces ha explicado, nadie es autosuficiente. Tampoco se cansa de decir en sus memoriales que el principal amparo ha de consistir en los rebajes impositivos progresivos. Los derechos de aduana y los impuestos a la circulación y consumo son enemigos del tráfico y de la producción, porque encarecen grande e innecesariamente los costos¹⁵.

14 *Ibidem*, f. 8v y 78v.

15 *Ibidem*, f. 3v, 79v y 85v.

CAPÍTULO 5

Struzzi percibe un hecho con nitidez: que no son los aranceles en sí mismos los causantes del incremento, sino los impuestos indirectos (alcabalas, millones y demás). Los derechos aduaneros son módicos, y no le preocupan inicialmente, aunque defiende su desaparición progresiva¹⁶. Tampoco es amigo, antes al contrario, de la legislación represiva: expresamente afirma que no hay pragmática más disuasora que el precio bajo¹⁷. Se preguntarán muchos de qué va a vivir el estado si no percibe derechos a la importación y exportación. Struzzi replica que las mismas cargas al consumo bastarán, pues aunque desciendan unitariamente, será tal la cantidad de mercancías que se produzcan, entren y salgan del país, y tal su venta, que el monto global supondrá muchos más ducados de beneficio a la real hacienda que unas aduanas, millones y alcabalas cada vez más prohibitivas por el mecanismo autodestructor de gravar cada vez más a los cada vez menos traficantes¹⁸. Proposición que podemos calificar de poco grata a los muchos rentistas pendientes de los juros sobre rentas aduaneras y millones.

Aunque, y a fin de cuentas, nada será posible si no se sana el vellón. Dependiendo el comercio del dinero, nadie querrá traficar con una Castilla enferma de cobre: “Es menester desengañarse que si no se reduce a su justo valor, no puede haber comercio”¹⁹, y sin comercio, no son posibles ni la industria ni la agricultura; las mercancías de los otros países invadirán el reino a pesar de las prohibiciones y arruinarán su economía. Todo por no haber sabido llevar a cabo un plan de mejora.

Capítulo especial dedica en sus memoriales a las industrias de lujo. Se manifiesta claramente enemigo de su restricción, desaconsejando la normativa emanada de las juntas patrocinadas por el valido real, aunque es de equidad resaltar que todo lo suntuario era reprobado universalmente por sus consecuencias morales. El padre Mariana se opone tanto a las importaciones de bienes de lujo como a su producción en el interior, pidiendo se castigue a los fabricantes y negociantes de brocados, sedas, especias, azúcares “y lo demás”²⁰. Los reformistas de los años veinte son todos sin excepción enemigos del boato; de reseñar son las diatribas de Lope de Deza contra el particular²¹,

16 *Ibidem*, f. 8v.

17 *Ibidem*, f. 3v.

18 *Ibidem*, f. 4v.

19 *Ibidem*, f. 9.

20 Mariana, *Juan de Mariana*, 135.

21 Carrera Pujal, *Historia de la economía española*, I, 448.

extensibles a la nueva clase política que sucede a los corruptos Lerma y Uceda, preocupada por mantener la moralidad pública en sus actos de gobierno. Pero el lujo es fuente de riqueza por su valor añadido y por la inelasticidad de su demanda entre los sectores sociales altos (que tienen el dinero), y como tal, merece la aprobación del de Parma, que lo defiende aun a sabiendas de hacerse impopular – serlo un poco más, parece tenerle sin cuidado –. Flandes, cuyas ciudades se están especializando en este tipo de producción, saldría perjudicada, pero tampoco sale mejor la Península. El prohibir los trabajos de pasamanería de oro y plata y de seda e impedir su traída a Castilla, ha causado gran aumento del paro y un descenso preocupante de las exportaciones a Indias, efectos no se puede más deplorables²². Si sobran el oro y la plata en España, que se trabajen. Hay tierras más que suficientes para cultivar la morera: que se planten estos árboles y se produzca seda.

Sin llegar a su cinismo, la doctrina suntuaria de Struzzi recuerda a la de Bernard Mandeville, quien en su *Fábula de las abejas* (1714) tuvo la osadía de decir que la sociedad ‘viciosa’ prospera porque los vicios privados se hacen virtudes públicas: los delitos crean y mantienen al cuerpo judicial; el lujo de los grandes, la industria que los provee, y así lo demás. Por eso, la sociedad ‘virtuosa’ se apaga y empobrece, y su adversaria medra y enriquece. Jean-François Melon consideraba por la misma época que el lujo era una pasión positiva en los hombres por favorecer las actividades industriales. Como se ve, nuestro memorialista es un ilustre antecesor de ambos. Lo malo era convencer de estos argumentos a los santos varones que repudiaban la seda de unos cuantos y no tenían empacho en devaluar el vellón, arruinando con ello a todo un país.

Otro efecto de las facilidades a la expansión será la favorable actitud inversora de los particulares. Animados por la liberalidad del gobierno, muchos abandonarán las estériles compras de rentas como los juros, y dejarán de transformar sus haberes en casas²³, aplicando los capitales a la industria y el comercio. Struzzi, basado en un informe de su buen amigo y mejor acreedor el licenciado García de Yllán, pone el dedo en la llaga: muchas construcciones no son fruto de la prosperidad, sino precisamente de lo contrario. Lección que debería

22 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 83v.

23 BNM, ms. 10.441, f.5.

CAPÍTULO 5

aprender tanto historiador encandilado con el fastuoso barroco seiscentista.

Resumiendo, el saneamiento de la moneda de vellón (la más utilizada) junto con materia prima fácilmente asequible, unos aranceles e imposiciones moderadas y unos salarios reducidos, darán inexorablemente por resultado la caída de los costos – porque según la notación usual en economía, $P = f(Q)$ –, el aumento de las inversiones productivas, un consumo interior acrecentado, fácil exportación a cambio de productos que se necesitan en el país, bienestar social (en particular, para los empresarios y los comerciantes), más un incremento continuo del total de los ingresos fiscales.

Struzzi puede ser un idealista y un soñador, pero no se le pasa por alto que sin la paz, ni éste ni otro plan por el estilo serán factibles. El drenaje de dinero hacia los asientos tiene su origen en los conflictos exteriores, y los juros podríamos decir que hincan muchas de sus raíces en la guerra contra el hereje. Ambos están generando la trágica descapitalización que sufre Castilla, y hay que poner un remedio. El papel de la paz es esencial en el proceso regenerador, tanto si se usa como un medio (firmar la suspensión de hostilidades para instaurar la libre correspondencia económica) o como una finalidad en sí misma (la paz comercial, es decir, el comercio franco, ha de convertirse en el preludio a la extinción del conflicto en Europa), lo que suele ser su parecer más frecuente.

La desesperanza de 1629

Desde 1627 Struzzi se desentiende cada vez más de sus componendas diplomáticas y su pacifismo delimitado, radicalizando su postura. Concordando con esta actitud, el memorial del año 29 liquida cualquier esperanza de medro industrial que no pase por la inteligencia con el enemigo. Los precios se han disparado tanto, que se hace casi imposible competir en ningún campo; lo peor es que el escritor parmesano ha renunciado a sugerir cualquier método para frenar el proceso inflacionista, pues no se trata para él de uno o dos factores causantes, sino de un proceso enmarañado que converge hacia ese defecto indeseable, y cuya resolución únicamente podrá hallarse con tiempo²⁴. El desequilibrio de la balanza comercial y de pagos se ha

24 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 70v.

extremado en poco tiempo, como no podía por ser menos. Ante un panorama tan pesimista, únicamente la laboriosidad, el espíritu de concordia y la paciencia pueden salvar a la monarquía. El documento que ofrece al rey tenía que ser poco explícito en cuanto a las manufacturas, considerando las dificultades de recuperación del sector. Conforme a su pensamiento de libre comercio y ventajas comparadas, insiste en el incremento de la construcción naval, recordando la doctrina de que quien domine el mar, dominará la tierra, y del papel central del comercio exterior en la reactivación económica, sin relegar por supuesto el problema de la falta de efectivos navales que se padece. Entendiendo siempre que para realzar el sector marítimo, hace falta el concurso holandés para la provisión de los bastimentos necesarios²⁵. Sobre esta base, apoya el plan de un memorialista sevillano, Sebastián Martínez, quien proponía construir cincuenta galeones entre las ciudades del reino de Castilla, incluidas las provincias vascas y el reino de Navarra, extensible posteriormente a la corona catalanoaragonesa; simultáneamente, se constituirían asociaciones comerciales libres²⁶.

Paz sin condiciones y especialización en lo que pueda salvarse, para recomenzar el camino: así se resume su pensamiento de finales de los veinte. No es gran cosa, pero es que, por retomar la frase del político decimonónico, España se encontraba sin pulso.

El mercado industrial

El concepto de mercado libre en donde oferentes y demandantes adquieren materias brutas y venden productos acabados, está muy presente en nuestro escritor. Residiendo el problema en activar el bajo nivel de consumo y producción, la diversidad de la monarquía va a ser justamente una ventaja y no un inconveniente, como lo veían los mercantilistas. En efecto, si nadie puede ser autosuficiente, lo mejor será la utilización de dominios cuyas producciones especializadas se complementen y refuercen la oferta industrial para sí y para el exterior. Una Castilla fuerte en el sector lanero, casa bien con un Flandes poderoso en lino y con un Milanesado productor de seda; la siderurgia vascocántabra no estorba al trabajo del metal en la Italia española, etc. Está claro que no se puede conseguir la autarquía en

25 *Ibidem*, f. 72.

26 *Ibidem*, f. 71v.

CAPÍTULO 5

manufacturas, pero evidentemente, la fuerza competitiva de los hispanos se potenciará mucho más. No se trata, como para los Moncada y compañía, de saber qué hacer con la periferia imperial, o de subordinarla al castellanocentrismo, sino de armonizar unas pluralidades cuyo efecto solo puede ser enriquecedor.

La libertad ha de aplicarse no solo a los productos terminados, sino a las materias primas, ya que normalmente se exporta lo que abunda. Es decir, que si Castilla vende su lana a los holandeses, no por ello estará arruinando a la industria nacional; es que esta última se ha mostrado incapaz de absorber la oferta de materia prima que se le ofrece. Por eso, retenerla sin más tendrá repercusiones negativas: ni los industriales serán capaces de fabricar más paños, ni los ganaderos podrán aumentar sus beneficios, antes al contrario, unos y otros nunca saldrán del marasmo.

Si dijésemos que otra vez está hablando aquí el representante de Bruselas, no erraríamos, pero a costa de simplificar un problema mucho más profundo. Porque no basta con dar puestos de responsabilidad en Castilla a nativos de los otros dominios de la monarquía; es que hay una industria, un comercio, una tradición económica en suma, que no pueden soslayarse salvo desprendiéndose de las posesiones europeas, quienes, debemos recordarlo, están muy lejos de consentir el papel de indios de España en el Viejo Continente.

Se trata de un problema muy serio que ha dividido no solo a los contemporáneos, sino a la posteridad. Sin conocer el plan de Struzzi en detalle, puesto que solo consultó el *Diálogo* de 1624, Manuel Colmeiro lo aprueba, y por muchos conceptos casi considera su igual al autor. Para el economista del XIX, se perdió una ocasión propicia al desdeñar los Países Bajos y someterlos a una política de dureza; con tolerancia, la amistad de ambos pueblos hubiera trabado una fecunda correspondencia material en beneficio de la industria peninsular²⁷. Pero a un proteccionista de nuestro siglo, Carmelo Viñas Mey, no le cabe la menor duda de que sin haber poseído tanta facilidad de mercados de aprovisionamiento, el esfuerzo de los españoles hubiera derivado hacia la industria²⁸. Flandes, Italia y el dominio del mar fueron la causa de nuestra decadencia al abrirnos mercados de abastecimiento a un costo inferior. Teóricamente considerada, parece más inteligente y de mayor acierto la solución liberista, aunque como

27 Colmeiro, *Historia de la economía política española*, II, 151–152.

28 Viñas Mey, *Los Países Bajos en la política y en la economía mundiales*, 92.

hubiera dicho el mismo Struzzi, es materia dificultosa de tratar. Nadie ignora, con todo, que Felipe IV y su primer ministro tenían entre sus obligaciones la defensa de los súbditos de Nápoles, Milán y Flandes; ocurrió que, prisioneros de la importancia de una Castilla proveedora resignada de dinero y hombres, no se atrevieron a contrariar lo que se consideraba, en la ideología al uso, intereses del reino principal. De ahí tantas vacilaciones y fracasos en su política.

La teoría struzziana del equilibrio

Los esfuerzos del escritor italiano van dirigidos a establecer un equilibrio natural que los hombres, por su ambición particular, han roto. De hecho, bastan unas pocas y sencillas medidas para que las cosas vuelvan a su cauce; el estado ha de vigilar para que todo el mecanismo funcione normalmente, corrigiendo las perturbaciones que se presentan en un momento dado, que las más de las veces corresponden a la oferta y/o la demanda (todo esto lo vimos en el asunto del papel del estado en el orden económico, y no insistiré sobre ello). Siendo así que Struzzi concibe un orden natural, ¿cuáles son los términos en que concibe ese orden? O sea, y en términos actuales, ¿cuál es su idea del equilibrio general? Operando en el contexto de los intercambios exteriores, piensa que ese equilibrio se desdobra en el de los mercados y consecuentemente, en el de las balanzas²⁹.

En una economía de escala como la que él presupone, la demanda de un determinado producto en un país se complementa con la de otro determinado producto en otro país ($D_1 = D_2$), en función de un precio de equilibrio que permite el intercambio, basado en la oferta y la demanda. Esto es el resultado de un ajuste de los precios y las cantidades entre las partes por medio de tanteos que garanticen similitud en los costos finales, de ahí que promueva como paso previo los estudios de mercado y el abaratamiento de factores hasta el punto de equilibrio. Puesto que cada país se especializa en mercancías cuya demanda está asegurada en el exterior por ser indispensables o bien recibidas (es pues una cuestión de elasticidad en la demanda), no tiene por qué haber stocks invendidos o de difícil colocación comercial. Anticipándose a Jean-Baptiste Say, cree que a fin de cuentas unos productos se intercambian contra otros. Así, el desequilibrio de

29 Para la teoría del equilibrio, ver especialmente el documento sobre los paños escrito en 1625.

CAPÍTULO 5

la balanza de comercio es en principio imposible. Resumimos su idea en el esquema 1.

Esquema 1 *La idea de equilibrio en Struzzi*

D = Importaciones del país a.

O = Exportaciones del país b.

d-o = Exceso de oferta que presiona al precio a la baja.

o-d = Exceso de demanda que hace subir los precios.

Pero hay circunstancias que hacen que la proporción entre mercancías se rompa. Pongamos un caso: la preferencia del consumidor no tiene por qué ser siempre igual para un producto que para otro, generando un exceso de demanda por una de las partes, complicándose la cosa ya que el tipo de cambio de las divisas castellanas suele ser desfavorable por el problema de la largueza de contado que sufren las plazas peninsulares. Struzzi es perfectamente consciente de que en algún momento puede aparecer una disimetría. Entonces, se recurre a un sencillo remedio, compensar el déficit que se haya generado más allá de las compensaciones bilaterales, mediante remesas de oro y plata (cuya exportación es por supuesto libre). En este caso, pues, la desproporción tampoco existe: la balanza de pagos, que engloba

partidas visibles e invisibles, se iguala contable y financieramente. ¿Por qué? Pues porque el dinero no deja de ser otra mercancía más para una España propietaria de las abundantes minas americanas. Que la moneda era una mercancía, ya lo averiguaron los escolásticos de Salamanca (no hay que esperar a los clásicos ingleses o continentales del XVIII y XIX), pero este uso peculiar de la moneda—mercadería, creo que es propio de Struzzi. Por otro lado, presupone una gran movilidad de los factores de producción en ambas partes, capaz de suprimir el intercambio no armónico.

Como vemos, el punto de equilibrio se alcanza porque el mercado es abierto, y con una dimensión tal, que posibilita el funcionamiento de todo tipo de empresas para formar una situación de competencia perfecta. Si preguntásemos a Struzzi por cuánto va a durar o cómo puede prolongarse tal equilibrio, nos respondería que eso es materia ociosa; oferta y demanda son elásticas sin más, a corto, medio y largo plazo, porque el comercio es universal y libre, y por consiguiente, el número de consumidores, ilimitado.

Hipótesis ciertamente difícil de cumplirse ésta que nos propone el de Parma – por no llamarla irresoluble –. La tesis de las ventajas mutuas y del equilibrio subsiguiente, amén de pertenecer a la economía-ficción, padece de los mismos achaques que lo propuesto por Adam Smith siglo y medio después en términos muy parecidos³⁰: es demasiado sencilla y demasiado optimista, porque compara los precios de las mismas mercancías de un país respecto a otro, y porque supone la completa movilidad de hombres y capitales entre los países. Además relaciona de manera automática sectores muy diferenciados, como pueden ser la producción agraria y la industrial, o dentro de ésta, el textil, la siderurgia, la minería, los bienes de equipo, etc. Asimismo, desdeña el factor nivel salarial y las estructuras peculiares que conforman a cada país. Pero en fin, si nadie hasta David Ricardo y sus sucesores cayó en la cuenta del error, no nos decepcione que un hombre nacido a mediados del XVI lo pasara por alto. A nadie se le puede escapar que el fondo del asunto reside en la determinación del italiano para que el gobierno español adopte una actitud más flexible cara al exterior, incluyendo a los territorios no castellanos.

Este conjunto de ideas quiere plasmarlo en hechos, y por eso, escribe sus memoriales sobre industria textil y siderometalúrgica.

30 Smith, *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, libro I, capítulo I a III.

CAPÍTULO 5

Veremos ahora cada una de ellas por el orden cronológico en que presentó sus proposiciones a Madrid.

La siderometalurgia

Struzzi se sintió atraído por este ramo desde muchos años atrás. Sus contactos en Alemania le han familiarizado con los métodos para producir hierro y acero. Luego, las fundiciones de los Países Bajos Españoles y de Lieja le son conocidas, a juzgar por sus escritos; no sería raro que hubiese invertido en alguna fábrica o taller local. Llegado a España, apoya a Juan Curcio con firmeza y decisión; mas tarde, promueve la creación de una siderurgia moderna en el País Vasco y en Portugal, sin resultados positivos. A partir de 1624, cesa de hablar en los memoriales y diálogos sobre el particular.

La historia del complejo siderúrgico montado por Curcio nos es bien conocida gracias a Alcalá Zamora. Quizá en función de una crisis en las fundiciones de Lieja³¹, el empresario se asocia a algunos funcionarios españoles y junto con varias familias de especialistas, llega a España en 1616. Intentó sin éxito establecerse en Vizcaya, que no admitió altos hornos por temor a la competencia y a la deforestación, de modo que hubo de establecerse, a pesar de que el hierro era de peor calidad³², en Santander, concretamente en Liérganes³³. Una real cédula de 1622 legalizaba el inicio de los trabajos. La empresa no se caracterizó precisamente por su viabilidad cuando muere Curcio (alrededor de 1629), las posibilidades económicas de la instalación son remotas³⁴. Un segundo ensayo correrá a cargo de Jorge de Bande, pero se realizó en los años treinta y sin participación alguna de Struzzi. Nuestro arbitrista no solo ha conocido a Curcio, sino que ha intercedido por él en múltiples ocasiones, ayudándole en la temporada que al parecer estuvo en prisión y haciendo instancias hasta sacarle de ella³⁵, imagino que a la vez por interés propio y por indicaciones

31 Alcalá Zamora, *Historia de una empresa siderúrgica*, 82. A pesar de que no posee datos cuantitativos, Jean Yernaux difiere del anterior y nos presenta el panorama de una siderurgia liejesa en plena expansión, cuyo resultado sería el establecimiento de centros por toda Europa. Yernaux, *La métallurgie liégeoise*.

32 BNM, ms. 10.441, f. 184.

33 Alcalá Zamora, *Historia de una empresa siderúrgica*, 84.

34 *Ibidem*, 85.

35 AGRB, PLM, leg. 12, s.f. "Asistiéndole hasta sacarle de la cárcel, y en otras ocasiones".

superiores. No solo se conforma con proteger la experiencia santanderina, sino que el mismo año en que a Curcio se le concede la facultad de montar los altos hornos, Struzzi, en colaboración con el grupo portugués de la corte madrileña y deseoso de potenciar una industria que en los Países Bajos obedientes anda muy decaída³⁶, pretende que las Juntas Generales de Vizcaya adopten un nuevo procedimiento, una fundería no vinculada con el alto horno, y patrocina la búsqueda en territorio portugués de yacimientos de hierro, para montar un complejo con ayuda de la tecnología alemana. Veámoslo por partes.

Este tipo de intentos se remontan al XVI. En 1589, Jean von Trier recibió del gobierno español el encargo de organizar y dirigir una fundición de cañones en Lisboa³⁷, pero sin éxito, por lo que después pasó a España. En cuanto al País Vasco, por su tradición y características, fue el blanco de apetencia de los empresarios y técnicos siderometalúrgicos. En 1590, un ingeniero alemán llegó a Vizcaya pretendiendo introducir un artefacto que por sus características parece asimilarse a una fundería³⁸ y que no se acepta porque perjudicaba a los que vivían del estirado y corte de barras de hierro; además, sin duda se temía al alto horno. La prohibición se repite durante las primeras décadas del XVII, respecto a introducir maquinaria o hierro trabajado, como asimismo a la apertura de minas de carbón de piedra³⁹, siempre, por supuesto, con idénticas miras proteccionistas. Queda dicho que Juan Curcio y las familias que le acompañaban hubieron de desistir en Vizcaya y trasladarse a la montaña. ¿Cómo entonces en 1622 Struzzi y el grupo de portugueses aliados al Consejo de Hacienda, con la protección de Olivares, iban a conseguir ante las Juntas de Guernica un éxito que a otros muchos se les había negado? Ideando un nuevo procedimiento para crear moneda de hierro.

La mente arbitrista de Olivares le llevó no solo a idear planes dificultosos o quiméricos, sino a admitir los de charlatanes más afortunados que lograron introducirse en los despachos del ministro⁴⁰. Alguien, muy posiblemente de Flandes y con apoyaturas en la corte,

36 Sobre la crisis de la siderurgia en Flandes (excepto Lieja y Habay, que la provee), Hansotte, "La métallurgie wallonne", 129.

37 Yernaux, *La métallurgie liégeoise*, 132.

38 Vázquez de Prada, "La industria siderúrgica en España", 70.

39 Sagarminaga, *El gobierno y régimen foral del Señorío de Vizcaya*, I, 346.

40 Sobre el carácter arbitrista del privado, Marañón, *El Conde-Duque de Olivares*, 84.

CAPÍTULO 5

tuvo la feliz idea de sugerir al valido que la solución a sus problemas financieros pasaba por acuñar cantidades adecuadas de moneda de hierro utilizando las ferrerías vizcaínas, hambrientas de trabajo por entonces ante la competencia extranjera, acoplándolas un ingenio producto de la imaginación de un ‘maestre’ liejés, Jean Humar. Este se traslada encargado por el Consejo de Hacienda hasta Vizcaya y perita las minas de hierro con vistas a efectuar el plan. Usando este mineral en sustitución del cobre, cada día más caro y molesto de importar, sería factible introducir en el mercado piezas de a ocho férricas en sustitución de los onerosos vellones, a la vez que se evitaría recargar de nuevo con impuestos a una población que aún cree en las promesas del nuevo gobierno. Para nuestro consuelo, en este absurdo expediente nada tuvo que ver Struzzi, quien lo critica desde el comienzo y se resigna a jugar el papel de intermediario entre Flandes y los de Hacienda, una vez más por mandato superior. Es posible que alguien llamara al orden al valido y a sus patrocinados, o que los vizcaínos ni siquiera considerasen la proposición; lo cierto es que Humar llega a Madrid, discute el plan y no se resuelve nada⁴¹.

Se pone en marcha la segunda parte del viaje del liejés, que sale de la capital española para Lisboa en busca de yacimientos de hierro, esta vez para algo más serio, el montaje de una ferrería para las necesidades militares. El reino portugués precisaba con urgencia de artillería de hierro colado para proveer navíos y presidios con que hacer frente a los ataques holandeses, pero carecía de medios de provisión. Struzzi, conocedor del caso por su cercanía a la corte y su amistad con los lusitanos que en ella habitan, propone a Felipe IV la formación de una infraestructura del metal con tecnología alemana⁴². Serán menester dos hornos (importe: unos 5.000 ducados), dos molinos y otras tantas casas con fragua para refinar el hierro; luego, imprescindible construir una presa de agua, almacenes de carbón y casas donde alojar a los operarios extranjeros; el costo final asciende a 100.000 ducados. Con todo ello, será factible producir desde cañones y medios cañones hasta petardos, balas, granadas, clavijas, clavazones, arcos para toneles, y otros productos del mismo género. Asimismo, el de Parma se compromete a importar de Alemania el método para fabricar alambre, del cual se hace gran cantidad de gasto en la penín-

41 Para los detalles, ver Echevarría Bacigalupe, “Una solución monetarista al problema financiero”, 31–41.

42 El memorial, en BNM, ms. 10.441, f. 187–188.

sula y sus Indias. Igualmente, propone fabricar chapas de hierro para las armas (mosquetes y arcabuces), poniendo en funcionamiento herramientas olvidadas de la anterior experiencia. Introducirá también el arte de hacer hojas de espada, que en número aproximado de 50.000, se importan cada año de Alemania⁴³; prueba de la insuficiencia de los aceros toledanos. Por último, Struzzi hará importar el procedimiento de fabricación de la hoja de lata y de latón, que según él solo se hace en Nuremberg (la ciudad de los Haller). Lo cierto es que la hojalata, cuya fabricación se remonta al siglo XIII, tuvo históricamente un centro de primer orden en Nuremberg (hay quien opina que se inventó allí), pero a comienzos de los años veinte del Seiscientos, Wundiesel, también en Alemania, era el verdadero emporio del ramo, a consecuencia fundamentalmente de la emigración de refugiados que provocó el inicio de la que sería llamada Guerra de los Treinta Años⁴⁴.

Como es lógico, tal despliegue requiera determinadas condiciones, que el italiano especifica acto seguido. Primero, el monopolio de introducción de la maquinaria, so pena de multa, extensible a los herederos de las firmas que se establezcan. Luego, entrega a la fundición de las artillería en desuso, para que después de fundida, sirva para otros usos y necesidades, como los expresados más arriba. La producción excedentaria podrá venderse a particulares sin pagar alcabalas ni derechos. Los maestros y oficiales que se traigan, serán libres de imposiciones ("pechos y sisas"), de modo que se sientan atraídos por la permanencia en el país.

El gasto de todo ello asciende, como hemos dicho, a 100.000 ducados. El mismo Struzzi se compromete a invertir 20.000 de los 28.777 ducados que se le deben por letra de cambio del archiduque Alberto dependiente del Medio General y que aún no se le ha hecho efectiva, más los intereses de un juro sobre los millones⁴⁵ – ¡ qué paradoja ! –. El resto de la suma habrá de convenirse entre la real hacienda y otros particulares.

En resumen, pues, si los de Lieja se han introducido en el mercado español (pero con muchas dificultades) y los vascos muestran total cerrazón a los nuevos procedimientos, Alberto Struzzi quiere implantar en territorio portugués a una adelantada siderurgia germana que

43 *Ibidem*, f. 87.

44 Lück, "Contribution à l'histoire du fer blanc", 144.

45 BNM, ms. 10.441, f. 188.

CAPÍTULO 5

coyunturalmente pasa por momentos difíciles, y que ve en la Europa meridional una solución a sus problemas⁴⁶.

Simultáneamente, el maestro Juan de Humar y Diego Marcos Lucas, arquitecto real, se trasladan a Portugal. Tras examinar algunos posibles emplazamientos, aconsejan que el gobierno deseché cualquier ensayo para recomponer la ferrería cercana a Lisboa, abandonada unas décadas atrás. El lugar ideal por las corrientes de agua, su cercanía a la capital para distribuir la producción, bosque suficiente y ricos yacimientos, lo hallan en la cuenca del Zézere, y más concretamente cerca de la villa de Dornes, en un lugar llamado La Corredera. (Para ubicarlo geográficamente, el Zézere nace en la Beira Alta, y pasando por el distrito de Santarem, desagua en el Tajo tras recorrer 196 kilómetros.) Abundancia de piedra, madera de castaño a voluntad, y venas de hierro más que suficientes en calidad y cantidad, aseguran, en opinión de Humar y Marcos Lucas, el competitivo precio de siete maravedís por libra de un hierro elaborado todavía mejor que el vasco⁴⁷; el quintal de hierro (equivalente a la libra castellana de 16 onzas) por esas mismas fechas venía a costar en Vizcaya 33 reales⁴⁸, de modo que el monarca podía hacerse una idea de las hipotéticas ventajas de una fundición en aquellos contornos.

Que la fundición de Dornes no marchó dentro de los cauces previstos, se verifica por la práctica ausencia de alusiones a la siderurgia en las historias económicas del siglo XVII portugués⁴⁹. Es posible que tantas ventajas fuesen pura exageración de promotores interesados. Es posible igualmente que la tradicional presión de los ferrones vizcaínos y guipuzcoanos a través de sus representantes, desaconsejara la creación de nuevos emplazamientos que amenazasen su viabilidad, muy comprometida entonces. Y finalmente, dato nada despreciable, este tipo de industria exige grandes inversiones de capital fijo y circulante. Ni España ni menos aún Portugal están acostumbrados a industrias de tipo capitalista según el patrón europeo, con grandes mercaderes dueños de los medios de producción que emplean mano de obra en las manufacturas y en multitud de talleres familiares de los contornos. Por otro lado, no parece que se hubiera encontrado

46 Vázquez de Prada, "La coyuntura de la minería y de la metalurgia europeas", 270.

47 Hay dos informes, uno de ellos en doble versión castellano-portuguesa. BNM, ms. 10.441, f. 187-195.

48 Gelabert, "La producción de hierro en Vizcaya y Guipúzcoa", 206.

49 Da Silva no menciona el sector en "Portugal en el siglo XVII".

para Dornes el empresario equivalente a un Juan Curcio o a un Jorge de Bande. Todo esto llevaba al estado a una política intervencionista, generando partidas presupuestarias específicas para sufragar los ingentes costos de construcción y mantenimiento. La monarquía, de nuevo en guerra desde 1621, tenía los suficientes problemas financieros como para no comprometerse en una aventura tan incierta como aquélla. Quizá fuera una oportunidad perdida. El caso es que Humar tuvo que volverse a su tierra, esperando mostrar sus talentos en lugares y tiempos mas propicios.

El textil

Las instalaciones de Dornes fueron pensadas en un principio para las necesidades portuguesas, por lo que la competencia que podía hacer a otras zonas era limitada, cuanto menos al comienzo. Los beneficios de la especialización quedan mucho mejor mostrados en el caso del textil. Manufactura de consumo típica del Antiguo Régimen, requería inversiones menos voluminosas que en otro el sector puntero, y la facilidad de obtención de materia prima era mucho mayor, con una demanda fácilmente asegurada para buena parte de sus especialidades. En la siderurgia y el trabajo del metal, poco tenían que recelar los hispanos y mucho en cambio que ganar, dado el abismo que les separaba de los Países Bajos o de Alemania – eminentemente tecnológico –, pero las lanas o las sedas tenían una tradición plurisecular de calidad que se estaba perdiendo día a día. Para convencer a los de Toledo, Segovia, Cuenca o Granada de que les era provechoso jugar con una política industrial fundamentada en la libertad, la mayor producción y el menor precio, había que hilar muy fino, valga la expresión. Por eso es comprensible el esmero que puso Struzzi en plantear y defender sus argumentos.

De las propuestas, la que más desvelos le llevó fue la de 1625, en que presenta a la Junta de Población un informe sobre la lana de Castilla y el lino de los Países Bajos Meridionales, movido “de su buen celo”, y no de particular interés⁵⁰ – algo en verdad bastante poco creíble; vamos a constatar en este apartado que el italiano cumple de nuevo con su misión diplomática buscando el resguardo de los intereses flamencos, puestos en grave peligro por la legislación de la corte

50 BNM, ms. 10.441, f. 17. El informe, en los folios 3–10.

CAPÍTULO 5

madrilena -. El rey se dio por enterado el 8 de noviembre, cuando decreta que los miembros del organismo hagan diversas diligencias para probar la bondad de lo sugerido por el representante de Bruselas⁵¹. Pero el desenlace fue del todo inesperado: en vez de atraer a su punto de vista a la Junta, exacerbó todavía más el celo mercantilista que la caracterizaba. Cosa normal, porque advertía desde el comienzo que el remedio a las dificultades del sector no podía hallarse “por vía de los que tratan de este ministerio”⁵². Es que por la corte, como en los organismos oficiales, no se puede andar sin padrinos valedores ni mostrarse ‘novedoso’.

El plan para revitalizar el textil consiste en unir los intereses de Flandes y de la Península Ibérica para contrarrestar las importaciones de tejidos franceses pero sobre todo los provenientes de Inglaterra, que hallan fácil mercado a expensas de las manufacturas flamencas y castellanas, vendiendo al ejército y a sectores de la población civil. Lo cierto es que aunque Struzzi los juzgue principales enemigos del sector del tejido, los fabricantes y vendedores ingleses están dando continuas quejas sobre las dificultades de exportación: se emiten informes sobre las causas que lo motivan, se realizan encuestas para conocer la realidad, y finalmente, se hacen sugerencias para conseguir una política anticíclica exitosa⁵³. Estamos más bien dentro de una coyuntura bajista en la que cada país pretende salvarse a costa de los demás, a quienes acusa de intromisión comercial. Algo muy típico en todas las crisis de todos los tiempos. Lo excepcional es que, llevado de su ideología, Alberto Struzzi haya preconizado una salida de lo más insólito: el combate contra las mercaderías extranjeras no se hará, como hasta entonces, prohibiendo y elevando aduanas y derechos de todo tipo, sino impulsando una política por la que los costos se rebajen hasta límites extremos; tanto, que se llegue a un momento en que ni siquiera sea interesante cobrar aranceles porque obstaculizarán la penetración de nuestros productos en los mercados exteriores. El librecambio sin otros aditamentos conseguirá para la monarquía beneficios extraordinariamente amplios que eviten dificultades y guerras. Los derechos aduaneros no son nada exagerados, y mientras llega la reactivación, dejémoslos como están a la espera de comprimirlos progresivamente.

51 *Ibidem*, f. 17.

52 *Ibidem*.

53 *Seventeenth Century Economic Documents*, 13-15, 24-28 y 474-479.

Esta libertad de importación y exportación no solo ha de extenderse, como es obvio, a los bienes acabados por todos los territorios de la monarquía y por el extranjero, sino igualmente a las materias primas. Lo que se exporta es aquello que no puede ser aprovechado por la industria, y no es bueno desproteger los intereses de los ganaderos, de los agricultores (que a menudo son la misma cosa), de los comerciantes exportadores, interesados en comprar la producción de los rebaños estantes y trashumantes, y del consumidor, porque la extensión del ganado ovino por la demanda industrial se traduce en un mayor número de cabezas y en un abaratamiento sustancial de la carne y por eso de la alimentación. Este predicar la conveniencia de la ganadería nos recuerda al mejor Caxa de Leruela (quien a esas alturas está ya ideando su obra; no me consta que se conocieran, aunque a los dos les apoyaron las Cortes) y al interés que podrían tener los pañeros de Lille o Amberes, más los rurales, en hacerse con buena lana merina a precios casi de ganga. Sin embargo, nuestras sospechas quedan en entredicho, ya que para competir victoriosamente, cada una de las dos partes ha de especializarse en una producción. Recuperar la industria significa dinamizar la condiciones propias, y nada mejor que los territorios más apropiados del imperio hispánico: Castilla en la lana, que le sobra, y Flandes en el lino, del que cultiva, transforma y exporta grandes cantidades; se sacrificarán paulatina e inexorablemente aquellos sectores que no sean competitivos. La oferta-demanda de paños y de lencería deben igualarse, continuando con su pensamiento. Surge la pregunta de cuál puede ser el punto en que se encuentren. Por tanteo, el valor de ambas exportaciones será equivalente, porque a la solucitud del lino se corresponderá la de lana (las mercancías se intercambian mutuamente) en todos los dominios del rey católico; caso de que no se pudiera equilibrar vía manufacturas, entrarían en juego las divisas y los lingotes de metales preciosos, ambos también mercancías.

Hasta aquí, todo casa con sus proposiciones teóricas. Ahora bien, olvida a los productores peninsulares de lino. Como se trata de una actividad secundaria, con toda probabilidad creyó que irían abandonándola para convertirse a transformar los vellones de las ovejas. Respecto a los industriales belgas dependientes del merino, priman ante todo los intereses comerciales, por lo que difícilmente habrá vacilación en sacrificar las manufacturas. Y como afirma que no todo ha de ser exportaciones de bienes terminados, deja un resquicio para el aprovisionamiento de lana en Flandes y de lino en España. La verdad es que antes demandarían los flamencos que los de la Penín-

CAPÍTULO 5

sula, solo sea por el gran desarrollo del sector. Si a esto sumamos la presencia mercantil belga en Sevilla y otros grandes puertos, los de la Junta consideraron que malo se presentaba el futuro para el 'centro' de la monarquía, por más que Struzzi se empeñase en demostrar que la compensación es el fundamento del comercio, y ofreciera solucionar las deficiencias de infraestructura.

No basta este plan de armonía y hermandad sin reformar los importantes problemas de la demanda en Castilla. Lo primero, un destructor proceso inflacionario de resultados de la incansable presión fiscal, y luego un transporte en plena decadencia, generan la grave falta de competitividad. La real hacienda deberá suavizar sus imposiciones. En cuanto al transporte, la principal dificultad consiste en contactar con el norte de Europa sin contratiempos de países enemigos o falsamente neutrales. Todo se resolverá en opinión del italiano si el Almirantazgo de los Países Septentrionales, ayudado por la flota de Dunkerque, habilita dos convoys anuales de protección hasta los puertos de Flandes que lleven los paños ibéricos. Mucho peor es la despoblación del reino y sus problemas de comunicación por una geografía complicada, que convierten en imposible cualquier incentivo a la producción por falta de trabajadores y a la vez por altos salarios. Ni una política de adscripción de extranjeros, vagos y maleantes a la manufactura daría resultado (porque según el escritor, perseveraría el déficit de mano de obra, en consideración al amplísimo mercado que se ha de cubrir), aunque por supuesto, la recomienda y aun la hace obligatoria. Portugal ha de ser el complemento a la imposibilidad castellana. Tiene mercaderes acaudalados con factores y socios establecidos en los principales emporios flamencos, abunda en operarios que solicitan jornales más baratos que en el vecino reino, su fácil salida al mar le asegura la comunicación con Flandes, y consumirá lanas que muchas veces se emplean en países ajenos a la autoridad real.

Los corregidores instarán a que cada ayuntamiento averigüe qué haberes puede invertir cada productor o comerciante en transformar la lana; si careciesen de medios financieros, el poder local se encargará de otorgar a unos y otros créditos con un interés bajo y garantizados sobre sus haciendas.

Struzzi sabe muy bien que la diferencia de costos nunca se rebajará si además de lo recomendado, no se moderniza la técnica. Primero, hay que variar la gama de telas, y luego, hay que imitar las características y métodos ingleses de fabricación, lo que implica una reconversión hacia la nueva pañería (algo que en realidad inventaron los

mismos belgas) y acaparar un segmento de mercado mucho mas diverso en cuanto a rentas y dispersión geográfica. Todo un reto para los inmovilistas gremios. Pero confía en que muchos particulares, animados por la facilidad de montar un taller o una tienda y por las perspectivas de ganancia, aplicarán sus dineros a unas actividades tan provechosas a la república, dejándose de juros, censos y demás especulaciones.

Los problemas de la demanda son igual de acuciantes. Lo exiguo del volumen demográfico y la crisis económica, implican un escaso consumo en el interior de Castilla; sería pues una locura basar la expansión textil solo en ese reino. La oportunidad de productores, transportistas y mercaderes viene por medio del ejército de Flandes; sobre sus espaldas va a reposar el inicio de la recuperación. Asegurado el consumo militar, se pasará al civil de los Países Bajos Españoles, y de ahí se dará el gran salto hacia el exterior, comenzando por el área del Mar del Norte. De aragoneses, valencianos, catalanes y navarros, ni palabra. Como en sus ideas sobre hacienda, los reinos orientales no existen para Struzzi. Un silencio que, en mi opinión, trasluce el temor de que se cree y fortalezca un mercado hispánico a expensas de Italia y Flandes.

Por el lado belga, la oferta ha estado secularmente más evolucionada que la castellana. El sector lanero halla desde la Edad Media una fuerte implantación en las ciudades. A falta de lana propia, de menor calidad y escasa⁵⁴, se solicita la merina, de ahí que los fabricantes insistan en ser protegidos de los paños extranjeros⁵⁵. Pero esto iba en contra del parecer de los comerciantes, librecambistas y más poderosos, lo que causó que los primeros fueran especializándose en tapicerías, telas de lujo y en algunos casos telas baratas para prevenir la concurrencia foránea. De hecho, la imposibilidad de abastecer a los tercios indica muy a las claras la impotencia de los gremios flamencos. El sector tradicional en Lille vive una crisis sin precedentes entre 1620 y 1622 que prepara el hundimiento definitivo de los anos treinta⁵⁶; solo la pañería ligera que se vende en la plaza, va a salvarla de la crisis absoluta. La producción rural, de costos más reducidos, y los mercados exteriores a los que va dirigida, permiten subsistir y en algunos casos progresar al ramo lanero más barato, así como espe-

54 Verhulst, "La laine indigène dans les anciens Pays-Bas", 281-322.

55 Van Houtte, *An Economic History of the Low Countries*, 157-158.

56 Deyon y Lottin, "Evolution de la production textile à Lille", 27.

CAPÍTULO 5

cialmente, al lino, el gran beneficiado. Lo malo es que, como indica Struzzi, resulta problemático abastecerse de lana: las comunicaciones dejan mucho que desear, y los intermediarios son rapaces y poco seguros. La solución ideal para muchos comerciantes modestos habría sido traficar con los vecinos, especialmente las Provincias Unidas, cuyos costos salariales son más altos y cuyo dominio de los mercados les asegura una vastísima clientela, pero eso chocaba con la filosofía de Madrid y el estado de guerra. Lo máximo que permite el rey católico, es un mercado común en la monarquía. Muy poco para una industria agonizante o cuyas posibilidades de expansión se ven limitadas por imperativos políticos. En estas circunstancias, para el representante de Bruselas, el ramo con más provenir es el del lino, y sobre él se habrá de hacer hincapié. España, Portugal y el Nuevo Mundo aseguraban una fuerte clientela, pues dos tercios de la producción iban allí⁵⁷; el resto salía para Francia e Inglaterra. Por otro lado, Struzzi es consciente de que los costos entre la producción linera rural y urbana se distancian cada vez menos, y de que todo el cúmulo de factores induce y casi obliga a los de Flandes a deslizarse hacia la producción y transformación de la planta textil. Contando luego con un mercado tan favorable a condición de ser bien protegido (de Flandes a España, por el Almirantazgo y la flota dunkerquesa; de ahí hasta América, por la flota de galeones), los Países Bajos podrán iniciar la reconquista de su vieja prosperidad. Alcanzados sin intermediarios ni peligros los mercados iberoamericanos, la tarea siguiente ha de pasar por la introducción sin pegas en la económicamente desarrollada clientela holandesa, proveedora de tanto bien y servicio ausentes en la monarquía, sin relegar por supuesto a franceses e ingleses. La paz es, como se ve, una premisa inaplazable.

Caso de aplicarse el plan, la resistencia solo hubiera sido fácil de vencer si se lograba que los vasallos obedientes se especializaran en productos laneros de lujo y en el lino, dejando las *new draperies* para los castellanoportugueses; la cosa no es muy factible considerada la tradición en la manufactura urbana, los intereses de la pañería rural, las facilidades de acceso a otros mercados y el acopio de vellones que trae consigo la comunicación más fácil entre las dos partes. Algo en exceso complicado.

Tampoco se le escapa a Struzzi la importancia de la seda. Cuando se ocupa del caso, no pasa de mantener una actitud más bien ambigua.

57 Van Houtte, *An Economic History of the Low Countries*, 162.

En el *Diálogo* del 24 (y en su reimpresión) afirma que Castilla no puede competir con otros centros⁵⁸, pero apoya acto seguido la plantación de moreras; y en el memorial de 1625, defiende el sector como plenamente capaz de rivalizar con producciones extranjeras⁵⁹. ¿Una concesión a Toledo y a Granada, o el consejo de que los sederos se amolden a los gustos y los precios de una determinada parcela de consumidores? Imposible decirlo.

A medida que las relaciones de intercambio se amplíen a otros países, aumentará la diversidad de productos objeto de comercio. Espera mucho de la futura paz con las Provincias Unidas, que él ha incluido entre los medios principales para lograr un mundo solidario. Esa gran potencia mercantil acogerá sin problema ninguno los envíos de paños y telas del rey católico. Frente a los ataques que dirige contra la producción francoinglesa, es llamativo el trato suave que da a los holandeses, no obstante que su producción compite con la española a pesar de los bloqueos. Su política de unirse al enemigo al no poder con él, le induce a promover la amistad con el coloso bávaro, del que solo cabe esperar beneficios actuando de forma que se respete la ley de ventajas comparadas. En nombre de esa unidad de mercado, de esa economía-mundo (que los belgas están aprovechando todo lo que pueden a espaldas de Madrid), veíamos cómo desaconsejaba el bloqueo fluvial y el corso cuando España los practique pocos años después.

El centro esencial de la ofensiva hispanobelga será la ciudad de Amberes, el gran mercado del textil durante el XVI, cuyas dotaciones infraestructurales están a la espera de ser utilizadas. Fracasados los intentos de hacer de Dunkerque y Ostende las metrópolis comerciales y financieras de los Países Bajos Españoles en vista de sus dificultades técnicas y de la guerra – huida de los grupos más emprendedores, bancos de arena, bloqueo holandés⁶⁰ –, la gran villa brabantona sería el emporio de la paz y del comercio. Esto ya forma parte del más puro utopismo struzziano, aunque ciertamente, Amberes seguía reuniendo condiciones óptimas. Ya no es lo que fuera en el XVI, pero su población aumenta gradualmente, es un centro comercial de consideración y aún mantiene una honorable industria, sobre todo de lujo⁶¹.

58 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 85v.

59 BNM, ms. 10.441, f. 9.

60 Echevarría Bacigalupe, “¿Autarquía o dependencia?”.

61 Van Houtte, “Déclin et survivance d’Anvers”, sobre todo 715–725.

CAPÍTULO 5

Resumiendo el pensar de Struzzi, podemos diseñar un esquema aproximado de todo lo dicho para la futura industria textil, que resumimos en el adjunto esquema 2:

Esquema 2

Como queda dicho, el mercado puede ampliarse indefinidamente hasta abarcar más y más áreas del globo.

¿Que esto se logrará de un día para otro? Nunca se ha dicho eso: “En un año ni en diez, el reino de Inglaterra no ha asentado una tan grandiosa fábrica de la lana como la que tiene”⁶². Paciencia y trabajar, que no barajar como hasta ahora. Si se aplican las recetas que él recomienda, el triunfo es seguro.

Salta de nuevo a la vista la protección que recibe Flandes con tales teorías. Pero reconozcamos que Struzzi no es exclusivista. Desecha por falta de aptitudes – al contrario de lo que hiciera Olivares – al mercado italiano. Los grandes centros del textil están sufriendo una

62 BNM, ms. 10.441, f. 9v.

sería contracción, así como el resto de la industria y del sector comercial; después de 1620, la imagen que da el conjunto de Italia es de una gran miseria⁶³. Un mal cliente y un mal proveedor que mejor es olvidar. El de Parma sabe que el centro de gravedad se halla en el Mar del Norte y en la economía atlántica en general. Castilla debe aprovechar esa oportunidad, pero antes ha de abandonar ese proteccionismo que la inmoviliza en sus justos afanes de crecimiento económico y mejora en su nivel de vida. La verdadera unificación debe comenzar por la economía; la Unión de Armas y todas las otras yuxtaposiciones de ese tipo son estériles. Es de rigor mencionar a Juan de Gauna, que como residente en Flandes y hombre discreto, tuvo el talento de ver esa realidad muchos años antes, aunque sus soluciones fueran muy otras.

El plan no es malo desde el papel, pero le pasa lo mismo que a los pergeñados en el XIX por los liberales: demasiado teórico, menosprecia estructuras e intereses peculiares de cada lugar. Ahora bien, creo que, utopía por utopía, tampoco es la peor forma de acabar con el problema de la relación centro-periferia que acuciaba a la monarquía de Felipe IV; mucho más lamentables son los engendros mercantilistas sobre el mismo tema, dígame lo que se quiera.

Volvamos al mundo real. La coyuntura castellana es pésima. Damián de Olivares y Diego de Colmenares dan por perdida a la industria textil; los demás, sin exagerar tanto, la tienen por seriamente enferma, y recomiendan una buena dosis de xenofobia por antídoto. Toledo clama por la protección desde que se manifestara el comienzo de una seria contracción de intercambios con sus clientes tradicionales⁶⁴; los intelectuales de la localidad se aprestan a defenderla con uñas y dientes. La industria de lujo es combatida desde el poder: los *Artículos de Reformación* condenan el vestir ostentoso, muestra significativa de lo cual son las 'puntas flamencas' a base de lino; el tradicional cuello del XVI desaparece remplazado por la austera valona. Desde 1623 se ha prohibido la entrada de vestidos y ornamentos de lana, seda, algodón, lienzo, cuero, plomo, piedra, etc., que no provengan de los dominios del rey, y que aun así, no cumplan las reglamentaciones técnicas. La picota, la confiscación y el destierro era la suerte que aguardaba a quien llevase ropa no autorizada; los alguaciles se apoderaron de las provisiones de cuellos a la antigua

63 Romano, "Italia durante la crisis del siglo XVII", 415.

64 Weisser, "The Decline of Castile Revisited", 634-635.

CAPÍTULO 5

usanza. Para sustituir a estas prendas, un sastre de Madrid ideó un modelo que inmediatamente será adoptado por la corte y que, por imitación, se puso de moda pronto. Lo peor que podía ocurrirles a los librecambistas en general y a la industria flamenca en particular. Como las desgracias nunca vienen solas, el Almirantazgo de los Países Septentrionales se comporta de manera preocupante.

Los otros reinos tienen reacciones parecidas. Si Cataluña no se decide a ejecutar las prohibiciones y restricciones que se reclaman desde las corporaciones pañeras por el claro dominio de los pelaires⁶⁵, Valencia adoptará la protección de sus gremios de lana y seda⁶⁶, y Aragón se cierra en banda a todo lo que llegue de fuera⁶⁷.

Para empeorar las cosas, Struzzi tuvo la ingenua temeridad de escribir en el diálogo de 1624 que la ropa de lino ha de remplazarse mucho más que el resto de textiles porque se desgasta mucho antes⁶⁸. No por sabido, dejó de levantar una pista a sus interlocutores. Esto significa que la especialidad flamenca estará en ventaja respecto a los recios paños castellanos: además de ser generalmente conceptuada como de lujo, la demanda renovada será mucho mayor, como asimismo el beneficio de fabricantes y vendedores. (Sostener este tipo de producciones de rápido desgaste se le ocurrirá a Forbonnais un siglo después). Tampoco ayuda a convencer a juntas, gremios y corporaciones la participación de un Portugal ansioso de negocio y sospechoso de falsa amistad con Madrid. Pero las cosas no acaban ahí: es impropio comparar las ventajas de un mercado asegurado por ser poco competitivo (el del lino belga en la península y América) con otro (el de la lana en el Mar del Norte) ni conquistado ni mucho menos asegurado pues en su seno la competencia era feroz, especialmente respecto a los precios. Los Países Bajos Católicos se quedan con el negocio fácil, y envían a los desguarnecidos españoles a lidiar con, entre otros, el textil holandés y el británico.

Falta que el *Diálogo* y el memorial pasen por el tamiz de la Junta de Población. Esta adapta las proposiciones struzzianas a su pensamiento económico; para entendernos, lo desfigura todo. Mediante cédula del 24 de diciembre de 1625, aparece la nueva normativa para el relanzamiento textil castellano, inspirada nominalmente en Struz-

65 Hume, *La corte de Felipe IV*, 83–88.

66 Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, I, 593–594.

67 Asensio Salvado, “El arbitrista Jerónimo Ibáñez de Salt”, 246.

68 Naharro, “Un anónimo del siglo XVII”, 31–32.

zi⁶⁹. Pero ¡qué cambio! La crianza y labor no solo son asuntos de ganaderos y agricultores, sino que se vinculan estrechamente al comercio y a las artes de la manufactura, en especial, la lana. La Junta ha ordenado se trate primero con Segovia y Palencia y después con otros núcleos textiles para labrar panería ligera (concretamente, bayetas). Se ayudará a los fabricantes con todo tipo de ayudas, incluida la financiera; solo tendrán que aportar la tercera parte de los gastos “o lo más que se pueda”. Se restringe fuertemente la saca de lana, para que los productores dispongan de ella a precios asequibles; todas las ventas quedarán registradas ante el notario, debiéndose justificar un uso preferentemente industrial. Quedan totalmente prohibidas las bayetas extranjeras; quien sea encontrado con un lote de ellas, lo perderá y hará efectiva una cuantiosa multa.

Total contradicción básica con las ideas de Struzzi: Castilla se encierra en su producción sin exonerar a nadie, portugueses, flamencos, galos, italianos o cualquier otro. No se habla de correspondencia lana-lino, ni de ventajas comparadas, ni de paz, ni de librecambio. Se trata de ‘naturalizar’ la fabricación de bayetas, sin concesiones al extranjero. Como la Mesta presenta una queja ante lo que considera grave lesión a sus intereses, se busca un acomodo con los fabricantes, determinado por la cédula de 13 de junio de 1626⁷⁰ y reforzado por la de 17 de junio del mismo año, que trata de impedir los fraudes en la normativa⁷¹. Según parece, el egoísmo de los segovianos, que pretendían acaparar en exclusividad estas ventajas, imposibilitó que se generalizara la medida⁷², pero las mismas cédulas transparentan las presiones de los gremios, recelosos de la extensión del sistema doméstico, y del sector mesteño, temeroso de perder sus pingües ganancias por exportación.

Otro nuevo y descorazonador fracaso para nuestro arbitrista. El último en el ramo de la industria. Le quedan pocas ganas de insistir, y aunque lo hubiera querido, a la coyuntura de reformación manufacturera le queda muy poco tiempo de vida. Hasta 1629, insistirá en el libre comercio⁷³; luego, ya ni en eso: “lasciate ogni speranza” quienes habéis entrado en el pozo de la decadencia.

69 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 77.

70 BNM, ms. 10.441, f. 250-253.

71 *Ibidem*, f. 255.

72 *Ibidem*, f. 254.

73 Ver capítulo 2.

CAPÍTULO 5

Consideración social del trabajo. La mano de obra

Las barreras a la modernización son mucho más fuertes de lo que el mismo Struzzi estaba dispuesto a admitir. La limpieza de sangre y la consideración del comercio pero especialmente de la industria como oficios ruines, pesan como losas sobre la sociedad española del XVII. No era privativo de nuestra patria, pero sí se da en ella con mayor virulencia, como lo resaltan diversos escritores⁷⁴. Desde el XV se hace hincapié en la ‘vileza’ de los oficios manuales, con el lógico resultado de desanimar a los posibles emprendedores. Hubo varios arbitristas y escritores contemporáneos a Struzzi que trataron de contrarrestar esta poderosa corriente, sin éxito. Gaspar Gutiérrez de los Ríos exhortaba a la honra del trabajo en su *Noticia general para la estimación de las artes* (Madrid, 1600), ponderando sus virtudes. Pedro de Guzmán hace lo mismo en *Bienes del honesto trabajo y daños de la ociosidad* (Madrid, 1614), para tratar de remediar la despoblación; llega incluso a decir que no sería malo que la nobleza se ocupara de las artes mecánicas⁷⁵. Más tarde, Saavedra Fajardo insistirá en los mismos temas⁷⁶, y tras él, innúmeros autores⁷⁷.

Como decíamos, el trabajo ‘mecánico’ es blanco del desprecio general, pero el comercio no siempre sale bien librado. Alberto Struzzi aboga porque cambie la actitud nobiliaria y que a los mercaderes y hombres de negocios en general “siendo bien nacidos”, se les concedan privilegios y honras como a los estamentos privilegiados⁷⁸, lo que animará a muchos a invertir y entrar de este modo por la vía de la negociación. Pero si en 1785 el aragonés Lorenzo Normante y Carcavilla se siente obligado a condenar como “imposturas ridículas”⁷⁹ aquéllas que atribuyen afeminación, corrupción de costumbres y otras desgracias por el estilo al ejercicio del comercio (con especial énfasis en el comercio libre, porque multiplica los males citados), ¿qué no dirían los de 1625?

Aunque este asunto no es algo que preocupe en exceso al italiano, pues únicamente alude al caso en uno de sus memoriales; quizá piense

74 Molas Ribalta, *La burguesía mercantil en la España del Antiguo Régimen*, 173.

75 Carrera Pujal, *Historia de la economía española*, I, 432.

76 Murillo Ferrol, *Saavedra Fajardo y la política del Barroco*, 304.

77 Maravall, *Estado moderno y mentalidad social*, II, 380–386.

78 BNM, ms. 10.441, f. 5.

79 Normante y Cascavilla, *Proposiciones de Economía Civil y Comercio*, 63.

que la dinámica de los intercambios despejará las dudas y recelos de los más inmovilistas, aquellos que creen ser incompatibles comercio y nobleza. Quizá, también, esté convencido de que el español no tiene aptitud natural para la economía – y si no lo está, ¿para qué tanto derroche de energías en un esfuerzo actualizador condenado de antemano al fracaso?; todo determinismo contradice cualquier tipo de acción –. Como se aprecia desde otro punto de vista, el italiano carece de cualquier interés ‘democratizador’ al exigir orígenes limpios a los mercaderes dignos de honra, pero es un hombre de Antiguo Régimen, y como tal se comporta. Bien mirado, ¿fueron más igualitarios los empresarios y gobernantes del XIX?

Sobre los oficios nada señala; sí se ocupa en cambio de la mano de obra. Conforme a su pensar, hay que ingeniárselas para que ésta sea lo más abundante y barata posible. La solución es muy simple, y la adopta por igual de la política seguida en Flandes y en Castilla: como los obreros cualificados son pocos y reclaman por ello salarios altos, deben formarse abundantes especialistas en centros apropiados; además, las autoridades vincularán a toda la sociedad marginal con el trabajo mecánico (y bien se sabe cuánta marginalidad era capaz de producir un régimen como aquél).

Por lo que acabo de decir, se percibe que la doctrina de Struzzi al respecto no es nada original. De hecho, se inscribe en una preocupación muy arraigada en la cultura europea desde los inicios del estado moderno y del capitalismo, la de saber cómo puede absorberse la creciente pauperización de la sociedad y cómo pueden encauzarse con vistas a un incremento sustancial de la mano de obra que abarate costos. Según Vilar, la diferencia de consumo y gasto entre un trabajador activo y un parado es tal que el trabajo del primero no compensa el margen, por lo que la sociedad no tiene interés en hacer trabajar a la mayor parte de la población⁸⁰; luego se añaden razones monetarias, bélicas, fiscales, etc. De hecho, la preocupación por alcanzar el pleno empleo es constante, y obedece a un intento de minimizar los costos finales dentro de una economía-mundo fuertemente competitiva. Es posible que una economía autárquica o semiautárquica consienta altas tasas de marginalidad, pero la misma actitud se hace de aplicación problemática a una economía en expansión, en crecimiento, y el modelo es válido asimismo para una economía con visos de recuperación. Esto lo vemos claramente en el caso struzziano.

80 Maravall, *Estado moderno y mentalidad social*, II, 387.

CAPÍTULO 5

Qué hacer con el pobre y el mendigo es algo que pretende haber resuelto Juan Luis Vives, por eso escribe su famosa *De subventionem pauperum* en 1526: si el pobre es útil, que trabaje; si es un indeseable, la cárcel será su hogar; y si está enfermo, ha de entregársele al hospital⁸¹. A ello se opone fray Domingo de Soto, condenando el régimen asistencial por intervencionista⁸². Ambas opiniones se sustentan durante el XVI, marcando la política asistencial de Castilla⁸³. Desde fines de siglo, se reanuda con ímpetu la preocupación de los tratadistas por el tema. Manuel Giginta sugiere que se recoja a los pobres que lo deseen en Casas de Misericordia y que trabajen allí todos. Por contra, Cristóbal Pérez de Herrera defiende la asistencia social del estado pero obligando a los pobres a recogerse en albergues, hermandades de misericordia y hermandades de piedad, si bien no trabajarían allí, pues su ocupación seguiría siendo la limosna⁸⁴. Contra lo que pudiera pensarse, en absoluto defiende Pérez de Herrera que deban perseverar en ese *modus vivendi*, porque supondría el agotamiento demográfico de Castilla. Para demostrar sus teorías con hechos, él y Giginta crearon instituciones benéficas.

En el XVII, se intentó una política de creación de hospicios para huérfanos que no fue seguida por hechos; solo en el siglo XVIII se les llega a impulsar con suficiencia⁸⁵. Juan de Mariana defiende con más energía que Vives el derecho a la asistencia estatal en beneficio de los desvalidos⁸⁶. González de Cellorigo propone expulsar a los pobres fingidos y adoptar a los verdaderos, enseñándoles un oficio⁸⁷. Tras estos, se han ocupado de la mendicidad arbitristas como Lope de Deza, Caxa de Leruela, Fernández Navarrete, Sancho de Moncada, Luis Brochero, Alvarez Osorio, Martínez de Mata, etc.

Tenemos pues que Struzzi siembra en terreno bien abonado al propugnar acciones contra el pauperismo. Como ha vivido en Flandes, trae a colación frecuentemente ejemplos de aquellas tierras. De

81 Maza Zorrilla, *Pobreza y asistencia social en España*, 78.

82 *Ibidem*, 83.

83 El caso de Toledo es bien conocido gracias a la obra de Martz, *Poverty and Welfare in Habsburg Spain*. Amplía ciertos detalles Montemayor, "El control de la marginalidad", 367-380.

84 Jiménez Salas, *Historia de la asistencia social en España*, 196, y Rumeu de Armas, *Historia de la previsión social en España*, 174.

85 Jiménez Salas, *Historia de la asistencia social en España*, 200.

86 Rumeu de Armas, *Historia de la previsión social en España*, 172.

87 Carrera Pujal, *Historia de la economía española*, I, 366.

hecho, fueron más los holandeses que los belgas quienes impulsaron las casas de caridad, asilos y similares. Leiden fue un centro modélico al respecto, sobre todo en lo que toca a la fuerza de trabajo infantil. Muchos niños y niñas fueron llevados allí, quedando sometidos a largas, duras y escasamente pagadas jornadas de trabajo que arruinaron su salud mental y física, sin que nadie protestara contra esta clamorosa injusticia⁸⁸, vistos sus beneficios económicos. Esto y los correccionales para vagos y mendigos, inspiraron la actitud en los Países Bajos Españoles: Brujas, Bruselas, Gante, Ypres y Malinas conocieron instituciones calcadas de las norteamericanas⁸⁹. No obstante, dado que las ciudades conocieron el auge de la industria de lujo, que requería mano de obra especializada, la aportación infantil y marginal al proceso de producción fue menos intensa que en Holanda.

Nuestro escritor propone imitar el ejemplo flamenco, donde los aprendices son muy poco pagados y para que subsistan, se les envía a pedir limosna por las tiendas de la localidad todos los sábados del mes⁹⁰. Igualmente, propone aprovechar las posibilidades laborales de las viudas y mujeres, como es caso frecuente en los Países Bajos, que recogen niñas y les enseñan las labores del textil y la costura, con lo que aportan un sueldo a unas casas siempre necesitadas⁹¹.

Castilla, siempre según Struzzi, está muy atrasada en el aprovechamiento de la mano de obra industrial. La causa de ello, aparte supongo la hipotética incapacidad del país para los negocios y oficios, estriba en que los padres aprecian mucho más el saber intelectual que la habilidad artesana, porque “no ha menester caudal, sino tinta y papel”⁹². Por eso abundan los instruidos, mientras que escasean los mañosos y prácticos. Para remedio, debería vedarse a los maestros de escuela que enseñen a la gente común a escribir, conformándose con la misión de adoctrinarles religiosamente para salvar sus almas, de modo que gasten sus energías intelectuales y físicas en aprender un oficio. Nada pues de especulaciones o cultura; a los sectores ‘bajos’ de la sociedad les basta con ser hábiles artesanos. Naturalmente, mucha mano de obra equivale a mucha producción y a salarios reducidos.

88 Lis y Soly, *Pobreza y capitalismo en la Europa preindustrial*, 134.

89 *Ibidem*, 140.

90 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 81.

91 *Ibidem*.

92 *Ibidem*, f. 81v.

CAPÍTULO 5

Toca Struzzi con ello un punto sensible en el que no pocos habían incidido. Por ejemplo, el autor de uno de tantos *Discursos* al rey (éste de 1594), truena contra la abundancia de escolares disgustados ante la idea de aplicarse a una labor útil; ahí está la raíz de esas multitudes de “estudiantes y ruines letrados y teólogos”⁹³. Propone como solución reducir el número de universidades y estudios pequeños. Pedro Fernández Navarrete, por poner un segundo caso, critica con igual dureza la profusión de universidades (que son 32) y de escuelas de gramática (que pasan de 4.000), vivero para quienes no desean seguir los pasos de sus padres, abandonando el arado y las artes manuales; así, los oficiales y trabajadores en general “tiranizan los precios de todo lo mecánico y vendible”⁹⁴. Sensibilizado por el problema, Felipe IV llega a prohibir por pragmática de 10 de febrero de 1623 que en la casas de expósitos y desamparados se enseñe cualquier tipo de doctrina o estudio salvo la religión, y que se aplique a los acogidos al aprendizaje de oficios manuales, especialmente los relacionados con la marinería, dada la escasez de pilotos⁹⁵.

Para el diplomático parmesano, y siguiendo con su ideal, lo mejor será recoger a mendigos, vagabundos y extranjeros (incluidos expresamente los irlandeses) en casas de trabajo; si se negaran a producir, deberán ser expulsados del reino⁹⁶. La actitud a seguir la encuentra en la propuesta de don Andrés Gutiérrez de Haro, caballero de la ciudad de Palencia, para reunir a los muchachos desamparados y huérfanos⁹⁷. Enseñándoles una técnica artesana, producirán, tendrán lo suficiente para formar un hogar y aumentarán así la población, de modo que se logre conjuntamente un beneficio económico (abaratamiento y aumento del producto interior), demográfico (más habitantes, o sea, más consumidores y mayor número de nuevos aprendices y oficiales), hacendístico, y social (absorción del pauperismo). El rey debería mandar se forme en cada ciudad una diputación del brazo eclesiástico y seglar dependiente de obispos y corregidores que recoja a los niños inicialmente en las Casas de Doctrina. No se les enseñará a leer y a escribir como era uso, sino que se les mantendrá hasta que encuentren un oficio acorde con sus aptitudes, tras de lo cual se les

93 BRB, ms. 12.961, f. 26v.

94 Fernández Navarrete, *Conservación de monarquías*, 359–360.

95 Maza Zorrilla, *Pobreza y asistencia social en España*, 163.

96 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 85v.

97 BNM, ms. 10.441, f. 256–257.

entregará a diferentes maestros para que les enseñen; a los peor inclinados se les enviará a galeras y bajeles del rey como marineros y soldados. Extendiendo el ejemplo de la ciudad de Palencia a Castilla (que como hemos visto recoge iniciativas de escritores precedentes y casa bien con lo que Struzzi ha visto en Flandes), se hará del reino una potencia industrial. Las preocupaciones de tipo social no le importan lo más mínimo, como era frecuente. A cambio de producir barato, poco importa el sacrificio de una infancia considerada a todas luces como perdida; además, se hace un acto de caridad recogiéndoles y enseñándoles. ¿Qué otra cosa podrían pedir y desear esos desarraigados?

Agricultura y ganadería

Apenas dedica espacio al sector en sus memoriales y diálogos⁹⁸. Hijo de su siglo, concede al comercio una importancia excluyente, por encima de cualquier otro sector o actividad. La agricultura y la ganadería son básicas para el sustento humano: de la tierra y del ganado se sacan el alimento y las materias primas que abastecen nuestras necesidades más diversas. Ninguno de esos bienes poseerá valor de uso (porque su utilidad sería prácticamente nula) ni podrá generar valor de cambio (entendido como el número de bienes que podemos trocar por un producto dado) sin el concurso de la actividad comercial. Y con este pretexto, nos da su teoría del valor. El valor de una cosa se define por su estimación en el mercado, según los costos empleados para obtenerla. Y el valor del mercado se determina por la cantidad y calidad de oferentes y demandantes que posee un bien concreto. Ya puede producirse todo el trigo y toda la lana del mundo, que si no hallan mercados de comercialización, su valor será igual a cero. Ya puede un artesano esmerarse en perfeccionar un par de botas, que si no se presentan al cliente potencial con las debidas condiciones de aceptabilidad, carecerán de valor. El mercado, en suma, es el árbitro, la última instancia del valor. No es que Struzzi confunda valor y precio (a diferencia de otros contemporáneos suyos), sino que los asimila: el precio es expresión monetaria del valor de una cosa. Con ampliaciones, correcciones y variantes, estas ideas

98 Fundamentalmente, en AGRB, CPE, leg. 1591, f. 74-75.

CAPÍTULO 5

las encontramos en muchos economistas de los siglos XVII a XIX (Cantillon, Smith, etc.); de todos ellos, opino que guarda particular similitud con Jean-Baptiste Say, para quien el valor es “el resultado de la valuación contradictoria que se hace entre el que necesita de una cosa o la pide, y el que la produce u ofrece”, de modo que los dos fundamentos del valor son la utilidad y los gastos de producción del bien⁹⁹. Regresando a Struzzi, en función de su puesto central, el comercio dinamiza las potencialidades agropecuarias, generando alimentos para mantener y aumentar el número de habitantes; aporta materias primas a la industria y las distribuye una vez transformadas; mantiene altas tasas de ocupación en todo el cuerpo económico. Posee más que los otros sectores eso que los economistas angloamericanos llaman vinculaciones hacia atrás y hacia adelante, de ahí su papel axial. Todavía hace falta tiempo para que se vea que el problema no depende de propocionar éste o aquel otro sector, sino de la marcha armónica de todos ellos, y que la demanda tiene diversos grados de intensidad. Struzzi, adorador de la armonía, fue incapaz de comprenderlo. Pero es que quizá pidamos demasiado de nuestro hombre, cautivados como estamos por sus concepciones en materia de doctrinas económicas. Por descontado que en una era de grandes escaseces y desigualdades, resulta lógico que se demande todo tipo de bienes de primera necesidad y de lujo.

Otro tema afecto a él es la libertad agraria. En primer lugar, es público y notorio que España, dividida en compartimentos estancos, no puede ser autosuficiente: unos lugares abundan en trigo y carne que se pudren porque los señores y los campesinos no saben dónde colocarlos, mientras que otros carecen de ambos y han de importarlos; aun habiendo acémilas, el precio del transporte es prohibitivo, y sale más barato traerlo de fuera. (Retoma pues la argumentación de la estrechez del mercado interno para las manufacturas, adaptándola al caso presente.) Pero incapacitado por múltiples razones que conocemos para promover una política de transporte interior, que sería lo lógico, reclama la salida de alimentos fuera del reino, para que los productores no pierdan¹⁰⁰. Pone sin embargo controles a la libre exportación mediante las licencias de saca¹⁰¹, pero no dice que éstas hayan de ser limitadas; más bien parece considerarlas como un medio

99 Say, *Tratado de Economía Política*, II, 393–394.

100 BNM, ms. 10.441, f. 8.

101 *Ibidem*, f. 110v.

de información para que el gobierno conozca las cantidades extraídas, y de obtención de recursos fiscales.

Silencia la polémica sobre la tasa del grano, muy de actualidad por aquellos decenios, y que dividía en dos sectores a la opinión: los que propugnaban suprimirla, y los que eran partidarios de mantenerla; ambas posiciones dieron lugar a una copiosa literatura¹⁰². Tampoco hace falta especulaciones alambicadas para deducir que en concordancia con todo su pensamiento, nuestro escritor es partidario de la supresión de la tasa.

Echamos de menos algo sobre los orígenes y el papel económico de la renta de la tierra; pero por darle tan poca importancia, parece que ni siquiera debió ocurrírsele meditar sobre ello, porque lo único que genera valor y renta es el comercio. En fin, no es que pueda ser clasificado precisamente dentro de los agraristas ni de los fisiócratas; este gran vacío en los temas agrarios y de rentas le aleja nuevamente de los economistas.

Política demográfica

Struzzi somete a la Junta de Población un escrito sobre la caída de habitantes en Castilla y el medio de remediarla. Se trata de su única aportación sobre este particular, exceptuadas algunas alusiones esporádicas en otras partes de su obra. No es, por consiguiente, poblacionista. Le preocupa el vacío de habitantes, desde luego, pero existe según su parecer un solo y claro remedio a ello: fomentar el comercio. Volviendo a su estribillo favorito, considera que la libre y universal contratación, el amparo de las artes y la tolerancia para con los extranjeros atraerán a toda la gente que haga falta e impedirán las deserciones del agro, tan dramáticas y a la par tan frecuentes¹⁰³.

Confirmando en buena parte impresiones modernas que configuran el escaso dinamismo demográfico del Seiscientos como resultado de las migraciones y de la caída de la natalidad, todo en función de

102 Francisco González Camacho, "Precio natural y precio legal en el mercado del trigo. El pensamiento económico de Melchor de Soria", en: *Aportaciones del pensamiento económico hispanoamericano, siglos XVI-XX*, Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1986, 35-53.

103 BNM, ms. 10.441, f. 7v y 111.

CAPÍTULO 5

la coyuntura económica¹⁰⁴, Struzzi considera que el problema profundo no es la despoblación, sino la distribución irregular de los habitantes. Las razones de este fenómeno son tres: la demanda militar (ejército, armada y presidios), la expulsión de los moriscos, y la presión fiscal.

A la primera causa no halla remedio, porque no lo tiene, dado el momento de guerra en que se vive. La segunda podrá neutralizarse con la distribución espacial de naturales y de extranjeros que viven en el reino y otros traídos de fuera, con el fin de cubrir huecos. La tercera causa es básica, porque si no se suprimen los millones, las sisas extraordinarias y el resto de subsidios gravosos, ninguna política repobladora será posible. Por consiguiente, el fondo de la cuestión es fiscal.

En su escrito sobre la población¹⁰⁵ se extiende sobre la segunda de las causas, quedando eliminadas a la fuerza las otras dos. En principio, pues, se muestra favorable a distribuir a los naturales y a los que viven en el reino; luego se traerán emigrantes europeos allí donde haga falta. Posición un mucho discutida, ya que en Castilla no hallaba unanimidad. Juan de Mariana creía conveniente llamar a extranjeros hábiles en algún oficio para que se dedicaran a sus artes respectivas, evitando con ello la saca de oro y plata¹⁰⁶. De la misma opinión era Saavedra Fajardo¹⁰⁷. Pero fray Benito de Peñalosa se oponía en 1629 a la llegada de extraños a Castilla¹⁰⁸. En el ámbito oficial pasó lo mismo: si el presidente del Consejo de Hacienda traslada a Felipe IV en 1622 la necesidad de introducir las artes en España por vía de foráneos, fray Antonio de Sotomayor, confesor real, es de un parecer absolutamente contrario¹⁰⁹. Por todo esto podemos hacernos idea de la intensidad de la polémica.

Struzzi pide que antes de tomar una decisión, se estudien los casos de otros países que han permitido la entrada de extranjeros. Propone como ejemplo el Portugal de Juan I; a causa de la peste que sufrió este país, mandó el monarca venir de Alemania a dos mil personas, seguidas tiempo más tarde por seiscientas familias de labradores, a todos los cuales dio los medios necesarios para iniciar su aposenta-

104 Llopis Agelán, "El agro castellano en el siglo XVII", 14.

105 BNM, ms. 10.441, f. 107-113v.

106 Mariana, *Juan de Mariana*, 133.

107 Carrera Pujal, *Historia de la economía española*, I, 604.

108 *Ibidem*, 591.

109 AHN, Estado, libro 738, f. 215v.

miento, siempre a condición de que los solteros y los descendientes de esas familias se enlazaran matrimonialmente con los naturales.

Propone que en el caso castellano se habiliten para repoblar tierras realengas, junto con algunas eclesiásticas y de las Ordenes Militares. Las ciudades y villas cabezas de partido harán relación de sus necesidades demográficas y de la oferta de tierras de que disponen para asentarlos. A la vez, se arbitrarán remedios para que se asienten sin contratiempos: gastos para el viaje, casas para vivir, sustento durante el primer año, simientes, ganados, exenciones fiscales, y por último, personas versadas en agricultura que asesoren a los recién llegados. El tipo de pobladores habrá de estar primeramente constituido por los vagabundos que tengan disposición para trabajar el campo, repartidos entre las villas y ciudades que más gente necesiten; a continuación, vendrán los grupos familiares.

Respecto a los extranjeros, los primeros que será necesario repartir por el reino son los irlandeses; existen por todas partes miles de familias de ese país dedicadas a pedir limosna, que podrían destinarse a hacer algo más productivo. Realmente, empezaba a difundirse la imagen del irlandés mendigo y dotado de asombrosa fecundidad familiar¹¹⁰, por lo que constituye una materia prima ideal para el fin que persigue la Junta de Población. Asimismo, se podría llamar de Irlanda a otras familias, una vez establecidos los puntos en que habrían de vivir, no fuera que se dedicasen a mendigar como sus compatriotas. Parecida política se seguirá con vagabundos y grupos de trabajadores franceses, evitándose pues que vuelvan a su patria con el dinero ganado aquí. Alemanes e italianos (sobre todo de Génova) pueden muy bien constituir una nueva oferta de pobladores, por las dificultades de circunstancias y de terrenos para cultivar en que viven unos y otros. No conviene, por contra, traer a flamencos, porque son indispensables en la labranza de sus tierras y en la guerra que continuamente padecen por allí; sería despoblar un lugar para poblar otro, dejando indefensa una parte vital muy sensible de la monarquía. No osa decir Struzzi algo evidente para todo el mundo: que aquéllos no piensan cambiar ni en sueños las fértiles praderas y terrenos propios por la estepa castellana, y que tienen un miedo atroz e instintivo a la Inquisición. Por regla general, todo aquél que después de un tiempo razonable de haber llegado al punto de residencia mostrara escasas

110 Herrero García, *Ideas de los españoles del siglo XVII*, 495.

CAPÍTULO 5

dotes e inclinación para el trabajo, será expulsado como persona indeseable.

La Junta excusa en un escrito adjunto al memorial problemas de acomodamiento a Castilla y la existencia de suficientes pobladores naturales del reino para suplir los vacíos, como principales causas para desestimar la proposición del representante de Bruselas. Fomentar la industria lanera es otro medio considerado como ideal para evitar el abandono de los puestos de trabajo y la mendicidad. En definitiva, pues, coinciden con Struzzi en que la reactivación económica será la principal palanca de una mejor distribución poblacional, pero difieren absolutamente en los métodos: proteccionismo y xenofobia, frente a la libertad y al internacionalismo sugeridos por el otro. Me parece que no quisieron interpretar el fondo del mensaje que se contiene dentro del memorial, es decir, una crítica a la gestión de los ministros reales.

6

Moneda, banca y finanzas

Moneda, precios y salarios

Principios generales

Los capítulos consagrados a comercio, industria y agricultura nos han ofrecido claves para determinar algunos puntos referentes a la teoría monetaria de Struzzi, así como a su concepción del precio justo y del salario (éste mucho menos justo, ciertamente). Veámos, en primer lugar, que debe existir una libérrima facultad de exportación de capitales. La plata de las Indias se extrae para ser distribuida, no para estancarse guardada en arcones y bolsas. Es deseable habituarse a las inversiones en el exterior, que no tienen por qué desangrar al país, monetariamente hablando, incluso si con ello se fomentan industrias. Es ésta una idea excepcional solo aplicada con decisión en nuestro siglo; durante el XVII, el único ejemplo digno de reseña, fueron las instalaciones acometidas por siderúrgicos de Lieja en diversos puntos del continente europeo, pero el ambiente chovinomercantilista de la época les hizo perder su carácter de multinacionales. En fin, y como demostraremos en otra parte¹, el escritor de Parma solo pretende hacer oficial una costumbre fuertemente arraigada en Flandes, la

1 Tras el presente estudio, contamos elaborar y publicar otro sobre las relaciones entre España y los Países Bajos Meridionales.

CAPÍTULO 6

exportación e importación de dineros a un lado y otro de la frontera belgo-holandesa, ámbito económico natural y por lo tanto, más allá de cualquier decisión política. (Los españoles, que conocen el proceso, están fuera de quicio por la actitud de los vasallos obedientes y tratan de castigar la práctica; ahora bien, como las necesidades mostraron ser más fuertes que la ley, hubo con frecuencia que contravenir las órdenes, entonar un resignado trágala y hacer la vista gorda.) Al mismo tiempo, Struzzi parece intentar que se calmen los proveedores de fondos de la corona, con los que es preciso cumplir las consignaciones; sabemos no obstante que la política financiera habría de tender en su opinión a suprimir los asientos y a lograr una sustancial disminución de los juros.

Cuando tratamos del comercio y la industria, aludíamos igualmente a la libertad como factor esencial de la política de precios; el punto de equilibrio (definidor del justiprecio) sustituiría a las regulaciones. Era preciso derogar todo tipo de pragmáticas, ya que contravienen al funcionamiento armónico de la economía y terminan desarrollando un efecto contrario al deseado: incrementar el precio de las cosas. Es la mercancía misma quien lo impone “conforme a la abundancia y carestía de ella”², anota en su memorial de 1629. La influencia en este campo de los doctores escolásticos no por marginal es menos evidente, tanto del lado español como del italiano, ya que en la Italia del Renacimiento se empezaron a escribir y divulgar bastantes escritos acerca de temas políticos y económicos, que con los años se fueron multiplicando. Tampoco sería de desdeñar el influjo del belga Leonardo Lesio (1554-1623), cuyos tratados defienden una amplia tolerancia en materia de tratos y contratos. Una peculiaridad: los teólogos concedían la regulación en el caso de artículos de primera necesidad, como el trigo, por no existir sustitutos en el mercado³, mientras que nuestro autor no hace distinciones ni excepciones. Contemplábamos igualmente que Struzzi concede gran papel al factor costo salarial; el precio del trabajo había de determinarse también (y en parte según predicaban los teólogos) por el juego de la oferta y la demanda, que es llevado en este autor hasta unas consecuencias no alcanzadas por los doctores.

2 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 71v.

3 Grice-Hutchinson, *El pensamiento económico en España*, 116; Baeck, *Het economisch denken in het Spanje van de 16e en 17e eeuw*, 12.

Sobre el valor, hizo una digresión (que nosotros hemos respetado, a pesar de su cierta extemporaneidad) al comentar el estado de la agricultura y su papel en el proceso económico. Decíamos allí que el valor se determina por el mercado, y que el dinero era su expresión material.

Ya que hablamos del dinero, entremos en la cuestión. Le concede antes que nada el papel de mercancía, una de tantas, ni más ni menos que pueda ser el trigo, la seda o el vino, porque está constituido por oro y plata, metales que, como el hierro o el cobre, se extraen de las entrañas de la tierra⁴. Esto es importante, porque difiere de la opinión entonces común impregnada de aristotelismo⁵, aun cuando los representantes de la Escuela de Salamanca enseñan que el poder de compra es el distintivo especial del dinero, y que si posee el valor atribuido por el príncipe, no deja de ser una mercancía como cualquier otra⁶. Entre los nuestros, Mateo López Bravo hace todavía una significativa defensa del dinero como factor separado de las mercancías⁷. Adoptando y ampliando las ideas arriba expuestas, el italiano se coloca de nuevo a la vanguardia del pensamiento económico: la utilidad, la rareza y la común estimación son a su parecer valores esenciales que determinan el cometido fundamental del signo monetario, a saber, vía para el intercambio de los bienes (desdeñando como bárbara la práctica del trueque). Todas estas ideas serán recogidas por autores europeos de la segunda mitad del XVII, quienes, remozándolas y cambiando su sentido, se las traspasarán a los liberales⁸.

Por supuesto, Struzzi no es crisohedonista, y sería una completa incoherencia que lo fuera, atendiendo a lo contemplado hasta el presente. El dinero forma parte de la riqueza de una nación, pero solo es una parte. Su idea de capital es mucho más amplia que la de bastantes mercantilistas. Pero ciertamente, la machacona insistencia

4 “Estos dos metales proceden de frutos de la tierra, que Dios provee por beneficio del hombre, permite se consuman como los demás [...] en beneficio de todos los demás frutos”. BNM, ms. 10.441, f. 232.

5 El pensamiento escolástico acerca de la moneda, en Sierra Bravo, *El pensamiento social y económico de la Escolástica*, 2ª parte, capítulo II.

6 *Ibidem*, y Baeck, *Het economisch denken in het Spanje van de 16e en 17e eeuw*, 14.

7 López Bravo, *Del rey y la razón de gobernar*, 324.

8 Por ejemplo, William Petty ha asumido perfectamente las ideas de los doctores, pero las ha transformado. De él aprenderán teóricos como Adam Smith, quien influye en Ricardo. Roncaglia, *Petty*, 49.

CAPÍTULO 6

en la idea del dinero–mercancía, nos inclina con fundamento a opinar que nuestro hombre ha terminado cayendo en el extremo opuesto de considerar a los metales preciosos como unos bienes cualesquiera, desprovistos de su capacidad como reserva de valor. Creo que no llega a tanto, ya que tiene en mente de vez en cuando ese papel de reserva, pero poco le falta. De alguna manera sigue la doctrina de Aristóteles, para quien el dinero debe ser utilizado, no atesorado (después hablaremos de su noción de ahorro), aunque para el estagirita, la moneda es un mero signo con un valor convencional.

Hasta aquí, lo que hemos podido espigar a través de sus memoriales sobre los sectores primario, secundario y del comercio. Pero Struzzi tiene otras ideas sobre la moneda que expone en varios arbitrios, dirigidos como siempre al rey. Apoyados en ellos, podremos completar su teoría monetaria y sus ideas acerca del vellón, el oro y la plata.

Concibe nítidamente al beneficio como el principal motor de la actividad económica (y en particular, comercial). Ni mucho menos podríamos ya considerar a Josiah Child, como lo hace Schumpeter, el primero que afirma tal cosa⁹. La verdad es que autores de la Edad Media lo intuyeron, pero nadie como los del siglo XVII lo expresó más rotundamente, legando a la posteridad un concepto que se irá anclando con el tiempo en el común de las conciencias. El origen del movimiento de precios, de salarios, y de la estimación común del dinero, se encuentra en la agricultura y después en el tráfico, que sustenta su expansión¹⁰. Según haya abundancia o escasez de trigo, vino, etc., así será el nivel de estima, pero éste no se alcanzará si no hay un mercado.

Como los religiosos y como todos los autores laicos – tal que Saavedra Fajardo, por ejemplo¹¹ –, Struzzi conoce y valora mucho el juego entre el valor intrínseco y extrínseco de la moneda. Su insistencia en el mantenimiento de la paridad entre ambos, permite que le califiquemos de metalista, pero no radical, sino moderado, por cuanto que concede la posibilidad de alteraciones, siempre que se respete la relación, el canon entre el oro y la plata por un lado, y entre el valor

9 Schumpeter, *Historia del análisis económico*, 421.

10 La alteración “procede de diferentes causas, y la principal, de la cosecha”. BNM, ms. 10.441, f. 223.

11 Murillo Ferrol, *Saavedra Fajardo y la política del Barroco*, 283.

facial y el tenor metálico por el otro¹². Su idea es clara y simple: Castilla necesita una moneda fuerte, porque sin ella, es imposible que la economía goce de buena salud. De ahí su lucha en favor del mantenimiento de la estabilidad en el vellón y en los escudos y reales, condenando las tentaciones devaluacionistas del gobierno. Por lo mismo, y en cierta similitud con autores italianos del Quinientos, defenderá a capa y espada la intangibilidad de la ratio 1:11, o como una concesión suma, la de 1:12, pero a regañadientes, ya que teme siga aumentando si el gobierno tiene la mano blanda.

Imposible calificarle de cuantitativista, y no porque desconozca esa teoría, sino porque otorga un papel secundario a la masa metálica. El oro y la plata no son los causantes del aumento y de la disminución de los precios; son la abundancia o escasez de las cosas, básicamente los productos agrarios, quienes determinan el nivel correspondiente¹³. El factor clave lo constituye pues el juego de la oferta y la demanda, quien a su vez gradúa los precios; estos, en última instancia, dirigen el aumento o el descenso de la velocidad de circulación de la masa de efectivo (o sea, en este caso, su volumen). Tenemos pues a un antecesor de la escuela de la neutralidad monetaria; no es menos notable la lucidez con que percibe y aplica el concepto de velocidad de circulación, solo al alcance de unos pocos teóricos. Por eso, y por creer que la moneda se acopla pasiva y naturalmente a las transacciones, se muestra Struzzi partidario de la libre circulación del metal precioso. En principio, y por referimos al proceso inflacionista, no es malo que abunde la moneda si está acompañada de una actividad económica intensa. Opinión muy similar a la que expone Cellorigo en su memorial de 1600¹⁴, y que realza su pensamiento del signo monetario como útil de intercambio. Este punto de vista por necesidad contraviene y excluye la política de mutaciones, porque supone hinchar artificialmente el mercado con emisiones de moneda devaluada muy por encima de las exigencias y capacidad de absorción de éste, y porque su motivación es meramente fiscal y egoísta, relegando los intereses de la comunidad. Decir que se acuña moneda divisiona-

12 "Que el príncipe no permita que las monedas excedan el valor de su estimación, que es el que llaman intrínseco, y cuando lo hiciere, los cambios y todo [...] se ajustará al mismo respecto". BNM, ms. 7971, f. 42.

13 "No es el oro ni la plata lo que hace variación, sino las cosas que necesitan de estos dos metales". BNM, ms. 10.441, f. 117. Declaraciones como ésta suelen prodigarse en los arbitrios sobre moneda.

14 Carrera Pujal, *Historia de la economía española*, I, 364.

CAPÍTULO 6

ria para paliar la que se exporta en contrapartida a los productos y en concepto de asientos, no tiene para él sentido alguno: eso se impide fácilmente incrementando la productividad, ya que oro y plata emigran en virtud de una industria decaída, unas redes de comercialización ineficientes y unas guerras exteriores muy costosas¹⁵. Entendiendo que no se trata, como para los mercantilistas, de conseguir a toda costa una balanza comercial excedentaria, sino de hacer que lo sea la balanza de pagos. ¿Se trata entonces para él de concentrar en España todo el metal que sea posible? No; el dinero ha de estar continuamente en movimiento, para vivificar la economía internacional (la única que existe de verdad), aunque por supuesto, en las cantidades precisas; ni por encima, ni por debajo. Podrá objetarse que las monedas poseen diverso poder adquisitivo, diversa 'estimación' que llamaban los teólogos: no vale la plata lo mismo en el Potosí que en Sevilla. También tiene una respuesta en la manga, como buen arbitrista: así es, pero el mercado internacional de divisas (especialmente representado por las ferias) se encarga de equilibrar los saldos y las distintas estimaciones. En un mundo amplio e interdependiente, carece de sentido cerrar la puerta a la salida y la entrada de dinero: hasta ahí llegó Struzzi, como está más que visto, solo que no parece que el autor relacione tal fenómeno, y el de una balanza excedentaria, con el aumento de los precios, inducidos por la sobreabundancia de oro y plata – problema que trajo de cabeza a muchos mercantilistas, y cuya solución creyó encontrar la escuela británica del XVIII –. Como está pensando siempre en un mercado-mundo ideal donde todo circula y logra su equilibrio sin cortapisas, nunca podrá haber estancamientos, ni por consiguiente, inflación. En el sistema struzziano, ésta se halla desterrada.

Todo lo expuesto puede ser de gran brillantez y hondura dado el tiempo histórico en que vive, pero también es demasiado perfecto para ser verdad. Y aparentemente, nos encontramos con que se deja un cabo suelto: ¿cómo impulsar un proceso de crecimiento económico sin una acumulación primitiva? ¿Cómo invertir sin haber ahorrado antes?

No hallamos en Struzzi ni un esbozo de teoría del ahorro y la inversión. Solo podemos explicar esto considerando el sistema en su conjunto. Para el caso de España, no le hace falta ahorro ninguno, sino aplicar los capitales ociosos generados en el campo y las finanzas

15 BNM, ms. 10.441, f. 223.

a la producción; las minas americanas jugarán luego el papel de fuente complementaria de financiamiento. El dinero, lo hemos dicho antes, se acomoda pasivamente a las necesidades coyunturales de la economía. La política monetaria – y económica por extensión – consistirá en asignar racionalmente los recursos disponibles exigidos por el incremento de la demanda. Así que atesorar carece de utilidad. La demanda exige cosas, y las cosas exigen dinero para ser adquiridas. Si el fin de un gobierno y de una nación es abaratar el costo unitario de aquellos bienes que se producen abundantemente y con baratura, volvemos a la misma cuestión: ¿qué sentido tiene ahorrar? Por último, dada la pobreza general, ¿cuántos países, aún queriéndolo, pueden permitirse el lujo de la acumulación? Así de sencillo lo plantea. Y así de discutible. Improcedente confrontar a Struzzi con modernas teorías; el combate hubiera sido demasiado desigual. Pero por enmarcarle en el Antiguo Régimen, John Locke le habría aplaudido y aún hubiera podido aprender de él¹⁶, mientras que John Law se habría lanzado a una sarta de objeciones en su contra, porque su filosofía económica es diametralmente opuesta.

En la cuestión monetaria, hemos visto cómo nuestro arbitrista sufre el influjo de los escolásticos. Cosa normal y obligada, por cuanto que la Escuela de Salamanca presentaba hasta el momento la doctrina más avanzada sobre el particular. Y si Struzzi no es original en algunas de sus concepciones, al menos está al corriente de la literatura e ideas monetarias de su tiempo, lo que no es poco. Pero no vayamos demasiado lejos. La influencia, parcial, no afecta al conjunto de su doctrina, que supone un avance indudable, tanto en el terreno monetario, como en lo demás. Struzzi carece de connotaciones éticas o filosóficas; la moral nada cuenta en sus trabajos, porque no escribe para conseguir rectas conciencias que faciliten o preparen el camino al cielo, sino para hallar la prosperidad en esta tierra. Tampoco hace restricciones a la libertad de mercado ni a la formación automática del precio justo, como los salmantinos, ni comparte ningún sentimiento autárquico, corrientísimo entre los teólogos y sus lejanos inspiradores grecorromanos. Era de justicia reconocer la deuda contraída, pero también

16 Escuchemos a Locke en *Consideraciones sobre la baja del interés y el alza en el valor del dinero*: “Nuestra creciente riqueza o pobreza no dependen en forma alguna de que hagamos o no ahorros sobre el interés, sino únicamente de nuestra importación o exportación de artículos consumibles”. Silva Herzog, *Tres siglos de pensamiento económico*, 57. Pero Struzzi es más profundo.

CAPÍTULO 6

resaltar lo mucho que puso el parmesano de la propia cosecha y el significativo avance que imprime a la evolución del pensamiento económico. De haber sido escuchado, los europeos hubiesen podido acortar en muchos años su aún lenta e insegura evolución ideológica frente a los problemas materiales de la subsistencia.

La moneda de cobre: problemas que la aquejan

Hablar bien es una cosa; aplicar lo hablado, es otra. Struzzi se ha venido mostrando hasta el presente una persona coherente con sus principios. Trataremos de constatar si la práctica va de la mano de las buenas palabras en el espinoso asunto del vellón.

Para el italiano, como para tantos otros, no hay problema con la moneda de cobre; el problema en el fondo y en la forma es político. Si no se termina con la guerra y paralelamente con los gastos que genera, es imposible cualquier solución al proceso devaluatorio. Hasta entonces, únicamente se podrá ir trampeando. Eso es lo que propone a Felipe IV en sus memoriales. Hemos destacado de entre ellos los que escribió a finales de los años veinte y comienzos de los treinta (más o menos, entre 1627 y 1633). Dirigidos como decíamos al monarca, los escritos pasan al cardenal Trejo, presidente de Castilla y empeñado en la contención del proceso inflacionario a la vez que pretendía sanear la moneda. Ocasión de oro para nuestro arbitrista, que ve las puertas abiertas de una nueva junta o consejo. Como representante de Bruselas y protegido del rey, Trejo se aviene a conferenciar con él a puerta cerrada para después someter el texto a sus colaboradores; nunca, y menos en aquellos momentos difíciles, hay que cerrar oídos a cualquier sugerencia; además, el representante de Flandes viene muy recomendado. Pero la respuesta, como veremos, va a ser de lo mas cáustico.

Los tratados de Struzzi se enmarcan dentro de una amplísima polémica sobre la moneda divisionaria en la que se pretenden señalar las características del mal y proponer consiguientemente una respuesta adecuada. De 1601 a 1650, como dice Hamilton, apenas hubo un año en que no se presentaran memoriales a las juntas, los consejos y el parlamento castellanos¹⁷.

17 Hamilton, *El tesoro americano y la revolución de los precios*, 116. Los archivos y bibliotecas ingleses, belgas y españoles abundan en estos escritos.

Felipe IV prosiguió la misma política que hiciera impopular a su padre y al primer ministro de éste. El abundante y depreciado vellón, conforme a la ley de Gresham, desplazaba progresivamente a la plata; relacionados con él, muchos precios básicos aumentaban vertiginosamente. No fue el único factor que alentaba el alza: malas cosechas y restricciones a la libre circulación de mercancías extranjeras tuvieron igualmente la culpa. La solución, tan clásica como inepta, fue tasar precios y salarios; Struzzi la criticó abiertamente por su efecto contraproducente, pero halló defensa en escritores afectos al régimen, como lo era Quevedo por entonces, el cual se deshace en ditirambos a favor de Trejo y la pragmática de los precios, augurándola una larga vida que no podía tener¹⁸. Como esto no daba resultado, el presidente y sus colaboradores tuvieron a bien someter a discusión un plan que ya sufriera debates desde tiempos de Felipe II, el de los erarios y los montes de piedad¹⁹. Dada la resistencia social que ofrecían, al desconcertado Consejo de Castilla se le ocurrió un nuevo recurso ideado por el milanés Gerardo Basso, el de las diputaciones²⁰, que tampoco fue duradero, puesto que desaparecieron oficialmente el 9 de febrero de 1629. Estos organismos, instalados al principio en diez ciudades, recibirían la moneda de los particulares para hacerla desaparecer, devolviendo la cantidad nominal entregada en plata a los cuatro años y con un 5% de interés. Para ayudar, se les concede el monopolio de los empréstitos y censos, una lotería, la compraventa de juros y el cambio de moneda. Como dato de relieve, en el cuadro 8 exponemos el contenido de un valioso documento hallado en la British Library londinense por el que se descomponen, en función de la lejanía y la importancia de la plaza, los intereses a que tendrán derecho las diputaciones por los cambios en el interior de Castilla a partir de dos plazas importantes, Madrid y Sevilla.

Tasa por menor de los intereses que podrán llevar las diputaciones por los cambios de una parte a otra dentro del reino (BL, ms 1322 L12, 49):

18 Muy recomendable de leer es la carta de Quevedo a un desconocido en 1627 sobre la tasa de los precios. Quevedo, *Epistolario completo*, 160-161.

19 Nos ocuparemos de ellos en el apartado de la banca y las finanzas.

20 Sobre las diputaciones, Ruiz Martín, "La banca en España hasta 1782", 104-107. Asimismo, Hamilton, *El tesoro americano y la revolución de los precios*, 95-97, y Domínguez Ortiz, *Política y Hacienda de Felipe IV*, 244-245.

CAPÍTULO 6

DE MADRID A	VELLÓN (*)	PLATA (*)
Burgos	34	8
Soria	30	7
Segovia	12	3
Avila	26	6
Valladolid	26	6
León	44	11
Salamanca	30	7
Zamora	34	8
Toro	30	7
Toledo	8	2
Cuenca	24	6
Guadalajara	8	2
Sevilla	68	17
Granada	68	17
Córdoba	52	13
Murcia	52	13
Jaén	52	13
Galicia	102	26

(*) Maravedís por 100 reales.

DE SEVILLA A	VELLON (*)	PLATA (*)
Burgos	160	40
Soria	136	39
Segovia	102	25
Avila	120	30
Valladolid	136	39
León	140	35
Salamanca	116	26
Zamora	110	25
Toro	110	25
Toledo	80	20
Cuenca	80	20
Guadalajara	102	26
Madrid	92	22
Granada	40	10
Córdoba	25	6
Murcia	80	20
Jaén	44	15
Galicia	220	55

(*) Maravedís por 100 reales.

El proyecto y su puesta en marcha causaron gran sensación, pero nada positiva. Las Cortes, que lo combatieron con todas sus fuerzas, propondrán votar 18 millones de ducados si se abolen. El rey accede. Para compensar su desaparición, se adopta una medida todavía si cabe más impopular y que no se había efectuado desde los Reyes Católicos: la deflación de la moneda divisionaria. El 7 de agosto de ese año 28 aparece el decreto, que pretende terminar con el 60 % alcanzado por el premio de la plata y cercenar las dificultades surgidas de la suspensión de pagos del 31 de enero. Naturalmente, se previó una indemnización a los particulares considerando las pérdidas que iban a sufrir, pero no se llevó a cabo²¹. Aquí se sitúa el centro de la argumentación struzziana contra el vellón, traducida en memoriales. Para colmo de desdichas, Olivares inicia la guerra en Italia, y la flota de la plata es capturada en Matanzas. En enero de 1629, Felipe IV anuncia que el premio de la plata se había ajustado para los asientos en el 10%, pero a no mucho tardar, esta cifra será rebasada. Aunque se ha señalado que ya en 1630 se negociaron con un 20% de agio²², lo cierto es que cuando en julio de 1629 se quiso enviar un socorro a las guardas de Castilla establecidas en Navarra, no pudo encontrarse plata para ellas a menos del 26% de premio; el monarca consintió, resignado, la operación²³.

Sería muy injusto deducir de todo ello que las medidas de Madrid no contaban con ningún apoyo. Puede afirmarse que la periferia del reino, conectada con el comercio exterior, iba a respaldar a Olivares. Por lo menos, tal fue el caso en Vizcaya. Las juntas, informadas por don Martín de Axpe²⁴ de las medidas reales, elevan a la regia consideración que se termine con tanta práctica devaluatoria, como pernicioso origen de tensiones inflacionistas, reduciendo a la cuarta parte el valor nominal del numerario de cobre²⁵. Su rogativa iba a hacerse realidad muy pronto y en medida considerable.

21 Hamilton, *El tesoro americano y la revolución de los precios*, 97; Domínguez Ortiz, *Política y Hacienda de Felipe IV*, 244.

22 Domínguez Ortiz, *Política y Hacienda de Felipe IV*, 244.

23 AGS, GA, leg. 1003, s.f. Madrid, 28 de julio de 1629.

24 Axpe, como tantos otros funcionarios, está a la espera de un estudio biográfico-institucional cuyo resultado solo puede ser del máximo aprovechamiento. Como encargado que fue de tareas administrativas en Flandes, me he ocupado de él en mis obras, reseñadas en la bibliografía.

25 Sagarmínaga, *El gobierno y régimen foral del Señorío de Vizcaya*, 429.

CAPÍTULO 6

Struzzi tiene ideas un tanto particulares sobre el tema. Le preocupa que funcione la ley de Gresham y quiere invertir la situación, pero no como lo ha hecho el gobierno²⁶. La baja del vellón (que en modo alguno ha afectado a la mejora en el peso de las piezas) está causando gastos y embarazos a la contratación de los particulares, sin aportar ventajas sustanciales al abaratamiento de las mercancías extranjeras, adquiridas con oro y plata, ni a las compras en el interior, puesto que girar un efecto de comercio de una plaza a otra en Castilla saldrá más caro que antes por falta de contado: todas las plazas sufrirán estrechez de dinero – ¡pero eso mismo es lo que se pretendía desde el gobierno! Al encarecerse el dinero, los prestamistas, de cumplir con su papel, únicamente aceptarán letras con una prima superior a la habitual. De este modo, las rentas reales se verán mermadas (los intereses de las remesas enviadas mediante letra de cambio se incrementan), y los tratos y contratos sufrirán exactamente de lo mismo, con el ineludible deterioro de la actividad económica ante la ausencia de numerario²⁷.

Habiéndose perturbado el mercado interior y no siendo afectado el exterior por traficarse en él con oro y plata, será mejor volver provisionalmente a la subida del vellón, para que los dueños de la moneda la lleven a las cecas; la mitad de la suma se sellará, y el resto del cobre se guardará en depósito para ser ulteriormente fundido. Las piezas que se hallen no selladas después del plazo de admisión, solo serán recibidas por su peso y valor metálicos. Las cantidades almacenadas se destinarán a fines industriales, artillería sobre todo. Lisboa con sus cuatro fundiciones, junto con Sevilla y Milán, deben ser los principales destinatarios. Con eso se abastecerán suficientemente las necesidades armamentísticas de las diferentes plazas de armas europeas del rey. Hasta aquí, muestra un cierto acuerdo con la política de las diputaciones.

No obstante, Struzzi cree lo ideal acrecentar la oferta de moneda de plata con liga de cobre, a imitación de Flandes, y con un valor oficial de 3, 6 y 11 reales, junto con piezas de menor denominación, sin que por ello se vean afectados los reales de a ocho ni las demás

26 Sus ideas, en BNM, ms. 10.441, f. 19–22 y 38–45.

27 Recientemente, se ha publicado el importantísimo trabajo de Ruiz Martín, *Pequeño capitalismo, gran capitalismo. Simón Ruiz y sus negocios de Florencia* (Barcelona: Crítica, 1990), versión española de las *Lettres marchandes échangées entre Florence et Medina del Campo*. Para la largueza y estrechez, ver 86–87.

monedas argénteas en uso. Por esta vía, espera el parmesano que se detenga la salida de plata y se utilice el cobre para fines más nobles. O sea, la ley de Gresham, pero al revés, sin que se viera mermada la cantidad de moneda disponible para las necesidades de los particulares y los compromisos del estado. Toda la moneda sería comerciable dentro y fuera de la monarquía.

Se dieron al italiano muy buenas palabras, con las que marchó contento (así lo indica en escritos de los años treinta). Pero a la vez el mejor epitafio que se podía dar a los memoriales de Struzzi, lo escribió el cardenal Trejo, o algún ministro suyo, al dorso de uno de los arbitrios: “Esta proposición es herética, aunque era muy buen cristiano el que la hizo”²⁸. Difícilmente iban los holandeses a introducir piezas falsas de plata en las playas españolas, como hacían con la malfamada moneda pechelunga²⁹. Pero tampoco iban a ser los comerciantes extranjeros – algunos de ellos, herejes – quienes protestaran. Si inflación generaba el cobre, ¿no pasaría lo mismo con la plata cuando circulara en forma de piezas divisionarias? Sin olvidar que el problema de la largueza de contado subsistía y aún medraba. Con todo, nadie podrá negar que existe un nexo evidente entre su conocida doctrina de moneda saneada y suficiente junto con la libertad de circulación, por una parte, y la proposición que acabamos de ver, por otra.

Sancho de Moncada sostiene que se labre vellón para que los extranjeros no puedan trocarlo por plata³⁰; es la reacción nacionalista frente al ecumenismo de Struzzi. Francisco de Arizmendi, en 1628, propone paralizar la oferta de vellón, absorberlo y fabricar una nueva moneda solo para calderilla³¹, mientras que Guillén Barbón es partidario de reducir la moneda de vellón para conservar la plata en España³². La que más se parece a la propuesta de Struzzi es la de Tomás de Cardona³³, a quien volveremos a encontrar cuando hablemos de los metales preciosos. Se ve bien que el representante de

28 BNM, ms. 10.441, f. 23v.

29 Se desconoce el origen etimológico de la palabra. Por echar mi cuarto a espadas, se me ocurre que pudiera provenir del término Flesinga (Vlissingen), conspicua ciudad de Zelanda que, por descontado, nuestros tercios anhelaban ocupar, y a la que se destinaron numerosos planes de ataque, muchos de ellos anfibios dado su emplazamiento.

30 Carrera Pujal, *Historia de la economía española*, I, 469.

31 *Ibidem*, 568.

32 *Ibidem*.

33 *Ibidem*, 571.

CAPÍTULO 6

Isabel Clara Eugenia ha leído y asimilado parte del memorial del sevillano. Cardona quiere alinear las monedas de España con las extranjeras a fin de suprimir especulaciones; las monedas nuevas de cobre deberían recogerse para fundirse y utilizarse para piezas de artillería, dejando a cambio el oro y la plata. La antigua de vellón con liga (el vellón rico) sería reformada. Simultáneamente, deberían crearse erarios y montes de piedad. Disiente de Struzzi en su defensa de los erarios, en el alineamiento con divisas extranjeras, y en que la nueva moneda de cobre debería ser emitida en cantidades limitadas y para los gastos elementales; es decir, habría una moneda comerciable y otra que no. Similar a éste era el pensamiento de Alonso Carranza, quien leyó los escritos del andaluz³⁴. Respecto a Mateo López Bravo (quien coincide con el padre Mariana en su deseo de instaurar el patrón plata), le distancia el bimetalismo al que Struzzi no renuncia, mientras que para el castellano, la plata basta y sobra como moneda de pagos principales³⁵; los secundarios o ínfimos se podrán hacer con numerario de bronce³⁶. Sostiene además la condena de Mariana contra el envilecimiento de la moneda en cualquiera de sus versiones – ley, peso o valor externo³⁷ –.

Hay para todos los gustos. Qué duda cabe que se impone un estudio, arduo pero muy provechoso, de las doctrinas sobre el vellón entre 1600 y 1650, porque material no falta, y disperso en multitud de fondos archivísticos y bibliotecarios europeos. Sirva este epígrafe como una modesta aportación a esa historia.

El oro y la plata, intangibles

Diferencia importante con la moneda de los pobres, el escudo y el real mantienen una salud envidiable, en virtud de su función de pagos internacionales. La moneda de oro mantiene sus constantes de ley y peso, y solo su tarifa conoce variantes: vale 440 maravedís en 1609, 500 en 1630, y 510 en 1631³⁸. La plata no sufre cambios hasta 1686, aunque en 1642 hubiera una breve inflación de esta moneda.

34 *Ibidem*.

35 López Bravo, *Del rey y la razón de gobernar*, 327.

36 *Ibidem*, 329.

37 *Ibidem*.

38 Para la moneda de oro y plata, Hamilton, *El tesoro americano y la revolución de los precios*, capítulo 3.

Alberto Struzzi se opone a cualquier cambio sobre el particular. El oro debe mantener la ley, el peso y la tarifa vigentes³⁹. En cuanto a la plata⁴⁰, decir que sale mucha cantidad de ella y que por lo tanto se precisa montar su valor, es una postura equivocada. No es la masa monetaria la que aumenta o disminuye por sí, sino que está en función de la abundancia o escasez de las cosas; en nombre de la neutralidad, debe mantenerse intangible el escudo. Las ferias y plazas comerciales se encargan de ajustar naturalmente su valía; el papel del rey y del gobierno, siempre vigilantes y garantes de la buena moneda (según la doctrina clásica de Nicolás de Oresme), debe consistir en ajustar *a posteriori* el valor extrínseco de forma que se mantenga inflexible la ratio metálica 1:11, única posible. Nuestro autor se inspira inequívocamente en Gasparo Scaruffi (1515–1584), banquero de Reggio-Emilia que publicó en 1582 una monografía sobre el dinero con el título de *Alitnonfo*. Scaruffi era personaje conocido en Parma, donde se trasladó varias veces para comisiones de carácter económico⁴¹. En el capítulo XXIX de la obra expone su concepto de moneda. Hay que fijar un curso legal en moneda de cuenta de forma que la relación entre los cursos en moneda de cuenta del fino contenido en las monedas reales sea igual a la relación entre los precios en el mercado y de adquisición en la ceca de los metales⁴². Cree contra viento y marea en la ratio 1:12, que ha de establecerse en conformidad a la fórmula descrita. Aunque Bodin proclamó antes que él esa proporción como ideal, Scaruffi la consagra. No será ya cuestión de que uno o varios países adopten el canon, sino de que se imponga a todos por acuerdo común. Debe haber una única moneda internacional de sistema bimetálico⁴³; para lograrlo, evidentemente, es preciso encontrar puntos de concordia entre todos. Joseph Schumpeter considera irracional esta obsesión por una correspondencia 1:12 siempre invariable⁴⁴, pero a mi entender no hay tal, sino el deseo de mantener estabilidad en una Europa fuertemente agitada por revaluaciones y devaluaciones sin tregua; no es menos imposible pasarse al monometalismo en un momento histórico de escasez de oro y plata como aquél. En definitiva, pues, Struzzi se inspira en su compatriota.

39 BNM, ms. 10.441, f. 229v.

40 La doctrina sobre la plata, en *Ibidem*, f. 117 y 219–232.

41 *Scrittori classici italiani di economia politica*, II, LX.

42 *Ibidem*, LXXIV.

43 *Ibidem*, LXXVII–LXXVIII.

44 Schumpeter, *Historia del análisis económico*, 340.

CAPÍTULO 6

Para él, es indiferente que la moneda de plata valga más o menos en los otros países; el problema de fondo es que sale por una balanza deficitaria y los asientos, más la que se extrae clandestinamente. Pero por eso, porque vale más, se extrae con tanta facilidad. No parece muy fino Struzzi en su análisis; una moneda sobrevaluada tiene pocas posibilidades de potenciar las exportaciones. Su explicación tiene. Primero, es poca la posibilidad de recuperación de la economía castellana entre 1630 y 1633, que es cuando escribe los principales memoriales sobre la moneda de oro y plata. Luego, una moneda sobrevalorada en el exterior no es un mal en sí mismo; puede corregirse, neutralizarse, rebajando sustancialmente los costos de producción internos. La verdad es que con una inflación tan acusada, no le convenía a España devaluar, añadiendo dinero al dinero. La nube de tratadistas castellanos que lo aconseja, no ve en mi opinión las cosas con la perspectiva suficiente; lo que proponen es un remedio de urgencia que solo podrá desembocar en una desvalorización competitiva de efectos destructores (algunos, justo es decirlo, ya lo vieron así). Pero el arma de la devaluación es demasiado tentadora y efectiva como para disuadir a los tratadistas y a los gobiernos; Felipe IV no cayó en el señuelo, y si al menos no mejoró las cosas, tampoco ayudó a empeorarlas.

La plata no llega a Sevilla; lejos de atribuirlo a un defecto en la producción y comercialización, muchos piensan que la culpa es de los costes de producción del metal precioso, más altos que su valor de mercado⁴⁵. Verdad es, dice Struzzi, pero la solución no consiste en devaluar la moneda de plata; con ello solo se conseguirá aumentar el nivel salarial y de precios, y estaremos en las mismas. El remedio llegará mediante precios competitivos que impulsen la producción y el consumo (tras él, el comercio); el proceso exigirá plata, y ésta habrá de extraerse de América.

Habría más plata en España si se aceptaran las monedas de fuera, esto es, si hubiese un mercado de divisas. Toca Struzzi un problema que, acaso por ignorancia, no he encontrado aludido en la historiografía (quizá se halle en los memoriales de los arbitristas, pero son tantos, que sin el estudio sistemático a que me refería más arriba, es imposible saberlo). Por culpa de la política mercantilista de permuta entre mercancías y sin convertibilidad de la divisa propia, no hay forma de que se puedan permutar las piezas de oro y plata europeas

45 BNM, ms. 10.441, f. 231.

en España: ¿cómo van a entrar partidas excedentarias bajo forma de remesas monetarias en esas condiciones? Estaba la península tan acostumbrada a soportar una balanza negativa, que ni debieron plantearse el problema, de puro remoto. El mismo príncipe de Gales (futuro Carlos I) al llegar a España en su inesperada y excéntrica visita, tuvo que valerse de letras de cambio giradas desde Londres sobre la plaza de Madrid para poderse pagar el altísimo tren de vida que llevó en la capital española⁴⁶. Es necesario, pues, algo que a los hombres de los siglos XIX y XX nos parece de lo más natural, la cotización oficial de especies extranjeras en nuestro propio mercado, y que entonces parecía una quimera. Nueva prueba de avance la que nos da Struzzi con esta ocasión. No llega a proponer, al menos por el momento y con el fin de hacer más efectiva una hipotética recuperación, el ajuste de las monedas respectivas entre Flandes y Castilla, por el desarreglo que produciría en el sistema de asientos (donde están introducidos sus amigos portugueses y que por el momento es indispensable, considerada la ausencia de perspectivas de relanzamiento económico) y en las pagas al ejército que lucha en los Países Bajos⁴⁷, muy proclive al motín por impagos temporales.

La firmeza de Struzzi en su doctrina del oro y la plata coincidió con la gubernamental y con el parecer de los tratadistas enemigos del envilecimiento monetario, que por Castilla eran muchos. Mateo López Bravo señalaba con el representante de Bruselas que el imán del oro y la plata son las mercancías, independientemente de la desigualdad de las monedas⁴⁸. Pero no faltaron quienes desde principios de siglo propugnaban depreciar los reales. Jean Vilar señala con justeza a Tomás de Cardona como el principal impulsor de esta medida desde 1618, suscitando en torno suyo una gran polémica. La proposición Cardona consiste en que de cada marco de plata de Indias, con el que se acuñan 65 reales, se saquen 84⁴⁹. Junto a Cardona, Moncada, Ceballos y Alonso de Carranza se enfrascan en una guerra panfletaria contra Lorenzo Brandón, Gerardo Basso y Alberto Struzzi. Vilar nos presenta la batalla como poco menos que una pugna entre los amigos de los intereses foráneos y los 'patriotas'⁵⁰; adivine el lector dónde

46 *Ibidem*, f. 229v.

47 *Ibidem*. Para el papel de los portugueses en la época, ver Boyajian, *Portuguese Bankers at the Court of Spain*, y Broens, *Monarquía y capital mercantil*.

48 López Bravo, *Del rey y la razón de gobernar*, 332.

49 Vilar, "Una pauta del pensamiento monetarista castellano", 451.

50 *Ibidem*, 456.

CAPÍTULO 6

encuadra a Struzzi. Las cosas son más complejas. López Bravo se dio cuenta cabal de que aumentarían los precios y de que cuando se devalúa, se devalúa provisionalmente a la espera de una nueva medida en el mismo sentido, porque el país extranjero, en represalia, hará lo mismo⁵¹. ¿Dónde hallar el límite a la acción devaluatoria? Cardona y Beltrán de Benavides creen que una vez que la moneda se iguale en cotización a las de los otros países, no saldrá plata ni oro y se podrá exportar; los demás devaluarán, pero hasta un límite más allá del cual las monedas estarían excesivamente depreciadas⁵². Es ilusorio: sin reformas estructurales ni una mínima política de asignación de recursos y tareas, los precios y costos interiores terminarán alcanzando y superando el punto de cotización de los metales preciosos, máxime en una situación tan caótica, y habrá que volver a devaluar. Mientras tanto, y sin esperar ni un momento, los otros gobiernos, inquietos e irritados, devaluarán más todavía sus monedas. La espiral depreciativa se pondrá en marcha, sin freno y sin expectativas de solución satisfactoria. Nosotros estamos más que advertidos de esta política, considerando las medidas tomadas por la comunidad internacional entre 1930 y 1939 como consecuencia de la crisis. El resultado fue la prohibición, la contingentación, el control de cambios y el aislamiento, que retrasaron aún más la recuperación económica y en cierto modo, aceleraron la guerra del 39-45 (algunos historiadores utilizan la expresión ‘neomercantilismo’ para definir ese caso). En términos generales, lo mismo sucedió en el XVII, me parece. ¿Quién es entonces el patriota? ¿Querer lo mejor para el país de uno conlleva siempre el acierto en las medidas?

Banca y finanzas

El pensamiento y propuestas de Struzzi acerca de la banca y el mundo financiero se concretan en su postura respecto a los erarios y los montes de piedad en un memorial a propósito y en el *Diálogo* de 1624⁵³. Carece de una teoría del interés, y entre otras cosas que omite, se encuentra su origen y motivación; solo dice que ha de rebajarse lo

51 López Bravo, *Del rey y la razón de gobernar*, 332.

52 Vilar, “Una pauta del pensamiento monetarista castellano”, 472.

53 BNM, ms. 10.441, f. 234-241, y AGRB, CPE, leg. 1591, f. 83.

máximo posible, a fin de permitir el relanzamiento de las actividades productivas, descapitalizadas en favor de la especulación. Claro que si el precio de las cosas se genera espontáneamente por la interacción oferta-demanda, al precio del dinero le ocurrirá lo mismo. Pero ésta es una deducción lógica que hacemos nosotros, y que no se encuentra en sus memoriales. Lo que escribe Struzzi en defensa de los préstamos blandos, es algo perfectamente usual entre todos los tratadistas. En la España del XVII nadie, aparte los que prestan dinero, defiende los altos tipos de interés; y una política de atracción de capitales con altas remuneraciones, carece de sentido entonces. Struzzi se lanza a una fuerte diatriba contra el empleo del dinero en ocupaciones inútiles, pero echa la culpa del caso a la falta de oportunidades de inversión más que al espíritu especulador de los castellanos. La desconfianza en el éxito de los negocios ha llevado a los detentadores de capitales a enterrarlos en juros, censos, mohatras, alquileres de bienes inmuebles y todo tipo de usuras. Con su pensamiento laico, no critica esas prácticas por inmorales, sino por improductivas: los pobres no hallan medio de salir de su miseria y prosperar, y los más afortunados esterilizan sus dineros. Solución: gravar fuertemente las prácticas que entran dentro de la legalidad para desincentivarlas y dirigir las inversiones hacia el comercio y la industria (como se hace en Nápoles y en Bruselas), junto con la implantación, según el modelo flamenco, de los montes de piedad. Todas las clases sociales hallarán con estas dos medidas un gran interés en producir y traficar. Bien entendido que las inversiones, como dijimos en otra parte, no han de detenerse en el territorio nacional. Como conocedor del mundo del dinero, Struzzi sabe perfectamente que los capitales no pueden ni deben quedarse quietos, sino buscar una rentabilidad lo más atractiva posible; otra vez, la función de ajuste entre la oferta y la demanda entra en acción por sobre las antinaturales medidas coactivas. El estado ha de ayudar a que la ley natural funcione allanando los obstáculos, y uno de ellos, para las finanzas, estriba en la libre circulación internacional de capitales, a nivel planetario si fuera preciso, pues hay oportunidades en todas partes⁵⁴.

Además del provecho de los particulares, el de la real hacienda, que por supuesto considera el de Parma aunque como es evidente, sus medidas no las dirija hacia la mera exacción fiscal; recordemos que no es un escritor oficialista, y que para él, lo primero es fomentar

54 AGRB, CPE, leg. 1591, f. 83.

CAPÍTULO 6

el beneficio, o sea, el interés de los particulares, lo cual de rebote incidirá en el bienestar de la corona.

La concreción de esos principios la hallamos esta vez en sus reflexiones acerca de una Compañía Nacional de los Países Bajos Católicos, de los erarios, y de los montes de piedad.

La Compañía Nacional de 1606

Se trata de una propuesta efectuada al archiduque Alberto, y su mayor importancia estriba para nosotros en prefigurar el conjunto de ideas que desarrollará posteriormente en España⁵⁵; de hecho, éstas confiesa haberlas discutido desde 1590 (o sea, después de la Invencible, que quiebra la confianza en una pronta y segura victoria del catolicismo español). En primer lugar, es precisa una alianza entre los reyes y primeras potencias del orbe cristiano, sin excluir a los holandeses, con la finalidad de lograr el impulso del comercio y la extinción de los piratas que asolan el mar e impiden las comunicaciones. Ello conllevará que cada país componga o afiance una armada y refuerce por igual su marina mercante. En el caso de la monarquía hispánica, los barcos harán posible la relación entre sus tan diseminados componentes.

Flandes aportará su cuota de esfuerzo gracias al establecimiento de una compañía según el modelo angloholandés⁵⁶ con un capital fundacional de diez millones de florines que cada ciudad y villa suscribirán en proporción a su importancia económica. El dinero acumulado se utilizará en la mejora de puertos, en la fábricas de navíos, la recluta de tripulaciones, etc. Para compensar la entrega de ese capital, cada aportación devengará el 7% anual de interés, garantizado sobre las actividades mercantiles de la compañía. Entre sus prerrogativas, estaría el poder comerciar con América.

El plan, a pesar de ser moderno y posiblemente viable, se enfrentaba con grandes dificultades financieras y políticas. La hacienda real estaba sobrecargada, y España aún mantenía en pie las directrices del Decreto Gauna, a través del cual se estaba promocionando una gue-

55 BRB, ms. 15.436-53, f. 315-324.

56 Los Países Bajos Meridionales estuvieron a la vanguardia de la creación de sociedades, importantes capitalistas belgas suscribieron acciones de la nueva Compañía de Indias Orientales de Amsterdam en 1602, y la de Indias Occidentales, en 1621. Véase Stols, "The Southern Netherlands", 30-47.

rra económica a ultranza, si bien atenuada por las concesiones hechas a ingleses y franceses dos años antes. Concertar una paz con las Provincias Unidas ya era problemático; hacerlo con el resto de la Cristiandad, poco menos que imposible. Reunir el dinero quizá no fuera dificultoso, pero el permiso de comercio con las Indias Occidentales, era una quimera; bastante había con deshacerse del cerco rebelde de los puertos. Mal presagio, del plan no se volvió a hablar. Sin embargo, su doctrina está diseñada en sus rasgos generales, y los intereses que defiende, lo están asimismo.

Los erarios

Complicada historia la suya; por eso, y por ser conocida, la resumimos en sus elementos primordiales. El proyecto de establecimiento de erarios en Castilla viene de dos flamencos de Lille, Peter de Oudegherste y Peter de Rott. Se trataba de crear en todas las ciudades unas instituciones que a modo de bancos de depósito, socorrerían igualmente las necesidades monetarias del común pidiendo un interés del 6%. Asimismo, servirían para conceder fondos a la corona al 3%, tramitar letras de cambio y otros efectos, y detentar el monopolio de los préstamos hipotecarios. El rey declararía exención tributaria a los capitales y bienes que se adquiriesen. También harían obras de beneficencia, destinando el 20% de las ganancias a los pobres. Por último, fomentarían una política de obras públicas⁵⁷. Los beneficios se repartirían por igual entre el monarca y los súbditos. Oudegherste, el principal promotor, murió en 1591, y su amigo Luis Valle de la Cerda continuó la tarea de fomentar el intento reformista. Este Valle de la Cerda es un autor curioso; veamos algunos datos biográficos que hemos entresacado de los archivos. En 1583, escribió a Felipe II unos *Avisos en materia de Estado y de Guerra para oprimir rebeliones y hacer paces con enemigos armados*, que hizo imprimir en Madrid el año 1599 dirigidos al rey Felipe III, basados en la mucha experiencia recogida en Flandes; a ellos añade otros que presenta al monarca el mismo año y en Valencia⁵⁸. Su ocupación principal de 1583 a 1589 fue

57 Sobre los erarios, destaca la aportación de Ruiz Martín, "La banca en España hasta 1782", 62-96. Igualmente, Díaz de Díaz Fernández y Estapé, "La creación de erarios públicos en España", 41-52. Por último, también Domínguez Ortiz, *Política y Hacienda de Felipe IV*, 22-23.

58 BNM, ms. 994, f. 2v.

CAPÍTULO 6

descifrar mensajes sin contracifra procedentes del reino de Inglaterra, tarea que prosiguió aunque ensanchado el ámbito geográfico, una vez de regreso a España. En 1592 fue nombrado por Felipe II contador del Consejo de la Santa Cruzada, en atención a sus méritos, tarea que vino ejerciendo hasta 1604⁵⁹. Por supuesto, se dedicó en sus ratos de ocio a promover los erarios y montes de piedad⁶⁰, ampliando las ideas de Oudegherste y combatiendo a sus muchos detractores, como don Juan de Idiáquez y don Juan de Zúñiga, y por supuesto, los asentistas genoveses⁶¹, siendo defendidos por importantes autores como Cello-rigo; el reparo principal que se ponía al proyecto era cómo hallar el capital constitutivo. Paralelamente, Pedro de Miranda Salón expuso en diciembre de 1599 sus ideas sobre los erarios y los montes de piedad⁶². Las Cortes ordenaron la impresión del memorial de Valle de la Cerda en 1599⁶³, a cambio de suprimir el servicio de los millones. En diversas circunstancias volvieron a insistir al rey para que fundara los erarios, pero sin éxito.

La Junta de Reformatión olivarista aceptó el proyecto con modificaciones⁶⁴. En 1623 fue publicada una real cédula sobre el caso. Se insistía en canalizar el ahorro de los que más poseían en proporción a sus haberes, creando una contribución forzosa de un vigésimo de todo el caudal de particulares. Los depositantes serían compensados con censos perpetuos al 3%; a cambio, se suprimían alcabalas, millones y otros impuestos. Todo ello se pensó bastaría para mantener una fuerza de 30.000 soldados. La mayor parte de las ciudades en Cortes criticaron el proyecto, destacando en su visión negativa Lisón y Biedma. La oligarquía urbana y la nobleza eran totalmente contrarias a cualquier impuesto directo disfrazado, como era éste, y temían la voracidad de la corona ante las graves necesidades hacendísticas⁶⁵. Era imposible que este proyecto, por bueno que fuera, saliese ade-

59 *Ibidem*, f. 4.

60 Extrañamente, Valle escribe en el memorial de sus servicios (*ibidem*, f. 3v) que Oudegherste murió en 1605, lo que contrasta con otros testimonios.

61 Ruiz Martín, "La banca en España hasta 1782", 67.

62 *Ibidem*, 70.

63 Díaz de Díaz Fernández y Estapé, "La creación de erarios públicos en España", 46.

64 Sobre los erarios en los años veinte, Ruiz Martín, "La banca en España hasta 1782", 72-96.

65 Elliott, "El programa de Olivares", 356.

lante, dadas las circunstancias. Las Cortes pidieron que el monarca financiara los erarios y los montes con sus propios fondos, a cambio de lo cual concederían nuevos impuestos (millones). Felipe IV acepta, pero sin entusiasmo, en 1626. Como la corona carecía de recursos, los erarios no pudieron tener operatividad. Lo mismo le pasó al monte de piedad de Madrid.

Entre los escritores y tratadistas, cundía la división. Si Cellorigo, fray Juan de Castro, Gerardo Basso, Jerónimo de Ceballos a Fernández Navarrete defendieron a la entidad⁶⁶, otros como el citado Lisón o como el marqués de Estepa, le opusieron fuertes reticencias. En fin, la cosa quedó en nada, pero no desapareció el proyecto, cuya discusión se reaviva en 1662⁶⁷.

Los territorios forales también argumentaron sobre el particular. El síndico Juan Ochoa de Arriola, de Bilbao, exhibió la real orden para establecer en el Señorío una “Casa de Erario”. Después de haber debatido el asunto, y según el parecer de varios letrados, se determinó que la orden no afectaba a Vizcaya “por ser provincia distinta y separada por diferentes leyes y fueros”⁶⁸, solicitando que Felipe IV y el Consejo Real eximieran al señorío de tal establecimiento. La inanidad del nuevo organismo hizo inútil la oposición vizcaína.

Struzzi, entendido en temas flamencos y al tanto de las idas y venidas de Valle de la Cerda, mete baza (cómo no) sugiriendo una alternativa al plan. Antes de que apareciese la real cédula – es decir, cuando se airearon los artículos de la Junta de Reформación en el año 23 –, escribe un memorial dirigido como otros muchos a la real persona, en el que expone su parecer sobre los erarios y los montes de piedad⁶⁹.

La propuesta del italiano viene envuelta entre seguridades de que no se trata de un arbitrio novedoso, sino fundamentado en ejemplos antiguos, porque las novedades suelen traer inconvenientes. La excusa de siempre. Sin embargo, una vez más, Struzzi pretende colocar una solución nunca intentada en el reino de Castilla; sus protestas de no desear innovaciones se diluyen a lo largo de las páginas del memorial.

66 Carrera Pujal, *Historia de la economía española*, I, 377 y 514.

67 *Ibidem*, 541.

68 Sagarmínaga, *El gobierno y régimen foral del Señorío de Vizcaya*, 418–419.

69 BNM, ms. 10.441, f. 234–241v.

CAPÍTULO 6

Se trata de allegar recursos para el rey sin que las bolsas de los súbditos se vean molestadas. Los erarios no son una solución viable: sus beneficios se esfuman por las costas de la administración y los peligros que corre en sus donativos e inversiones (dificultades ambas que, es importante decirlo, acabaron con muchas instituciones del género en otras partes), además de que los beneficios pudieran no ser suficientes para cubrir los gastos y a ser posible, terminar el ejercicio con superávit. Por otro lado, las estrecheces hacendísticas, tan apremiantes, vaciarían pronto las disponibilidades en la tesorería de la institución. Además, tal y como se plantea el caso, el erario supone que el rey ha de devolver a sus vasallos las cantidades que estos le conceden, cosa nunca vista en ningún país, y menos en una monarquía absoluta. Hay que determinar que el rey cobre un 3% sobre todas las rentas, sin condición compensatoria, y suprimiendo las cargas a que gravaban a laicos y eclesiásticos (sisas, millones, subsidio y excusado, etc.). Los medios concretos quedan según Struzzi reducidos a tres: sobre los bienes raíces, sobre el comercio y sobre los frutos de la tierra. Los dos primeros casos han de desecharse; el primero, por poco fructífero desde el punto de vista recaudatorio visto el sistema de propiedad imperante, y el segundo, por trabar el libre desenvolvimiento de una actividad esencial para la república. Así, únicamente parece quedar como alternativa un impuesto sobre la renta personal. El rey podrá mandar que cada señor, título, hidalgo y pechero, más los abades, arzobispos, obispos y demás responsables eclesiásticos (salvo las órdenes mendicantes) entreguen una relación por cargo y data (debe y haber) sobre el valor de sus rentas, créditos y acciones respectivas en los últimos cinco años. Los comendadores de hábito de las tres órdenes militares darán asimismo relación jurada por cargo y data de lo que les han valido las encomiendas durante el último lustro. Lo mismo para los que poseen oficios vendibles, los que tienen juros sobre alcabalas, tercias y rentas reales, más los que tienen su dinero empleado en censos y otras rentas sobre casas, tierras de cualquier tipo (de labor o pastos) y propiedades, créditos y acciones: todos deberán declarar sus beneficios. Las casas serán objeto de atención especial, por cuanto son refugio de muchos capitales especulativos; se verán tasadas con un gravamen específico. Únicamente los salarios de los ministros habrán de ser libres de tributación.

Con todo, no ignora el de Parma que esto tiene su buena parte de utopía, pues obligar a declarar a señores y eclesiásticos, entre otros, es poco menos que imposible, y porque las declaraciones sin control serán fraudulentas en un altísimo porcentaje. Tras esta consideración,

se decanta por un medio más eficaz tomado de la *Restauración política* de Sancho de Moncada⁷⁰ y de arbitrios precedentes, a saber, un subsidio en forma de alcabala sobre el trigo antes que sobre la molienda. Se suprimirán conjuntamente millones y sisas, y se eludirán muchos de los asientos que deben contraerse para pagar al ejército, entregando las sumas a la tropa de forma directa. El impuesto se recogerá en cada lugar por funcionarios locales, y podrá cobrarse en dinero o en especie, dado que muchos propietarios perciben sus rentas en cultivos y animales sin que lleguen a monetizarlas. Como característica novedosa, todos los grupos sociales quedarán afectados por la nueva exacción.

Prolongar las características de este recurso alternativo, sería entrar en temas hacendísticos que reservaremos para el próximo capítulo. Quede constancia, pues, de que Struzzi propone sustituir los erarios por una imposición de tipo directo (rentas quinquenales), o a ser posible, indirecta (trigo y centeno). No se trata, como en el caso de las Cortes y de muchos particulares bien situados, de eludir ninguna imposición, antes bien, de hacerla universal, por lo que no cabe achacar al italiano miras egoístas o clasistas (aunque es evidente su defensa del comercio y la industria por razones de sobra conocidas), sino más bien un pensamiento moderno y más justo, dadas por supuesto las circunstancias de tiempo y lugar. Ni los erarios ni la contribución sobre el producto agrario pudieron ser.

Los montes de piedad

Son instituciones diferentes a los erarios, aunque se les suela confundir en su tiempo y después (precisamente, Struzzi, que es defensor de los montes, clama contra la asimilación institucional que sufren popularmente respecto a los erarios). El primer monte nació en Perusa (1462) por iniciativa del monje Bernabé de Terni. Al principio, estaban dirigidos por clérigos, pues la Iglesia suscribía parte sustancial del capital. Como los beneficios no eran suficientes siquiera para el mantenimiento de la institución, hubo que llamar a los particulares, que solicitaron intereses a cambio de sus depósitos. El Concilio de Letrán (1512–17) y la bula de León X conciliaron la doctrina eclesiástica del

70 A Struzzi, que se enfrentó duramente con la Escuela de Toledo, no le duelen prendas en reconocer la oportunidad de la proposición fiscal de Moncada. *Ibidem*, f. 238.

CAPÍTULO 6

interés con las exigencias de los laicos⁷¹; se permite a los montes pedir intereses, pero solo para cubrir los gastos de gestión y administración. De este modo, no pasó mucho tiempo para que se convirtieran en bancos propiamente dichos. Desde Italia, pasaron en el XVI a los Países Bajos, con un carácter casi totalmente laico. La primera idea de su implantación la tuvo Margarita de Parma; tras algunas tentativas de estudio por parte de Alejandro Farnesio, tuvieron que ser los archiduques Alberto e Isabel quienes los creasen en los Países Bajos Católicos. El 9 de enero de 1618, se decreta la erección del primer monte de piedad, en Amberes, y con Wencelas Cobergher como superintendente⁷²; en marzo del mismo año, apareció el reglamento⁷³. Los fondos fueron aportados por abadías y *béguinages*⁷⁴ mediante la constitución de rentas al 6,25%; inicialmente, instituyeron un rédito por préstamos del 15%⁷⁵, moderado si se considera que, como dijimos en el capítulo 2, los ‘lombardos’ o banqueros privados, exigían no menos del 33%; Struzzi nos señala que a comienzos de la década de los veinte, el interés había bajado al 12%, lo que por cierto es bastante similar al porcentaje corriente en las Provincias Unidas, quienes exigían el 16% en 1614, si bien consiguieron pasar al 6% mediado el siglo⁷⁶, mientras que los montes de piedad belgas se estancaron víctimas de la recesión y de las exorbitantes demandas del rey, no obstante que a partir de Amberes, llegaron a extenderse por otras ciudades y villas, trasladándose incluso al Principado de Lieja.

Aragón poseía las Taulas de Canvi desde comienzos del XV. Sin embargo, los intentos de traspaso a Castilla de instituciones como los montes no procedieron de la banca pública catalanoaragonesa, sino de Italia y Flandes. Hemos dicho que el proyecto de Valle de la Cerdá se extendía igualmente a los montes de piedad. Pero ya en el siglo XV se sugiere su adaptación a la Península, como consta por documentos encontrados en el archivo de los duques de Frías⁷⁷. En 1599 aparece un proyecto patrocinado por Diego de Curiel, persona influ-

71 Goldsmied, *Historia de la banca*, 23–24.

72 Brants, *Edits et ordonnances des Pays-Bas*, 89.

73 *Ibidem*, 90.

74 Las ‘béguines’ eran mujeres que se reunían en casas para dedicarse a la oración y la penitencia en común perdida la oportunidad del matrimonio; podríamos decir que llevaban una vida paraconventual.

75 Pirenne, *Histoire de Belgique*, IV, 446.

76 Goldsmith, *Premodern Financial Systems*, 218.

77 Sagredo, “Proyecto de un Monte de Piedad”, 72.

yente en el Burgos de finales del XVI. La finalidad del monte burgalés sería de la ayudar a la decaída ciudad y el campo circundante⁷⁸; su inspiración directa se halla en los ejemplos italianos. De hecho, y como es de suponer, la iglesia no se oponía a la creación de estos bancos, antes al contrario. Autor emblemático, Mateo López Bravo se deshace en alabanzas hacia estos institutos bancarios, por su carácter benéfico y por librar a muchos particulares de la tiranía de las usuras, pudiendo aplicar los capitales a cosas verdaderamente productivas⁷⁹. En 1625 aparecerá el primero en Madrid, de muy corta vida.

Contrariamente a los erarios, Struzzi se muestra del todo a favor de los montes de piedad, por su carácter de verdaderos bancos y por el beneficio social que están haciendo en los Países Bajos Meridionales apoyando la reactivación de los principales sectores económicos (la crisis de la institución en Flandes solo se inicia a mediados de los años treinta), de modo que apoya entusiásticamente su creación⁸⁰. Se inspira en el modelo italiano, en el Banco di Rialto de Venecia (1587) y en el Amsterdamse Wisselbank holandés (1609), junto, por supuesto, al modelo del monte de Amberes. Relacionado por carta con Cobergher, recibe de él la documentación pertinente y la muestra en 1623 al presidente del Consejo de Castilla, haciéndole ver las características y ventajas del nuevo instituto, tras de lo cual se reúne una junta que debate el tema y plantea objeciones a Struzzi, quien va contestándolas puntualmente.

El de Parma alaba las ventajas de los montes porque ni el rey ni las Cortes tienen que poner capital alguno, contrariamente a los erarios; simplemente nombrar a un superintendente a imitación de lo que hicieron los archiduques con Cobergher una vez reunidas las personalidades más representativas de la vida social y política del país. Desestima la idea expuesta por Manuel López Pereira de nombrar un factor o representante, que tomaría por su cuenta la institución mediante fianzas y al que se gratificaría con un porcentaje sobre aquéllas y los beneficios, convirtiendo a los montes en una institución totalmente privada sin las miras sociales que deben presidir su existencia, por cuanto que, como es lógico, los factores mirarán solamente a su beneficio, y no se cumplirá la importante función de sustituir a

78 *Ibidem*.

79 López Bravo, *Del rey y la razón de gobernar*, 275.

80 Su opinión, en BNM, ms. 10.441, f. 239-240.

CAPÍTULO 6

los ‘cambios’ o banca privada y sus onerosos réditos. Por otro lado, mantener los particulares un banco de este tipo, es de un precio muy alto, y lo mismo se puede decir de los erarios: a 12 personas por sucursal, los 63 erarios y montes proyectados hacen un total de 756 personas, cuyos emolumentos se sitúan en los 112.400 ducados anuales, sin contar el alquiler de las casas donde se ubican las sucursales en espera de fabricar las sedes definitivas y propias. Es, por lo tanto, aconsejable imitar en todo a Flandes respaldando estas entidades por la Iglesia y las municipalidades, e incluso hacer venir a Wenceslas Cobergher, para que explique a la corte la mejor manera de instalar montes de piedad en Castilla.

Parece que Felipe IV atendió la sugerencia de Struzzi, porque en 1625 se producen dos hechos importantes. El primero, la real orden para que Cobergher se traslade a Madrid a fin de instalar “des Monts de Piété à l'exemple de [...] mes pays de par delà”⁸¹; si no puede pasar a la corte, que por lo menos envíe por escrito los medios para establecer los montes y un modelo de casa para Madrid. Sea una cosa o sea la otra, nos encontramos con que en el mismo año, se funda un monte de piedad en la capital española a instigación de Struzzi y por sugerencia de la Junta de Población (que, recordémoslo, estaba presidida por Olivares). El ayuntamiento madrileño se negó a crear un monte pío, no obstante la complacencia de Felipe IV⁸². Hay que esperar a 1702 para ver erigirse en la corte española el primer monte de piedad propiamente dicho, al que seguirían en el XVIII varias otras instituciones del mismo género.

Se perdía una nueva y asequible oportunidad de mejora económica. Los acontecimientos de la segunda mitad de la década irán ensombreciendo el punto de vista de Struzzi. Y contra más sabemos del caso, menos nos extraña.

81 AGS, SP, libro 1444, f. 96.

82 Jiménez Salas, *Historia de la asistencia social en España*, 255. El intento de crear un monte de piedad de la capital española, en Sanz García, “Fracaso del Monte de Piedad concejil madrileño”, 193–230.

Hacienda

El papel de la hacienda en el sistema de Struzzi

Las ocupaciones y preocupaciones hacendísticas de Alberto Struzzi son dilatadas en el tiempo. Naturalmente, proveer de dineros al real tesoro y facilitar la prosperidad de los particulares, eran temas de amplia reflexión para muchos de los que escribían sobre cuestiones económicas. Tanto si habla del comercio como de la industria o de la banca, se trasluce lo mucho que el diplomático miraba por el perfeccionamiento del sistema impositivo. Ahí está la clave de todo: en la mejora. Como para otros sectores, nuestro autor es un hombre preocupado por cambiar la estructura fiscal en vigor en España. Pero a diferencia de otros muchos demagogos, simplificar y racionalizar no equivale a dar rienda suelta a la inmunidad fiscal o a la práctica y utópica desaparición de la carga, sino a hacer ésta más llevadera. Que el vasallo ha de ayudar financieramente a su rey, es una verdad elemental, pero que debe arbitrarse un recurso mejor que el existente, lo es tanto o más¹.

En el escritor de Parma se cumple generalmente la división que Elliott y García Sanz han establecido, a saber, que hasta 1627, el afán reformista está muy vivo, sin duda paralelamente a la favorable co-

1 “Esta sola proposición de no agraviar al vasallo basta para no oírles ni darles crédito, porque no puede ser”. BNM, ms. 10.441, f. 44.

CAPÍTULO 7

yuntura agraria², pero también a las perspectivas halagüeñas en materia comercial, industrial y en la coyuntura políticomilitar. Desde 1627, que para Vilar es quizá el más trágico de la historia de la economía española³; pero las décadas centrales del siglo, por no poner sino un solo ejemplo, tampoco son para tomarlas a barato. Se abandona el reformismo y los tratadistas se van especializando en temas puramente fiscales, que hallan relación con el descenso del nivel de las cosechas y el alza de los precios, aunque el fracaso del Báltico, la desastrosa guerra de Italia o la caída de las remesas americanas tengan una parte de culpa nada despreciable. Y no es solo, como se dice, que las necesidades apremiantes de dinero releguen a un segundo término a las demás, es que, como hemos visto en esta obra, la desesperanza de arreglar las cosas abate a los arbitristas, que se concentran en lo que primeramente debe ser salvado. Por eso, los escritos struzzianos de los años treinta son también preferentemente hacendísticos; además, las fuerzas le van faltando al anciano representante de Bruselas y las decepciones por no haber visto plasmados en la realidad sus remedios, se acumulan. El seguir escribiendo hasta 1637 contra toda esperanza, es una cosa verdaderamente insólita y admirable.

De todo lo que produjo, posiblemente sea la hacienda lo menos original (entendiendo que hay sectores que apenas los toca, como la población o la agricultura). Basa sus “adbitrios” en ejemplos sacados de Flandes y en otros escritores, conocidos (como Sancho de Moncada) y olvidados. Pone de su parte un especial interés en la igualdad, en que el noble cargue con su deber fiscal, y en que el comercio y la industria no sean gravados, junto con algunos cambios de detalle, pero poco más. Hasta, como diremos, parece que algunos de sus informes son proposiciones dirigidas desde Bruselas. En fin, es éste el punto menos fuerte de Struzzi. Pero si no podemos decir que se adelante a su tiempo como en las ideas sobre el comercio, el equilibrio, etc., tampoco queda por detrás de sus contemporáneos. Ni en las denuncias sobre la ineficacia del sistema, ni en las soluciones, más radicales que las de muchos compañeros de menester.

La estructura de las reales finanzas es caótica: enormes dificultades y molestias en el cobro, gastos de exacción muy onerosos (especialmente en las alcabalas, tercias y millones, amén de las rentas) que

2 García Sanz, “Coyuntura económica y proyectos de reforma”.

3 Vilar, “Formes et tendances de l’opposition sous Olivares”, 280.

disminuyen el rendimiento impositivo, desigualdades sociales y gravámenes tan altos y tan mal distribuidos que desaniman a los labradores, haciéndoles abandonar la tierra, y a los oficiales y comerciantes, disuadiéndoles de continuar en su especialidad. Los precios de las materias primas suben, los jornales crecen, y los precios para el consumidor se incrementan asimismo, convirtiendo en prohibitivos muchos bienes esenciales y matando la competitividad frente a los rivales⁴: tal es el resultado de una fiscalidad alocada que busca el beneficio inmediato a expensas del común y de una planificación a largo plazo. Ni siquiera se podrá mantener el conflicto que tanto desean los reputacionistas con las Provincias Unidas, porque apenas va a haber con qué. Males condenados por Struzzi que sintonizan con denuncias muy similares de sus coetáneos, lo que nos muestra una amplia conciencia colectiva que exigía una transformación radical⁵, aunque muchos – en especial, los reformistas de más crédito – deseaban mantener las rentas de la corona, juzgadas de por sí insuficientes⁶. Probablemente, el escritor más representativo de toda esta actitud un tanto contradictoria sea Fernando Alvarez de Toledo, quien para 1601 determina las características básicas de todo sistema fiscal⁷.

Struzzi pretende que el aparato tributario consiga tres fines: remediar las necesidades forzosas de la corona, desempeñar el real patrimonio, y mejorar (o facilitar) la fortuna del reino. Esa triple finalidad se reduce a su parecer en un solo punto, “que es tomar ánimo y resolución”⁸ para acometer las reformas. Toda esta ideología, ciertamente implícita en Castilla, se corresponde con la que existe en Flandes. Pero Struzzi difiere en ciertos puntos: pretende implantar por vía de repartimiento, y a imitación de los Países Bajos, un sistema mucho más igualitario que el de los arbitristas castellanos, y desea fomentar el sistema flamenco de concesiones prorrogables en vez de aportaciones constantes, práctica común en aquellas tierras desde 1600. Luego, el contacto con la realidad peninsular y el prurito de deshacerse de las críticas de sus rivales, le obligan a transformar o matizar ambas propuestas. De hecho, como en lo demás, nuestro

4 BNM, ms. 10.441, f. 50.

5 Sureda Carrión, *La Hacienda castellana*, 160–161. Para la descripción del mecanismo, ver García Nieto, “El sistema fiscal de la monarquía de Felipe IV”, 257–332.

6 Sureda Carrión, *La Hacienda castellana*, 99.

7 *Ibidem*, 166.

8 BNM, ms. 10.441, f. 53v.

CAPÍTULO 7

hombre tuvo que defenderse a menudo de la acusación de ser ‘novedoso’ fiscalmente hablando; no lo niega, pero señala que siempre se ha apoyado en ejemplos de fuera que funcionan con éxito, y que si bien se considera, todos los arbitrios que se proponen y ejecutan por aquellos días, son novedades⁹.

Quizá también importada de su experiencia noreuropea, es la concepción que yo llamaría de las dos esferas o estructuras, perceptible en sus escritos. Para Struzzi, los intereses del estado y los de los particulares son paralelos, inexcusables, pero esencialmente autónomos. Funcionan a su manera, con un único lazo de unión: los impuestos y servicios de orden personal debidos al monarca, y la obligación que tiene éste de buscar la libertad y la paz en su reino. Esquematiizando para mejor comprensión, nos hallamos con lo expuesto en el cuadro siguiente:

Esquema 3

Según esta concepción, las actividades relacionadas con el comercio y las manufacturas han de mantenerse exentas tributariamente, rigiéndose por leyes naturales y espontáneas. Por contra, la agricultura deberá sostener, junto a los que viven de ella, las necesidades financieras de la corona¹⁰. El rey ha de ser atendido con los impuestos sacados del campo (a ser posible, reducidos a uno solo); la industria y el comercio por sí mismas generan riqueza y población, con lo que su cometido social se cumple más que satisfactoriamente. No hace falta pues que sean tasadas. De este modo, Struzzi podría declamar

9 *Ibidem*, f. 70.

10 “La cultivación debe ser el principal fundamento de donde se han de sacar los subsidios”. *Ibidem*, f. 45.

calderonianamente que al rey, la hacienda (agraria) y la vida se han de dar, pero el comercio y las artes son patrimonio de los vasallos. Un marcado agrarismo y una muy peculiar fisiocracia los propuestos: coincide con Quesnay en que es preciso descargar el peso fiscal en el sector primario eludiendo los otros, pero difiere en que ni el comercio ni las manufacturas son 'estériles' (al revés), y en que el dinero captado por la corona solo sirve a las necesidades propias del monarca, no al bien común; éste ya se lo buscan y lo hallan los particulares por su cuenta con solo dejarse llevar por las normas emanadas de la naturaleza. El estado carece para Struzzi de cualquier papel redistribuidor de riqueza por vía de la hacienda; en tanto que absoluto, el monarca utiliza los ingresos únicamente para atender a sus gastos. Otra cosa, y en nada contradictoria con lo anterior, es que el dispendio será aplicado al sustento de la paz y la libertad generales por un lado, y de la reputación regia por otro; con esto hay que cumplir inexcusablemente. El soberano ha de evitar, por ejemplo, enfrascarse en guerras innecesarias, y muchas lo son. De este modo, todo vuelve a casar en el sistema struzziano: paz, libertad, reputación, riqueza, y fisco.

Claro que es inútil lamentarse por tanto gasto. La hacienda está empeñada desde tiempos del emperador¹¹, y por múltiples conceptos: elección de Carlos V a Rey de Romanos, guerras de Alemania e Italia, lucha contra el turco, armadas para Europa y las dos Indias, expedición de Inglaterra, ejército enviado a Francia para ayudar a la Liga, el costosísimo ejército de Flandes, hospedajes, casamientos, mercedes más que liberales, etc. Así es como se han ido entrapando las reales finanzas. Pero guste o no, esas deudas hay que pagarlas, así que arbitremos los medios más idóneos, y una vez desentrapados el rey y el reino, podrán reflorar la prosperidad material (esfera primera), y la gloria de la monarquía (esfera segunda).

Caso curioso donde los haya de 'democracia fiscal': llega a pedir hacia 1630 que, puesto que sobre los vasallos recaen las imposiciones tributarias, ellos deben ser quienes decidan cómo pagarlas mejor, a imitación de los romanos, los cuales cuando querían proveer alguna ley, hacían publicarla primero para que la población la leyese y comentase¹². Pienso que la única lectura que puede hacerse de este comentario, es que Struzzi desea dar todavía un mayor protagonismo

11 *Ibidem*, f. 50.

12 *Ibidem*, f. 288.

CAPÍTULO 7

a los representantes del pueblo, o sea, a las Cortes (y no era pequeño el que tenían), pero también a los arbitristas como él, a los que ofrecen soluciones. Pagaremos al rey porque es nuestro deber, pero lo haremos como mejor nos convenga tras decisión común basada en el asesoramiento de los contribuyentes más capacitados.

Todos los puntos doctrinales del ramo de la hacienda se desarrollan en fases cronológicas y temáticas que vamos a especificar aquí. La primera intervención de reseña que hace es su parecer contrario a los erarios, y su sustitución por otro medio más eficaz y menos gravoso. Sobre el modelo flamenco, se le ocurre la iniciativa de aplicar a Castilla el llamado subsidio del veinteno, o del centésimo dinero, que se corresponde a un quinto de las rentas. Sugiere varias posibles fuentes para la imposición: primero, los bienes muebles, luego el comercio, y finalmente, las rentas. A duras penas se sacaría gran utilidad de lo primero. El comercio no ha de ser tocado sin un horroroso perjuicio para la república. Queda pues el gravamen sobre las rentas, sean de bienes inmuebles (tierras, casas), de capitales (juros) y/o del trabajo (funcionarios). Este es el mejor, y Struzzi estaba convencido de su eficacia en el señorializado reino castellano; las Cortes, por su parte, no se atrevieron a apoyarlo durante mucho tiempo al entrometerse poderosos intereses creados. Todo parece indicar, como dijimos arriba, que Struzzi obra a impulsos de una fuerza exterior, posiblemente un deseo de uniformizar los sistemas fiscales de los Países Bajos y España que apoyarían Isabel Clara, Spinola y alguno de los consejeros de la corte bruselense. Lo que no obsta para que el de Parma llegue a proponer extremos que el mismo gobierno de Flandes reprobaría.

Después, en el mismo sentido unitarista, se le ocurre montar una peculiar Unión de Armas de la que quedan excluidos el reino de Navarra y los dominios de la corona catalanoaragonesa, y en la que se impondrían cuotas proporcionales de dinero y hombres a las diferentes partes del imperio comprendidas en el plan; ya lo comentamos en el capítulo 3, y no merece la pena volver en adelante sobre ello. Inspirado en Sancho de Moncada, propone un subsidio cuya base será un impuesto sobre el consumo del trigo, la cebada y el centeno; su forma será de alcabala encabezada por las Cortes en función de la riqueza de cada cual, que subrogaría a las otras cargas fiscales. La asamblea lo rechazó una y otra vez en los años veinte y treinta. Acto seguido, planea establecer en Castilla la capitación del Brabante según el modelo ejecutado en 1631 para pagar a la gente de guerra establecida en las guarniciones del País. Ni se habló del caso en el

Reino. Por último, se pronuncia sobre el medio dozavo, que impone un gravamen sobre artículos comerciales. De hecho, las Cortes acaban retirando el arbitrio a instancias de los consejos de Struzzi.

Digna de reseña es su preocupación porque se exima tributariamente al sector secundario y al tráfico mercantil, lo que concuerda con su sistema a las mil maravillas. Es una preocupación de sesgo clasista, pero éste se muestra subyacente. Quiero decir que Struzzi no es un cínico ni le ciega el egoísmo de clase, sino que trata con honestidad de fundar un sistema cuyo eje principal sea el comercio libre y el consumo, gravemente afectados de arbitrarse imposiciones sobre ellos. Los mercaderes y los banqueros son para él, lo sabemos de memoria ya, “el sumo bien y quinto elemento”¹³, y como tales, nada debe afectarles. Por contra, la agricultura genera frutos abundantes, es el verdadero sector primario atendiendo a los grupos sociales que encierra y a la porción que lleva al producto interior, suficiente en cualquier caso y circunstancia para mantener al estado y al ejército.

Considerado temáticamente, nos encontramos con un conjunto de propuestas que constituirán en adelante los siguientes apartados de este capítulo.

La deuda pública. Los censos

A los juros y asientos los contempla Struzzi como el resultado inevitable de los compromisos internacionales de la corona. En este sentido, opta por su desaparición a la par que los conflictos bélicos. Cuando esto no es posible por las órdenes recibidas de Bruselas para que sugiera ante Felipe IV la guerra ofensiva por tierra, por la multiplicidad de escenarios de guerra o por la urgencia patriótica de recaudar fondos, nuestro hombre busca un medio todo lo ‘suave’ posible. Así, propugna en 1628 que los asientos se negocien directa y exclusivamente en Flandes, sin que España ejerza de intermediario en ningún sentido (hasta entonces, estas operaciones se efectuaban en Bruselas-Amberes o en Madrid, con el pago de principal e intereses afectado a rentas peninsulares). Bastará una persona autorizada, como alguien del Magistrado de Amberes, que represente al rey en los tratos con los hombres de negocios; de este modo, se evitarán

13 *Ibidem*, f. 289v.

CAPÍTULO 7

las idas y venidas de medios de pago entre España y los Países Bajos, con su cohorte de intereses y adehalas, y la intermediación de tanto banquero. Todo esto será posible, según el de Parma, gracias a un crédito otorgado por vía de un factor general, que satisfaga asientos y todo tipo de pagos. La tasa de cambio de moneda de que gozaban los asentistas, se reducirá entre las plazas españolas y flamencas, al igual que sus réditos insoportables¹⁴. Struzzi quiere crear, según deducimos, una especie de tesorero general encargado de la entrega del dinero a los tercios sobre órdenes de pago emanadas de Madrid. El mismo sistema podría aplicarse a los otros dominios de Su Majestad donde hiciera falta pagar al ejército (es decir, todos los demás).

A falta de especificación, y aunque los años 1627–28 son aptos para intentar una reforma de este tipo como consecuencia de la crisis y más concretamente de la suspensión de pagos y del Medio General que se espera llegue pronto, mal se ve cómo el rey podía, dadas las circunstancias, deshacerse de los asentistas, fueran genoveses, belgas o judíos de Portugal, con el agravante de la desconfianza en algunos círculos de la corte ante toda iniciativa que parta de los Países obedientes. No era poco soportar la independencia de criterio de Isabel Clara, Spinola y bastantes de los comerciantes asentados en aquellas provincias. Solo el tratado de 1630 con Inglaterra alivia parcialmente las cosas. En resumen, aún considerando loable el intento del parmesano en pro de arrimar el ascua a la sardina de sus representados a costa de su alianza con los judíos y los lusitanos, el sistema de asientos estaba lo suficientemente desarrollado y era tan indispensable, a pesar de sus grandes defectos, que se rechazó su opinión. (Y conste que no era la peor de las opciones a tomar; de hecho se intentará algo parecido una vez muerto Struzzi. Pero tratar de todo eso requeriría un libro.)

Respecto a los censos, más bien se conforma con su existencia, pero concibe como una solución más óptima, los montes de piedad. Creo que es uno de los poquísimos autores que no lanza rayos y centellas contra una forma de crédito menos desafortunada de lo que se ha venido diciendo casi siempre, y que solo hoy empieza a hacersele la justicia que le era debida¹⁵.

14 BRB, ms. 15.436–53, f. 277.

15 Autores como Emiliano Fernández de Pinedo y Bartolomé Bennassar nos están cambiando la imagen tradicional del censo. Fernández de Pinedo, “Actitudes del campesino parcelario propietario”, 371–380. Asimismo, Bennassar, “De nuevo sobre los censos e inversiones”, 81.

Impuestos sobre el tráfico y consumo

Como alcabalas y millones afectan al comercio y a la industria por su misma entidad, es lógico que Struzzi combata a ambos con dureza. Veíamos en el tema del comercio de qué manera les hace responsables de casi todos los males de la economía nacional. Las aduanas salen igual de malparadas, nos consta. Su abolición y relevo por otras figuras era cosa de desear, o como mínimo, una sustancial mengua de las respectivas tarifas unitarias y aranceles. Para evitar todo este tinglado irracional, caro y poco productivo, el italiano propone arbitrios como el centésimo o la alcabala sobre el trigo. Pensaba, creo, en la escasa viabilidad de las imposiciones sobre compraventas y tránsitos cuando el nivel de autoconsumo era muy respetable todavía, por lo que el rendimiento de esas figuras fiscales raramente podía ser abultado. Pero no he encontrado tal consideración en sus escritos.

Su postura es justa. Los historiadores de la hacienda en el siglo XVII nos advierten sobre el impacto negativo de unos tributos que recaían sobre todo en el desvalido, ahorrando molestias a los poderosos. Mientras que las alcabalas seguían petrificadas, el impopular servicio de millones fue pagado desde 1611 hasta 1632 a razón de dos millones de ducados anuales, y desde entonces, se aumentó a cuatro; aparte, en ese mismo año 32 se crea el servicio de los dos millones y medio, y en 1634 se acuerda el servicio de los nueve millones pagaderos en plata y en el plazo de tres años, sistema que fue prorrogándose a lo largo del siglo¹⁶. A esto se añade esporádicamente desde 1626 un impuesto de doce millones en seis anualidades¹⁷. El motivo de cebarse en esta figura reside en su naturaleza de carga socialmente diversificada, y en que se pensaba que la sisa era el método recaudatorio más suave e insensible frente a los subsidios personales. Pero tampoco se podían recargar las tintas. Cuando el 3 de enero de 1631, junto con la abolición temporal de los millones¹⁸ se aprueba el estanco de la sal, solo va a conseguirse una recrudescencia del malestar entre los pecheros, que acabará en ocasiones trágicamente (revuelta de Vizcaya).

Además de otras soluciones ofrecidas por nuestro arbitrista a las Cortes que comentaremos en otros epígrafes, su última gran inter-

16 Sureda Carrión, "La Hacienda castellana", 157.

17 *Ibidem*.

18 Elliott, *The Count-Duke of Olivares*, 425.

CAPÍTULO 7

vención en contra de este tipo de impuestos tuvo lugar cuando quiso implantarse una nueva sisa (por si hubiera pocas), la del “medio dozavo de la vara de medir”, siempre, por supuesto, con la finalidad de cubrir el servicio que va a concederse al rey en 1632. Consiste básicamente en un 4,34% sobre los tejidos, estimándose que podría rendir 600.000 ducados¹⁹. Para regular el impuesto, se ordenó que los mercaderes tuviesen libro particular de registro en el cual se asentase la calidad y entidad de las mercancías, comprador, y precio de la venta, para que en su momento se pudiera saber lo que se debe al rey, más el volumen de mercaderías traficado²⁰. En principio, cada transacción implicaría el abono de la sisa, de modo que por el principio de la traslación del impuesto, el último comprador (el consumidor corriente, para entendernos) sería el más perjudicado. Afectaría a todas las importaciones y exportaciones de cualquier lugar, es decir, en la Península como en los dominios europeos y americanos, o respecto a países terceros. No se exceptúa ninguna obra textil (paños, tapices, ...).

Ya está siendo vano decirlo, pero otro ministro real se dirige a la residencia de nuestro arbitrista para pedirle consejo sobre la conveniencia y características que deberá poseer el medio dozavo²¹. La respuesta se encuentra en un memorial *ad hoc*²². Aunque parece cumplirse el principio tan buscado por la sociedad de que el rico y el pobre paguen en función de sus haberes y rentas, el impuesto es contraproducente por una serie de graves defectos. Primero, en virtud de la referida traslación, fenómeno que percibe claramente, los más damnificados van a ser los consumidores. Luego, el tener que asentar las operaciones en un libro, será fuente de problemas y fraudes. Primero, porque obliga a incrementar la ya abundantísima burocracia estatal con una multitud de inspectores y registradores de las transacciones. Después, porque los mercaderes, atentos a la ganancia, incumplirán los registros o los falsearán; en cualquier caso, el comercio y la producción se verán desanimados. Las operaciones de compraventa a plazo se resentirán igualmente. En sí mismo, el registro es una operación costosa en tiempo y esfuerzos; aparte lo cual, obligará

19 Artola, *La Hacienda del Antiguo Régimen*, 132.

20 BNM, ms. 10.441, f. 288.

21 *Ibidem*, f. 289v: “Estas advertencias ha hecho el dicho Struzzi a instancia de un ministro de Su Majestad deseoso de que se le proponga medios los más suaves [...] para asentar la ejecución de este tributo”.

22 *Ibidem*, f. 288–290.

a los tratantes de más enjundia (exportadores e importadores), dado su volumen de negocios, a contratar a un contable solo para estas operaciones, pues bastante tienen con sus quehaceres profesionales²³.

Struzzi, ambigualmente, proclama la necesidad de reformar en sustancia los términos de cobranza de esta sisa, para acabar al final de la memoria recomendando su práctica supresión. Los remedios que ve al asunto han de pasar porque el fabricante o el comerciante-empresario lleven a registrar todo paño en el momento de su elaboración y tintado (si hubiese lugar), abonando el derecho correspondiente y quedando libres de ajustarse luego con la clientela a su libre opción. En resumen, el impuesto se cobrará sobre el industrial y/o el comerciante en grueso que adquiere el producto, dejando libres de registro y pago al resto de los vendedores.

Las mercancías extranjeras quedarán sujetas al mismo principio, solo que su registro ya se hace en la aduana. El género de Castilla dirigido a la exportación, tanto para Europa como para las Indias, deberá quedar exento del medio dozavo, teniendo en cuenta que las alcabalas van a permanecer, y que por consiguiente, encarecerán mucho los artículos en su salida (pensando, por supuesto, en las telas de lino que salen de Flandes a Sevilla y de ahí pasan a América). Lo mismo debería hacerse para las tapicerías que se traen de Flandes o Francia. Con este sistema el comercio no sufrirá de restricciones ni dilaciones, que es lo que se pretende. Si se desprecian sus recomendaciones, augura Struzzi (como cualquier arbitrista que se precie) que el medio dozavo será dificultoso y desaparecerá por impracticable al descomponer el trato y contrato.

No obstante la reforma señalada, a la sisa del medio dozavo “no han de faltar dificultades”; nada podrá impedir que con este medio el tráfico y consumo de las lanas, sedas y tapices pierda competitividad y la clientela se retraiga²⁴. Enemigo de las imposiciones de este tipo, el italiano sugiere como solución final y verdadera que se evacúen consultas con los mercaderes y fabricantes de más peso en el reino, para que señalen sus alternativas, si las hubiere.

El profesor Artola declara ignorar la razón por la que se suprimió la citada sisa; ahora, podemos apreciar que fue la crítica de Struzzi

23 Paradójicamente, esta misma exigencia fue la que provocó el gran desarrollo de la contabilidad en Italia, que abocaría en la invención de la partida doble durante el siglo XIV.

24 El comprador “se irá a la mano en no gastar como solía”. *Ibidem*, f. 290.

quien indujo de algún modo al monarca y al reino a suprimirla, lo que se hizo por acuerdo del 28 de septiembre de 1634²⁵. La suplió un conjunto de derechos de rendimiento corto: impuesto sobre la venta de azúcar, conservas, papel, pescados frescos y salados, chocolate y el estanco del tabaco²⁶. No consigue el de Parma que monarca y reino abandonen los impuestos sobre el consumo y compraventa, pero sí parecen hacerle caso en lo que cargar el derecho sobre el primer comprador. Es que había que encontrar recursos por donde fuera para cumplir con el compromiso adquirido con el rey para abastecerle de los millones que precisan sus campañas, recrecidas en comparación con años anteriores. De hecho, y a pesar de todas las iniciativas en su contra, las cargas sobre el consumo serán el sustento fiscal de la Castilla del XVII. Egoísmos de grupo y apuros de la corona, inducirán conjuntamente este resultado. Salieron derrotados, pues, los impuestos sobre el patrimonio y sobre las rentas. Bien le constó a Struzzi todo esto en sus últimos años.

El vigésimo sobre los bienes raíces

Posible – más que eso, probable – fruto de una orden de Bruselas, el derecho sobre el vigésimo (también llamado impuesto del quinto, o del centésimo dinero) casa perfectamente con las aspiraciones de Struzzi en el sentido de terminar con los impuestos indirectos. En parte, este afán era compartido por las Cortes castellanas, que desde su convocatoria en 1623 van dedicando sus esfuerzos más denodados a encontrar soluciones para el problema fiscal. Primero, se les ocurre discutir todo tipo de arbitrios. Así, se trata de la proposición de don Fernando de Toledo para sustituir la alcabala y los millones por un impuesto de cuatro maravedís sobre cada pan de dos libras, gravando los artículos de lujo, más los juros, rentas y oficios concedidos por merced en los últimos treinta años²⁷. Por otro lado, se desechó de nuevo el impuesto sobre la harina, que desde fines del XVI se venía intentando subrogar por los odiados millones²⁸. También se discutieron impuestos sobre juros y censos, salarios de cargos y oficios reales,

25 Artola, *La Hacienda del Antiguo Régimen*, 132.

26 *Ibidem*, 133–134.

27 Domínguez Ortiz, *Política y Hacienda de Felipe IV*, 23.

28 *Ibidem*.

mercedes, rentas de las Ordenes Militares, sedas y tapices, papel y libros, etc. En este ambiente de discusión subida, era fácil que Struzzi pudiera colocar un memorial; junto con la impresión del *Diálogo sobre el Comercio*, logrará que el reino discuta su papel acerca del vigésimo sobre los bienes raíces. Un éxito completo, desde luego. Solo que los resultados inmediatos son magros, porque lo único que hicieron las Cortes sería duplicar el servicio de millones y pasar al tema de los erarios y montes de piedad. Lejos del desánimo, seguirá pregonando a quien quisiera oírle, y hasta el final de sus días, las ventajas de la fiscalidad directa, aunque hemos dicho que simpatizó tanto con el vigésimo dinero, como con el gravamen sobre la producción agrícola.

El proyecto que vamos a analizar lo presentó a la Junta Grande de Reformación, la cual se lo pasa a las Cortes²⁹, que ponen varias objeciones a las que va respondiendo. El mayor énfasis en la defensa del plan lo pone el italiano en el año 1625, por razones fácilmente explicables. Se trata del *annus mirabilis* de las armas españolas, como lo ha calificado Elliott. Se ha tomado Breda, don Fadrique de Toledo derrota a los rebeldes en aguas portuguesas y caribeñas, y el ataque inglés a Cádiz en noviembre ha resultado un completo fracaso. Felipe IV es ahora Felipe el Grande³⁰. España hierve en fervor patriótico. Las victorias en el exterior son buena cosa, pero haberse deshecho del peligro en el propio país, es algo sencillamente extraordinario desde cualquier punto de vista que se mire. Opino que desde 1625 no había alcanzado tanta intensidad el amor patrio³¹, y que solo volverá a sentirse algo parecido en 1635. Con coraje y habilidad, se ha expulsado a los invasores; es, en pequeño, una guerra de liberación, la más sentida por todos los pueblos en todos los tiempos. Struzzi queda contagiado por el entusiasmo, y de qué manera. No se encuentran tales acentos en los otros memoriales de un hombre que como éste, difícilmente se entrega a las emociones, pero que es perseverante y animoso como pocos. El rey necesita de nuestro brazo y nuestra bolsa: oigamos la llamada. Ese es el mensaje del memorial en defensa de su arbitrio.

29 BNM, ms. 10.441, f. 51.

30 Elliott, *The Count-Duke of Olivares*, 241.

31 Claro que el ataque de Francis Drake fue victorioso para él. Suscitó emoción entre los castellanos, pero fue acompañada de un lógico gran pesar. En 1625, las cosas serían muy distintas.

CAPÍTULO 7

Abiertamente confiesa el de Parma su inspiración en las imposiciones del duque de Alba y en el sistema financiero adoptado por los Estados de los Países Bajos Meridionales desde comienzos del XVII, pero reformándolo todo según un modelo propio que a su juicio es más acorde con el caso de Castilla. Reforma que será insoportable a los oligarcas mesetarios y del sur. Para enmarcarlo, diré que respecto a los Países Bajos, en 1569–72 se impuso la decena, o diez por ciento de la venta de mercaderías de consumo y otros bienes muebles; también aparece el vigésimo, un 5% sobre la venta de bienes inmuebles, obra de Alba para aliviar al tesoro español y unificar las cargas tributarias de los Países obedientes, encontrando gran repulsa en todas las clases sociales³². Finalmente, los Estados consiguieron recobrar su preeminencia, y desde 1580 controlaron de nuevo los impuestos. En 1590 se instituye oficiosamente el sistema de donativos anuales, sobre el sistema de repartición casi siempre. Para 1600, considerando que las sisas ejercían una perniciosa influencia sobre los precios, el Parlamento logra que se le permita organizar a su manera la recaudación de los donativos³³. Únicamente los subsidios tendrán carácter ocasional. Desde 1601, la mayor parte de los ingresos reales de los dominios del norte provendrán de los citados donativos³⁴. En 1631, otra de las veces que vuelve Struzzi a la carga en pro de esta figura, señala la oportunidad de inspirarse en lo que hicieron los Estados de Brabante para dotarse de fondos con los que pagar a la gente de guerra establecida en las guarniciones brabanzonas³⁵; sugiere directamente la aplicación del método en tierras castellanas³⁶. Todo el mundo debe pagar; en la derrama se verá implicada cualquier categoría social y profesional sin excepción. Asimismo, serán sujetos de tributación las mujeres casadas (a las que se grava con el décimo de lo que paguen sus esposos), las viudas (contribuyendo con la mitad de lo que pagarían sus difuntos), los niños mayores de 12 años, y hasta los menores, en proporción a la cuota de sus padres. Cualquier fraude se castigará además con el triple del importe a satisfacer.

Entre los flamencos tampoco faltaron reformistas que trataron de extraer recursos para hacer frente a la delicada situación. Christophe

32 Todo esto es bastante conocido. Un estudio detallado se encuentra en el artículo de Arnould, “L’impôt sur le capital en Belgique”, 17–45.

33 De Schepper, “La organización de las ‘finanzas’ públicas”, 11–12.

34 *Ibidem*, 15.

35 BNM, ms. 10.441, f. 293.

36 *Ibidem*, f. 42.

HACIENDA

Prevost ideó en 1586 un método según el cual cada hogar sería tasado semanalmente con 4 *patards* (placas); la iniciativa ya se había propuesto en 1625³⁷, y pareció bien a las autoridades. Por otro lado, el mismo Prevost amplió la exacción a ceremonias como bodas, bautizos y entierros, a los fámulos de cada casa, a aquellos que tuvieran un empleo (anticipándose a la media anata), a la extracción de granos cuando la cosecha fuera buena, a la navegación interior, a la agricultura y, en fin, a multitud de sectores y actividades³⁸. La derrama de estas cargas sería necesariamente universal, considerando su diversidad. Como residente en Flandes y miembro de la corte, a Struzzi tuvieron que llegarle las propuestas de Prevost, pero nunca las ha mencionado en concreto.

No es casual que, paralelamente a los memoriales struzzianos, el reino discutiera la viabilidad de asentar el sistema de donativos voluntarios. El primero de ellos se otorgó pronto, en el año 1624, hallando entusiasta continuación el año siguiente³⁹, por causas obvias; se extendió incluso a las Indias. Pero sin dejar el sistema tradicional, como pedía Struzzi, sino añadiéndose a él, la corona vuelve a pedir otro donativo en 1629 con ocasión de la guerra en Italia, solicitud que se recibe con frialdad⁴⁰. En 1632 se da la tercera petición, la más inspirada por el de Parma, que hubo de ser suspendida por las reticencias suscitadas⁴¹. Solo la ruptura de hostilidades con Francia impulsa a los representantes del pueblo castellano a conceder a Felipe IV un nuevo monto de ducados, dirigidos a pagar el servicio de los nueve millones⁴². Como en Flandes, el donativo no tenía nada de ‘voluntario’ a pesar de que oficialmente se le denomine así; en parte, era un mercado de venta de gracias a particulares y corporaciones, y en parte, un impuesto extraordinario sobre el capital⁴³.

Todo un éxito, aunque parcial, el del representante de Isabel Clara y de don Fernando. Como novedad, también las Cortes votaron la instauración de un 5% sobre la renta, dirigido especialmente a los

37 Van Houtte, “A la recherche de ressources fiscales”, 617.

38 *Ibidem*, 618–621.

39 Domínguez Ortiz, *Política y Hacienda de Felipe IV*, 281.

40 *Ibidem*, 282–283.

41 *Ibidem*. Olivares, iluminado por el pamesano, sugerirá que paguen los criados e incluso los niños. Elliott, *The Count-Duke of Olivares*, 438.

42 *Ibidem*, 185.

43 *Ibidem*, 286.

CAPÍTULO 7

rentistas, exentos hasta la fecha⁴⁴. Los intentos más serios, fruto de la instigación de Struzzi, por hacer realidad un impuesto general y proporcional a la renta, se llevaron a cabo entre los años 1636 y 1642, época que exigió una gran centralización de recursos. Así, como una victoria cidiana, logra implantar el medio diezmo o 5% sobre las rentas, algo que con justeza califica don Antonio Domínguez Ortiz como revolucionario⁴⁵. No pasaron, sin embargo, otros arbitrios sobre la producción agraria (segunda querencia de Struzzi), los censos y los alquileres de las casas en las ciudades más populosas⁴⁶. Tras la reforma, se vio que, de todos, los peor parados fueron los detentadores de juros, a quienes se les descontó más del 50% del capital. Era éste un remedio fácil, porque hacer una averiguación de las rentas se contempló poco menos que como una tarea imposible, según adujera en vida nuestro arbitrista. Al final de todo esto, encontramos un primitivo intento de organizar un catastro, un principio de impuesto sobre la renta y la continuación efectiva de los impuestos indirectos como base de la fiscalidad real castellana.

Hora es, tras estos antecedentes, pasar al problema en cuestión, la propuesta de que se implante un tributo sobre los bienes raíces y rentas. Establecidos precedentemente los principios generales y finalidad, solo los queda ir analizando las partes que corresponden al modo en que podrá percibirse el subsidio 'voluntario' por una vez, y prorrogable. Siendo un impuesto sobre la renta, ¿de dónde saldrá la base estadística catastral que lo posibilite? Primero, de las relaciones que existen "de mano en mano" (¡?) sobre las rentas de arzobispos, obispos, duques, marqueses, condes y señores de vasallos⁴⁷, más las relaciones que han de pedirse a todos los particulares referentes a sus rentas provenientes del trabajo, del capital y de los bienes inmuebles. Los títulos (duques, marqueses, condes) y los demás señores de vasallos darán relación jurada firmada con sus nombres o los de sus contadores en la que se declare por cargo y data lo que les han supuesto sus rentas los tres últimos años (en el memorial de 1623 sobre los erarios, recordaremos que sugería los últimos cinco años; la prudencia debió hacerle modificar su parecer primero). Los eclesiás-

44 Artola, *La Hacienda del Antiguo Régimen*, 132.

45 Domínguez Ortiz, *Política fiscal y cambio social*, 90.

46 *Ibidem*.

47 BNM, ms. 10.441, f. 51v. Por si acaso, tomemos esta afirmación con algo de filosofía.

HACIENDA

ticos verán libres de tasación el servicio del excusado por el tiempo que dure. Arzobispos, obispos, abades, pensionarios y cualquier otro eclesiástico, exceptuadas las órdenes mendicantes, curatos y pobres, darán igualmente relaciones por cargo y data firmadas de mano propia o de sus contadores en las que declararán las rentas de los tres últimos años. Los comendadores de las principales Ordenes Militares (Santiago, Alcántara y Calatrava), más de la de San Juan, entregarán la misma relación. Los poseedores de oficios, idéntico a los demas. También serán objeto de percepción fiscal los poseedores de juros sobre alcabalas, rentas reales y tercias, a la vez que las pensiones detentadas. Aquellos que tienen dineros empleados en censos y rentas sobre casas, tierras y otras propiedades, más créditos y acciones – acción toma el sentido de participación de capital en sociedades, no en el sentido de las compañías holandesas o inglesas contemporáneas –, declararán por relación jurada la cantidad que cada uno posee en semejantes inversiones. Los que posean tierras de labor, pastoreaje, bosques y pescaderías, tampoco se verán libres de la declaración, ante la justicia, de sus rentas percibidas los tres últimos años. Sobre las casas grandes se tomará el debido expediente según el modelo alemán. Los depósitos que se cobran por orden de las justicias, los tesoreros y los receptores, pagarán el subsidio a cargo de los propietarios de tales depósitos. (Que se fueran a dar estas relaciones y que en caso de darse fueran correctas, es otro cantar; Struzzi confiaba poco en ello, de ahí su interés por un impuesto sobre la producción agraria.)

Salarios de ministros, muebles, joyas, plata labrada, mayorazgos y bienes raíces “de mucho valor” como palacios y lugares de esparcimiento campestres, junto con las tierras no cultivadas, se verán exentas de la tasa del centésimo dinero, por no obtenerse renta de ellos o ser ésta de escasa importancia. Poniendo un ejemplo, he aquí lo que proporcionalmente se pagará según algunos baremos de renta, y en ducados:

RENTAS	GRAVAMEN
1.000 . . .	10
10.000 . . .	100
100.000 . . .	1.000
1.000.000 . . .	10.000

CAPÍTULO 7

De acuerdo con esto, y siendo las rentas de la tierra por fuerza las más sustanciales, ¿qué superficie puede quedar sujeta a contribución? Struzzi, que “no es amigo de hacer cuentas imaginarias”⁴⁸, ha recabado el concurso de una “cierta persona curiosa”⁴⁹ que le ha ofrecido un cálculo de lo que en toda la monarquía hispánica y algunos países del entorno puede alcanzar la superficie de esas tierras ‘en activo’. Dando un generoso crédito a la seriedad del italiano, vamos a exponer las cantidades que nos ofrece, por constituir una útil base estadística para lo que habría de ser un futuro catastro⁵⁰. Claro que por ese mismo carácter aproximativo, faltan datos esenciales, como por ejemplo la distinción entre bosques, tierras de labor, pastizales, casas, etc., y la población de todos los territorios señalados. Advertir que la superficie viene dada en medidas, que según la conversión de Struzzi, hemos podido transformarlas gracias a la siguiente relación: una medida vale en Castilla a 8,4 áreas, y en Flandes, a 8,5 áreas. Señalaremos igualmente que ofrece algunos datos demográficos, pero en número muy redondos (contrastando con la exactitud de las superficies agrarias objeto de gravamen), por lo que no lo vamos a tener en cuenta⁵¹. El conjunto de los datos se distribuye de la siguiente manera:

48 *Ibidem*, f. 55.

49 *Ibidem*, f. 45.

50 *Ibidem*, f. 45–46.

51 De todos modos, aprovecho esta nota a pie de página para exponer la ratio medida/habitante, que es:

PAIS	HABITANTES	MED./HAB.
Francia	22.000.000	10,0
Inglaterra	16.200.000	5,0
Dinamarca	475.000	40,0
Provincia de Flandes	700.000	2,5

En realidad, la relación medida/habitante francesa debería dar 6 como resultado. Por otra parte, si consideramos que la Península poseía unos 8.300.000 habitantes, su ratio sería de unas 12 medidas. Pero todo esto tiene una importancia relativa: no se tiene en cuenta el factor de la desigual repartición de la tierra y los habitantes, o de la desigualdad de suelos, o del plusproducto retenido por el cultivador, pues se trata de una simple media aritmética. Sin dejar de poner en duda, y termino con esto, la fiabilidad de los datos poblacionales.

HACIENDA

PAIS	MEDIDAS	HECTAREAS
Francia	127.890.000	10.742.760
Inglaterra	81.000.000	6.804.000
Dinamarca	19.000.000	1.596.000
Flandes (condado)	1.750.000	148.750
Brabante	1.000.000	85.000
España peninsular	99.816.000	8.384.544
Portugal	17.640.000	1.481.760
Nápoles	25.580.000	2.148.720
Sicilia	5.880.000	493.920
Milán	2.940.000	246.960

Están ausentes los dominios americanos de España, las Baleares (salvo que se comprendieran en el conjunto de la corona catalanoaragonesa) y las Canarias; asimismo, se desprecian las provincias flamencas de menor entidad. Estas cantidades brutas las hemos desglosado para lo concerniente a la monarquía, quedando Dinamarca, Inglaterra y Francia como simples términos de comparación. El total de España y sus posesiones asciende a 154.606.000 medidas, que corresponden a 12.989.654 hectáreas. No podríamos decir con seguridad si el italiano piensa englobar a los componentes no castellanos en ese futuro catastro con vistas a una imposición general sobre las rentas de la monarquía, o si, como en el caso de los países europeos, solo se trata de un mero contraste. El caso es que vamos a aprovechar la circunstancia para ofrecer un panorama de lo que se consideraba por el italiano y su comunicante tierra utilizada y susceptible de pago en la Europa hispánica. Para la España peninsular, he aquí los datos:

TERRITORIOS	MEDIDAS	HECTAREAS	%
Castilla	44.640.000	3.749.760	44,7
Aragón, Valencia y Cataluña	23.463.000	1.970.892	23,7
León y Galicia	13.220.000	1.110.480	13,2
Andalucía	9.350.000	785.400	9,3
País Vasco	6.533.000	548.772	6,5
Navarra	2.610.000	219.240	2,6
Total	99.816.000	8.384.544	100,0

Llamativo cuadro: regiones amplias en extensión, aportarían proporcionalmente menos que otras donde la agricultura no es la actividad más provechosa, y todo en función de la implícita desigualdad del

CAPÍTULO 7

impuesto con las exenciones que contempla. El ejemplo andaluz es sobremanera elocuente.

Los territorios europeos presentan este panorama:

TERRITORIOS	MEDIDAS	HECTAREAS	%
Nápoles	25.580.000	. . 2.148.720	46,6
Portugal	17.640.000	. . 1.481.760	32,2
Sicilia	5.880.000	. . 493.920	10,7
Milán	2.940.000	. . 246.960	5,4
Flandes	1.750.000	. . 148.750	3,3
Brabante	1.000.000	. . 85.000	1,8
Total	54.790.000	. . 4.605.110	100,0

Comparados ambos cuadros estadísticos, tendremos una significativa muestra de lo que aportarían unos y otros:

TERRITORIOS	MEDIDAS	HECTAREAS	%
España	99.816.000	. 8.384.544 . .	64,5
Dominios europeos	4.790.000	. 4.605.110 . .	35,5
Total	154.606.000	. 12.989.654 . .	100,0

Sorprende la concreción estadística de estas cifras. Pero prosiguiendo nuestro tema, ¿cotizarían todas las tierras únicamente en armonía con su renta (según exclusiva declaración de los propios interesados), o se distribuiría por calidades y usos, considerando a la vez los diferentes costos de explotación? Todo indica que habría de ser lo primero. El primitivismo del expediente salta a la vista, y su desigualdad, no menos, por ventajoso que nos lo quiera poner. Pero también es cierto que se omite la mano de obra asalariada del campo, y la servidumbre; los únicos sujetos fiscales son los grandes, títulos y eclesiásticos de rango superior. Cierto que, por el varias veces aludido principio de traslación del impuesto, los poderosos se lanzarán a la sobreexplotación de sus recursos humanos, más allá incluso de los materiales – se ve que Struzzi buscaba con esta medida fomentar la producción agropecuaria, porque los señores querrían resarcirse de los paños a la hacienda incrementando sus rentas⁵² –. Este apartado es a la fuerza el que más debió molestar en las Cortes y en la clase

52 *Ibidem*, f. 53v.

social alta. Para hablar del siglo XVII, no es la peor de las ideas que se le pudo ocurrir a un reformador fiscal. Por eso lo defiende a capa y espada, incluso en tiempos difíciles cuando el apremio relega a la oscuridad y al olvido medios racionales pero de aplicación más lenta de lo que la guerra demanda. Años después, cuando la evolución de los acontecimientos le dé la espalda a la monarquía y los vasallos estén mucho más alcanzados que en 1625, seguirá creyendo que el centésimo es la solución más correcta, solo sea para hallar medios de mantener el conflicto “hasta que Dios por la divina providencia no lo remedie por vía de una paz general”⁵³.

Un problema nada pequeño sería aplicar ese impuesto en las provincias vascongadas, que gozan de determinadas exenciones fiscales y suelen escudarse tras los fueros para preservar sus intereses formalmente comunitarios. La revuelta de la sal indica hasta qué punto estaba dispuesto el País Vasco a impedir novedades.

Termina Struzzi sus considerandos del año 25 con algunas especificaciones. En primer lugar, la exención debida a mercaderes, hombres de negocios y orfebres, cuya inmunidad es indispensable para la buena marcha económica del reino. Haciendo de la necesidad virtud, dice sagazmente que podrían falsificar con gran facilidad los datos del catastro, y a fin de cuentas, no se conseguiría nada de sustancia salvo incomodar a una clase tan vital. Por contra, las rentas de las clases feudales son tan acomodadas como públicas. Mejor defensa de la burguesía frente a los estamentos privilegiados que la efectuada por este autor, es inimaginable en la Castilla de principios del XVII. Los duques, a pagar, y los tenderos, exentos. Implica una total subversión del orden a la que iban a combatir los de arriba, por la cuenta que les tenía.

Después, Struzzi se entretiene criticando ásperamente la decisión de las Cortes de votar la carga de los doce millones que comentábamos más arriba. Dice el autor que solo se conseguirá aumentar la carga de los vasallos, como la experiencia lo confirma, sin conseguir el desempeño tan anhelado y hacia el que se dan pocos pasos decisivos. El medio de su percepción beneficia al rico y perjudica al pobre, que es mayoría, mientras que con el centésimo, las cosas serían al revés – ¡por eso se muestran tan renuentes las Cortes! –. Otra vez, la burguesía y la nobleza intermedia se escudan detrás de la masa de menesterosos para arrancar privilegios. Con todo, si se aplica como

53 *Ibidem*, f. 105.

CAPÍTULO 7

él dice, no serán los que tienen menos los más dañados por la imposición. Calcula que con el arbitrio de los bienes raíces, al cabo de diez años, el reino de Castilla y su soberano se verán desempeñados y se podrán mantener ejércitos y flotas sin trampas y sin asentistas; lo que vale para Castilla, vale para las diversas posesiones de la corona en Europa, que al modo castellano, han de endeudarse fuertemente y acudir a expedientes dañosos a fin de poder pagar su cuota, oprimiendo al conjunto del tercer estado. En este sentido, hace una apología de napolitanos, milaneses y las gentes de Sicilia como sufridos contribuyentes⁵⁴.

De las coletillas apologéticas del tema principal, terminaremos con la reseña que hace de la nueva situación de los detentadores de juros tras aplicarse el vigésimo sobre los bienes y rentas. Decir que no conviene alterar las cosas porque hay muchos propietarios laicos y eclesiásticos de estas rentas fijas, implica diferir soluciones al problema del desempeño y la normalización hacendística. Pero hay varias salidas airoas para obviar el supuesto conflicto. A los juristas se les entregarán principal e intereses en censos consignativos, con lo que saldrán ganando, pues cada vez hay más juros sin cabimiento que obligan a venderlos, hasta por menos de la cuarta parte de su valor nominal⁵⁵. Además, buena ocasión para todos estos renteros de invertir en algo productivo como el comercio y las manufacturas. Asimismo, podrán guardar sus fondos en los montes de piedad, que amén de útiles socialmente, reparten sus buenos dividendos cada seis meses (tengamos presente que en ese mismo año de 1625 se fundó el monte de piedad de Madrid). En definitiva, no escasean los lugares donde invertir con mejor tino y beneficios público y privado.

Por su esencia y por sus consecuencias, era imposible que saliese adelante el proyecto aun cuando se hiciesen tentativas de implantación; los defectos inherentes al arbitrio y la estructura social, lo condenaban al fracaso.

54 *Ibidem*, f. 57v.

55 *Ibidem*, f. 54v.

La alcabala sobre los cereales

Paralelamente a su afición por el centésimo, Struzzi considera que una excelente forma de obtener subsidios para el monarca vendría a través de una alcabala sobre los cereales de mayor consumo. Hemos dicho en alguna ocasión que se basa en Sancho de Moncada; en efecto, Struzzi llega a citar el pasaje del libro del toledano sobre el cual ha tomado la idea⁵⁶, aunque añade que también se ha inspirado en otros autores (y es que agraristas no faltaban en Castilla). Si en 1623 todavía cree tibiamente en las virtudes del arbitrio y hasta lo censura de forma velada recordando su carácter de alcabala⁵⁷, con los años y los aprietos, insistirá en que se estudie en el seno del Parlamento castellano. Así se hace en varias ocasiones, pero siempre se le ponen objeciones y defectos; todavía en 1637, el italiano mantiene una lucha a brazo partido con el reino para que apruebe el impuesto⁵⁸. Antes de describir la postura de Struzzi, y para tomar puntos de referencia, veamos a grandes rasgos lo que propuso Sancho de Moncada en su libro⁵⁹.

Por lo pronto, se opone en el *Discurso cuarto* a cualquier reducción de alcabalas con el argumento de que como el comercio estaba en manos de los extranjeros, la desaparición de aquéllas facilitaría aún más sus ventas, refiriéndose al hecho de que Toledo, Burgos y otras ciudades estuvieron prósperas mientras pagaron muchas alcabalas, y por el contrario, en los momentos en que escribe Moncada, se hallan perdidas porque cobran pocas. Esto sí que es mirar al revés el problema, y mostrar cortedad de horizontes teóricos. El ilustre ‘patriota’ no duda en sacrificar la recuperación industrial y mercantil a la percepción de impuestos: que trafiquen ellos, mientras nos dejen los derechos fiscales. Pero ésta es harina de otro costal.

Favorable a las alcabalas, se le ocurre al doctor en el *Discurso quinto* imponer un derecho sobre los cereales, pero no sobre la molienda, como se defendía en el clásico impuesto de la harina, pues generaría desigualdad. Debería imponerse sobre el trigo, la cebada y el centeno, porque pagarían más los ricos al tener que mantener sus cabalgaduras. La fanega de trigo cotizará dos reales de alcabala; la de

56 “Lo apunta el doctor Moncada en su libro intitulado *Restauración política del Reino* [sic], en el Discurso 5, capítulos 4 y 5”. *Ibidem*, f. 238.

57 *Ibidem*.

58 *Ibidem*, f. 70.

59 Utilizaremos los discursos cuarto al sexto de la obra.

CAPÍTULO 7

centeno, tres, y uno la de cebada y la de avena. Moncada estima la recaudación en alrededor de 7.500.000 ducados. Esta imposición subrogaría a todas las demás alcabalas, millones, estancos y demás. Se trata pues de implantar un impuesto único⁶⁰, simplificando la administración, equilibrando la carga y fomentando la actividad económica.

Struzzi defiende la alcabala apoyándose en experiencias foráneas totalmente exitosas, y porque es preciso hallar recursos por inusuales que sean, ya que “la necesidad no guarda ley”⁶¹. (¡ Cuántas veces se ha dicho y repetido esta frase en las tierras de Flandes cada vez que se ejecutaba algo contrario a las directrices de la corte madrileña ! Si una divisa hubiera que inventar para los Países Bajos del XVII, sería ésa la más idónea.) Por otro lado, los labradores gozaron desde 1619 hasta 1628 de libertad de precios, renovada a partir de 1632; buen momento para recoger un gravamen sobre la producción, al creerse que los campesinos se verán incentivados a producir. Por eso se explica la insistencia de Struzzi durante las coyunturas ‘liberales’, como en los años treinta.

Solicita que se imponga un real por fanega de trigo y centeno, y medio por la de cebada, lo que equivale a un maravedí por cada pan de dos libras, carga notoriamente suave y llevadera, y no como los que propugnan dos o más reales, pretendiendo oprimir al pueblo (a buen entendedor...). Comparando las dos propuestas, tenemos (en reales por fanega):

	Trigo	Cebada	Centeno	Avena
Moncada	2	1	3	0
Struzzi	1	0,5	1	0

En general, se ve que los consumidores de alimentos se ven menos castigados por la proposición de Struzzi, aparte de que facilita más que Moncada el pago a los que utilizan animales. ¿ Lo dice por defender a los ricos, o por mantener su coche de caballos y al criado borgoñón ? Nada de eso. La finalidad se muestra por la coincidencia con lo que predica el autor de un *Discurso sobre el Gobierno de España* destinado al conde-duque de Olivares en 1627, ese año de

60 El plan se analiza en el trabajo de Edo Hernández, “La propuesta tributaria de un impuesto único de Sancho de Moncada”, 29-42.

61 BNM, ms. 10.441, f. 70.

tantos arbitrios fiscales⁶². El memorialista se propone facilitar la expulsión de tanto parásito de toda clase y condición que pulula en la corte. Uno de los métodos de alejar a la gente con más haberes para que vivan y se ocupen de sus haciendas; ello repercutirá sobre los altos precios de la cebada rebajándolos sustancialmente y haciendo que a la vez el precio del transporte se abarate. El mecanismo por el que se logrará esto es como sigue: al haber menos ganado equino en la corte, habrá más cebada que repartir por todo el reino; caerá así el precio de este cereal; el ganado equino será más barato de mantener; el transporte se hará a precios inferiores a los actuales; la mercancías estarán menos recargadas en su precio de venta; y finalmente, ello multiplicará el intercambio interior y las exportaciones. Ambos tienen por objetivo común el fomento del comercio, si bien el gravamen de la cebada también es claramente inferior en la propuesta de Moncada a los del trigo y sobre todo el centeno, utilizados para la alimentación humana.

El producto de esta alcabala, prodigio de equidad, se aplicará al alivio de las sisas del vino, la carne, el aceite, el vinagre, junto con otras muchas que afligen a los contribuyentes por su peso e injusticia, tendiendo a subrogar al resto de tasas. Desechado como decimos el arbitrio de la harina, la cosecha de cereales en grano que los labradores hubiesen recogido habrá de registrarse según la forma que determine el Consejo Real para retirar las alcabalas; una vez pagado el derecho, cada cual podrá disponer de su cereal como le convenga, aprovechando la inexistencia de tasas. Cada lugar dará un informe de la producción anual, exceptuando la parte destinada a simiente, por no quedar sujeta a alcabala; sobre ella, se cobrará el derecho por parte de los receptores del Consejo Real y los del de hacienda. Eso es lo que se hace con asiduidad y éxito en Italia; no ve por dónde podría perjudicar al caso de estos reinos, tanto más cuanto que así se sabrá cabalmente el volumen de grano disponible por ejemplo para los años de necesidad. Los eclesiásticos han de verse incluidos en la medida, a condición de que el Consejo Real y Su Majestad arbitren soluciones ante cualquier contratiempo que opusiera el clero.

Como decíamos, este tipo de propuestas abundan en los años veinte y treinta, pero considerando la base agraria de la economía y el desarreglo en el sistema impositivo, no es de extranar que durante

62 BNM, ms. 2359, f. 142-144.

CAPÍTULO 7

el XVII (y más adelante) hubiera autores que diseñaran reformas según ellos más asequibles y beneficiosas para todos. Exceptuando a aquellos que insisten sobre el arbitrio de la harina, como Alvarez de Toledo⁶³, nos encontramos con que Jacinto de Alcázar Arriaza propone en 1646 establecer una alcabala general, única y parcialmente voluntaria⁶⁴. A mediados de siglo, también Francisco Martínez de Mata considera que el medio de tributar sobre los alimentos es el más proporcionado y ajustado al beneficio del común⁶⁵. En 1671, Francisco Centani, al igual que Moncada y Struzzi, propone un impuesto sobre la producción agraria⁶⁶. La finalidad que le guía es la misma que en el resto de los autores. Curiosamente, y al igual que el de Parma, Centani ataca siempre a los nobles por sus exenciones, y su memorial va directamente a conseguir que paguen los más poderosos; lo más extraordinario es que no parece haber tenido ningún interés en la obtención de una hidalguía o de un título nobiliario⁶⁷. De todos modos, el impuesto que propugna tampoco choca con los privilegios de la nobleza y del clero por ser una renta sobre las tierras, en vez de personal. (Comparativamente pues, el revolucionario sigue siendo Struzzi.) Para lograr este fin, habrá que formar un censo de la riqueza agrícola. Mejorando sin saberlo el plan del residente, en ese catastro, los corregidores de cada lugar harán constar la calidad y cantidad de las tierras, enviando el resultado al Consejo de Hacienda⁶⁸. La cuota a satisfacer estará en función de la tierra, su valor y los frutos que produce, considerando al mismo tiempo la población del lugar: particulares todos que escapan a los proyectos struzzianos, quizá por no haber sido desarrollados ante la interdicción de las Cortes. Como aquél, Centani subordina el éxito de plan a terminar con el desorden monetario de su tiempo⁶⁹. El profesor Sureda encuentra un claro paralelismo entre este proyecto y el catastro efectuado por orden de María Teresa en el Milán del siglo XVIII⁷⁰.

Con ello, terminamos el aporte, sustancial a su manera, que hace Alberto Struzzi a las cuestiones fiscales. Asimismo, finaliza aquí el

63 Sureda Carrión, *La Hacienda castellana*, 219.

64 *Ibidem*, 218.

65 Martínez de Mata, *Memoriales y Discursos*, 133.

66 Sureda Sarrión, *La Hacienda castellana*, 222.

67 Sanz Ayán, "Francisco Centani", 44-45.

68 Sureda Carrión, *La Hacienda castellana*, 224.

69 *Ibidem*, 227.

70 *Ibidem*, 225.

HACIENDA

estudio de su pensamiento económico, político y por supuesto social, que implica a todo el conjunto. Solo nos queda considerar el sistema que ideó y el significado de su trabajo en la historia del pensamiento.

Esquema 4

Epílogo

Me parece que no da más de sí este estudio, y aun creo que se ha extendido por encima de lo esperado para un memorialista del XVII. Es notabilísima la carga de teoría que contienen los escritos que hemos analizado, y en esto me imagino que convendrá el lector. He sido riguroso en la adjudicación y exposición de las ideas de Struzzi, cuidando no decir más de lo que él en su tiempo diría, porque es sabio dicho aquél de que no hay peor defecto en el historiador que el anacronismo. Pero ojo con las confusiones, porque anacronismo no es en modo alguno representar o explicar cosas antiguas con términos y conceptos nuevos. A nuestro italiano le hubiera sorprendido descubrir que posee una teoría del equilibrio, porque en su tiempo tales cosas no se pensaban; y sin embargo, la tiene. No podía saber que se adelantaba, a veces en siglos, a teóricos de renombre, y sin embargo, lo hizo. Demostrarlo, no es cometer anacronismo.

A lo largo del libro, se habrá visto que unos problemas enlazan indisolublemente con otros; se trata del mejor síntoma de la existencia de un cuasi-sistema struzziano. En efecto, y aunque no se entretuvo en su diseño, Struzzi también ha generado un 'sistema'. Tras la explicación de los elementos que lo componen, vamos ahora a juntarlo, a montar el rompecabezas. Salvo error u omisión, figura en el esquema 4. Probablemente, si el de Parma hubiera dedicado algún tiempo a sistematizar su pensamiento en vez de ceñirse a levantar lista de los memoriales, este esquema se habría completado mejor. Pero es lo que hemos sacado a través de sus manuscritos e impresos. Aunque se encuentran dispersos en el tiempo, justo es decir que la unidad doctrinal es bastante razonable.

La forma del esquema necesariamente debía poseer la forma de una rueda, porque hay un centro rector. El comercio (y el consumo)

EPÍLOGO

son el eje de esa 'rueda', y a su alrededor gira el conjunto. Se vincula con todos los demás sectores, a quienes transmite impulso, y obliga a que se vinculen entre sí, recibiendo de ellos los beneficios correspondientes. Después, se encuentra la industria, que recoge mano de obra, materias primas y alimentos del campo, y entrega sus productos acabados (vía gremios o preferentemente sistema doméstico) al comercio, que los distribuye, remitiendo a su vez capitales al sector secundario para incrementar la producción. La población es consecuencia directa e indirecta del comercio; a incremento de tráfico, incremento de habitantes y de consumo. Da brazos a la industria y se sustenta y multiplica gracias al sector agropecuario, constituyendo la base de la demanda, si bien ésta no tiene por qué limitarse a cada país, ni mucho menos.

La agricultura y la ganadería permiten, como decimos, el sustento y aumento del potencial demográfico, da materias primas y alimentos a la industria y el comercio, y proporciona a la hacienda los capitales necesarios para el incremento de la reputación dinástica del monarca. Por otro lado, y junto con los caudales americanos, proporciona capital resultante de la plusvalía. Los bancos son ante todo los montes de piedad; su misión es la de apoyar financieramente las actividades agrarias, y secundariamente, a los actuales o futuros pequeños y medianos empresarios, sin dejar de cumplir con las clases menesterosas, aunque por inspirarse en Flandes, el lado asistencial es menos acusado. En cuanto a la banca de altos vuelos, sustenta las empresas de los comerciantes e industriales en grueso. De todos modos, para Struzzi, la acumulación primitiva tiene lugar en el seno del comercio. La moneda es el lubricante de los trueques de bienes, y por ende, del resto. Su nivel se controla por medio de la propia actividad comercial. La hacienda sirve a las necesidades del rey; éste percibe impuestos de la agricultura y del comercio, e indirectamente, de la industria. Y por último, el mercado sería la plataforma sobre la que gira esta 'rueda', la que le permite funcionar dándole sentido. Todo ello, organizado en libertad y equilibrio automático. Igual que un reloj que funcionara por sí mismo.

Este es en resumen el cuasi-sistema. Echamos de menos algunos complementos, pero ya los hemos reseñado explícita o implícitamente en los capítulos que preceden. Solo añadir la ausencia de una teoría de la distribución, incluso si el fisco se halla ausente de ella. Se intuyó en los últimos decenios del XVII y se desarrolló en el XVIII; hasta ahora, no hemos encontrado nada que refute este hecho. Struzzi omite o silencia cómo las rentas se reparten entre los grupos sociales;

EPÍLOGO

abstraído con el eje, con el comercio, le faltó una mayor visión de conjunto. Sería pedir demasiado.

Posiblemente sin quererlo, nuestro hombre es un adalid de lo que se llamará más tarde el 'capitalismo salvaje'. No hubiera visto con malos ojos la explotación obrera en el XIX o el lema de que todo vale si se persigue y consigue el beneficio, divisa de las naciones económicamente 'avanzadas'. Vuelvo a decir que quizá no lo supiera y aún se escandalizaría, pero Struzzi carece de toda ética económica salvo algunas normas de religión, nada ausentes por otra parte en los magnates del petróleo, del acero o del automóvil, estrictos cumplidores de sus obligaciones dominicales con la Iglesia. Esa ausencia de tope y guías éticas en beneficio del éxito racionalmente obtenido, es el fundamento del mundo en que vivimos; en este sentido, el italo-flamenco es todo un precursor. Ahora bien, en el beneficio reside el único criterio, uno se pregunta, con Joan Robinson, qué es lo que separa a la actividad productiva del robo¹; o qué diferencia a Henry Ford de Al Capone. Pero alejémonos de problemas extemporáneos: este planteamiento carece de sentido en un siglo XVII donde la esclavitud, la servidumbre y las más extremadas desigualdades sociales están a la orden del día. Utilizar la mano de obra de niños de seis años, era algo tan natural como respirar. ¿Qué podría reprocharse entonces el de Parma? Y aún hace una figura de héroe al oponerse a las trabas feudales que restringían el movimiento del capital y de las personas. He aquí una curiosa paradoja: que cierta e indiscutiblemente, a pesar de todos los pesares, Struzzi es un hombre avanzado para su tiempo.

Como tal, su llegada a Madrid fue el comienzo de una experiencia desagradable. El capitalista Struzzi no casa en absoluto con la señorial Castilla. A la corte debieron sonarle las proposiciones de lo mas extraño y peregrino; me temo que si les hubiera hablado en una lengua exótica, hubieran entendido lo mismo. Y a los que entendieron, no les convenía, porque sus horizontes eran otros. De ahí el disgusto de Struzzi y su deseo de regresar a Flandes. Es el mismo, paralelamente, que invadía a algunos ministros del rey en los Países Bajos cuando tenían de vez en cuando el fastidioso pero ineludible deber de entrevistarse con los representantes de la burguesía para escuchar sus quejas y/o sugerencias, (muchas veces, ambas caminaban del brazo). El caso del cardenal de la Cueva es muy significativo:

1 Robinson, *Freedom and Necessity*, 116.

EPÍLOGO

incapaz de comprender nada de lo que sucedía a su alrededor, y escudándose en el menosprecio, acumuló equivocación tras equivocación y torpeza tras torpeza; tantas, que el propio Felipe IV, a instancias de Bruselas, determinó enviar a su embajador a tomar aires más saludables para su cuerpo y su mente². Es que al encopetado andaluz le iban mal las pretensiones de pañeros y tenderos.

Quizá ese desapego respecto a la forma castellana de ver las cosas le evitara caer en el grupo de los escritores oficialistas. Hemos visto cómo con frecuencia de le llama, y como eso no sirve para atenuar lo menguado de su contribución a las decisiones políticas del gobierno (pero influyó más que otros, tenemos que reconocerlo). Decíamos en otro capítulo, y evidentemente lo ratificamos ahora, que el monarca desea contrastar opiniones para poseer una dimensión tan amplia como fuera posible que le ayude en la tarea de gobernar, pero también porque la voz de Flandes no puede ni debe ser acallada, en tanto que provincia conflictiva y de interés primero. Eso le salvó de caer en el anonimato de los entregadores de memorias.

He dicho también en una ocasión lo que pensaba respecto a los intereses que le guían; así, evitando repetirme, entro ahora en considerandos nuevos y paralelos. Es inútil, muchas veces por inaprensible, calibrar juicios de valor como el de la honradez, especialmente cuando nos faltan datos. Pero pienso con firmeza que es un hombre honesto. Refutábamos páginas atrás la idea simplista de que solo habla por interés; quien haya leído con atención los siete capítulos precedentes, habrá visto que, exceptuados los casos de obvia y necesaria defensa de sus patrocinados, no transige en puntos doctrinales, perjudiquen estos a los belgas, a las Cortes castellanas (que le publican el *Diálogo sobre el comercio*), a los portugueses, a los italianos, y menos aún al poder ejecutivo, a quien trata muy abiertamente, sin complejos y sin dobleces – y cuando se arrepiente de alguna afirmación, como vimos en el caso de la salida de numerario, pronto vuelve a su posición inicial –. Podía haber vivido entre regalos, y terminó en un hospital, que es lo último que cabe esperar de alguien mimado por el estamento político; al de la Carrera de San Jerónimo, van los pobres de solemnidad y deshauciados, no solo corporal, sino socialmente. El que obedece a Olivares (y había muchos, a montones), sobrevive y medra, pero el que le critica, se convierte no ya siquiera en una

2 Echevarría Bacigalupe, *La diplomacia secreta*, 180.

EPÍLOGO

hormiga, sino en una “medio hormiga”³, y termina en una casa de marginación o en el destierro. Que sirvieran de escarmiento a todos, es lo que pretendía el conde-duque con sus medidas de fuerza y sus desplantes. La independencia de criterio, algo tan raro en la especie humana y por consiguiente tan valioso, se percibe desde el primer momento en los escritos del italiano (a pesar de algún que otro titubeo, lógico en tantos años de labor arbitrística y sus funciones diplomáticas) y se va confirmando tras la lectura de los cientos de páginas que constituyen su valiosa aportación al entendimiento de la economía capitalista. Porque las ideas de un interesado sin más, nunca hubieran traspasado el umbral de su biografía. Los contemporáneos percibieron que el programa reformista de Struzzi era novedoso, que tenían enfrente a un hereje económico. Struzzi tuvo que defenderse de tales acusaciones y tranquilizar a la opinión. Pero es harto dificultoso conciliar la democracia económica y social con el absolutismo, aunque creyera que podían ir indisolubles. En el fondo, es a su pesar un peligroso innovador, y por ello se recelaba de él. Pertenece a ese tipo de personas que como David Hume no calibran suficientemente el alcance social de sus ideas, y han de pechar con la incomprensión de sus conciudadanos. Pero eso tiene a su modo una recompensa. Hoy es frecuente hallar personas que sustentan puntos de vista muy cercanos a los de Struzzi: ¿puede decirse lo mismo de otros muchos escritores económicos de su edad? Evidentemente, no llega a tomar la postura de un Juan Bautista Say, quien, llamado por Napoleón para que apoyara su programa, desoyó la oferta del emperador, al que consideraba un tirano mercantilista; pero eran muy otras las circunstancias en el de Parma. Y sin embargo, no me parece que ande tan descaminado respecto a la actitud del intelectual francés. La suya es una reivindicación de la capacidad humana de pensar, presente ya en los autores del Renacimiento y que, prolongándose, terminará con la rutina y la aceptación cómoda del estado de cosas en que se vivía desde la Edad Media⁴.

En otro orden, aunque le llame la atención a algunos, me atrevo a decir que nuestro escritor fue un patriota. No un patriota castellano – o solo castellano –, bien entendido, sino un patriota de la monarquía hispánica. Suena a poco verosímil, pero no es impensable que un

3 El diálogo entre Lisón y Biedma y Olivares, recogido por Vilar en “Formes et tendances de l’opposition sous Olivares”, no tiene desperdicio.

4 Maravall, *La oposición política bajo los Austrias*, 46.

EPÍLOGO

vasallo real fuera devoto y fiel no perteneciendo al núcleo rector. Porque la monarquía, sucesora en cierto modo del imperio de los césares, era una supranacionalidad perfectamente capaz de provocar devociones en cualquiera de sus puntos, aún en los conflictivos. Lo que quiere Struzzi no es una Castilla dominadora, con el resto del imperio a sus pies, obediente y silente; exige el derecho de la periferia a tener su propio peso político en el gobierno 'universal', y que se escuchen y ponderen sus intereses. Eso no se puede concebir desde la perspectiva del estado-nación uniforme, pero era un hecho perfectamente real en el siglo XVII. De ahí que haya que andarse con pies de plomo antes de achacarle la defensa de intereses ajenos. ¿Ajenos a quien? ¿Acaso no es Flandes parte de la monarquía; tanto, que se está defendiendo con uñas y dientes (y doblones)? ¿No dieron muestra los belgas de una fidelidad que para sí la hubieran querido otros miembros del conglomerado hispánico? Abandonemos el etnocentrismo, o seguiremos entendiendo mal nuestra Historia Moderna.

He renunciado a hacer cualquier tipo de nexo sistemático entre las ideas de Struzzi y la posteridad. Primero, porque cuando hizo falta, acudimos a todos los autores más convenientes, desde el XVII hasta nuestros días. Luego, porque tal cosa sería re-escribir sin utilidad una parte sustancial de la historia del pensamiento económico. Tercero, porque sus escritos solo influyeron parcialmente (nada básico fue aprobado) y a una minoría. Struzzi es un cabo suelto y perdido en la evolución de las ideas; relacionarle estrechamente con Petty, Hume, Gervaise, Boisguillebert, Smith y demás parientes, no pasaría de ser una manipulación, porque nuestro hombre no puso nada en ese proceso evolutivo. Quizá, de haber seguido en Flandes, hubieran encontrado eco sus proposiciones en un núcleo intelectual pongamos de Lovaina o de la corte; en Madrid, imposible⁵.

Con todo, su actitud humana sí es universal y digna de paralelismos. Citábamos la respuesta de Say a Napoleón: desde ese ángulo, podemos decir algo. El emparejamiento con Diego José Dormer es obligado por su semejanza; como el de Parma, el clérigo aragonés defendió a capa y espada, pero con mucho más éxito, la libertad comercial y de empresa, solo que al parecer, les faltó universalidad a sus proposiciones para que se convirtieran en doctrina, pues no incluye la ley natural como un ingrediente básico de las transacciones

5 La evolución del pensamiento antimercantilista europeo (parcialmente preliberal), en Echevarría Bacigalupe, "L'antimercantilisme en Europe".

EPÍLOGO

comerciales y de la economía en general. Por desgracia, también es un caso aislado; los autores de más prosapia continúan con machacona insistencia la divulgación de los principios mercantilistas: comparados con Struzzi y Dormer, los Uztáriz, Zavala, Ulloa, Campillo, Macanaz, Campomanes, Gándara, etc., etc, son adocenados divulgadores de doctrinas archisabidas. El XVIII trajo consigo la positiva innovación de las Sociedades Económicas de Amigos del País, con programas de desarrollo definidos⁶, algo que le faltó concretar al diplomático de Parma. Luego, en la segunda mitad de siglo, se abren paso con suma dificultad las ideas fisiocráticas y liberales, pero *a posteriori* de las cabezas pensantes, todas ellas en el extranjero, y sin talentos patrios suficientes para aportar nuevos conceptos a la joven ciencia económica.

Entre los holandeses, las ideas liberistas hallaron mejor terreno donde multiplicarse: Grocio, Graswinckel, Salmasius o Pieter de la Court son hitos memorables en la marcha hacia la flexibilidad en las relaciones intraeconómicas⁷. La valiente actitud innovadora de los economistas ingleses de la segunda mitad del XVII y comienzos del XVIII (Nicholas Barbon, Dudley North, el tan citado Petty), hubiera encantado a Struzzi. Le hubiera consolado, aparte esto, conocer la suerte de autores que como él osaron decir lo que pensaban: Pierre le Pesant, señor de Boisguillebert, cuyo parecido doctrinal con Struzzi es muy a tener en cuenta, fue exiliado a la Auvernia por defender cosas desagradables a los oídos de los ministros reales. El antimercantilismo del abad Castel de Saint-Pierre se saldó con su expulsión de la Academia Francesa. Velesbat o Jean-François Melon denuncian los males de la guerra y son decididos partidarios del libre comercio y de la paz a toda costa. Lo mismo puede decirse de otro francés a caballo entre los siglos XVII y XVIII, el marqués de D'Argenson, amigo y discípulo de Saint-Pierre⁸. Las actitudes de todos ellos son idénticas a las struzzianas, y sus dificultades, aún mayores. La Historia seguirá teniendo sus víctimas y pioneros en la lucha por la mejora material, intelectual y moral del individuo.

Claro que el pionero del XVII se convierte en el reaccionario del XX. Por eso, las doctrinas que nos gustan en un Struzzi, nos desagra-

6 Una obra interesante y actualizadora de las Sociedades de Amigos del País, la de Velázquez, *La Sociedad Económica de Amigos del País del Reino de Murcia*, 56 y ss.

7 Spengler, "Teoría mercantilista y fisiocrática del crecimiento", 101-102.

8 Silberner, *La guerre dans la pensée économique*, 161-171.

EPÍLOGO

dan por ejemplo, en un Ludwig von Mises. Uno aporta herramientas conceptuales que sobrepasan las de su tiempo; el otro se atiene a la integridad de añejas nociones establecidas según él de una vez y para siempre por Smith y Ricardo, sin cambiarlas o mejorarlas un ápice, no obstante que la realidad ha demostrado sus insuficiencias y errores⁹. Por eso, Struzzi y von Mises, que comparten muchos puntos programáticos, y que desarrollan un ímprobo esfuerzo para combatir cualquier tipo de economía planificada, son de lo más antitético. Cualquier persona, pero sobre todo un ideólogo, ha de saber estar en su tiempo, y si es factible, adelantarse a él, pero nunca es aconsejable ir a remolque (aunque suele ser ventajoso materialmente, por qué lo vamos a negar). Para su desgracia, el economista austríaco no supo estar a la altura de las circunstancias.

Esperemos que este libro haya sabido contactar con las preocupaciones e intereses de nuestros contemporáneos. Sería su mejor virtud y mi mejor recompensa.

9 Acerca de von Mises (1881–1973), un Struzzi rezagado y todo un escolástico liberal, estoy recogiendo datos que me permitan preparar una aportación donde se muestre el choque entre su liberalismo ultra y la economía planificada de su entorno, que por descontado, tanto le repugnaba.

Bibliografía

Fuentes de archivo

España

Biblioteca Nacional de Madrid (BNM): manuscritos números 994, 2359, 7971, 10.441.

Archivo General de Simancas (AGS):

Secretarías Provinciales (SP): legajo 2436; libros 1444 y 1445.

Secretaría de Estado (Estado): legajos 592, 2038, 2321, 2322.

Guerra Antigua (GA): legajo 1003.

Contaduría Mayor de Cuentas, 3a época (CMC/3): legajo 1824.

Real Academia de la Historia (RAH): legajo 9/1835.

Archivo Histórico Nacional, *Estado* (AHN): libro 738.

Bélgica

Archives Générales du Royaume à Bruxelles (AGRB):

Papiers Le Mesureur (PLM): legajos 8, 9, 10, 11, 12.

Papiers d'Etat et de l'Audience (PEA): legajos 33/4, 247, 1415/5.

Chambre des Comptes (CC): legajo 1837.

Secrétairerie d'Etat et de Guerre (SEG): legajos 36, 182, 196, 215.

Manuscrits Divers (MD): legajo 19.

Conseil Privé Espagnol (CPE): legajos 1508, 1591.

Bibliothèque Royale à Bruxelles (BRB): manuscrits 12.961, 15.436-53.

Reino Unido

British Library (BL):

Manuscripts (Ms): número 1322.

Additional (Add): legajos 6902, 14.005.

Egerton (Eg): legajo 620.

BIBLOGRAFÍA

Fuentes impresas

- Actas de las Cortes de Castilla*. Tomos XLI y XLIII. Madrid: Congreso de los Diputados, 1918-1920.
- Bermúdez de Pedraza, Francisco. *El secretario del rey*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia, 1973.
- Botero, Giovanni. *La razón de Estado y otros escritos*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1962.
- Brants, Victor. *Edits et ordonnances des Pays-Bas. Règne d'Albert et Isabelle*. Bruselas, 1908.
- Campanella, Tomás. *Las monarquías de las naciones*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1966.
- Damonte, Mario. *Felipe IV el Grande, rey de las Españas*. Milán: Dott. A. Giuffrè, 1980.
- Ebersole, Alva V. *Dos documentos de 1627 sobre la economía de España*. Valencia: Albatros, 1986.
- Federico II de Prusia. *El Antimaquiavelo*. Madrid: EDAF, 1968.
- Fernández Navarrete, Pedro. *Conservación de monarquías*. Madrid: Ministerio de Hacienda, 1982.
- Gracián de la Madre de Dios, Jerónimo. *Diez lamentaciones del miserable estado de los ateístas de nuestros tiempos*. Introducción de Otger Steggink. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1959.
- Grocio, Hugo. *De la libertad de los mares*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1979.
- Guicciardini, Francisco. *De la vida política y civil*. Madrid: Espasa-Calpe, 1948.
- Liñán y Verdugo, A. *Guía y avisos de forasteros que vienen a la Corte*. Madrid: Editora Nacional, 1980.
- Lonchay, Henri, Cuvelier, Joseph y Lefèvre, Joseph. *Correspondance de la Cour d'Espagne sur les affaires des Pays-Bas au XVIIe siecle*. 6 tomos. Bruselas, 1927-1937.
- López Bravo, Mateo. *Del rey y la razón de gobernar*. Introducción de H. Mechoulam. Madrid: Editora Nacional, 1977.
- Mariana, Juan de. *Juan de Mariana, pensador y político*. Madrid: Ediciones Fe, 1939.
- Martínez de Mata, Francisco. *Memoriales y Discursos*. Introducción de Gonzalo Añes. Madrid: Moneda y Crédito, 1971.
- Molina, Luis de. *La teoría del justo precio*. Introducción de Francisco Gómez Camacho. Madrid: Editora Nacional, 1981.
- Moncada, Sancho de. *Restauración política de España*. Introducción de Jean Vilar. Madrid: Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, 1974.
- Normante y Cascavilla, Lorenzo. *Proposiciones de Economía Civil y Comercio*. Zaragoza: Diputación, 1984.
- Quevedo, Francisco de. *Epistolario completo*. Madrid: CEYPSA, 1946.
- Ramírez de Prado, Lorenzo. *Consejo y Consejero de Príncipes*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1958.
- Rodríguez Campomanes, Pedro. *Reflexiones sobre el comercio español a Indias (1762)*. Introducción de Vicente Llombart. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales, 1988.
- Saavedra Fajardo, Diego de. *Empresas políticas*. Barcelona: Planeta, 1988.
- Say, Juan Bautista. *Tratado de Economía Política*. 2 tomos. Madrid, 1821.
- Scrittori classici italiani di economia politica*. 2 tomos. Roma: Bizzarri, 1965.

BIBLOGRAFÍA

- Seventeenth Century Economic Documents. Ed. Joan Thirsk y J.P. Cooper. Oxford: Clarendon Press, 1972.
- Sherley, Anthony. *Peso político de todo el mundo*. Madrid: CSIC, 1961.
- Silva Herzog, Jesús. *Tres siglos de pensamiento económico (1518-1817)*. Méjico: FCE, 1950.
- Smith, Adam. *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. 3 tomos. Barcelona: Orbis, 1985.
- Suárez de Figueroa, Cristóbal. *El pasajero*. 2 tomos. Barcelona: PPU, 1988.
- Uztáriz, Jerónimo de. *Teórica y práctica de comercio y marina*. Madrid: Aguilar, 1968.

Bibliografía

- Alcalá Zamora, José. *Historia de una empresa siderúrgica: los altos hornos de Liérganes y La Cavada, 1622-1834*. Santander: Diputación, 1974.
- Alcalá Zamora, José. *España, Flandes y el Mar del Norte (1618-1639)*. Barcelona: Planeta, 1975.
- Alvar Ezquerro, Alfredo. "Aspectos de la vida diaria en la corte del rey de España". En: *La vida cotidiana en la España de Velázquez*. Madrid: Temas de Hoy, 1989, 91-108.
- Argemí, Lluís. *Las raíces de la ciencia económica*. Barcelona: Barcanova, 1987.
- Arnould, Maurice-A. "L'impôt sur le capital en Belgique au XVI^e siècle". *Le Hainaut économique*. 1 (1946) 17-45.
- Artola, Miguel. *La Hacienda del Antiguo Régimen*. Madrid: Alianza, 1982.
- Asensio Salvadó, Eduardo. "El arbitrista Jerónimo Ibáñez de Salt y su programa de recuperación de la economía valenciana en 1638". *Estudios de Historia Moderna*. IV (1954) 225-272.
- Baeck, Louis. *Het economisch denken in het Spanje van de 16^e en 17^e eeuw*. Lovaina: Leuvense Economische Standpunten, 1985.
- Barbieri, Gino. "Statistica e 'scienza economica' in alcuni scrittori del XVI e XVII secolo". *Economia e Storia*. 3 (1959) 450-458.
- Bennassar, Bartolomé. "De nuevo sobre los censos e inversiones en la España de los siglos XVI y XVII". En: *Estado, Hacienda y Sociedad en la Historia de España*. Valladolid: Universidad, 1989, 79-94.
- Bilbao Bilbao, Luis María. "Exportación y comercialización de lanas de Castilla durante el siglo XVII, 1610-1720". En: *El pasado histórico de Castilla y León*. II. Burgos: Junta de Castilla y León, 1983, 225-243.
- Bogucka, Maria. "Le commerce de Gdansk avec la Péninsule ibérique à la charnière du XVI^e et du XVII^e siècle". En: *Studi in onore di Federigo Nelis*. IV. Nápoles, 1978, 289-308.
- Bouza Álvarez, Fernando Jesús. "Coleccionistas y lectores. Las enciclopedias de las paradojas". En: *La vida cotidiana en la España de Velázquez*. Madrid: Temas de Hoy, 1989, 235-254.
- Boyajian, James C. *Portuguese Bankers at the Court of Spain, 1626-1650*. New Brunswick: Rutgers University Press, 1983.
- Broens, Nicolás. *Monarquía y capital mercantil: Felipe IV y las redes comerciales portuguesas (1627-1635)*. Madrid: Universidad Autónoma, 1989.
- Brown, Jonathan y Elliott, John H. *Un palacio para el rey. El Buen Retiro y la corte de Felipe IV*. Madrid: Alianza, 1985.

BIBLOGRAFÍA

- Carande, Ramón. *Carlos V y sus banqueros*. 3 tomos. Madrid: Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1967.
- Carrera Pujal, Jaime. *Historia de la economía española*. 5 tomos. Barcelona: Bosch, 1943-1947.
- Chaunu, Pierre y Huguette. *Séville et l'Atlantique (1504-1650)*. 8 tomos. París: SEV-PEN, 1955-1959.
- Colmeiro, Manuel. *Biblioteca de los economistas españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII*. Madrid: Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 1953-1954.
- Colmeiro, Manuel. *Historia de la economía política española*. 2 tomos. Madrid: Banco Exterior, 1988.
- D'Allemagne, Henri René. *Histoire des jouets*. París, 1922.
- Da Silva, José Gentil. "Portugal en el siglo XVII". En: *Historia de España Menéndez Pidal*. Tomo 23: *La crisis del siglo XVII*. Madrid: Espasa-Calpe, 1989, cuarta parte, capítulos II y III.
- Del Corral, José. *El Madrid de los Austrias*. Madrid: Avapiés, 1983.
- Dennis-Hussey, Roland. *The Caracas Company, 1728-1784*. Cambridge: University Press, 1934.
- De Lettenhove, Kervin. *La Flandre pendant les trois derniers siècles*. Brujas: Beyaert, 1875.
- De Schepper, Hugo. "La organización de las 'finanzas' públicas en los Países Bajos reales, 1480-1700. Una reseña". *Cuadernos de Investigación Histórica*. 8 (1984) 7-34.
- Desmarez, G. *Le vieux Bruxelles*. Bruselas, 1910.
- Deyon, Pierre y Lottin, Alain. "Evolution de la production textile à Lille au XVIe et XVIIe siècles". *Revue du Nord*. 49 (1967) 23-33.
- Díaz de Díaz Fernández, Josefa y Estape, Fabián. "La creación de erarios públicos en España: el proyecto de Pedro de Oudegherste". *Moneda y Crédito*. 56 (1956) 41-52.
- Domínguez Ortiz, Antonio. "El Almirantazgo de los Países Septentrionales y la política económica de Felipe IV". *Hispania*. 7 (1947) 272-290.
- Domínguez Ortiz, Antonio. "Los extranjeros en la vida española durante el siglo XVII". *Estudios de Historia Social de España*. IV/II (1960) 291-426.
- Domínguez Ortiz, Antonio. "Guerra económica y comercio extranjero en el reinado de Felipe IV". *Hispania*. 89 (1963) 71-110.
- Domínguez Ortiz, Antonio. *Política y Hacienda de Felipe IV*. 2ª ed. Madrid: Pegaso, 1982.
- Domínguez Ortiz, Antonio. *Política fiscal y cambio social en la España del siglo XVII*. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales, 1984.
- Douxchamps-Lefèvre, Cécile. "Les Etats Généraux de 1632 et la politique espagnole". *Anciens Pays et Assemblées d'Etats*. 22 (1961) 177-187.
- Echevarría Bacigalupe, Miguel Angel. *La diplomacia secreta en Flandes, 1598-1643*. Leioa: Universidad del País Vasco, 1984.
- Echevarría Bacigalupe, Miguel Angel. "Examen de una polémica sobre los intercambios exteriores a principios del siglo XVII". *Studia Historica*. 3 (1985) 119-142.
- Echevarría Bacigalupe, Miguel Angel. "¿Autarquía o dependencia? Estructura industrial de la Monarquía Hispánica entre 1600 y 1640". En: *XI Simposio de Análisis Económico*. Barcelona, 1986 (mecanografiado).
- Echevarría Bacigalupe, Miguel Angel. "Un notable episodio en la guerra económica hispano-holandesa: el Decreto Gauna (1603)". *Hispania*. 162 (1986) 57-97.
- Echevarría Bacigalupe, Miguel Angel. "Una original contribución al pensamiento antimercantilista: la doctrina Struzzi de 1629". *Hispania*. 167 (1987) 897-928.

BIBLOGRAFÍA

- Echevarría Bacigalupe, Miguel Angel. "La aportación vasca a la teoría mercantilista: Ortuño de Urizar". En: *II Congreso Mundial Vasco*. III. San Sebastián, 1988, 193-202.
- Echevarría Bacigalupe, Miguel Angel. "Economía e información en el área del Mar del Norte (primera mitad del siglo XVII)". *Investigaciones Históricas*. 7 (1988) 27-42.
- Echevarría Bacigalupe, Miguel Angel. "Armada Invencible y recomposición del sistema colonial hispánico". En: *La Invencible*. Córdoba: Universidad, 1989, 33-46.
- Echevarría Bacigalupe, Miguel Angel. "Estado moderno e integración político-económica: La Unión de Armas en Flandes". En: *Estado y fiscalidad en el Antiguo Régimen*. Murcia: Universidad, 1989, 381-392.
- Echevarría Bacigalupe, Miguel Angel. "Contrabando y depresión económica en los Países Bajos Españoles (siglo XVII)". En: *Corsarisme i contraban (segles XV-XVIII)*. Palma de Mallorca, 1989 (mecanografiado).
- Echevarría Bacigalupe, Miguel Angel. "Una solución monetarista al problema financiero: la experiencia de 1622". En: *IV Congreso de la Asociación de Historia Económica*. Alicante: Universidad, 1989, 31-41.
- Echevarría Bacigalupe, Miguel Angel. "L'antimercantilisme en Europe, 1500-1750". En: *Tenth International Economic History Congress*. Lovaina: University Press, 1990.
- Edo Hernández, Valentín. "La propuesta tributaria de un impuesto único de Sancho de Moncada". *Revista de Historia Económica*. VII/2 (1989) 29-42.
- Ehrenberg, Richard. *Le siècle des Fugger*. París: SEVPEN, 1955.
- Elliott, John H. "El programa de Olivares y los movimientos de 1640". En: *Historia de España Menéndez Pidal*. Tomo 25: *La España de Felipe IV*. Madrid: Espasa-Calpe, 1982, 333-523.
- Elliott, John H. *Richelieu y Olivares*. Barcelona: Crítica, 1984.
- Elliott, John H. *The Count-Duke of Olivares. The Statesman in an Age of Decline*. New Haven: Yale University Press, 1986. Hay traducción española.
- Elliott, John H. "La decadencia de Castilla". En: *Congreso Científico sobre la historia de las Cortes de Castilla y León*. Salamanca, 1987 (mecanografiado).
- Elliott, John H. "Foreign Crisis and Domestic Crisis: Spain, 1598-1659". En: *Spain and its World, 1500-1700*. New Haven: Yale University Press, 1989.
- Enciclopedia italiana*. Tomo XXXII. Roma, 1936.
- Fernández Albaladejo, Pedro. "La resistencia de las Cortes". En: *Simposio Internacional sobre la España del Conde-Duque de Olivares*. Toro, 1987 (mecanografiado).
- Fernández Alvarez, Manuel. "La misión de Fulvio Testi. Un diplomático italiano en la corte de Felipe IV". *Hispania*. 61 (1957) 78-148.
- Fernández de Pinedo, Emiliano. "Actitudes del campesino parcelario propietario ante la usura y el crédito rural (siglos XVI a XVIII)". En: *Dinero y Crédito (siglos XVI al XIX)*. Madrid: Moneda y Crédito, 1977, 371-380.
- Fernández Segado, Francisco. "Alejandro Farnesio ante los planes de la Empresa de Inglaterra". *Hispania*. 165 (1987) 117-161.
- Feros, Antonio. "Lerma y Olivares. La práctica del valimiento en la primera mitad del siglo XVII". En: *Simposio Internacional sobre la España del Conde-Duque de Olivares*. Toro, 1987 (mecanografiado).
- Gandolfi, V. *Il teatro Farnese di Parma*. Parma: L. Battei, 1980.
- García Nieto, José Ignacio. "El sistema fiscal de la monarquía de Felipe IV". En: *Historia de España Menéndez Pidal*. Tomo 25: *La España de Felipe IV*. Madrid: Espasa-Calpe, 1982, 257-332.

BIBLOGRAFÍA

- García Sanz, Angel. "Coyuntura económica y proyectos de reforma: el gran viraje económico de 1627-30". En: *Símpoio Internacional sobre la España del Conde-Duque de Olivares*. Toro, 1987 (mecanografiado).
- Garrote Pérez, Francisco. *Naturaleza y pensamiento en España en los siglos XVI y XVII*. Salamanca: Universidad, 1981.
- Garzón Pareja, Manuel. *Historia de la Hacienda en España*. 2 tomos. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales, 1984.
- Gelabert, J.E. "La producción de hierro en Vizcaya y Guipúzcoa hacia 1620". En: *II Congreso Mundial Vasco*. III. San Sebastián, Txerioa, 1988, 205-208.
- Gil Pujol, Xavier. *De las alteraciones a la estabilidad. Corona, Fueros y política en el Reino de Aragón, 1585-1648*. Tesis Doctoral. Barcelona, 1989.
- Goldsmied, Leo. *Historia de la banca*. Méjico: UTEHA, 1961.
- Goldsmith, R.W. *Premodern Financial Systems. A Historical Comparative Study*. Cambridge: University Press, 1987.
- Gómez Camacho, Francisco. "Precio natural y precio legal en el mercado del trigo. El pensamiento de Melchor de Soria". En: *Aportaciones al pensamiento económico hispanoamericano, siglos XV-XX*. Madrid: Cultura Hispánica, 1986, 35-53.
- Grice-Hutchinson, Marjorie. *El pensamiento económico en España (1117-1740)*. Barcelona: Crítica, 1982.
- Hamilton, Earl J. "El mercantilismo español antes de 1700". En: *El florecimiento del capitalismo y otros ensayos de historia económica*. Madrid: Revista de Occidente, 1948.
- Hamilton, Earl J. *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*. Barcelona: Ariel, 1975.
- Hansotte, Georges. "La métallurgie wallonne au XVIe et dans la première moitié du XVIIe siècle. Un état de la question". En: *Schwerpunkte der Eisengewinnung und Eisenverarbeitung in Europa, 1500-1650*. Colonia: Verlag, 1974, 126-146.
- Herrero García, Miguel. *Ideas de los españoles del siglo XVII*. Madrid: Gredos, 1966.
- Hume, Martin. *La corte de Felipe IV*. Barcelona: Mercedes, 1949.
- Ilustración española y americana, La*. XXVI y XXVII (1884).
- Israel, Jonathan I. *The Dutch Republic and the Hispanic World, 1606-1661*. Oxford: Clarendon Press, 1982.
- Israel, Jonathan I. "The Politics of International Trade Rivalry during the Thirty Years War: Gabriel de Roy and Olivares' Mercantilist Projects, 1621-1645". *The International History Review*. III/4 (1986) 517-549.
- Israel, Jonathan. "Spain and the Spanish Netherlands in the Age of Olivares (1621-43)". En: *Símpoio Internacional sobre la España del Conde-Duque de Olivares*. Toro, 1987 (mecanografiado).
- Janssens, Paul. "L'échec des tentatives de soulèvement aux Pays-Bas sous Philippe IV (1621-1665)". *Revue d'Histoire Diplomatique*. 92 (1977) 110-129.
- Jiménez Salas, María. *Historia de la asistencia social en España en la Edad Moderna*. Madrid: CSIC, 1958.
- Kamen, Henry y Pérez, Joseph. *La imagen internacional de la España de Felipe II*. Valladolid: Universidad, 1980.
- Larraz, José. *La época del mercantilismo en Castilla (1500-1700)*. 2ª ed. Madrid: Atlas, 1943.
- Lechat, Robert. *Les réfugiés anglais dans les Pays-Bas espagnols sous le règne d'Elisabeth de 1589 à 1603*. Lovaina, 1914.
- Lefèvre, Joseph. *Spinola et la Belgique*. Bruselas: La Renaissance du Livre, 1946.

BIBLOGRAFÍA

- Lis, Catharina y Soly, Hugo. *Pobreza y capitalismo en la Europa preindustrial (1350-1850)*. Madrid: Akal, 1985.
- Llopis Agelán, Enrique. "El agro castellano en el siglo XVII: ¿depresión o 'reajustes y readaptaciones'?" *Revista de Historia Económica*. IV/1 (1986) 11-37.
- Lück, Alfred. "Contribution à l'histoire du fer blanc". *Revue d'Histoire de la Sidérurgie*. VII/3 (1966) 141-162.
- Luxán Meléndez, Santiago. *La revolución de 1640 en Portugal, sus fundamentos sociales y sus caracteres nacionales. El Consejo de Portugal: 1580-1640*. Madrid: Universidad Complutense, 1988.
- Madrazo, Pedro de. "Alberto Struzzi y su ejército. Historia trágica de un juguete del príncipe don Felipe". En: *Almanaque de la Ilustración*. Madrid, 1884.
- Marañón, Gregorio. *El Conde-Duque de Olivares*. 13ª ed. Madrid: Espasa-Calpe, 1969.
- Maravall, José Antonio. *La oposición política bajo los Austrias*. Barcelona: Ariel, 1972.
- Maravall, José Antonio. *Estado moderno y mentalidad social*. 2 tomos. Madrid: Revista de Occidente, 1972.
- Maravall, José Antonio. "La corriente doctrinal del tacitismo en España". En: *Estudios de Historia del pensamiento español*. III. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1984.
- Martz, Linda. *Poverty and Welfare in Habsburg Spain*. Cambridge: University Press, 1983.
- Mauro, Frédéric. *Le Portugal et l'Atlantique au XVIIe siècle, 1570-1670*. París: EPHE, 1960.
- Maza Zorrilla, Elena. *Pobreza y asistencia social en España, siglos XVI al XX*. Valladolid: Universidad, 1987.
- Molas Ribalta, Pere. *La burguesía mercantil en la España del Antiguo Régimen*. Madrid: Cátedra, 1985.
- Molas Ribalta, Pere. "Juntas, Compañías y Consulados de Comercio en la política del Conde-Duque de Olivares". En: *Primeras Jornadas de Historia Moderna*. Lisboa: Universidad, 1986, 197-212.
- Molas Ribalta, Pere. "Instituciones y comercio en la España de Olivares". *Studia Historica*. V (1987) 91-98.
- Molina Campuzano, Enrique. *Planos de Madrid de los siglos XVI y XVII*. Madrid: IEAL, 1960.
- Montemayor, Julián. "El control de la marginalidad en la Castilla del Siglo de Oro: el caso de Toledo". *Estudios de Historia Social*. 36-37 (1986) 367-380.
- Moreno Villa, J. *Locos, enanos, negros y niños palaciegos: gente de placer que tuvieron los Austrias en la Corte española desde 1563 a 1700*. Méjico, 1939.
- Moret, Michèle. "Aspects de la société marchande de Séville au début du XVIIe siècle". *Revue d'Histoire Economique et Sociale*. 2 y 4 (1964) 170-219 y 546-590.
- Murillo Ferrol, Francisco. *Saavedra Fajardo y la política del Barroco*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1989.
- Naharro, José María. "Un anónimo del siglo XVII sobre el proteccionismo textil en Aragón". *Moneda y Crédito*. 45 (1953) 24-49.
- O'Donnell, Hugo. *La fuerza de desembarco de la Gran Armada contra Inglaterra (1588)*. Madrid: Naval, 1989.
- Parker, Geoffrey. *El Ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1659*. Madrid: Revista de Occidente, 1976.

BIBLOGRAFÍA

- Parker, Geoffrey. "Los procesos de toma de decisión en el gobierno de los Países Bajos Católicos bajo los Archiduques, 1596-1621". En: *España y los Países Bajos, 1559-1689*. Madrid: Rialp, 1986.
- Peeters-Fontainas, Jean. *Bibliographie des impressions espagnoles des Pays-Bas méridionaux*. 2 tomos. Nieuwkoop: B. de Graf, 1965.
- Peligrý, Christian. "Les difficultés de l'édition castillane au XVIIe siècle, à travers un document de l'époque". *Mélanges de la Casa de Velázquez*. III (1967) 257-284.
- Pérez Bustamante, Ciriaco: *La correspondencia diplomática entre los duques de Parma y sus agentes o embajadores en la corte de Madrid durante los siglos XVI, XVII y XVIII*. Madrid: Tipografía de Archivos, 1934.
- Pirenne, Henri. *Histoire de Belgique*. 7 tomos. Bruselas, 1900-1932.
- Puigdomenech, Helena. *Maquiavelo en España. Presencia de sus obras en los siglos XVI y XVII*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1988.
- Querillacq, René. "Un economista 'moderno' del siglo XVII: Struzzi". *Hispania*. 157 (1984) 263-275.
- Ringrose, David. *Madrid y la economía española, 1560-1850*. Madrid: Alianza, 1985.
- Robinson, Joan. *Freedom and Necessity*. Londres: Allen and Unwin, 1970.
- Rodenas Vilar, Rafael. "Un gran proyecto anti-holandés en tiempo de Felipe IV". *Hispania*. 88 (1962) 542-558.
- Rodenas Vilar, Rafael. *La política europea de España durante la Guerra de los Treinta Años (1624-1630)*. Madrid: CSIC, 1967.
- Rodríguez Villa, Antonio. *Ambrosio Spinola, primer marqués de Los Balbases*. Madrid, 1904.
- Romani, Marzio A. "Finanza pubblica e finanze del principe nella formazione dello Stato farnesiano di Parma e Piacenza (1545-1612)". En: *Estado y Fiscalidad en el Antiguo Régimen*. Murcia: Universidad, 1989, 177-192.
- Romano, Ruggiero. "Italia durante la crisis del siglo XVII". En: *Agricultura y desarrollo del capitalismo*. Madrid: Alberto Corazón, 1974, 395-419.
- Roncaglia, Alessandro. *Petty. El nacimiento de la economía política*. Madrid: Pirámide, 1980.
- Ruiz Martín, Felipe. "El pan de los Países Bálticos durante las guerras de religión. Andanzas y gestiones del historiador Pedro Cornejo". *Hispania*. 84 (1961) 549-579.
- Ruiz Martín, Felipe. "La etapa marítima de las guerras de religión. Bloqueos y contrabloqueos". *Estudios de Historia Moderna*. III (1963) 181-214.
- Ruiz Martín, Felipe. *Lettres marchandes échangées entre Florence et Medina del Campo, 1577-1585*. París: SEVPEN, 1965. Hay traducción española bajo el título de *Pequeño capitalismo, gran capitalismo. Simón Ruiz y sus negocios en Florencia*, Barcelona: Crítica, 1990.
- Ruiz Martín, Felipe. "La banca en España hasta 1782". En: *El Banco de España. Una historia económica*. Madrid: Banco de España, 1971.
- Rumeu de Armas, Antonio. *Historia de la previsión social en España*. Madrid: Revista de Derecho Privado, 1944.
- Sagarminaga, Fidel de. *El gobierno y régimen foral del Señorío de Vizcaya*. I. Bilbao: Amigos del Libro Vasco, 1988.
- Sagredo, Félix. "Proyecto de un Monte de Piedad en Burgos (1599)". *Boletín de Documentación del Fondo para la Investigación Económica y Social*. VIII (1975) 72-76.
- Sanz Ayán, Carmen. "Francisco Centani, un hombre de negocios del siglo XVII". *Moneda y Crédito*. 173 (1985) 35-45.

BIBLOGRAFÍA

- Sanz García, José María. "Fracaso del Monte de Piedad concejil madrileño pedido por Olivares". *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. 8 (1972) 193-230.
- Schumpeter, Joseph A. *Historia del análisis económico*. Barcelona: Ariel, 1971.
- Schwartz Girón, Pedro. "Hacia una historia del pensamiento económico en España. Unas sugerencias metodológicas". *Revista de Historia Económica*. VII/2 (1989) 15-19.
- Shaw Fairman, Patricia. *España vista por los ingleses del siglo XVII*. Madrid: SGEL, 1981.
- Shick, Léon. *Jacobo Fúcar, un gran hombre de negocios del siglo XVI*. Madrid: Aguilar, 1961.
- Sierra Bravo, Restituto. *El pensamiento social y económico de la Escolástica*. 2 tomos. Madrid: CSIC, 1975.
- Silberner, Edmond. *La guerre dans la pensée économique du XVIe au XVIIIe siècle*. París: Sirey, 1939.
- Simar, T. *Etude sur Erycius Puteanus (1574-1646), considéré spécialement dans l'histoire de la philologie belge*. Lovaina, 1909.
- Smith, Robert S. "Spanish Antimerchantism in the Seventeenth Century: Alberto Struzzi and Diego José Dormer". *Journal of Political Economy*. XLVIII (1940) 401-411.
- Spengler, Joseph A. "Teoría mercantilista y fisiocrática del crecimiento". *De Economía*. XIX/90-91 (1966) 101-151.
- Stols, Eddy. "La colonia flamenca de Sevilla y el comercio de los Países Bajos Españoles en la primera mitad del siglo XVII". *Anuario de Historia Económica y Social*. 2 (1969) 363-381.
- Stols, Eddy. "The Southern Netherlands and the Foundation of the Dutch East and West Companies". *Acta Historiae Nederlandicae*. IX (1976) 30-47.
- Stradling, Robert A. "The Spanish Dunkirkers, 1621-48. A Record of Plunder and Destruction". *Tijdschrift voor Geschiedenis*. 93 (1980) 541-558.
- Stradling, Robert A. *Philip IV and the Government of Spain, 1621-1665*. Cambridge: University Press, 1988. Hay traducción española.
- Stradling, Robert A. "Mantua Preserv'd or the Tragicall Historie of Count Olivarez, Great Favorite of Spayne". *The Seventeenth Century*. IV/2 (1989) 91-116.
- Sureda Carrión, José Luis. *La Hacienda castellana y los economistas del siglo XVII*. Madrid: CSIC, 1949.
- Tomás y Valiente, Francisco. *Los validos en la monarquía española del siglo XVII*. Madrid: Siglo XXI, 1982.
- Turner, Olga. "La segunda embajada de don Carlos Coloma a Inglaterra y la paz anglo-española de 1630". *Estudios de Historia Moderna*. II (1952) 133-154.
- Valencia de Don Juan, Conde de: *Catálogo histórico-descriptivo de la Real Armería de Madrid*. Madrid, 1898.
- Van der Essen, Alfred. *Le Cardinal-Infant et la politique européenne de l'Espagne, 1609-1641*. Lovaina: Eds. Universitaires, 1944.
- Van der Wee, Herman y Peeters, Theo. "Un modèle dynamique de croissance inter-séculaire du commerce mondial (XIIe-XVIIe siècles)". *Annales*. 25/1 (1970) 100-126.
- Van Houtte, Jan A. "Déclin et survivance d'Anvers (1550-1700)". En: *Studi in onore di Amintore Fanfani*. V. Milano: A. Guiffre, 1962, 703-726.
- Van Houtte, Jan A. "A la recherche de ressources fiscales au cœur de la crise économique des Pays-Bas espagnols: les projets de Christophe Prevost (1586)". *Bulletin de l'Institut Belge de Rome*. XLIV (1974) 611-640.

BIBLOGRAFÍA

- Van Houtte, Jan A. *An Economic History of the Low Countries, 800–1800*. Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1977.
- Vázquez de Prada, Valentín. “La industria siderúrgica en España (1500–1650)”. En: *Schwerpunkte der Eisengewinnung und Eisenverarbeitung in Europa, 1500–1650*. Colonia: Verlag, 1974, 35–78.
- Vázquez de Prada, Valentín. “La coyuntura de la minería y de la metalurgia europeas (siglos XIII–XVIII)”. *Revista de Historia Económica*. VI/2 (1988) 257–276.
- Velázquez, Matías. *La Sociedad Económica de Amigos del País del Reino de Murcia: la institución, los hombres y el dinero (1777–1820)*. Murcia: Conserjería de Cultura, 1989.
- Verhulst, A. “La laine indigène dans les anciens Pays-Bas entre le XIIe et le XVIIe siècle. *Revue Historique*. 504 (1972) 281–322.
- Vilar, Jean. “Formes et tendances de l’opposition sous Olivares. Lisón y Viedma, defensor de la patria”. *Mélanges de la Casa de Velázquez*. VII (1971) 263–294.
- Vilar, Jean. “Una pauta del pensamiento monetarista castellano: la ‘proposición’ Cardona, 1618–1628”. En: *Dinero y Crédito (siglos XVI al XIX)*. Madrid: Moneda y Crédito, 1978, 449–457.
- Vilar, Pierre. *La Catalogne dans l’Espagne moderne*. 3 tomos. París: SEVPEN, 1965.
- Vilar, Pierre. “El tiempo del Quijote”. En: *Crecimiento y desarrollo*. Barcelona: Ariel, 1974.
- Viñas Mey, Carmelo. *Los Países Bajos en la política y en la economía mundiales de España*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1944.
- Voltes Bou, Pedro. “Aportación a la historia de las operaciones de los Fugger en España durante el siglo XVII”. *Moneda y Crédito*. 76 (1971) 13–39.
- Weisser, Michel. “The Decline of Castile Revisited: The Case of Toledo”. *The Journal of European Economic History*. 3 (1973) 614–640.
- Yernaux, Jean. *La métallurgie liégeoise et son expansion au XVIIe siècle*. Lieja: Georges Thone, 1939.

Indice

Prólogo	5
Introducción	7
Capítulo 1: Datos biográficos	13
– Italia, su natura. Flandes, su ventura. España, su sepultura. Actividades profesionales. Riqueza y pobreza. Aspectos intelectuales. Struzzi en su tiempo	
Capítulo 2: Los escritos de Alberto Struzzi	45
– Características de sus memoriales. Impresos y manuscritos. Rasgos generales de la producción struzziana	
Capítulo 3: Pensamiento político	61
– ¿ Guerra o paz ? El gobierno de Flandes. Papel del estado en el orden económico. El unitarismo. Conclusiones	
Capítulo 4: Comercio exterior y balanza de pagos	87
– Un afamado escritor mercantil. Orígenes del reformismo de Struzzi. Las Cortes de Castilla. Presupuestos ideológicos en el tema del comercio: especialización y ventajas comparativas; libertad y leyes naturales; paz y desarme; la armonía natural. El mercado. Las asociaciones mercantiles.	
– Balanza de pagos y control de cambios	
– Influencias e intereses	

INDICE

Capítulo 5: Industria, población, agricultura	135
– Industria: el programa reformista. La desesperanza de 1629. El mercado industrial. La teoría struzziana del equilibrio. La siderometalurgia. El textil. Consideración social del trabajo. La mano de obra	
– Agricultura y ganadería. Teoría del valor	
– Política demográfica	
Capítulo 6: Moneda, banca, finanzas	175
– Moneda, precios y salarios: principios generales. La moneda de cobre: problemas que le aquejan. El oro y la plata, intangibles	
– Banca y finanzas: la Compañía Nacional de 1606. Los erarios. Los montes de piedad	
Capítulo 7: La hacienda	203
– El papel de la hacienda en el sistema de Struzzi. La deuda pública. Los censos. Impuestos sobre el tráfico y el consumo. El vigésimo sobre los bienes raíces. La alcabala sobre los cereales	
Epílogo	231
Bibliografía	239

Avisos de Flandes

1. Werner Thomas y Bart De Groof (eds.), *Rebelión y Resistencia en el Mundo Hispánico del Siglo XVII. Actas del Coloquio Internacional Lovaina, 20–23 de Noviembre de 1991*, Lovaina, 1992.
2. *De Belgen en Mexico. Negen Bijdragen over de Geschiedenis van de Betrekkingen tussen België en Mexico*, Lovaina, 1993.
3. *Les Belges et le Mexique. Dix contributions à l'histoire des relations Belgique–Mexique*, Lovaina, 1993.
4. Miguel Angel Echevarría Bacigalupe, *Alberto Struzzi, un precursor barroco del capitalismo liberal*, Lovaina, 1995.

El presente libro aborda el pensamiento económico de Alberto Struzzi, uno de los teóricos más aludidos pero menos estudiados de la España Moderna. Sin embargo, cuando examinamos sin prejuicios y en su totalidad la ideología de este autor, percibimos una serie de rasgos de absoluta modernidad en un momento en que las doctrinas liberales renacen de sus cenizas. Como podrá apreciarse a lo largo de la obra, Struzzi es en muchos sentidos un hombre de nuestro tiempo, con unas preocupaciones básicamente parecidas a las nuestras, y con un ansia de mejora y de reforma que hubieran querido para sí bastantes ideólogos y políticos del siglo XX. Por eso, realizado gracias a una indispensable erudición, el libro pretende servir de referencia para las cuestiones vitales del presente, a la vez que terminar con la idea de que nuestro sistema económico fue incapaz de dotarse de un pensamiento en profundidad antes del siglo XVIII. La economía-mundo, el modo de producción capitalista, toman conciencia de sí en una época muy temprana: basta leer esta obra para darse cuenta.

Miguel Angel Echevarría Bacigalupe (Bilbao, 1953) terminó sus estudios de Historia doctorándose por la Universidad de Valladolid en el año 1981. A la presentación de su Tesis precedieron varios años de investigaciones en archivos y bibliotecas belgas. En la actualidad enseña Historia e Instituciones Económicas en la Universidad del País Vasco. Ha dedicado su atención a las Cortes de Castilla en tiempos de Felipe II, a la historia de los Países Bajos y de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII, y a la historia del pensamiento económico europeo en la época moderna. Entre sus publicaciones, destaca *La diplomacia secreta en Flandes, 1598-1643* (Bilbao: UPV, 1984). Al trabajo presente sobre Alberto Struzzi, sucederá un estudio sobre *Economía y decadencia en los Países Bajos Meridionales durante el siglo XVII*.

Leuven University Press
1995